

EL VALLE DE LOS AVASALLADOS

Réjean Ducharme

L'AVALÉE
DES AVALÉS

La novela que inspiró a Jean-Claude
Lauzon en su obra maestra «**Lectulandia**

«No intento recordar las cosas que ocurren en un libro. (...) Lo único que le pido a un libro es que me inspire energía y valor, que me diga que hay más vida de la que puedo abarcar, que me recuerde la urgencia de actuar.» Con estas frases de Bérénice Einberg, la joven narradora creada por Ducharme, Léolo, el personaje de Lauzon, se dispone a leer, en mitad de la noche, bajo la luz de una nevera abierta, esta maravillosa novela. La imagen final del filme es el universo imaginario de Léolo emergiendo de la página donde figura el título de la novela, sobre el que ha escrito: «e iré a apoyar mi cabeza entre dos palabras dentro de *L'avalée des avalés*».

Al igual que las criaturas de Salinger, nuestra Bérénice es una niña prodigio, disertadora, políglota, actriz, intérprete de diversos instrumentos, bailarina, experta en montar y desmontar armas de un solo vistazo. Desgraciada, lúcida, destinada al suicidio o dispuesta a envejecer, ella misma se declarará, pasados diez años desde el arranque de la narración, «agresivamente apátrida, perdidamente sin origen. Solo siento nostalgia por un sitio. Y a ese sitio se entra por la grieta de donde salté.»

De su mano y de la de su autor, atravesaremos el libro de las maravillas, saltando del relato oral a la fábula, del ars lírica al ars dramaticae y la retórica, del *Libro de las Crónicas* y de *Ester* al *Calígula* de Camus, pasando por los clásicos y la mitología, leyendas y hazañas de todos los tiempos y toda clase de cuentos, finamente sazonado con guiños y referencias a Céline, Descartes, La Fontaine, Flaubert, Proust y Poe, entre otros.

Una novela no más erudita que divertida, no más triste que llena de amor. De exilio en exilio, de renuncia en renuncia, Bérénice Einberg perderá el último bastión de su inocencia en la guerra de Israel. Todo empieza en una isla, en mitad de un río, un puente ferroviario la cruza, la abadía donde viven parece «un cervatillo durmiendo entre las patas de un elefante».

Lectulandia

Réjean Ducharme

El Valle de los Avasallados

L'avalée des avalés

ePub r1.0

orhi 08.08.14

Título original: *L'avalée des avalés*

Réjean Ducharme, 1967

Traducción y prólogo: Miguel Rei

Editor digital: orhi

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Partícipes de un participio:
L'avalée des avalés

Zambulléndonos de lleno en el juego de su lenguaje, a través de este calambur con el que Ducharme compone el título de su novela, lo primero con lo que damos es contra una firme roca: dos participios de un mismo verbo cuyo curso por la lengua de origen se remonta al siglo XI, un canto pelado que, acercado al oído, pule los laberintos de toda fonética: l'avalée des avalés, un canto rodado que arrastra treinta y ocho sinónimos y cuyo uso arcaico proviene de *bajar, hacer descender*, en principio por un río, dejándose llevar por la corriente o atado de una cuerda, como más tarde *bajaba* el tonel de vino a la bodega; aquí ya se descuelgan, como alpinistas por una garganta, *hacer caer; soltar, aflojar y abismar*. Es en el Siglo de las Luces, con Luis XV y María Antonieta, cuando el descenso empieza a ejecutarse por otra garganta, y su uso ordinario se generaliza hasta el día de hoy en TRAGAR, y de qué manera: *con voracidad, con ruedas de molino, con todo y de todo: un pepino, una pirula, una pastilla, un pestiño, un pastelón, las palabras, un libro, su lengua, lo que uno piensa, el mar y el mundo*, dependiendo de qué sed *sufra* uno, y para esto último nada mejor que los románticos del XIX, dispuestos a *tragar agua, absenta o su partida de nacimiento*. Hablando de *malos tragos*, ¿cómo sonaría entonces el título de esta novela en castellano?, ¿se nos a travesaría en la garganta nuestra propia lengua? Calma, no vayamos a *tragamos un semáforo y choquemos de frente* contra una farola o con alguien con quien no queremos enfrentamos de cara. Tampoco queremos *tragarnos una multa* por saltarnos *abatir, aceptar, aguantar, aprender, ceder, cobrar, colgar, creer, devorar, engullir, gastar, hundir, leer; sorber, someterse, soportar...* Tal vez con el primero de la lista se habría resuelto nuestro calambur en castellano. Veamos, «La (participio femenino) de los (participio plural)». Casi. Probemos con el siguiente. No, mejor con colgar, ¿y devorar? ¿Tragamos con tragar? De momento, un trago puntual.

Si hacemos acopio de todo este listado es para que se hagan una idea de toda la vida y muerte que encierra el significado de este verbo y para que sepan, cada vez que encuentren un verbo en bastardilla en la lectura de esta traducción, que se trata del verbo «*avaler*». Además de ahorrarnos algunas notas en beneficio de su atención y de la intención de su autor, les *hará descender* sujetos de este verbo por el gran río narrativo de este valle, *sumiéndoles* en la profundidad de sus tierras, dejándose *absorber* por su caudal, no sólo enciclopédico, como apreciarán en los asuntos que el autor maneja, sino con todo el sentido lúdico que Ducharme practica al tratar el lenguaje, con un estilo genuinamente lírico, profundamente universal.

Volvamos pues al origen de este verbo, «a-val-er», remontemos hasta su raíz: «val», cuyo valor castellano es, naturalmente, «valle». Y subrayemos, entre todos los vocablos que con sufijos y prefijos puedan derivarse de esta raíz, un humilde término francés: «val-et», que antes de ser el paje o sota en sus naipes, fue el lacayo, el vasallo de carne y hueso, el siervo; porque en definitiva pira servir hay que valer. Un

término, valet, que en la actualidad el francés emplea para uso doméstico: el sirviente, acomodándolo al nuevo hábitat humano, del valle a la vivienda.

Así es, finalmente y a través del gusto por el medievo que demuestra Ducharme a lo largo de «L'avalée des avalés», como llegamos a la solución en castellano de este calambur: «El valle de los avasallados». Pueden contar con este valle como si fuera su propia casa, se puede visitar como cualquier templo, de hecho es un templo, un templo de la palabra.

Miguel Rei.

1

Todo me *devora*. Cuando tengo los ojos cerrados, es por mi vientre por el que soy *devorada*, es en mi vientre donde me ahogo. Cuando tengo los ojos abiertos, es a través de lo que veo por lo que soy *devorada*, es en el vientre de lo que veo donde me asfixio. Soy *devorada* por el río demasiado grande, por el cielo demasiado alto, por las flores demasiado frágiles, por las mariposas demasiado tímidas, por el rostro demasiado bello de mi madre. El rostro de mi madre es bello sin más. Si fuese feo, sería feo sin más. Los rostros, bellos o feos, no sirven para nada más. Miramos un rostro, una mariposa, una flor, y eso nos transforma, después nos irrita. Si nos dejamos llevar, nos desespera. No debería haber ni rostros, ni mariposas, ni flores. Tenga los ojos abiertos o cerrados, estoy contenida en un todo: de repente, ya no hay suficiente aire, el corazón me aprieta, el miedo se adueña de mí.

En verano, los árboles están vestidos. En invierno, los árboles están desnudos como los gusanos. Dicen de los que están criando malvas que se comen los dientes de león por la raíz. El jardinero encontró dos toneles viejos en su desván. ¿Sabéis qué hizo con ellos? Los serró por la mitad para sacar cuatro barreños. Puso uno en la playa y tres en el campo. Cuando llueve, la lluvia queda recogida dentro. Cuando tienen sed, los pájaros detienen el vuelo y vienen a beber.

Estoy sola y tengo miedo. Cuando tengo hambre, como dientes de león por la raíz y se me pasa. Cuando tengo sed, sumerjo la cara en uno de los barreños y sorbo. Mis cabellos caen al agua. Sorbo y se me pasa: ya no tengo sed, es como si nunca hubiera tenido sed. Nos gustaría tener tanta sed como agua lleva el río. Pero bebemos un vaso de agua y ya no tenemos sed. En invierno, cuando tengo frío, vuelvo a casa y me pongo un grueso jersey azul. Vuelvo a salir, comienzo de nuevo a jugar en la nieve y se me quita el frío. En verano, cuando tengo calor, me quito el vestido. El vestido ya no se pega a mi piel, me encuentro a gusto y me pongo a correr. Corremos por la arena. Corremos y corremos. Después tenemos menos ganas de correr. Nos aburrimos de correr. Nos paramos, nos sentamos y enterramos nuestras piernas. Nos tendemos y nos enterramos de cuerpo entero. Después nos cansamos de jugar en la arena. Ya no sabemos qué hacer. Miramos, por todas partes, como si escudriñáramos. Miramos y miramos. No vemos nada de interés. Si prestamos atención cuando miramos de ese modo, nos daremos cuenta de que mirar así nos hace daño, de que estamos solos y de que tenemos miedo. Nada se puede hacer contra la soledad y el miedo. Nada nos puede ayudar. El hambre y la sed tienen sus dientes de león y su agua de lluvia. La soledad y el miedo no tienen nada. Cuanto más intentamos calmarlos, más se desviven, más gritan, más arden en deseos. El cielo se desploma, los continentes se hundían en un abismo: te quedas en el vacío, solo.

Estoy sola. Solo tengo que cerrar mis ojos para darme cuenta de ello. Cuando

quieres saber dónde estás, cierras los ojos. Estás ahí, donde se está cuando tienes los ojos cerrados; estás en la oscuridad y en el vacío. Está mi madre, mi padre, mi hermano Christian, Constance Chlore. Pero ellos no están ahí donde yo estoy cuando tengo los ojos cerrados. Ahí donde yo estoy cuando cierro los ojos, no hay nadie, nunca hay nadie salvo yo. No hay que preocuparse de los demás; están en otra parte. Cuando hablo o juego con los demás, noto muy bien como ellos están fuera, que ellos no pueden entrar donde yo estoy y que yo no puedo entrar donde están ellos. Sé muy bien que tan pronto como sus voces ya no me impidan oír mi silencio, la soledad y el miedo me recobrarán. No hay que preocuparse de lo que sucede a ras de suelo ni a flor de agua. Eso no cambia nada de lo que sucede en la oscuridad y en el vacío, ahí donde estamos. En la oscuridad y en el vacío no sucede nada. Solo queda esperar, todo el tiempo. Esperar a que pase algo para que todo se pase, para salir de ahí. Los demás, están lejos. Los demás, se escapan, como las mariposas. Una mariposa, está lejos, tan lejos como el firmamento, incluso cuando la tenemos en nuestra mano. No hay que preocuparse de las mariposas. Sufrimos en vano. Aquí no hay nadie salvo yo.

Mi padre es judío y mi madre católica. La familia marcha mal, no va sobre ruedas, no es una familia cuyo rodamiento funciona a bolas. Cuando se casaron, acordaron el orden de partición de los hijos que fueran a tener. Incluso firmaron un contrato al respecto, ante notario y testigos. Yo lo sé: escucho a través del ojo de la cerradura cuando se pelean. Con arreglo a sus cláusulas, el primer retoño va para los católicos, el segundo para los judíos, el tercero para los católicos, el cuarto para los judíos y así seguido hasta el trigésimo primero. El primer retoño es Christian, de la Sra. Einberg, y la Sra. Einberg lo lleva a misa. El segundo y último retoño soy yo, del Sr. Einberg, y el Sr. Einberg me lleva a la sinagoga. Nos tienen. Tienen por seguro que nos tienen. Nos tienen y nos custodian. La Sra. Einberg tiene a Christian y le custodia. El Sr. Einberg me tiene a mí y me custodia. Me llevó tiempo entender todo esto. No parece difícil de entender, pero, cuando era más pequeña, consideraba que esto no tenía ni pies ni cabeza, era imposible que mis padres no pudieran amarse ni amarnos tanto como yo les amaba.

El Sr. Einberg mira con ojos de enfado a su bien jugar con el bien de la Sra. Einberg. Está a la que salta cuando Christian y yo jugamos juntos. Cree que la Sra. Einberg se vale de Christian para echarme el guante, para seducirme y robarme. La Sra. Einberg dice que soy tan hija suya como Christian, que una madre necesita de todos los hijos que haya tenido, que un niño necesita de su hermana pequeña y que una niña necesita de su hermano mayor. Finjo seguir el juego que el Sr. Einberg asegura que la Sra. Einberg juega. Eso hace rabiar al Sr. Einberg. Se echa encima de la Sra. Einberg. Se pelean sin parar. Les miro a hurtadillas. Les veo gritarse a la cara. Les veo odiarse, odiarse con lo más bajo que pueda haber en sus miradas y en sus corazones. Cuanto más se gritan a la cara, más se odian. Cuanto más se odian, más

sufren. Al cabo de un cuarto de hora, se odian tanto que puedo verles retorcerse como gusanos en el fuego, puedo sentir sus dientes rechinar y como palpitan sus sienas. Eso me gusta. A veces, eso me produce tal placer que no me puedo aguantar la risa. ¡Odiaos, hatajo de payasos! ¡Haceos daño, que os vea sufrir un poco! ¡Retorceos un poco para que me ría!

Enviaron a Christian lejos de mí. ¡Todo un honor! Lo metieron en un sobre y lo expidieron a un campamento de scouts. ¡Ve a emprender tus Buenas Acciones, Christian, lejos de tu venenosa hermanita! Cuando las vacaciones llegan, es infalible; hace falta que uno de los dos se vaya. Si no me envían de gira con la coral, envían a Christian a un campamento de escultismo. La Sra. Einberg no está de acuerdo. ¡Deja a los chicos tranquilos, cacho loco! El Sr. Einberg, el jefe de salidas, no quiere saber nada, va a su bola. ¡Si no mandas a tu crío a emprender Buenas Acciones, mando yo a mi cría a entonar escalas! ¡Los viajes deforman a la juventud! —grita ella. ¡Los viajes forman a la juventud! —grita él.

Solo soy una chica. Einberg me tiene, pero no está contento de tenerme. Está celoso del otro. Preferiría tener a Christian. Una hija, no conviene, no vale nada. No me importa. ¡Que se las apañen! Espero a que Christian regrese. Nunca hace nada malo. Nunca se le escapa una palabra. Todo lo que hace y todo lo que dice es suave, dulce y triste como una flor, como el agua, como todo aquello que está en paz y te deja en paz. Christian es grato como una cosa. Están las cosas, los animales y los hombres. ¡Caca de la vaca! ¿Qué?

Cuando Einberg me lleva a la sinagoga, me coge de la mano con mucho cariño. Su mano es tan firme que parece que tiene ganas de arrancarme el brazo. Me mete prisa. Tira de mí y me empuja como si yo fuera el perro de la vecina y acabara de pisotear sus jardineras. Eso me fastidia. Le digo que se controle. Me dice que hable a mi padre en otro tono. ¡Cambia de tono! Nos ponemos a pelear. Le arreo puntapiés. Me suelta un par de bofetadas.

—¡Estate quieta! ¡Reza! ¡Escucha lo que dice el rabino!

El rabino Schneider abre su gran libro rojo de cantos dorados. Lee:

«Los impíos arderán como paja.»

En mi cabeza, veo arder a Christian como la hierba seca. ¡Rezad a Yahveh! Cuanto más recéis, mejor será vuestra plaza, más cerca estaréis de la palestra. Si rezáis más de la cuenta, os arriesgáis a estar en las primeras filas cuando ardan los impíos. Es de vergüenza. Dan ganas de ser una impía. Si Einberg no me llevara a la fuerza a la sinagoga, ni la pisaría. Huele a sangre y ceniza en las sinagogas. Es lo que les excita. Hay quienes están impacientes por que su padre muera para no ir más a la escuela. Yo, estoy impaciente por que mi padre muera para ser tan impía como me dé la gana. ¡Panda de locos! ¡Pensar que me toman por una de los suyos! El rabino Schneider habla de los que no temen al verdadero Dios. Dice que el Dios de los Ejércitos dijo que Él exterminará a los que no le temen, que Él no les dejará ni raíces ni hojas. Si el rabino Schneider piensa que tengo miedo, se equivoca de cabo a rabo. Los escalofríos que me da Él, su «Dios de los Ejércitos», son escalofríos de rabia. Cuanto más habla de ello, más le menosprecio. Tienen un Dios como ellos, a su imagen y semejanza, un Dios que no puede dejar de odiar, un Dios al que le rechinan los dientes tanto como su odio le hace sufrir. Cuando el rabino Schneider habla así, pienso en mi olmo. Mi olmo se yergue en mitad de nuestra gran isla, solo como un avión en el espacio. Debe ser un impío. Jamás lo he visto con hojas. Su corteza se cae a jirones; se puede rasgar como el papel. Bajo la corteza, es liso liso, suave suave. Cuando sopla el viento, sus enormes ramas secas castañetean, se diría que está repleto de esqueletos. ¡Que mis hojas y mis raíces me las arranque él, su Dios de los Ejércitos! Solo espero eso. ¡Que me degrade! ¡Que se contente! Se las alargo, mis hojas y mis raíces. Cuando por fin me las haya arrancado, ya no habrá duda. Estaré segura de que no me toma por uno de sus elegidos, por uno de sus sedientos de sangre y cenizas, por uno de sus seguidores de carnicerías. Podré dormir en paz. El rabino Schneider es guapo; tiene pinta de dulce. Es él quien dirige la coral. Dice que soy su mejor solista. La Coral tiene un nombre tan largo como un día sin pan. «La Coral de los Niños de los Hijos de Dios en el exilio en Canadá.» El año pasado, pasamos el verano de gira por América del Sur. Cha cha chá. Después de sus

sangrientos discursos, el rabino viene a hablarme y a sonreírme. Estoy casi segura de que no se cree nada de lo que dice cuando predica. No se parece a nada de lo que dice cuando predica. Debe de ser que le excita su gran libro rojo de cantos dorados.

El olmo, él es mi navío. Cuando ya no sé qué hacer, me embarco. He anudado un banderín amarillo en la copa. La vieja lata de conservas completamente oxidada que cuelga del extremo de un cordel, es mi ancla. Largad los continentes. Izad los horizontes. Ahora, partamos. He puesto rumbo hacia unas riberas más escarpadas y más volcánicas que las de este país. Voy a caballo sobre la rama más alta, por ver si unos arrecifes se desprenden de la bruma. De repente, mi pie resbala, pierdo el equilibrio. Me voy a pique. Al caer, mi cara golpea en una piedra y me desmayo, me deslizo hasta el fondo del océano sordo y oscuro. Me veo ahogada. El olmo navega a la deriva, la quilla por encima del puente. Me recupero en la cama de un hospital. Al recobrar el conocimiento, noto que algo me falta en la boca. Con razón. Me faltan los cuatro dientes de delante. No puedo parar de meterme la lengua en la herida. La Sra Einberg está en mi cabecera. Se apresura a calmarme. ¡Tus dientes van a volver a crecer! Cuando se es una niña como tú, todo vuelve a crecer, todo se recupera, todo se cura. Tengo nueve años. Christian tiene once. Einberg y la Sra. Einberg son tan viejos como mi ancla. Van cuesta abajo, del otro lado de la colina.

Einberg es rico e importante. Cuando aparecemos en los peldaños de la sinagoga, la gente se abalanza, viene a apelotonarse alrededor nuestro. Todos saben que me caí de un árbol, que he estado en el hospital y que tengo los dientes destrozados. Hacen sus pequeñas reverencias a Einberg, después se inclinan sobre mí todo orgullosos por tener algo que decir, todo orgullosos por demostrar que saben compartir las pequeñas desgracias de los hijos. ¡Abre la boca! ¡Deja que vea tus dientecitos! Todos quieren verme los dientes. Me hacen abrir la boca y plantan sus miradas exageradamente tristes dentro. ¡Qué desgracia! ¡Pobrecita! ¡Cómo ha debido sufrir! Tengo que contarles lo ocurrido con pelos y señales. No lo cuento todo. Digo que me caí, que perdí el conocimiento, que me trajeron al hospital y que escupí mis cuatro dientes sin darme cuenta.

No veo a Constance Chlore por ninguna parte. Veo a sus hermanos, pero prefiero no hablarles. No les gusto. No sé por qué. Me ponen caras largas.

—Buenos días, granujilla.

Tras haberme saludado en estos términos, el rabino Schneider me coge en volandas y me sienta en sus rodillas. Es él quien dirige la coral. Nosotras cantamos. El mene a los brazos. Dice que marca el compás. Por si lo quieren saber, solo mene a los brazos. Es tan guapo. Me veo tentada a mirarlo. Sus ojazos de vaca son de un negro luminoso, vivo, dulces como el viento. Juega con mi nariz, con mis orejas, con mis trenzas. Eso me molesta. Incluso irrita mi odio. Cuando me coge en sus rodillas y empieza a tocarme, pierdo los papeles, me pongo furiosa, se me turba la vista. Olvido

que es guapo y que siempre sonríe. Solo es un molesto gigante que se aprovecha cobardemente de la superioridad de su fuerza. Solo es uno de esos enfermos mayores que aprietan a un pajarito en su manaza y le acarician el pico con sus dedos imaginándose que eso le gusta al pajarito, imaginándose que el pajarito va a sentir agradecimiento y a quererles. No quiero que se juegue conmigo como con un objeto, como con un reloj. Solo los perros, los gatos y algún que otro prostituto de semejante calibre se dejan manosear. Una pava no se deja manosear.  Qu  se cree, pues, que soy yo para que me coja así el rabino Schneider? No soy su perrito faldero. No soy el mejor amigo del hombre. Soy alguien y me pertenezco.  Qu  dir a él si entrara en su casa y me pusiera a toquetear sus mesas, sus sillas y sus estatuillas?  Deja mis mesas, mis sillas y mis estatuillas en paz!

— Estrenas esta blusa tan delicadamente bordada?

Cuando no tienen nada de provecho que decir, deber an mantenerla cerrada. Separa mis labios para ver mis dientes. Tiene sus dedos en mi boca. Me dan ganas de morder.  Venga, rabino!  Haz como si fuese tu propia boca!  Como si estuvieras en tu casa!

—Esto nos privará durante algún tiempo de nuestra brillante prima donna. Me pedir s consejo antes de tomar parte en otro combate armado^[1].

—No necesito consejos de nadie. Y estoy muy contenta de no poder cantar ya más.

— Te has comido al león? No eres un gladiador normal. Generalmente, es al gladiador al que se comen vivo, al que trinchan con cuchillo y tenedor.

El rabino Schneider se encuentra gracioso. Se ríe. Su tripa y sus muslos al saltar, me hacen saltar. Eso está requetebi n. Con las manos en los bolsillos, la cara impasible, los ojos apagados, Einberg espera a que haya acabado conmigo.

— C mo está tu linda mamá?

— Vaya a preguntarle a mi linda mamá!  C mo quiere que lo sepa?

De repente, siento lástima por el rabino Schneider.  l me quiere. Todo lo hace para que yo lo quiera.  Es culpa suya si es torpe? Nunca debería haberle hablado en ese tono. Pero siempre nos arrepentimos en vano, ya que solamente después puedes arrepentirte. Además,  acaso siente lástima de mí?,  me respeta?  Caca de la vaca!

Solo encuentro momentos verdaderamente felices en mi soledad. Mi soledad es mi palacio. All  tengo mi silla, mi mesa, mi cama, mi viento y mi sol. Cuando estoy sentada fuera de mi soledad, estoy sentada en el exilio, estoy sentada en un país engañoso. Estoy orgullosa de mi palacio. Me entrego en cuerpo y alma por mantenerlo cálido, agradable y resplandeciente, como para recibir mariposas y aves. Si tuviera más orgullo, aniquilar a con unos cuantos asesinatos a los que comprometen el bienestar de mi soledad, a los que hacen resoplar el odio en su chimenea, a los que cuelgan la tristeza de sus ventanas. Matar a a Einberg y a su

esposa. Mataría a Christian y a Constance Chlore. Estoy sola. A veces, me ausento de mi palacio. Los hay que entonces aprovechan para colarse. Tan pronto como regreso, los expulso. Cuando alguien entra en mi palacio, es porque he fallado en la vigilancia; y me avergüenzo de ello. Es duro poner a Constance Chlore en la calle; sacar a Christian. Pero mi palacio es demasiado frágil para que yo pueda recibir en él a los amigos. Cuando anda algún amigo en mi palacio, las paredes tiemblan, la sombra y la angustia se precipitan por las ventanas de la luz y del silencio que cada uno de sus pasos rompe. Cuando no estoy sola, me siento enferma, en peligro. Tengo que vencer mi miedo. Para vencer el miedo, hace falta verlo, oírlo, olerlo. Para ver el miedo, hace falta estar a solas con él. Cuando pierdo de vista mi miedo, es como si perdiera el conocimiento. Tal vez porque fui destetada dos días después de nacer. Fueron ellos quienes me destetaron. Pero prefiero creer que yo misma me desteté, que, en un arrebatado de orgullo, mordí el seno de mi madre, que yo tenía unos férreos dientes oxidados y que el seno se gangrenó. Imagino todo tipo de cosas y me las creo, las dejo que actúen en mí como si fueran verdaderas. Solo existe de veras lo que yo creo verdadero, lo que me atrevo a creer verdadero. Einberg no quiso dejar a la Sra. Einberg alimentarme. Le repugnaba que fuera solo una chica. Cuando Einberg marcha de viaje, me voy con Christian y la Sra. Einberg a misa. Pero no debo decir ni una palabra. En misa es como en la sinagoga; todo está untado de ceniza y sangre por todas partes. Tener fe significa temblar como un vampiro cuando oye hablar de sangre y cementerios. ¡Hatajo de saqueadores de cementerios! Me las apaño para que Einberg sepa que he estado en misa. Eso le repugna...

Tengo la cara cosida a granos. Soy tan fea como un cenicero lleno de colillas y chicotes. Cuanto más calor hace, más me escuecen los granos. Tengo la cara roja y amarilla, como si a la vez tuviera ictericia y sarampión. Mi cara se vuelve dura, espesa, arde. Mi piel se escama como la corteza de los abedules.

Entramos en la sinagoga. Nos pasamos media vida en la sinagoga. Somos asiduos a la sinagoga. Preferiría que nos inclinásemos por el vino. Einberg me sujeta de la mano. Einberg deja escapar mi mano y me empuja a un banco. El rabino Schneider lee en su gran libro rojo de cantos dorados.

«Todos los arrogantes, todos los impíos serán solo paja. Arderán con el fuego que viene, —dice Yaveh de los Ejércitos. Él no les dejará ni raíces ni hojas.»

—¡Caca de la vaca!

Escudriño en los ojos de la mustia asamblea. Patino con la mirada por entre sus hombros; la lanzo por encima de sus sombreros. De rostro en rostro, la misma cara anónima y repulsiva se reproduce. Ningún rastro de Constance Chlore.

«Sabed por quien velo: por el humilde, por aquel que tiene el corazón roto y tiembla ante mi palabra.»

—El corazón roto... ¡Caca de la vaca...! ¡Como en las canciones de amor!

El rabino Schneider viene a vernos. Iba a estrechar mi mano y a pellizcarme la mejilla. Pero, visto el estado de mis mejillas, se contenta con estrechar mi mano. Cuando el rabino Schneider viene así a vernos, siento ganas de no haber sabido nunca hablar, de no pronunciar una palabra más durante el resto de mis días. Tengo ganas de irme, de haberme ido para siempre. Alguien que me aborda es alguien que quiere algo, que tiene algo que cambiar por algo que para él es de mayor valor, que tiene metida una idea entre ceja y ceja. Los veo venir de lejos. Vienen a venderme algo. ¡Gracias! No necesito nada. ¡Volved en otra ocasión! Cuando volváis de nuevo, no fallaré el golpe. Estaré repleta de serpientes y os las lanzaré a la cara. Cuando necesito algo, lo cojo, como un grandullón. Nunca pregunto. Nunca perdono. No sonrío ni antes de coger ni después de haber cogido.

Salimos de la sinagoga. En la calle, sopla el viento, las luces y las sombras tiemblan. Hace calor, Einberg me coge de la mano. Al final de la acera, nos espera nuestro automóvil. Caminamos detrás de una siniestra columna de hombres con sombrero y traje negros. Einberg no puede caminar deprisa: fue herido en alguna guerra... Una esquirra de obús^[2], agua pasada*... Ja. Ja. Cojea* . Tengo ganas

de hacer cabriolas. Me sujeta por la mano, me agarra bien. No puedo cabriolear.

—¡Caca de la vaca!

—Te prohíbo blasfemar. Te prohíbo pronunciar esas palabras.

—¡Caca de vaca! ¡Caca de vaca! ¡Caca de la vaca!

—Sigue y te suelto un par de bofetadas.

—Tu mujer dice «vaya cabronada» tanto y más.

—Te prohíbo que la señales de esa manera.

—¡Vaya caca!

—Otra «caca de vaca» y te encierro en tu habitación durante el resto del día. Y sin comer.

—¡Caca de la vaca! ¡Crees que eso me da miedo!

No le tengo miedo. Además, nunca lleva a cabo sus amenazas de encerrarme durante el resto del día. Cuando se molesta en darme un par de bofetadas, se siente absuelto de sus deberes de padre durante un buen tiempo.

—¿Por qué me sujetas todavía de la mano?

Intento liberar mi mano. Cuanto más tiro, más aprieta. ¡Es fuerte, es un adulto! Cuando Constance Chlore me coge de la mano, no es lo mismo.

—¿Por qué nunca respondes a mis preguntas? ¿Por qué no me dejas en paz, si tan poco te importo? ¿Por qué eres tan malo?

Einberg no responde. Presta atención a las casas.

—Sabes, Einberg... Las personas impías y arrogantes...

—Arderán como paja con el fuego que viene, —dijo Yaveh.

—No les dejará ni raíces ni hojas, como al olmo.

Cuando sea mayor, seré arrogante e impía. Me habrán crecido unas raíces tan gordas como las columnas de la sinagoga. Tendré unas hojas tan grandes como velas. Andaré con la cabeza bien alta. No miraré a nadie a la cara. Cuando el fuego que viene venga, quemará mi piel, aunque mis huesos no flaquearán, no doblaré el espinazo.

—Esconderé la cabeza como un avestruz cuando el fuego que viene venga. Me dará mucha vergüenza. No quiero estar de pie en el cadalso cuando los impíos sean masacrados.

No marcharé con Yaveh. Marcharé contra las llamas y sus ejércitos. Si es absolutamente necesario pertenecer a un bando, prefiero ser del bando de los malos. Los granos me vienen de nuevo a la mente. De repente, la quemazón que almidona mi cara me resulta agradable. Me impregno de dolor, lo avivo, lo paladeo, me deleito en él. Lo provocan las mismas llamas que abrasarán a los arrogantes y a los impíos.

—Sabes, Einberg... los demás, los humildes, aquellos que tiemblan...

—¡Sí! ¡Sí!

—Si tiemblan, ¿no es porque tienen miedo?, ¿acaso no es porque no tienen suficiente orgullo y coraje? Este año, había un chico en nuestra clase que se dejaba pegar por las niñas. Las chicas le robaban las canicas y él corría a llorar a las faldas de la señora Ruby.

Einberg ya no oye. Cuando ha oído la primera palabra de la primera frase de lo que digo, ya ha oído bastante. Está hasta las orejas. La mayor parte del tiempo me ignora. ¡Pedazo de ignorante! Cuando la Sra. Einberg no le discute mi posesión, me encuentra totalmente desprovista de interés. Cuando me riñe, le cuesta.

Camino por el pantano, con la cara entre las hojas de los álamos, de álamo en álamo. El pantano es el suelo del cielo. Los álamos, el baile, son las bailarinas del cielo. El agua y las eneas me llegan hasta las rodillas. Hace un rato me caí de bruces y mi vestido nuevo está completamente mojado. El mismo Einberg es quien compra mis vestidos. Los álamos tienen patas, como los seres humanos. Como las mujeres, llevan una falda: es su follaje. Se la han remangado para bailar en el agua. Los árboles crecen en la tierra. Cuando miramos hacia arriba entre las ramas de un árbol, el cielo se llena de hojas y se podría decir que es en el cielo donde los árboles crecen. Sopla el viento, a ráfagas. Hace que las hojas tintineen. Parece una tormenta sobre el asfalto. Parece una lluvia de monedas. Me encaramo a una loma y no me muevo. Miro. Espero. Espero a que el tañido de las hojas y el calor del viento hayan terminado de invadirme. Espero a estar completamente disuelta entre el viento y las hojas. Las hojas tienen un lado mate y un lado brillante. Una rana salta sobre mis pies, se queda ahí paralizada. La rana está fría y limpita. Mis pies están sucios y calientes. Entorna los ojos, lentamente, como si se durmiera. ¡Plaf! Ha vuelto a sumergirse en el agua. Las ranas tienen los ojos saltones y sus párpados no tienen pestañas. Al igual que los leopardos, su piel es ocelada. Las ranas que se ven en la hierba son verdes. Las que se ven en los sembrados son pardas. Las mujeres que llevan zapatos rojos van con un bolso rojo. Las que llevan un bolso negro van con zapatos negros. Christian no ha regresado aún. Estoy bajo los efectos de la espera.

Cuando era más pequeña, era más tierna. Amaba a mi madre con todo mi dolor. Siempre tenía ganas de correr para lanzarme contra ella, de abrazarla por las caderas y de enterrar mi cabeza en su vientre. Quería trasplantarme en ella, formar parte de su dulzura y de su belleza. Llegado con la razón, el orgullo me ha hecho odiar el amargo vacío que se forma dentro del alma a fin de que amemos. Ahora, lo que hace falta es romper por completo con la Sra. Einberg, es volver del todo nula a esta mujer. Aborrezco necesitar de alguien. El mejor remedio para no necesitar de nadie es excluir a todo el mundo de tu vida. Lo que tengo que hacer, lo sé: conjurar los poderes que el mundo aún en mi contra, responder mediante otros atentados a los atentados a la soledad cometidos contra mí. Tengo que crecer, que prolongarme en altura, hasta reemplazarlo todo, hasta planear por encima de las montañas más altas. Tengo que levantar un andamio, que construir una escalera, una escalera tan alta que podré meter las manos en el firmamento. Cuando descienda, tendré los cabellos llenos de azur, como cuando sales del río y tienes los cabellos llenos de agua. Mi madre es un ave. Las aves no nos quieren. En seguida que nos ven, huyen. Cuando atrapas una, forcejea. Incluso si le dices que la quieres, quiere marcharse, no quiere quedarse contigo. A los perros y a los gatos les gusta dejarse acariciar. A las aves no les gusta eso. Una vez, intenté coger una gallina entre mis brazos. La encontraba bonita. Pegó unos gritos de muerte. Me pegó aletazos en la cara. Me arañó los brazos hasta aflorar la sangre. Mi madre es como un ave. Cuando la cogía entre mis brazos, se ponía tiesa, se resistía. ¡Quédate quieta! ¡Vete a jugar fuera! ¡Me haces daño! ¡Ya basta! Era como si yo le pusiera trabas, como si ella tuviera algo urgente que hacer. Me quiere, pero de una forma curiosa. Tenía la impresión de que no había suficiente espacio en su vida para que yo viviera allí. Quería dormir con ella. Me colaba en su habitación en mitad de la noche. Me subía a su cama, una cama grande que tenía ruedas de vagoneta en vez de patas. Me acurrucaba contra ella. Se despertaba, me sonreía, me cogía en hombros y me volvía a llevar al dormitorio. ¡Pórtate bien! Cuando estaba sentada entre las flores, iba a sentarme encima de ella y la cogía del cuello. ¡Ve a jugar como una niña buena! ¡Deja a mamá tranquila! ¡Mamá está cansada! Cuando paseaba, la seguía, me colgaba de su vestido. Me dejaba seguirla sin preocuparse de mí. Después se volvía y me decía que ya había jugado bastante conmigo. Ahora, se acabó. Ya no la quiero. No me iba a pasar la vida dejándome rechazar como si apestara. Me las arreglaré yo sola. Ya nunca intentaré clavar su mirada de halcón azorado. Ya no reclamo su atención. En ella, todas las puertas y ventanas están tapiadas. En ella, es como si estuviera en una casa donde ya no vive nadie. En el fondo, nadie tiene madre. En el fondo, yo soy mi propia hija. Ahora, cuando me sonrío, vuelvo la cabeza. Cuando coge mi barbilla en su mano, retiro su

mano. Cuando coge la escopeta y dice: «¡Venga!, ¡vamos a dar una vuelta al continente!», le digo que me deje en paz. Cuando me habla, no respondo. ¡Venga!, ¡vamos a trepar por los tejados!, ¡déjame en paz! A menudo, se sube a la abadía. Le encanta caminar por los tejados, sentarse a horcajadas en el caballete. Los tejados son abruptos, las tejas se descuelgan bajo los pies. A menudo, está borracha. Por la noche, bebe. Se sienta a oscuras en el sillón de la sala de estar y bebe, tranquilamente. Ha puesto sus pies desnudos en la mecedora tapizada y acaricia a su gato con la yema de los dedos de sus pies. Se oye ronronear al gato. Se oye caer el alcohol en la copa de balón. No se oye nada. «Sueño constantemente con los navíos de mi juventud, desde que zozobraron en el mar de las Estrellas» (Nelligan).

6

Esto es una isla. Un largo campo rodeado de juncos, enneas y alamillos alborotadores. Una larga galera vikinga anclada a flor de agua en la orilla de un gran río. Un gran barco cuyos flancos, cargados de hierro y carbón, están casi hundidos, cuyo único mástil es un olmo muerto. La abadía de piedras secas donde vivimos es lo bastante grande como para perderse. Sus cuatro tejados de tejas rojas son más puntiagudos que las hojas de un hacha, más escarpados que los acantilados. Son tan altos que, encaramados arriba, podemos ver la ciudad extenderse como una inmensa red gris al otro lado del bosque, podemos ver entrar el río en el océano. Pero el puente es incluso más alto. Los tejados de la abadía aparentan ser cuatro, pero solo son dos. Y se entrecortan de tal forma que a vista de pájaro la abadía parece un crucifijo. Gato Muerto me explicó por qué, pero no entendí nada. De todas formas, Jesucristo murió en una cruz. En cada ángulo entrante, al pie de cada lima hoyo, se erige una pequeña torre. Son atalayas. Antes, las monjas se colocaban dentro para disparar a los Indios. Por encima de los tejados cruza el puente ferroviario. Siempre he tenido miedo de que se derrumbe encima de la abadía y la haga trizas. El puente tapa el sol. Siempre está oscuro en la abadía. El puente es tan amplio que, abrazada por sus negras y enormes columnas de hierro, la abadía parece un cervatillo durmiendo entre las patas de un elefante. «¡Señorita Bérénice!» Es el jardinero que anda a gritos tras de mí. La antigua rueda de cantera aún gira. Más alta que una gran rueda alemana de circo, las monjas la construyeron para explotar hierro y carbón. Con el carbón fundían el hierro. Vertían el hierro fundido en los moldes de cañón. Y con los cañones, disparaban a los Indios. Cuando llega la hora de cenar, corro a esconderme en una de las vagonetas de la rueda de la cantera, y espero a que el jardinero me encuentre. «¡Señorita Bérénice! ¡Señorita Bérénice!» Sabe que me escondí en la rueda de la cantera, pero no sabe en qué vagoneta. Es demasiado viejo para trepar. Tiene que hacer girar la rueda para saber en qué vagoneta me escondo. Fijo la mirada en el cielo y, cuando la noria se pone a girar, las nubes se ponen a correr.

Cenamos en la zona baja del refectorio, al borde de la mesa de vigas viejas donde quinientas monjas cenaban hace doscientos años. La mesa es tan larga que Gato Muerto y Einberg, que ocupan las puntas, parecen enfrentarse desde uno y otro extremo del camino. El sitio de Christian y el mío están cara a cara, a mitad de camino. Gato Muerto ocupa la silla ancha y alta del coro, reservada al obispo itinerante. El respaldo está más esculpido que un bajorrelieve. En vez de brazos, unos leones damasquinados escupen su lengua. A Gato Muerto no le gusta la luz. Cuando un haz de sol se cuelga por el hueco de las cortinas y se planta en el parque, su cara se tensa y entristece. Pese a la necesidad de odiarla, me siento tan fascinada por mi

madre como por un ave. La admiro. Al verla estar y al verla hacer, me siento tentada a imitarla, siento que es así como yo tendría que ser y actuar. Encuentro sus ojos hermosos, sus manos hermosas, su boca hermosa, sus vestidos hermosos y su manera de servir el té hermosa. La miro comer como quien mira comer a un pelícano. La miro estar sentada como quien mira volar una golondrina. La temo tanto como se teme a una bruja. Cuando me descubro irguiendo la cabeza, acariciándome los labios o fijando la mirada como mi madre, me enfado conmigo misma. Es una influencia, un hechizo a romper. Es el enemigo a batir.

Mi madre está siempre en la luna. Al verla pasar por mi vida con la nariz en alto y la mirada atónita, uno podría decir que está en otro mundo, que se pasea por otro siglo, que desfila al son de la trompa entre dos tupidas filas de arqueros con casacas brocadas, que deambula por un cuento. Me sobrepasa. Se me escapa. Se escurre entre mis ojos como se escurre el agua entre los dedos. Para mí, está claro: ella es un peligro, una amenaza terrible. Es el sol que abrasaría mi alma si no huyese ni me defendiera de él. Ocupa el umbral de mi vida con una presencia compacta, pesada, casi sofocante. Sacude en él como el mar en los flancos de un navío. Si abro, si entreabro, ella me penetra, me invade, me ahoga, me hundo. Sin quererlo, me hechiza. Ha hechizado a Christian. Sin levantar un solo dedo, se ha impuesto sobre él como las manos sobre la arcilla. Para él, solo existe ella; es su única idea, su única fuerza. Lo encuentro indigno. Cada vez que la ve, la mira como si se le apareciera. Se la comería. Cuando ella está triste, se desespera, cree que es porque él ha hecho algo malo. Cuando llora, es porque la ha visto llorar. Me da rabia verles hacer cuando están juntos. Eso me da náuseas. Me recuerda que antes yo era como Christian. Intento meterle en la cabeza que no se deje manejar. No quiere entender nada. Es irrecuperable. Ella lo ha hechizado tal como el encantador de serpientes hechizó a la cascabel. Qué desgraciada sería si estuviera hechizada como antes, cómo sufriría. Mi madre es como un ave. Pero yo no quiero que sea así. Quiero que sea como un gato muerto, como un gato siamés ahogado. Exijo que sea algo horrible, extremadamente repelente. Mi madre es extremadamente repelente. Mi madre es horrible y repelente como un gato muerto al que devoran los gusanos. Que mi madre no sea realmente como un gato muerto no tiene mayor importancia. Hay que ver a las cosas y a las personas diferentes de lo que son para no ser *avasallado*. Para no sufrir, solo hay que ver en lo que se mira aquello que podría liberarnos. Solo hay de verdad lo que debo de creer de verdad, lo que me es útil creer en verdad, lo que necesito creer de verdad para no sufrir. La Sra. Einberg no es mi madre. Es Gato Muerto. ¡Gato Muerto! ¡Gato Muerto! ¡Gato Muerto!

Comemos tranquilamente, sin decir ni mu, como las vacas. Las tupidas cortinas de terciopelo tapan los huecos ventanales. Solo las pálidas arañas de diamantes amarillos, que cuelgan como con disimulo del fondo de los tenebrosos espacios

intermedios, proyectan algo de luz. Los arabescos grises corren y se entrelazan por encima de los oscuros entrepaños. La escasa claridad luce sobre el parqué barnizado. La abadía tiene cuatro alas. Nuestras habitaciones ocupan el ala orientada hacia lo más ancho del río. El dormitorio de Gato Muerto está bajo los tejados, justo por encima del agua. Duerme sobre las pieles de llama amontonadas encima de las losas grises y negras. Los rayos de la luna se irisan al traspasar el mosaico que sirve de pared, mosaico donde Gato Muerto, sin preocuparse de su orden, ha soldado unas con otras las piezas de las vidrieras de la capilla. La capilla fue techada y transformada en salón de estar. Pero para nosotros, sigue siendo «la capilla». Gato Muerto es un amante de los trenes. Lo que sobre todo le gusta de ellos es la tormenta que levantan en la noche. Pasa a menudo durante la noche. Cruzan justo por encima de nuestras cabezas, es como si rodaran por el tejado. Hacen temblar los muros. Menean nuestras camas. Cuando se anuncian, Gato Muerto se despierta, se levanta, corre hacia el ojo de buey y lo abre. Se alza de puntillas. Los escucha venir, cruzar y alejarse. Una calzada empedrada une la isla con el continente. Gato Muerto se lamenta de este istmo. Habla de aniquilarlo, de crucificarlo. En primavera, cuando la crecida lo engulle, da la vuelta a la isla en canoa, todos los días, varias veces al día. En primavera el río crece, se agranda. Algunos años, inunda toda la isla y pasa por encima. Entonces solo quedan ya el olmo, la copa de los álamos y la rueda de la cantera que sobrepasan el agua tan lisa y blanca como un espejo. La abadía es de Gato Muerto. No me gusta vivir aquí. Aquí solo vivo a la espera, en estado latente. Christian no está aquí. Su sitio en la mesa, frente a mí, está vacío, tan vacío como debería estar su sitio en mi cabeza. Ya es septiembre... Christian está en vísperas de regresar. Pasaremos una o dos semanas juntos. Acto seguido... Einberg asegura que el lugar de un chico de su edad está en el instituto... Todo el mundo se pelea por quitármelo. Christian es como un trofeo. El más fuerte se lo lleva. Se equivocan, Einberg y Gato Muerto. Christian. El más fuerte soy yo. Quien acabará por tenerlo soy yo. Lo apartaré de ellos, tal como apartaré a Constance Chlore de su horrible familia. Tener a alguien metido en la cabeza es como tener clavada una espada. Quiero entrar, como una espada, en la cabeza de Christian. Y su espada, partirla con mis rodillas. Y la espada de Constance Chlore, romperla. La espada del Dios de los Ejércitos, la hago trizas. Mi corazón, me lo arranco, lo lanzo al río.

¡Christian llega mañana por la mañana! ¡Rápido a la cama! Qué difícil es dormir... ¡Qué larga será la noche! Antes de que me coja el sueño, mi barco dará cien vueltas al mundo, mi ave volará mil veces de un horizonte a otro. Me despierto. ¡Demasiado temprano! Vuelvo a cerrar los ojos. Me despierto de nuevo. Aún está oscuro. Me despierto, una vez más. Es de día. ¡Por fin! Me vuelvo completamente loca. Salto de la cama, salgo como un cohete de mi habitación. Grito por los pasillos, río, galopo. Bailo y me arremolino como una cuadrilla de polillas alrededor de un farol. Abro la puerta de Christian de un golpe con el brazo. Corro a tirarme a su cama como quien corre a tirarse al río. Como una pelota salto y reboto sobre la llanura donde duerme. ¡Christian! ¡Christian! Aúllo y gesticulo como los Indios en son de guerra. Mantas, sábanas y cortinas vuelan por la habitación como fantasmas en una casa encantada. El plumón de las almohadas nieva, nieva, nieva como en una ventisca de nieve^[3]. Le hago cosquillas en la planta de los pies, y sus pies se encorvan. Le hago cosquillas en las axilas y sus brazos se cierran como trampas sobre mis manos. Apenas recién llegado, con los ojos legañosos y la cara abotargada, Christian gruñe, ruge, amenaza, pero permanece fofo, se niega a salirse de sus casillas. Me ensaño. Me repancho sobre él. Lo despeino. Le meneo la cabeza por la nariz, por las orejas. Lo lleno de insultos. Poco a poco se tensa, se crispa, se enarbola. La erupción va a desencadenarse. Sus repentinos giros provocan verdaderas sacudidas sísmicas. Lo pillo por un pie y tiro. Desesperadamente se agarra a los largueros. Practico un tirón irresistible. Suelta la prenda y ¡zas!, vuelca sobre el parque. ¡Ahora sí! Está furioso. Se pone en pie y a la caza. Si me pilla, me retuerce el pescuezo. Tan viva y ágil como un manantial, me escurro entre sus garras. Corre más deprisa que yo. Estoy arrinconada. Soy una cabra acorralada. Aprovecho una sábana y se la lanzo a la cara. Se enmaraña adentro, como en una red, y consigo volverme a zafar. De nuevo me pisa los talones. Va a arrojarse sobre mis hombros. Su bote de canicas preside la cómoda. Lo agarro al paso. Y, por puñados, con el airoso ademán del sembrador, lanzo las canicas bajo sus pisadas. Patalea de dolor y rabia. Se balancea, zangolotea, ya no basta con que recupere el equilibrio. Finalmente cae patas arriba. Me río tanto que me siento borracha y me tambaleo. La risa deja mi cuerpo vacío, me debilita. Siento las piernas flojas. Ya no me tengo en pie. Caigo, tirada en el suelo de risa. Él me agarra, me estruja, me maltrata. Me siento demasiado borracha para reaccionar. Le dejo hacer. Poco a poco, su paliza me despeja. Me zafo. Enseguida me vuelve a atrapar. Nos abrazamos y caemos al suelo. ¡Chúpate esa, asqueroso! ¡Chúpate esa, asquerosa! Nos peleamos como oseznos, como gallos de feria. Como es más grande y más fuerte, no tengo escrúpulos en recurrir a los golpes más bajos. Nos revolcamos, tropezamos con las paredes, rebotamos. Las cómodas se encaran. Los sillones hacen

carambolas. La cama remolinea. ¡Ríndete! ¡No! ¡Jamás! Con la rodilla en mi garganta me mantiene pegada al parqué. ¡Ríndete! ¡No! ¡Jamás! Enderezo la cabeza y le muerdo de lleno, le calo por completo con lo que sobra de mi dentadura. Me agarro a su pijama. Los botones de su chaqueta saltan como cohetes. Pero él me duplica en tamaño y fuerza y a la larga acabará conmigo. Mi esfuerzo y picardía solo van a retrasar el inevitable desenlace: mi rendición incondicional. Estoy sin aliento. Me arde la garganta. Me retuerce el brazo. Ya no aguanto más. Abandono. Arrío la bandera. Me rindo. Suplico. Exige que recoja sus canicas. ¡Nunca! ¡Jamás! ¡Antes el trato de cuerda! ¡Antes la bomba atómica! ¡Recoge tú solo tus sucios ojos de cristal! Estaría muerta en el oscuro ropero donde me ha arrastrado y encerrado si, tras haber oído mis gritos, no hubiese venido el jardinero a liberarme.

Nos ponemos a la mesa. El jardinero sirve el potaje. Disimulamos. No debe notarse que nos hemos peleado. Es un secreto. Es una broma que hemos gastado a Einberg. Metemos la nariz en nuestros platos para evitar que nuestras miradas se crucen. Basta con pensar en él para que me den ganas de reír, Christian se pone la mano de tapadera.

—¡Mira bajo tu plato! —me suelta con voz sorda.

Recelosa, levanto el plato lleno de caldo. Hay una nota. La escamoteo y la despliego sobre mis rodillas. Algo cae al suelo. A cuatro patas bajo la gigantesca mesa, busco en la oscuridad. Pongo la mano en un lazo negro donde una pequeña pieza tornasolada similar a un ojo de gato está ensartada. Se trata de un sol de marfil coronado de rayos ópalo y zafiro. ¡Ópalo y zafiro! ¡Qué bonito! Cómo brilla. Doy un grito de alegría. Subo a la superficie. Me noto colorada de alegría. Espontáneamente, con entusiasmo, enseño la joya a Einberg ¡Mira, Einberg, qué bonito es! ¡Qué luminoso! ¡Me lo ha regalado Christian! Leo la nota aspirando emoción y amor. «Espero que la paliza de esta mañana te haya servido realmente de lección. Es un auténtico amuleto. Las piedras preciosas son auténticas. Me lo regaló un escultista zulú. Tu hermano Christian» Anudo el lazo a mi cuello. Y con voz estridente, ante Yaveh, juro a Christian que jamás se separará de mí. Desde el fondo de su silla de coro, Gato Muerto sonrío. En la otra punta de la mesa, Einberg cierra los puños, le crujen los dientes. Noto como le tiemblan los pantalones a Christian. Einberg clava en él una mirada lo suficientemente nociva como para envenenarlo.

—¿Qué es eso? —le ladra—. ¡Responde! ¿Qué es eso?

—Es un amuleto, —contesta Christian con un soplo de voz y las orejas rojas de vergüenza—. Un sol zulú. Sirve para su culto.

—¡Quítate eso, Bérénice Einberg! ¡Devuélveselo, y rápido! Y pide perdón a Yaveh por tu ridículo juramento. En cuanto a ti, Christian, ¡deja en paz a mi hija!

Me pone a rabiar. Estoy hasta la coronilla de las estupideces de este chiflado. Se me inflan hasta los dedos de los pies con su guerra de los Treinta Años.

—¡Acaso piensas que te tengo miedo, Mauritius Einberg! He dicho que conservaría el amuleto y lo mantendré. Si me lo quitas, lo lamentarás. ¡Te mataré!

Gato Muerto se levanta y acude a mi rescate. No va a dejar escapar una ocasión tan buena para lanzarse sobre Einberg.

—¡Sus gritos de alarma son absolutamente ridículos, Mauritius Einberg! ¡Está usted enfermo! ¡Está loco de odio! Frenarlo todo, ¿no? ¡Destruirlo todo! ¡La mínima señal de felicidad os escandaliza, os saca de quicio! ¡Que estos niños se complazcan os estriñe! ¡Verlos quererse os hace vomitar y reventar el pus! ¡Cómo os entiendo! ¡Cuánto os compadezco!

—¡Me reservo el derecho de educar a mi hija como mejor me parezca! ¡Si quieres hacer de tu hijo un mentecato, eres libre! ¡Pero no toques a mi hija!

—¡Me reservo el derecho de proteger a mis hijos del morboso odio que os corroe!
¡Zas y zas! ¡Chúpate esa! ¡Y vuelve a por otra! ¡Pum! ¡En plena jeta! ¡Así aprenderás, asquerosa! ¡Pam! ¡En tu narizota! ¡Así aprenderás, asqueroso!

Gato Muerto habla del amor como de una ciudad fortificada, como de un refugio donde ningún mal alcanza, como de un remanso de bienestar, como de un enclave exuberante al abrigo de un techo descapotable de pinzones y pardillos. Sus palabras, cada vez que las pronuncia, encuentran en mí montañas y gargantas donde reverberan. Pero un refugio, por seguro que pueda ser, ¿acaso no es una jaula, una prisión, un sótano sombrío y viscoso? Ansió algo más de la vida en su devastadora inmensidad que los agradables y atestados refugios atrincherados que nos hemos preparado. Una bahía no me dice nada. Necesito todo el continente, todos los continentes. Quiero vagar por continentes y desiertos. Quiero alcanzar la punta de los abismos y de las cumbres. Quiero saltar del abismo a la cima. Quiero ser *absorbida* por todo, aunque solo sea por acabar. Quiero ser atacada por todo aquel que tenga un arma.

Estoy en contra del amor. Me rebelo contra el amor, al igual que ellos se rebelan contra la soledad. Amar quiere decir: sentir gusto y apego por una persona o por una cosa. Amar quiere decir: sentir. Amar quiere decir: sufrir. Yo no quiero sentir, sino provocar. Yo no quiero sufrir. Quiero golpear. Yo no quiero aguantar.

Cuando sea mayor, en vez de corazón ya solo tendré un pellejo vacío y seco. Christian me dejará fría, completamente indiferente. Ningún lazo que no haya tejido con mis propias manos nos unirá. Ningún impulso me guiará hacia él: me dirigiré a él por mis propios pies. Me gusta pensar que somos dos piedras a las que me he propuesto trasplantar de una a otra mi sangre. Un diálogo quedará establecido entre ambas piedras. Mi trasplante quedará coronado con el éxito. Soy una alquimista enloquecida por los vapores de mercurio. Amaré sin amor, sin sufrir, como si fuese de cuarzo. Viviré sin que lata mi corazón, sin tener corazón.

Las historias de amor me cansan. Considero fallida, arruinada, mediocre, la vida de aquellos cuya vida es una bonita historia de amor. Siempre pasa lo mismo. Ella y él. Vienen de una y otra punta de ninguna parte y se enamoran. No se conocen. Se acercan cara a cara, se miran y sienten sus corazones encenderse, empaparse, inflarse. Se gustan. Me gusta quererlo. Te gusta amarlo. Se aman y, surgidas de las oscuridades de la tierra, miles de campanas repican. Él está extasiado y no ha hecho nada por ello. Ella está en la gloria y no ha hecho nada para ello. Les ha caído todo del cielo. Sufren una presión y dejan que crezca. ¡Es vil! ¡Es indigno! Han caído en la trampa y se encuentran a gusto. Se gastaron una broma y, ciegamente, como si fueran tontos de remate, se regocijan en ello. Son víctimas de un complot, cómplices de una maquinación. Me llamo Bérénice Einberg y no permitiré que me induzcan a error. No hay que dejarse llevar para amar. Es como abandonarse.

Aprendo a desdeñar lo primero que me gusta. Me entreno en rebuscar lo primero

que me induce a buscar en otra parte. Las cosas y las personas a las que no encuentras belleza alguna no hacen sufrir. Es ridículo. Pero menos ridículo es obedecer sin desconfiar de la voz de sus sentimientos, sentimientos que no proceden de ninguna parte. Ellos han salido de la nada, se han despertado, han hallado algunos sentimientos en su alma y dicen: «Estos son mis sentimientos.» Lo importante es querer, tener el alma que te has forjado, tener lo que deseas dentro del alma. Ellos se preguntan de dónde vienen. Cuando vienes de ti mismo, sabes de donde vienes. Hay que dar la espalda al destino que nos guía y forjarse uno diferente. Por eso, hay que oponerse sin tregua a las fuerzas ocultas, a los impulsos desencadenados por algo ajeno a nosotros mismos. Debemos crearnos de nuevo, volver a nacer. Naces como nacen las estatuas. Vienes al mundo estatua: algo te ha hecho y ya solo tienes que vivir tal como te han hecho. Es sencillo. Soy una estatua que se esmera por cambiar, que se esculpe a sí misma en algo diferente. Cuando te has hecho a ti mismo sabes quien eres. El orgullo exige que seas lo que quieres ser. Lo importante es la satisfacción del orgullo, que no se nos caiga la cara frente a nosotros mismos, la majestad ante el espejo, el honor y la dignidad alimentados en detrimento de los extraños poderes cuya incipiente alma se encuentra infecta. Lo que cuenta es saberse responsable de todos los actos que realicemos, es vivir a la contra de lo que alguna naturaleza interna nos condenaba a vivir. Hay que, con el ejemplo del gigante negro guardián de los genios malignos, hacerse fustigar para no dormirse. Me arrancaré los párpados si es necesario, para mantener los párpados abiertos. Elegiré el suelo de cada uno de mis pasos. Me reinventaré a partir del poco orgullo que tengo.

No hace falta haber vivido mucho tiempo para poder sacar conclusiones precisas acerca de la felicidad. Me burlo, con la misma risa soberbia, tanto de la alegría como de la tristeza. Sé que la alegría es inherente, que, haga lo que haga, siempre deberé rechazarla con ataques tan regulares como el tic-tac de un reloj. Quiero decir: no podemos impedir sentirnos dichosos hoy y desgraciados mañana. Un día estás alegre. Otro día estás hastiado. No se puede hacer nada ni a favor ni en contra. Cuando eres honesto y vives tu vida, haces el esfuerzo por pasar de ello. Las alternancias de alegría y tristeza son un fenómeno irreprimible, exterior, como la lluvia y el buen tiempo, como las tinieblas y la luz. Te encoges de hombros y sigues. ¡Arrea, cochero!

¡Christian! Constance Chlore... ¿Qué son? Yo soy el general y ellos las fortalezas a tomar. Me adueño de ellos. Se los robo al que los tiene en su poder. Los privo de sí mismos y me los llevo en cautiverio. Ejercito mis poderes sobre ellos. Soy propensa a quererlos, pero no los quiero. Porque no quiero quererlos. Tengo que vencer sobre su voluntad y sol re lo que me lleva a quererlos. Son mis batallas. Son mi batalla. Gato Muerto es mi batalla. Einberg es mi batalla. Todo es mi batalla. ¡Bum! ¡Un cañonazo en la nariz del Indio! ¡Zas! ¡Un zapatazo en las orejas del Indio! Algún motivo que me alumbre en esta noche, algún impulso que me conmueva en este momento, falta

que Christian y Constance Chlore se presenten, que les busque, que les espere, debería dominarlos, no debería sufrir por culpa de ellos. Solo debería conocerlos de vista. Deberían ser solo para mí el alfil y la reina que uno mueve en el tablero. Pero me aburriría. No hay que sufrir. Pero hay que asumir el riesgo de sufrir mucho. Y me gustan demasiado las victorias para no andar en su pos a cada batalla, para no correr el riesgo de perderlo todo. Arrea a la cama. ¡Caca de vaca!

Esta semana, ser la amiga de Christian es fácil, va por sí solo, lo trae consigo. Es tan sencillo que casi ni merece la pena. Pero más tarde, será duro, agotador, casi imposible. Tengo algunos planes. No nos sugeriremos nada, como dos piedras. Deberemos construir nuestra amistad a la par. Solo seremos amigos por orgullo, por la belleza de construir algo, de crear, de dirigir el cotarro. Quiero que a la larga Christian acabe por repugnarme y por menospreciarme. Entonces será mi amigo a pesar de nuestros pesares. Entonces los esfuerzos que despleguemos para mantener nuestra amistad nos harán sudar la gota gorda, nos harán sangrar por los ojos, nos fundirán. La vida no transcurre a ras de suelo, sino dentro de mi cabeza. La vida está dentro de mi cabeza y mi cabeza está dentro de la vida. Me siento continente y contenida. Soy *la vasalla del avasallado*.

Christian tiene una forma de amar que desarma. Ama las pequeñas cosas, las cosas que no tienen ni fuerza, ni forma, ni peso, ni belleza. Se inclina sobre ellas y, ante mis ojos, las veo enseguida resplandecer con lo mejor del ser humano. Las examina, las descubre. Solo tiene que señalarlas con el dedo o cogerlas en su mano para que enseguida, bajo el efecto de su amor, se vuelvan maravillosas. Volvería irresistible para una boa constrictor el barrote de una silla. Cuando estoy sola y veo correr las arañas sobre el agua del pantano ni me inmuto. Cuando estoy con Christian, las arañas llenan mi mirada como si fueran navíos, se iluminan para que las vea y abro los ojos para dejarlas entrar. Los trozos de junco que recoge son casas. Los abre y vemos huir un insecto, un animalito, una especie de minúsculo ser humano, un rinoceronte no mayor que una cabeza de alfiler.

Vamos a la ciénaga. Una vez en la orilla nos descalzamos. Enrolla las piernas de su pantalón y hago un nudo en mi falda. Caminamos sobre la arcilla fría y peligrosa cogidos de la mano. Llevo su morral al hombro. ¡Déjame llevar tu morral! Está lleno de redes y tarros provistos de ingeniosas trampas. De repente se queda inmóvil, me aprieta la mano y señala algo con el dedo.

—¡Mira! —murmura—. ¡Una libella!^[4] Mírala bien. Mira como sus alas son transparentes. Se puede ver el cuerpo al través, como si no tuviera alas. ¡Mira su abdomen! Es negro, pero brilla como si fuera verde. Sus alas están como trazadas a escuadra. ¡Mira su cabeza! Es cuadradita cuadradita y parece tener engastada una gota de plata. Como si llevara casco. Mira como se queda quieta. Finge que no nos ha visto.

Al principio creí que solo era una moscarda. Acto seguido pensé que salía de las manos de un orfebre y que el orfebre la había prendido con un alfiler a ese pétalo como quien se coloca un diamante en el dedo. La libella no tiene nada que ver con todo esto. Aprendo que es una asesina sin escrúpulos. Christian me cuenta las

historias más sanguinarias de libellas que conoce. Christian saca un matamoscas del morral. Mi corazón se contrae. Christian golpea veloz como el rayo. Y la libella, que hace un momento sobre el pétalo parecía una flecha a punto de ser disparada, ya solo parece, pataleando débilmente en el agua espesa, una larva.

—¡Loco! ¡Estás loco! La has destrozado. Ahora está toda rota.

Abro el tarro y él la deja caer en el fondo. Nos ponemos de nuevo en marcha y de exploración. La libella recobra el conocimiento. Sus patitas se estiran como cuerdas de violín. Sus alas se tensan como pieles de tambor. Ha vuelto a estar vibrante, toda tiesa, alerta y vigilante. La veo lanzarse en todas las direcciones, desbandarse en vano contra las paredes de cristal de su prisión.

Aguantamos la respiración. Hemos sumergido el mantel de cáñamo que nos sirve de red bajo la superficie opaca y misteriosa del agua. Apretándolo por las cuatro esquinas, frotando lo máximo posible el accidentado fondo con un movimiento lento y constante, lo llevamos hacia zonas cada vez más profundas, cada vez más ocultas. Hay que prestar mucha atención, no perturbar nada, no desplazar nada; las mayores maravillas son las más asustadizas. Christian me da la señal. Con el mismo gesto lento y continuado, en un silencio cada vez más sofocante, alzamos nuestra pesca. Es el momento de un éxtasis cada vez más vertiginoso. El agua cae ante nuestros ojos desencajados y frente a nuestras bocas abiertas. Estamos en ascuas más ardientes que si cribásemos arenas auríferas, cada vez más inclinados sobre nuestro mantel, que vacía el peso de su agua. El agua escurrida fluye entre nuestras piernas, después, al reducirse, empieza a gotear. Ya solo queda una sopa cada vez más espesa de limo y algas. El agua fangosa empieza a moverse. El agua fangosa se anima, se pone a bullir. Imagino no sé qué zarcillos coleantes, no sé qué minúsculas hadas con aletas, no sé qué flores vivas de margarita y dalia, liberándose entre las sacudidas de esta insoportable gestación. El hormigueo se define, se puebla. Brillan unos lomos. Aroman unas colas. Veo como espabila una multitud de pequeños renacuajos negros. Espero al resto, a los gordos, a los pálidos y tibios como huevos de gorrión, a esos cuya garganta es blanca y blanda como un moflete, esos que se impulsan en perneras de campanón^[5] a raíz de que se desmenuza su hermosa cola en punta de lanza. Al lado de los demás parecen gigantes, son maravillosos, casi monstruosos. Llenan el puño cuando se les aprieta para sentir como la vida les hace sufrir. Una vez que todo el agua se ha vaciado, siempre se produce una suerte de milagro. Al ondular en toda su longitud, una sanguijuela tan larga como un cordón ha saltado. Un auténtico pececillo de acuario, un pecesito transparente, verde brillante o azul brillante se ha desprendido de la masa de renacuajetes negros y pequeños moluscos inmóviles.

No regresamos hasta el crepúsculo. Camino muy por detrás de Christian, besando de paso a las ninfas que habitan en los álamos.

Hace más bien frío y hay una atmósfera de claroscuro. Miro el cielo. Intento aclarar la funesta efervescencia que inflama mi cabeza, la angustiada ebriedad que abrasa todo mi cuerpo, los febriles vértigos que me provoca. Un banco de nubes denso como un espolón y negro como el azabache se alza a gran altura, por encima del horizonte las cimas marcadas al rojo vivo de una muralla que ha puesto dique a las violentas erupciones de un crepúsculo de otoño. Estamos sitiados. El firmamento va a ser invadido.

El viento sopla en buena dirección. Va a llover. Tal vez sea nuestra última oportunidad. Hay que quemar la hierba esta tarde. Vamos en busca del jardinero. Lo llevamos atosigando con este asunto desde primeros de mes. ¡Mira, jardinero, va a llover, la hierba se va a mojar! ¡Jardinero, mira, sopla en buena dirección, el viento llevará las llamas hasta el río! Abrumado, sin resistencia ni argumentos, el jardinero cede. Se levanta, se pone la gorra y va hacia la abadía a pedir permiso a Einberg para quemar la hierba.

Armados con teas, sembramos de fuego el frente que cubre todo el largo de la isla. La retama, la aulaga, la forrajera y la grama se elevan hasta la cintura, tan secas que crujen, tan pobladas como la arena. Enseguida empieza la masacre, la hecatombe, la deflagración, la catástrofe. Apenas prendidas, en un soplo de viento, las llamas se sublevan, sobrepasan nuestras cabezas, nos desbordan por todos los flancos, nos vemos presos en mitad de un revuelo de garzas. Rápidamente, de una playa a la otra, a galope tendido, mientras golpea el penacho de humo bajo las nubes, que semejan prietas manadas de enormes caballos blancos, las llamas embisten, las llamas se rompen, las llamas claman. Enmarañadas en negros humos, salpicando espuma chispeante, se pliegan y despliegan como una inmensa ola. Gigantescas, espantosas, desenfrenadas, al surcar y expandirse como un maremoto, todo lo arramblan, todo lo devoran, todo lo arrasan. Tras ellas solo queda un fino encaje de cenizas negras que se pulveriza bajo nuestros pasos. El oscuro firmamento enrojece. Todo el páramo crepita. Christian y yo no paramos. Somos los dueños del fuego. ¡Y, créanme, aún falta por ponerle el cascabel al gato! Hay que mantener en toda su longitud la ola incendiaria, vigilar que la más mínima ramita, que la más mínima brizna de paja no escape. Hay que ayudarla a franquear los macizos rocosos, que enderezarla cuando se quiebra ante un charco, que excitarla y alimentarla allá donde la hierba falte, que resucitarla allá donde esté muerta. Hay que anudar y reanudar sin interrupción sus innumerables cuerpos. Hay que ocuparse de todo. Perezoso, despreocupado, con la cabeza en otra parte, el jardinero lo dejaría todo a medias. Me llevo las manos a la cara. Está ardiendo. Llevo las manos a la cara de Christian. Lloran nuestros ojos y sonrían nuestros labios. No paramos de toser. De pie, apartada, con su gato en brazos,

Gato Muerto mira como hacemos. En tomo al olmo y a la noria de cantera, hay que cercar el fuego, machacar esta Hydra, hacerla retroceder, luchamos contra ella. Con toda la fuerza, asestamos golpes de pala sobre sus cabezas que se ponen en pie. El viento amaina. La lluvia comienza a caer en forma de granizo. Una vez embriagados, los acres perfumes del fuego nos revuelven un poco el estómago. Unos cuantos escalofríos recorren nuestros brazos. Volvemos a casa. Las últimas cenefas de llama bajan hasta el borde de la orilla y se desvanecen. Ya solo brillan durante la noche pequeños nidos dispersos de brasa. Sigo a Christian, extenuada, con las piernas flojas, doblada en dos, riendo a carcajadas, enganchada de una mano al ribete de su jersey.

Cuatro gorriones saltan de migaja en migaja de pan delante de la puerta de la caseta del jardinero. Un golpe de viento glacial lleva de nuevo a los cuatro gorriones bajo su cornisa. El año pasado, con las primeras heladas, puse la lengua en la traviesa de la cancela y se me quedó pegada, tan pegada que cuando tiré me arranqué la piel. Me quito mis manoplas calientes. Plantada frente a la cancela, alargo mis húmedas manos hacia la traviesa de hierro que el frío adorna con una especie de plumón blanco. Tengo miedo. Pero la traviesa de hierro me tienta demasiado. Después de muchos retrocesos y vacilaciones, me decido. Cerrando los ojos, dando un gritito, la agarro de lleno. ¡Ay! Es peor que empuñar una brasa. El metal está casi hirviendo de frío. Noto como se adhieren mis palmas, como se funde mi piel. Me falla el corazón. Mi boca se abre. No grites. ¡Trágate esos infames gritos, Bérénice Einberg! Intento retirar las manos. La epidermis se disputa la carne. ¡Sufre pero no grites! Piensa en el Padre Brébeuf. El Padre Brébeuf no gritó cuando los Indios le pasaron por el cuello su collar de hierro candente. Maravillados del coraje del endeble Rostro Pálido, los rudos guerreros se disputaron su corazón. ¡No pierdas la cabeza, Bérénice Einberg! Sufrir solo está en contra de tu carne. Pegar gritos como una gallina cogida por las patas está en contra de todo tu espíritu. Los Indios sabían que el padre Brébeuf sufría, pero eso no les bastaba. Querían que gritara, que gesticulara, que perdiera el dominio sobre sí mismo, que su orgullo desfalleciera. No te pierdas. Mantén tu espíritu bien apretado entre tus brazos, Bérénice Einberg. Siempre se puede inflar el corazón con suficiente fuerza para no gritar como una gallina cogida por las patas. Tras mi aventura del año pasado, he aprendido que, en semejante situación, solo hay un medio para salir adelante sin despellejarse vivo: sufrir y esperar a que el metal se caliente. Mis manos se cuecen. No tardarán pues en hacer entrar en calor cualquier cosa. Sufro más que el padre Brébeuf. Y no he gritado. He cobrado venganza sobre la traviesa. He vencido. Me sonrío. Me encuentro a gusto. El año pasado... Al igual que el año pasado, ¡desgraciadamente! la gran duquesa de Mingrélie ha venido a pasar aquí sus vacaciones de invierno. Nos llegó ayer, de Dniépropétrovsk, con toda su pompa.

Todavía no ha nevado. Anoche hizo mucho frío. Cuando salí de la abadía esta mañana bien temprano, una espesa escarcha empolvaba los campos y las arenas metalizadas, envolvía los desnudos álamos y las inmóviles cañas, enmascaraba la caseta del jardinero, el olmo y la rueda de la cantera.

En principio solo tanteamos con la punta del pie el fino enlosado de azabache que, hace escasas horas, ha adoquinado el canal en el más profundo secreto de la noche. Como nos sostiene sin chistar ni ceder, nos alejamos de los bordes temblando.

Apoyados el uno en el otro, hacemos deslizar prudentemente los pies. Los antiguos habitantes del continente dicen que el canal no tiene fondo por este lado del dique. Si lo tiene, queda lejos. Una vez, hace mucho tiempo, unos ingenieros vinieron a medir a qué profundidad se encontraba. Habían traído una plomada tan larga que su peso ponía en peligro la barca. Se desenrolló todo el cable y la pesa aún bajaba más. El último año, mientras probábamos el hielo tal como hoy, una especie de trueno se puso a rugir bajo nosotros. Del espanto nos quedamos clavados en el sitio, una ancha fisura, relumbrante como un relámpago, corrió entre nuestros pies, huyó por delante ramificándose y fue a perderse entre los cañaverales de cada orilla dejando sobre la oscura superficie la huella de un enorme árbol blanco. El hielo no se quiebra, no da señales de debilidad. Avanzamos con mayor seguridad. Nuestros pasos se alargan y se vuelven pesados, pronto marcan el ritmo de una alocada carrera, de una loca contradanza en pleno ataque de risa. Subsisten las dudas. Falta un testimonio más convincente. Nos dejamos caer sobre el sombrío espejo y lo probamos una última vez aporreándolo con toda la fuerza de nuestros botines reforzados. El hielo se desmigaja pero no se agrieta. ¡Victoria! ¡El hielo está bien! Volvemos corriendo a la abadía. Anunciamos la noticia a Gato Muerto. Gato Muerto frunce el ceño y pide la opinión del jardinero.

—El hielo está bien, —confirma el jardinero.

Aplaudo, salto con los pies juntos.

—¡No hagas tanto ruido! —murmura Gato Muerto. Mingrélie aún duerme.

Sentados en el felpudo de la cancela para no estropear el parqué sin ton ni son, nos calzamos los patines. Gato Muerto ayuda a Christian a apretar sus cordones. Tiene que apretar muy fuerte en el cruce de la lazada mientras Christian enhebra los ojales siguientes. Aprieta con la yema de su hermoso dedo, de su esbelto dedo coronado con una piedra preciosa ojival y rosa. Christian enrojece como una recién casada. Y eso que nunca vi una recién casada. Y el botín debe apretar el pie para que se sienta estable sobre los patines. He tenido que recalcar a Gato Muerto que no me ayude a atarme. Me ato yo sola, así sale. ¡Mala suerte! Gato Muerto enrolla un fular de lana alrededor de mi frente y de mi cuello. Su linda gran mano roza mi cara, su mano ligera, delicada y perfumada como una flor. Me ha ataviado como a una momia. Me asfixio.

—¡Christian! —grita abriendo de nuevo la puerta—. ¡Cuida bien de tu hermana pequeña!

Me coge de la mano. Un día seré yo quien cuide y quien coja de la mano. Bajo los patines de Christian salpica el polvo de diamante, las estrellas vuelan en pedazos. ¡Ahí sale! En seguida coge carrera, lleva la carrera y se desliza como un balandro. Ahora ya se balancea de trecho en trecho como al final de un vals. No sé qué tengo en los pies; nunca he podido aprender a patinar. Me muero por reunirme con Christian,

por estar embarcada en su juego, por ser arrastrada con él como por una pendiente, por ser iniciada en el embrujo que tanta gracia y alegría le proporciona. No debe ser tan difícil después de todo. Observo atentamente como hace Christian. Te dejas deslizar sobre un patín, luego sobre el otro, después está tirado. ¡Probemos, una vez más! Adelanto el pie. Esto resbala, esto resbala tanto que pierdo el control, derrapo y me estrello. Me vuelvo a poner en pie. Esbozo otro intento con el patín. Esta vez además me dejo llevar por el deslizamiento y vuelvo a encontrarme boca abajo. Me resigno a caminar, después, con la impaciencia, me animo y me pongo a correr. Mis patines se tuercen, mis piernas se separan de repente y pierdo el equilibrio. Me vuelvo a estrellar de cabeza. Me rompo de nuevo la rabadilla. Llamo a Christian en mi ayuda. Me coge de los hombros y consigo recorrer tres metros sin caer. Me dice que patino como una campeona, me deja caer y se va. No pierdo las esperanzas. Con el tiempo todo llega. Y, engañándome con que Christian sigue sosteniéndome, me vuelvo a poner manos a la obra. Me entrego a fondo. Nadie ha probado su trasero con tal ritmo y tanto entusiasmo. El tiempo mínimo que me concedo para dominar mi arte a fondo se ha agotado sin resultados. Ya no le saco ni gusto ni fuerzas a volverme a levantar. Me revuelco con desesperación. Tanto de espaldas como de morros, pego patadas y puñetazos, maldigo mi impotencia, mi suerte y todo lo demás. Vuelvo a llamar a Christian en mi ayuda. Fuera de sí con el radiante hielo y el aire despejado, Christian disfruta en deslumbrarme con sus habilidades, con burlarse de mí, con hurgar en la llaga. Da vueltas a mi alrededor a la velocidad de un meteoro, ora con la pata en alto, ora reculando. Salta por encima de mí. Frena delante de mis narices, raspando el hielo, haciendo volar la pólvora. Para colmo de males, la gran duquesa de Mingrélie viene a nuestro encuentro. Ella no bromea con los patines. Se ha vestido con tutú y pololos. Haciendo trenzados aquí, yéndose más lejos para girar en peonza, cambiando de nuevo de sitio, parece una auténtica bailarina, parece una mariposa que liba. Rabio de envidia. Sacudo cabezazos y dentelladas al hielo. Camino sobre mi orgullo y, a cuatro patas, me pongo a perseguir a Mingrélie. ¡El guapo de Christian no quiere enseñarme a patinar! ¿Quieres tú, tú?

Vamos a patinar. He hecho progresos. Avanzo a pasos agigantados. Ahora, cuando Christian y Mingrélie me agarran de los brazos y me arrastran en sus arabescos para que haga de vela, consigo mal que bien permanecer en pie sobre mis patines. Tengo tanto más mérito cuanto que nada les hace reír más que verme caer patas arriba, y reírse juntos es para ellos como besarse. Tengo que anticiparme a sus repentinos giros, a sus bruscos parones, a sus falsos pasos en falso y a sus disimuladas zancadillas. Si confiara en ellos har a progresos extraordinarios, quemar a etapas, dar a pasos de gigante. Intercambian la misma mirada, el mismo gui o de inteligencia y afirman que estoy dotada de inauditas aptitudes naturales para el patinaje artístico. Me comparan con Barbara Ann Scott.

Christian y Mingrélie tienen un secreto. Se nota. Cuando se sonríen, sus dientes parecen ser los dientes de un tesoro escondido. Cuando se miran, un sol desconocido, un sol distinto del sol hace brillar sus ojos. Patinan en lo invisible. Mis patines silban a d o con sus patines, pero yo soy la única que patina en lo visible.  Viva la soledad!  Caca de la vaca! Siento que estoy de más, que no soy deseada, que les importuno. Me importa un bledo. No hay que hacerse la timorata. Obtengo un malévolo placer al imponerles mi presencia, al interponerme, al romper la magia, al turbar su pequeño  xtasis. Para librarse de mí, se ponen de mutuo acuerdo en dar la vuelta a la isla. Cuando su vertiginoso impulso les ha llevado al extremo opuesto de mi mirada, poca cosa puedo hacer ya para poner trabas a su secreto. Sin duda, en última instancia, podr a arrastrarme en su busca. Pero no me arrastro lo suficientemente rápido. De nada vale arrastrarse. Hay que salir con los puños en alto.

La gran duquesa nos deja. Vaya con Dios my dear Fr ulein^[6]. Estar  encantada de no tener ya que aguantaros. Es todo pose. Y eso me exaspera tanto más cuanto que soy yo a quien, en sus ataques de ostentación, parece favorecer. Debe de decirse: «Esta no tiene pinta de muy brillante, esta sí. Tiene una cabeza para llenarla de pajaritos.  Vamos all !» Conmigo est  tan segura de su superioridad, tan afianzada de la eficacia de sus actitudes hieráticas y de su verborrea, que hace que tiemblen mis más firmes convicciones.

Soy repugnante. Mis pelos son tan lacios y est n tan enredados que un peine buldócer se atascar a. Mingrélie es tan hermosa como un día sin fin. Unos tirabuzones ligeros y luminosos cuelgan en pesados racimos de la cima de su oscura cabeza, dan vueltas y bailan a raudales hasta su nuca tan delgada como una muñeca. Soy tan bruta y tan torpe con las palabras como con mis miembros. Ella es tan graciosa como una mariposa y tan educada como una reina. Casi nunca he salido de la isla salvo para ir a la escuela. Ella ha comido en los restaurantes de las ciudades más importantes de los

cinco continentes. Ha estado en el teatro de Hamburgo, en la ópera de Oslo. Yo no sé nada de química, de geometría, de griego, ni de hebreo, de música, de ballet, de equitación ni de sexo. No hay secreto en las ciencias, las lenguas y las artes que Mingrélie no haya aprendido en la escuela, adivinado o vulnerado. En vano imploro la sonrisa y atención de un hermano cuya amistad renuevo a cada instante con el sacrificio de mi orgullo. Mingrélie se ha adueñado de Christian por la cara. Le hace gesticular con el rabllo de sus ojos, con el pómulo de sus mejillas, con la comisura de sus labios tal como el artista hace gesticular su marioneta con la yema de sus dedos. Y peor aún, no tiene corazón, es mala. En vez de compadecerse de mí y volar en mi auxilio, Mingrélie se aprovecha deliberadamente de las carencias de mi origen, de mi naturaleza y de mi educación para desdeñarme, denigrarme, reducirme a la más mínima expresión y poner mis más humildes propósitos en ridículo. Sin embargo no me preocupan en exceso estas cuestiones. Cuando sea mayor, mi gloria habrá disuelto en el resplandor y la opulencia de su potente luz la sombra de Mingrélie.

Todos los años me envían a Mingrélie. Vendrá para compartir la tristeza de mis navidades de judía errónea^[7]. La ciudad se ha maquillado. Han cubierto la ciudad de ristas de luces multicolores. Gato Muerto ha hecho colocar un alerce en la capilla. Lo ha enrollado con guirnaldas. Ha cargado de cristales y bolas decoradas sus brillantes ramas aromáticas. Les ha colgado duendecillos de colores. Ahora bien, todo eso no me importa. Debería estar contenta, ya que eso me aísla y todo lo que aísla libera. Al contrario. Estoy llena de tristeza. Es Nochevieja. Gato Muerto recibe risueña una hilarante multitud de parientes y amigos. No dejan de darse besos. Bailan polcas-mazurcas y sudan. Cenán a medianoche, en un claro de candelabros. Por costumbre, el jardinero levanta el puente de la calzada en cuanto lo cruzamos. Esta noche, el puente de la calzada quedará bajado durante toda la noche. A Mingrélie y a mí solo nos está permitida una aparición puramente formal, en pantuflas y pijama. Christian está colmado de regalos. Según lo previsto, Einberg ha rechazado los regalos que Gato Muerto nos destinaba. Ella solo me regala por Navidad para forzar su voluntad, para forzarlo a echar pestes, para hacerlo pasar por un memo y hacerle rabiar.

Voy a encontrarme con Mingrélie en su dormitorio. Le pido que me acoja en su lecho. Intento enternecerla con mi desgarradora desgracia. No me escucha. Ella tiene una desgracia mucho más desgarradora que la mía. ¡Todos esos chicos a los que no sabe dónde colocar! Huele infinitamente bien. La interrumpo para decírselo.

—Hueles bien, Mingrélie.

—Es sencillo. Tú también olerías bien si te lavases más a menudo.

Mingrélie pone la nariz en mi cuello para ver a qué huelo.

—No. No hueles a nada. No cuentes a Christian lo que te he dicho acerca de Serge.

Ha cerrado los ojos. La miro. Imagino que Christian la besa, luego la beso yo. Ella procede de un reino superior, del reino de las mariposas, de los árboles y de las estrellas, del reino de lo bello. Es como Gato Muerto. Su mera presencia la cubre de gloria. No debo dejar de luchar por sentirme digna. Le basta con hacer acto de presencia para que yo la encuentre esplendorosa. ¿Que más da si no tiene alma? ¿Acaso una mariposa tiene alma? Cambiaría mi alma por los pétalos de cualquier flor, por las plumas de cualquier loro. Estoy triste. Eso me horroriza. La tristeza hace que me menosprecie. La tristeza deja el alma blandengue. La tristeza es una cloaca. Si quieres estar resplandeciente, no permitas que arrastren tu alma a una cloaca. ¡Esfuézate! ¡La alegría abrillanta el alma, como el sol! ¡Ánimo, Bérénice, con alegría!

¡Aunque Christian me ha traicionado por débil complacencia, permanezco fiel a él! ¡Aunque Christian no ha dudado en reírse de mí para halagar a la mediocre, a la vacía Mingrélie, permanezco fiel y alegre junto a él! ¡Aunque claramente ha dejado ver que tiene tan poco corazón y tan poca alma como esa tonta, continúo queriéndolo! ¡Aunque decididamente ha hecho la vista gorda para no verle el plumero, continúo queriéndolo! ¡Aunque dentro de su alma sin orgullo la más mínima mirada favorable de ese desecho humano tiene mayor importancia que mi más amarga decepción, continúo amándolo! ¡Ánimo, vivales, con alegría! Estoy conmocionada.

Gato Muerto me informa de que mi vieja tata acaba de morir. Ahí va la historia que hice contar mil veces a mi vieja tata.

Aquel año, la llegada de la primavera había sido súbita y fulgurante. Y, además de resistir los asaltos de las fiebres estacionales, las monjas habían tenido que sobrevivir a la brutal pérdida de una venerada abadesa, después de asistir impotentes a la violación de su lugar por una joven forastera de verbo seco y mirada distante de quien corría la voz de que no debía su eminente función ni a su piedad ni a su caridad, sino a su alto linaje. Pero, cuando estalló el drama, todo aquello parecía haber vuelto a su orden, todo aquello formaba parte de un nuevo orden al que parecían haberse habituado.

La nueva abadesa, más altanera y caprichosa que nunca desde hacía una semana, no había tomado parte aquella noche en ninguno de los oficios; y nada parecía justificar esta grave omisión. Las monjas no se alarmaron. Se escandalizaron. Agitadas por la envidiosa influencia de las más ancianas entre ellas, encontraron motivo para alegrarse al haber pillado a la arrogante en falta. Se abstuvieron de intentar profundizar. La consigna era no turbar bajo ningún pretexto el reposo de la Madre Saint-Denial.

A la sacristana le gusta correr. Enfila a toda carrera uno tras otro los siniestros y sombríos corredores, haciéndoles crepitar con el grito estridente de su matraca. Anuncia la hora de la misa breve. Sin darse cuenta, ha sobrepasado la celda de la Madre Saint-Denial. Ralentiza. Se para. Se vuelve y, con la esperanza de que la Madre Saint-Denial vaya a dar por fin señales de vida, mira fijamente su puerta, espera. Nada. La puerta únicamente extiende su silencio e intensifica su misterio. La sacristana vacila. Se decide. La pobre Madre Saint-Denial quizá esté a punto de morir. Vuelve sobre sus pasos y, plantándose delante de la puerta de su superiora, hace girar su matraca en una especie de frenesí. Para para recuperar su aliento. Agudiza el oído. No ha obtenido ningún resultado. Cambia su instrumento de mano y comienza de nuevo. Ha golpeado varias veces, cada vez con más fuerza. No ha recibido respuesta. En vano también la ha llamado, la llamó. «¡Madre Saint-Denial! ¡Madre! ¡Madre!» Se pregunta qué decidir. De repente, le parece que algo se mueve en el silencio que forma esa especie de bloque tras la puerta. Algo emana por todo el tabique, algo como el rumor lejano de una gran tempestad. Ha apretado la oreja contra la rejilla. Al concretarse, los ruidos le llegan bajo una forma cada vez menos familiar, cada vez más alarmante. Son millares de llantos, llantos débiles, breves, singularmente sostenidos. Semejan los pío-pío de una jaula muy concurrida. La sacristana prueba con el picaporte. Para mayor sorpresa, el pestillo corre libre en el

cerradero. Golpea una última vez. Llama por última vez. Ya solo queda tirar de la puerta. La puerta se queda batiendo, de par en par, como por efecto de un violento golpe.

Entonces, como en tumulto, estallando con los pitidos exacerbados de millares y millares de flautines, unas ratas, unas ratas gordas, millares y millares de enormes ratas negras con ojos de diamante invadieron el marco de la puerta. Entonces, a raudales, auténticas cascadas de ratas abalanzándose y encabalgándose hasta la altura del dintel reventaron los muros de la misteriosa celda, los desbordaron, cayeron rodando y huyeron, se derramaron y se escurrieron para convertirse en una especie de maremoto viviente. En espacio de un segundo, todos los laberintos de las cuatro alas de la abadía hormigueaban y brincaban con ellas, la entera superficie de la isla quedaba cubierta por ellas.

Reinaba un olor agrio entre los muros ennegrecidos de la celda de la nueva abadesa, un potente olor a pelo quemado. Desde el Jesús de mármol hasta el catre de hierro, todo se encontraba roído, resquebrajado, como comido por el fuego. El suelo estaba cubierto de cenizas. Curiosamente, era al pie de la cama donde más cenizas se habían acumulado. Allí formaban una larga prominencia. Ante el asombro por lo ocurrido, nadie se interesaba en gran medida por la singular elevación. Pero de repente, cuando una corriente de aire dispersó las cenizas de encima, los gritos se abrieron camino. Ante las abultadas miradas, quedaba revelado un manto rojo cuyo terciopelo permanecía intacto, inmaculado. Dando la vuelta a la rica vestimenta, el exorcista descubrió, acurrucados, dándose la espalda, dos esqueletos carbonizados. Al día siguiente, sitiada por las ratas, la comunidad se resignaba a abandonar la isla. Como consecuencia, ha transcurrido un siglo antes de que alguien se atreva a tomar tierra.

—¿Era guapa o era fea la nueva abadesa? —preguntaba yo a mi vieja tata.

Mi vieja tata se encogía de hombros. No sabía.

—Era joven... Debía ser guapa.

Entonces veía a la nueva abadesa. La sentía vivir en mí. Y me parecía que si la nueva abadesa hubiese sido tan fea como yo, no habría pasado nada, que si no hubiera sido guapa todo aquello habría pasado sin más, para nada.

El invierno ha pasado. Ha comenzado la primavera. Crece el verde cabello a través del jergón donde la nieve durmió. Crece el suave cabello a lo largo de mis pasos. Camino sobre la tierra y en el espacio, detrás de Christian. Aviados de cuaderno, pluma y tintero, levantamos un inventario en toda regla de nuestra fauna. Somos unos Cristóbal Colón. Palmo a palmo descubrimos la isla. Cuarenta y dos grillos. Veintitrés hormigas. Tres escarabajos. Un gato. Todo se tiene en cuenta, incluso a Mauriac, el gato que Gato Muerto adora. Christian lo anota todo con letras de oro. Casi a cada paso, pisamos la cola de una rata. Christian ha registrado unas dos mil para que salgan las cuentas redondas. La mayor riqueza de la República de Sudáfrica son los diamantes. La nuestra son las ratas. Hemos localizado dos nidos de culebras tras el montón de leña apilado en la trasera de la caseta del jardinero. Un zorro, que busca en balde su sendero arramblado por las nieves, vaga delgado y triste por los cañaverales. Seis marmotas montan la guardia en la linde de la mina de carbón. Permanecen solo el tiempo en que se creen los únicos seres vivos sobre la faz de la tierra. Enseguida que ven algo moverse, se esfuman. Vigilan mientras tuercen y enderezan el cuello con una rapidez inaudita. Se pasan la vida mirando para asegurarse de que están solas. Christian golpea en una roca con su bastón. De ella saltan dos relámpagos: dos comadreas. Tenemos dos ardillas y su cola es más gorda que ellas. Cuando corren, su cola ondea como la pluma de un avestruz en el casco de un lancero cargando, como una pluma de avestruz en la cola de un torpedo. Las dos ardillas se persiguen por el túnel y sus garras redoblan en el metal como una granizada. Arrojado una noche por un avión, el túnel, un enorme cilindro acanalado, permanece tal cual cayó: varado transversalmente sobre la arena hacia la popa de la isla. Christian dice que entre los animales que nos faltan hay algunos que ni nosotros mismos conocemos. Por contra, los hay, como el perro y el caballo, cuya ausencia nos avergüenza en exceso. Mañana tendremos nuestro perro. Nos ataremos el primer perro suelto que nos encontremos en el camino de vuelta del colegio. Mañana, al regresar del colegio, tendremos un saco y lo llenaremos con todos los grillos, saltamontes, cucarachas, caracoles, rinocerontes y elefantes que nos encontremos. Cuantos más animales haya en la isla, más ricos seremos. Hemos escrito una carta a Gato Muerto. La pondremos debajo de su plato cuando Einberg no esté allí. Es una petición donde son enumerados con la mayor precisión todos los animales que nos faltan «Querida mamá, una cabra, una vaca, un puerco, un caballo, una boa, un panda, un kiwi^[8]... Firmado: Christian ---- Bérénice.» Christian piensa que ella se va a echar a reír.

Las ratas brotan al mismo tiempo y en cantidades tan grandes como las malvas.

Durante un mes, abundan las ratas; toda la isla bulle. Cada primavera, Einberg jura la exterminación de su raza. Sin embargo, al toparse con el pavor del campesinado, nunca ha podido organizar la orgiástica batida con la que sueña. Todo queda reducido, mudando de tono, en invitar a los furtivos, que solo sueñan con pieles de visón y de rata almizclada*, a venir en el mayor número posible para tender sus codiciosas trampas. Gato Muerto alimenta una gran veneración por la vida animal, y las circunstancias, entre las cuales su guerra de los Treinta Años con Einberg no es la menor, la han llevado a tomar un papel de primer orden en nuestra campaña para la protección de las ratas. Al igual que yo, aunque por otras razones, ella acabó por encapricharse de los horribles roedores. Se ha vuelto limitada y apasionada con su tema. Cuando hablan mal de ellas, su corazón y sus ojos echan chispas. Personalmente, no tengo nada contra las ratas, ni contra la rabia, la peste, la difteria, la malaria y todas las terribles enfermedades que serían susceptibles de transmitir. Hasta que los acontecimientos moldeen mi juicio y sentimientos, cuento a ciegas con la opinión y los sentimientos de Christian. Además de ser el general de las ratas, Christian es su madre, su hermano y su médico. Le han mordido un par de veces, pero ha sido tan bueno para ellas que con el tiempo han aprendido a reconocer su presencia y su amistad. Cuando ve una rata arrastrar la pata o resoplar como un buey, la trae a la clínica, habilitada en los sótanos de la abadía, y la cura. Le calienta leche, le desinfecta sus heridas, le repara los huesos fracturados. Desde inicios de la estación, conchabados en secreto con Gato Muerto, hemos partido en cruzada contra los crueles tejemanejes de Einberg y los cazadores. Cazamos trampas. Calzados de botas y armados con bastones, pasamos nuestros lindos días reconociendo la grama y los cañaverales. Todas las trampas descubiertas son despiadadamente desmontadas, destrozadas y lanzadas al caudal sin fondo del canal. Bajo el puente ferroviario, al pie de un pilar, somos testigos de un drama que me escandaliza, tan trágico y tan magno que su imagen aún perturba mi alma. Salpicando los juncos de barro, una rata almizclada forcejea presa en la trampa, chifla como si llorara. Las mandíbulas de hierro la han agarrado de una pata e, inexorablemente, aprietan. Sabiendo que su libertad está comprometida de por vida, la gran rata no ha dudado, no ha esperado al milagro. Joven y vigoroso, el diente potente e incisivo, ha resuelto cortar por lo sano ahí donde atraviesa el nudo gordiano. ¡Se come la pata! desviviéndose por matar el dolor, la muerde y la roe. La sangre corre. El hueso cruje. Practica la vivisección con una resolución casi sañuda. Agujereando a bocados, desgarrando a tirones de cabeza, retorciendo el miembro lastimado y roto en pedazos mientras todos sus músculos se retuercen, está como loca, como desbordada por sí misma: explota, alumbra, truena.

—Ves..., —dice Christian mientras coloca a la posesa almizclada el capuchón que le permitirá operar sin riesgo a dejarse rebanar los dedos.

Sí, ya vi. Y ahora, veo en sus ojos embelesados que ha visto lo mismo que yo.

Estamos desinfectando la pata y entablillándola. Estamos tan prendados de la pequeña bestia herida que solo vemos y sentimos por ella.

—¡Deja eso! —gritan por detrás nuestro, de repente.

Christian tiene el tiempo justo de volver la cabeza. El puño blandido de un joven furtivo se hunde en su rostro y lo derriba. Apenas tengo tiempo de comprender qué sucede. Christian se ha levantado rápido y rápido ha puesto los pies en polvorosa. Huyó sin mirar atrás, dejándome a solas ante el armatoste furtivo para defender a la pobre rata, la almizclera medio muerta de libertad. Una rata tiene las tripas llenas de coraje. Un Christian no tiene coraje suficiente para llenar el dedo meñique de su pie. No pasa nada por tener un amigo cobarde, es mucho mejor que pillar la escarlatina, que *tragar* matarratas, que chupar naftalina^[9].

Somos sorprendidos por una tormenta. La lluvia cae tan fuerte que explota como en pequeñas bombas sobre la arena y el río. Corremos a refugiarnos en el túnel. Cuando estoy sola, me gusta mucho dejarme golpear y empapar por una intensa lluvia. Cuando estoy con Christian, prefiero aislarme con él en este exiguo refugio y convencerme de que un peligro común nos amenaza. Hablamos del porvenir y la carrera. Es la primera vez que esto sucede. Le digo que no me quedaré aquí para labrar piedras hasta el aburrimiento ni para rodar cantos hasta caer de muermo. No soy de los que levantan catedrales. Soy de los que arden en deseos por propagarse por toda la extensión del firmamento, como el azur. Cuando sea mayor batiré los campos de todos los países y ahuyentaré a todas las bestias del tedio. Tendré un cañón grande y daré caza al tedio hasta caer muerta. Christian dice que ve lo que quiero decir. Dudo de la sinceridad de sus palabras. ¿Cómo puede ver eso que tanto me duele, que tan oculto está en el fondo de mí? Él no ve los lobos que aúllan en el fondo de mi prisión.

—¿Tienes prisa por salir de aquí?

—No, Christian. No es eso. Mi alma me tiene en su mano como si sostuviera una lanza y va a lanzarme muy muy lejos, muy muy alto. Me mantengo en mi mano en espera de ser lo bastante fuerte para lanzarme a través del firmamento. ¡Estoy impaciente, impaciente, impaciente!

Bajo estricto secreto, me confía que él también está impaciente por lanzar algo, que él también lleva mucho tiempo esperando a ser lo bastante fuerte. Él también tiene prisa por lanzar una lanza. Sin embargo, no es una lanza humana. Es una lanza de madera. Sus confidencias me sorprenden de tal forma que no lo entiendo, tiene que repetírmelo todo. Quiere ser lanzador de jabalina. Sueña con batir todas las marcas, con representar a Canadá en los Juegos Olímpicos.

—¡Vaya idea! ¡Lanzador de jabalina! ¿En serio?... ¡Tú estás loco! ¡Vamos!

Mis gritos al cielo no le impresionan demasiado. Se encoge de hombros. Hay que estar loco para tener semejantes ideas.

—¿No quieres que sea lanzador de jabalina? ¿Qué querrías que fuese?

—Mi hermano, mi amigo...

—¿Y qué es lo que hace un hermano, un amigo? Si me paso el tiempo siendo tu hermano y tu amigo no haré mucho que digamos con mi cuerpo.

La jungla gris de lluvia se aclara, baja la voz. Volvemos a la abadía bajo una ráfaga de truenos. Christian me lleva a su dormitorio. Nos sentamos en su cama.

—¿Dónde está tu jabalina?

—¡No hables tan alto! Mamá no debe enterarse. ¡No lo olvides: es un secreto!

—¿Por qué no quieres que mamá lo sepa?

—Solo se lo diré cuando esté seguro de mi acierto, seguro de poderla honrar.

—Un lanzador de jabalina no puede honrar a su madre.

—Mamá no es una madre como las demás. Estoy seguro de que lo entenderá.

—Es guapa nuestra madre, ¿verdad?

Me habla del escultista zulú. Me cuenta que es su mejor compañero, que se escriben. Parece ser que, sin esfuerzo alguno, el escultista zulú podría lanzar su jabalina por encima de la abadía entera. ¡Todo un señor! Ha sido elegido para participar en los Juegos Olímpicos de Brisbane, dentro de dos años. Aún no habrá cumplido ni los dieciséis. Christian se sube a un taburete y saca un gran cuaderno de la repisa de su ropero. Ruborizado, balbuciente y aclarando su voz, me enseña, me abre y me tiende su cuaderno. Es un álbum donde ha pegado recortes de periódico que cuentan e ilustran las hazañas de los lanzadores de jabalina. Christian pronuncia los nombres americanos de esos oscuros héroes, en su mayoría negros, casi monos, con tanto amor y orgullo como pronuncia los nombres en latín de las diversas especies de ratas. Cesar Lincoln Cash. Shakespeare Washington Blake. Le hago repetirlos para aprendérmelos de memoria, por complacerle.

—Si eso es lo que quieres, Christian, te acompaño en tu deseo. Te ayudaré a entrenarte.

—Sobre todo no digas nada a mamá. ¡La pobre! Ella que piensa que quiero convertirme en biólogo. Voy a probar con el lanzamiento de jabalina. Si fallo en el intento, ella no sabrá nada: continuaré mis estudios de biología como si nada. Está tan orgullosa de mí. Habla de mí como si yo fuera ella. «¡Qué inteligente es Christian! ¡Tan formal para su edad! ¡Está lleno de ideales!» Se caería de las nubes si le anunciara que estoy a punto de convertirme en un fracasado lanzador de jabalina. Pero si salgo adelante, lo entenderá... Estoy seguro de ello. Se pondrá tan contenta como yo. Se reirá tanto como yo.

—¡Déjala! ¡Pobre Christian! No ves que ella y Einberg se odian a matar, que ya ni siquiera lo ven claro, que ni nos ven, que solo se sirven de nosotros para tirarse los trastos, para hacerse daño.

—Papá no lo entenderá. Me da igual. Le dirá a mamá: «¡Mira lo que has hecho de mi hijo, un lanzador de jabalina! ¡Un ancestro del lanzatorpedos! ¡Un deportista!»

El hermano que yo tenía ayer era defensor de las ratas. El hermano que tengo hoy es lanzador de jabalina. Me pregunto qué pintan aquí todos estos hermanos. Estoy sola y dejo que se derrumben encima de mi alma las atalayas que he levantado para fortificarla. ¡Cómo puedo afirmar honestamente que Christian me gusta! Para que me siga gustando me tiene que gustar otro distinto. Debo cambiar de Christian al paso que Christian cambie, y Christian nunca es el mismo. A veces es bueno. A veces cobarde. A veces está enamorado de Mingrélie. A veces coloca una rata bajo su jersey para hacerla entrar en calor. Otras veces es lanzador de jabalina. Todo esto es estúpido. Me gusta creer que Christian me gusta, pero no es que me guste él. Me

gusta la idea que me hago de él, eso que llevo adentro y que llamo Christian, el Christian que yo concibo y encamo tal como me conviene concebirlo y encarnar. Sé que Christian sería otro si lo mirara con el prisma de una conciencia diferente. Me doy cuenta de que basta con que cambien mis disposiciones respecto al Christian que llevo, para que el Christian al que solo conozco de vista se modifique, se adapte. Luego, Christian no existe. Por tanto, yo lo he creado. ¡Pues sigamos creándolo, con alegría! ¡Recuerdo haber nombrado a Christian caballero y haber partido tras él, como tras Gautier Sans-Avoir, en cruzada contra los Niams-Niams, de haberlo visto caer gloriosamente bajo los muros de Nicea, de haberlo amortajado con mis vestimentas, de haberlo enterrado en un desierto de nieve, de haberme muerto de frío estrechando su tumba! También recuerdo haber deseado a menudo, a fin de poderlo amar con más fuerza, que Christian fuese feo, cobarde, sin gracia alguna, tal que una piedra. Christian vive solo en el país llamado Christian y me ve de distinta forma a como yo me veo. Me ahogo en el centro de mis huesos, me escondo ahí dentro y me desprecio por ello. Veo a Christian a través de todo lo repugnante y nauseabundo que en mí sucede. Imagino a Christian como quien imagina estrellas en el fondo de una alcantarilla. Lo que en mí sucede de asqueroso es lo que sucede en cualquier ataúd con la sangre aún caliente. ¡Abre un ataúd después de diez años, mi edad! ¡Caca de la vaca! No existe ningún Christian. Del mismo modo que, para satisfacción de nuestras respectivas necesidades, Christian encuentra una mamá en la misma persona donde yo encuentro a Gato Muerto, existe una multitud de Christian, tantos Christian como seres que se lo inventen. Y eso me deja sola. Si no existe ni Gato Muerto ni Christian, no existe nadie salvo yo bajo el sol. Si no hay nadie salvo yo bajo este sol, el sol es mío, soy yo el creador y el poseedor del sol.

Otra vez el verano. El verano, una vez más. Constance Chlore me deja, una vez más. Casi no la he visto en todo el año. Se va con la coral. Me gusta Constance Chlore. Esta tarde, Constance Chlore, tú eres el único rostro que deseo. La nutria tiene cara de nutria. Constance Chlore tiene cara de Constance Chlore. Como las nutrias, los seres humanos solo tienen su cara. Cuando miro una nutria, una rata, a Christian, a Constance Chlore, a Gato Muerto, no existe otra cosa distinta que pueda llevarme salvo su cara. Si no he salido con Constance Chlore y el resto de la coral es en honor a los primos. De Polonia, de Rusia y de Estados Unidos, mis numerosos primos se lanzan a mi encuentro. ¡Extiendo los brazos! Es una idea de Gato Muerto, otro de sus cañonazos en la narizota ganchuda de Einberg. Incluso sin saber qué pinta tienen la mayor parte de mis primos, odio apasionadamente a todos y cada uno de ellos. ¿Se debe a algún hecho? Necesito odiar. Yo odio. Punto. Esto solo hace reavivar la certeza que siempre he tenido: Bérénice Einberg, con todo lo repugnante que sea, controla toda la creación. ¿No ha bastado con que mis necesidades deseen que los primos sean odiosos para que así se vuelvan? Tinieblas, volveos verdes. Lo

crean o no, las tinieblas que veo son verdes, azules, rosas, rojas, blancas. ¿Qué es una **U** verde al lado de una noche verde? ¿Qué es una viga en **I**^[10]? ¡Caca de la vaca!

Los he contado, cuestión de satisfacer mi curiosidad, cuestión de ver si era buena en cálculo. Tengo más primos que dedos. He computado no menos de quince. ¡Increíble! ¿Y quién sabe qué nos depara el futuro? Aún falta la delegación americana, que establecerá el equilibrio entre Güelfos y Gibelinos. En este momento, las filas católicas gozan de una escandalosa ventaja numérica, una ventaja digito-pornográfica. Einberg me lleva aparte y, jugando como siempre el papel más ingrato, me incita a prestar una atención únicamente circunspecta al avance de rubios entre mis primos. Me dice que, porque soy judía, los polacos me guardan rencor. No serían tan malos si, como a todos los gentiles, la historia, la propaganda y la envidia no los condujese de manera irresistible a desear el mal a mi raza y a mi persona. Bérénice, hija mía, no te fíes, guarda las distancias. Si quieren hacerte creer que es vergonzoso ser judío, no te dejes influenciar. Bien, papá, ni los oiré, ni los veré. ¡Enviaré a esos brutos incircuncisos a que los escuchen y los miren en otra parte! Gato Muerto también me echa un sermoncete. Me cuenta que mi corazón es de todos, que tengo que dividirlo en partes iguales y darle un trozo a cada uno. Habla de mi corazón como de una tarta que se hiciera agua en la boca de todos mis primos. Tengo unos primos muy raros; les gusta la tarta de pus al vinagre. Me dice que algunos de ellos no hablan una palabra de francés y que debería de aprovechar para aprender su idioma. El conocimiento de varias lenguas contribuye al enriquecimiento de la personalidad. Bien, mamá, aprenderé ruso, inglés y polaco. Y cuando sea mayor, habré aprendido tantas lenguas, tendré una personalidad tan hermosa, que los que me vean pasar me tomarán por la Venus de Milo. ¡Tendré unas piernas!, ¡unos ojos!, ¡un talle!

Gato Muerto se toma muy a pecho la invasión de los primos. Desde primeros de año no escatima esfuerzos en acumular acuerdos y desacuerdos, sirviéndose por igual de martillo y escala como de pico y pluma. Ayudada por el único jardinero, muchas veces trabajando a bajo cero, ha restaurado el ala oeste de la abadía y la ha acondicionado, amueblado y decorado con suficientes dormitorios como para recibir digna y confortablemente a todo el mundo. No hay nada que ella no haga con tal de plantar delante de las narices de Einberg lo mucho que ama a su prójimo, con tal de demostrarle toda la bondad y belleza que encierra su corazón. Yo no me llamo Christian. No será a mí a quien engañe con sus aires de no valerse de malas intenciones.

Pasamos un par de semanas parcheando, calafateando y aparejando el viejo balandro que fuimos a buscar en el cementerio de barcos. Gato Muerto dirige el astillero con mano maestra, secundada por el jardinero, pescador jubilado y diestro obrero pese a ser un hombre extraño. Los primos trabajan como condenados, con

ganas, más que un tonto, como unos benditos. Encantados, con tener tanto y tan bueno por hacer, se han puesto manos a la obra con entusiasmo y tesón, se han entregado en cuerpo y alma. Chicas y chicos, pequeños y grandes, blancos y negros, rojos y verdes, Güelfos y Gibelinos, todos sudan de lleno por la cara, todos ríen de oreja a oreja, todos van procurando no chocarse como las nubes. Considero apetecible ser la excepción. Me hago la remolona. Dejo caer adrede los maderos al suelo. Esta noche, según lo previsto, se bota el balandro. Ladea un poco, pero flota. Esperamos en silencio por ver si hace agua. Ya entrada la noche, el barco fondea en la rada, alza alta su veleta en la oscuridad, despliega el azur evanescente de su vela con los destellos de la llama que engalana la orilla. Está listo para partir, tiembla de impaciencia, tiende su vientre para que embarquemos. Estamos despachurrados en torno a la alegre hoguera, extenuados. Caímos como barridos por una ráfaga de ametralladora. Guardamos silencio. Nos entusiasmos, mientras se nos saltan las lágrimas de los ojos. Mis mejillas se extienden para prender el fuego, para arder. Mi nariz se alarga para pescar el humo, el humo que huele a corteza, el humo que huele a ramas, el humo que huele a bosque. Medio duermo. De repente hay una rusa que, con una voz tan clara como el aire, se pone a cantar. Mingrélie sin duda. ¿Qué más da?

Me hice de rogar, pero sin convencimiento. Intenté odiarles, pero el odio ha fracasado. Con la luz blanca del alba, en su espesa luz como de leche, zarpamos. Unos cubiertos con pétaso, otros con morrión. Todos vamos armados hasta los dientes. No hay dos escudos iguales, pero todos llevamos uno. Los que no tienen tizona de madera, tienen cimitarra de madera o yatagán de madera. Mingrélie también se ha prestado graciosamente a estas tontas exigencias de la uniformidad; Christian cubrió su sable de arena para que ella no se pinche mientras juega con fuego. El mango de mi hacha es peor que un puercoespín, pero a Christian le importa un bledo. Esperan a Gato Muerto, la capitana de la flota, mientras unos practican la esgrima, otros golpean el casco con sus hierros. Han madrugado: hay quienes incluso no han tenido tiempo de limpiarse las legañas. Me mantengo al margen, a la defensiva, casi indiferente. No estoy ni lo bastante triste para odiar, ni lo bastante alegre para amar. Pero, aunque solo sea por aprovechar el volumen de pasajeros para sentirme aun más sola, haré este viaje. Por fin, notablemente cansada pero decididamente sonriente, Gato Muerto aparece. Lleva un casco galo, con dos cuernos, del tipo tuerca de mariposa. Va armada, como quien no quiere la cosa, con una gran pistola de rueda en cobre cincelado que constituye la pieza más hermosa de la panoplia a la que tanto celo pone Einberg, la tiene soberbiamente fijada bajo un ancho cinturón de orfebrería. El pobre Einberg jamás ha descolgado esta obra de arte de la campana de la chimenea, salvo para lustrarla.

Solo es un juego, pero todo se desarrolla según las mejores tradiciones navales, Gato Muerto distribuye las funciones señalando con el cañón de su pistola a las

personas que elige.

—¡Tú serás mi lugarteniente!... ¡Tú llevarás el timón!... ¡Te nombro gaviero!... ¡A tí, el amarre! ¡Todos vosotros, marineros!... ¡Te confío la vela!... ¡Vosotros tres, a los fogones!...

Izamos nuestro escudo de armas, «tronchado de púrpura y sable con un esqueleto en plata desprovisto de cabeza». Bogamos en alta mar. Aquí, el río se abre tan espacioso que las riberas solo marcan un alfaque desdibujado entre los límites del azur y las aguas. Somos raptados por el viento. Nuestra nave desciende por la corriente como si rodara por un acantilado. La embarcación se debate entre las corrientes, como si la nave quisiera echar a volar. El gaviero ha desplegado su telescopio. Un buque bastante extraño, se dirige a nuestro encuentro, poco a poco ha ido subiendo desde el fondo del horizonte. Se agranda a simple vista. Se diría que se infla a medida que se acerca. Intentamos identificarle.

—¡Eh! ¡el del castillo!

—Es un petrolero, un petrolero negro.

—¿Qué escudo ondea?

—Defiende los peores colores, colores holandeses.

—¡Timón a estribor! ¡Tensad la vela! ¡Aguantad!

Estamos decididos; lo abordaremos y lo hundiremos. Cargamos. Valor no nos falta. Acosamos al gigantesco petrolero tan de cerca que, al tomar sus olas de costado, estamos a punto de irnos a pique con cada una. Por desgracia, no damos la talla. Después de haber encajado, a bocajarro, cuatro cargas de noventa y siete cañones de más de un palmo de calibre, debemos replegar a nuestros infantes, desenganchar las escalas y batirnos en retirada. Gato Muerto resplandece. Es alta, guapa, rubia, parecida a la «Virgen» de Baldovinetti. Como si fuese de oro, los primos la idolatran y se lanzan a sus pies para adorarla. Se apelotonan alrededor de ella, zumban a su alrededor. Echan para atrás la cabeza hacia el sol, para ver mejor su rostro y para que ella vea mejor el de ellos. Les acaricia el pelo con su hermosa mano. Los apretuja de dos en dos contra sus costados, con cariño. Hay para todos. Basta con esperar el turno. ¡Sin preferencias! Guarde cola tranquilamente. No empuje. Sentada encima de la guía, con la espalda en la vela, me dejo carcomer por la luz, me dejo sacudir por las cortinas de viento. Me importa un bledo. De pie en los obenques, Christian la mira hacer, mordiéndose los labios, clavando su mirada triste, su mirada condenatoria. Parece estar celoso. No parece que le guste ver como su madre se entrega a la prostitución. Christian se preocupa por nada. A Gato Muerto le trae sin cuidado esta maliciosa ficción romántica. Lo único que cuenta para ella es demostrar lo que tiene que demostrar a quien tiene que demostrárselo. Lo único que le importa es ganar la guerra que libra con Einberg. Lo demás no cuenta en absoluto, no le importa para nada. No necesita nada ni de Christian, ni de mí ni de esos mocosos.

Debe de ser enternecedor verse tan maternal con los mocosos de los demás. Debe de sentirse buena, de gustarse.

El río Ellice sale huyendo de las Barren Grounds y se vierte en el golfo de la Reina Maud, al sur, muy al sur de la tierra del Príncipe Patrick. ¡Desierto de Kyzil Kum, extiende tus rojas arenas hasta el fin del horizonte por delante de mis pasos! ¡Llorad, dulces alciones, llorad!

Christian se me escapa. Christian está más enamorado de lo que piensa. Está tan enamorado de la gran duquesa que sus pies no tocan el suelo. Está tan henchido de amor que planea por encima de tierras y aguas, como si fuera Yahvé. Atraviesan el canal en barca. Se supone que van a los matorrales del continente a cazar falenas. Cruzo el canal a nado y decido seguir su rastro. A gatas por el espeso y húmedo musgo, podrido de insectos, sigo su rastro. A gatas bajo los enramados de espinos que surcan mi ropa, arañan mi piel y chupan mi sangre, sigo su rastro. Ofendida y humillada, sigo su rastro. Se han parado. Ocupan un pequeño claro dominado por un enorme tocón centenario, ennegrecido y hueco. Con la mano en el bolsillo de su pantalón, inflado con algo que parece un pastillero, Christian ríe para sus adentros haciendo esperar a Mingrélie, dejando que se impacienta.

—¿Los has traído o no? ¡Eres tan crío! ¡Venga dame!

Mingrélie se lía a golpes. Consigue meter la mano en el bolsillo de Christian y saca lo que esconde dentro. Abre el estuche; está lleno de colillas. Se planta la más grande en la comisura de los labios y espera a que Christian la encienda. Christian la enciende, luego enciende la suya. Ambos estornudan a la vez. Con cada calada escupen, tosen, se ahogan, cambian de color. ¡Ya basta! Les lanzo unos trozos de leña seca. Se alarman. Me río hasta desgañitarme. Christian me coge del cuello. Mingrélie me tira de los pelos, me tacha de desgraciada, de guarra.

—¡Fuera de aquí! ¡Vete! —chista Christian, empujándome, consintiendo que Mingrélie me escupa encima.

Christian ya no me mira, ya no me conoce, no se acuerda de mí para nada. Pasa por mi vera sin verme, con la nariz recta por delante, sin pestañear con cara de juez disgustado. Cuando por la mañana, como solía, voy a despertarle, a pillarle de improviso; se pone hecho una fiera y me saca fuera, me patearía el trasero. A comienzos de la primavera, él y yo, en la cripta, con el mayor sigilo, pusimos en pie un laboratorio biológico, una especie de clínica donde podíamos asistir a las ratas y estudiar ciertos especímenes de la vida de los pantanos. Desde que llegó Mingrélie, me está prohibida la entrada a la cripta. Ahora, al igual que antaño conmigo, se encierra allí con ella durante largas jornadas.

Regreso de los matorrales hacia la isla, cabizbaja, con el corazón hecho polvo. Me escondo en un rincón sombrío y fresco del cobertizo donde el jardinero parte y apila la leña. Me instalo allí confortablemente. Me recuesto a gusto. Sobre todo apoyo la cabeza, tan pesada, tan cansada, desbordada por todo lo que no para de entrarle por los ojos, los oídos, la boca y la nariz. Después me pongo a llorar. Lloro a lágrima viva, dulcemente. Suavemente gimo. Gemir atrae las lágrimas tal como la música atrae a los bailarines. Te relajas, dejas que tu corazón entristezca, gimes un poco y empiezan a caer, a rodar en picado por las mejillas.

—¿Qué te pasa, mi pequeña?

Con astucia y disimulo, sigilosamente, Gato Muerto se ha acercado. Su aparición sobre mí es tan repentina que pierdo la respiración. Pone carita de triste, de desalentada. Deja caer los brazos. Hay que poner carita de triste con los que lloran. No es difícil poner cara de triste; basta con no reírse. Vuelvo a llorar con enojo. Se equivoca si cree que me enternece con sus exageradas poses hieráticas.

—¡Tú, Gato Muerto, déjame en paz! ¡Como me toques, te muerdo!

—Estás de pena... Calma, palomita, calma... Deja que mamá te consuele.

Cuanto más me acaricia y me habla, más miserable me siento, más perdida y traicionada me siento. Sonríe, tristemente, a la perfección como con todo. Me coge en sus muslos. Me mece y me da besos. Sigo completamente crispada. Si no para de babear encima de mí, la mato. Forcejeo como una posesa. Le doy golpes, puntapiés, puñetazos. Le arañó los brazos, la cara. Incluso la muerdo. Se lo tenía advertido. Solo tenía que permanecer tranquila. ¡Va a correr la sangre! Por fin suelta la presa. Con ambos brazos, con todas mis fuerzas, la empujo fuera de mi cobijo. ¡Fuera de aquí, bruja! ¡Deja a la gente decente llorar en paz! Veo su rostro, llora de veras, su bello aspecto está totalmente descompuesto, desvencijados del todo. Se larga, a galope tendido, con el rostro entre las manos. Su desaparición no me conmueve más que su aparición. ¡La detesto! ¡Gato Muerto! ¡Bicho Muerto! ¡Chamomor!^[11] ¡Chamomor! Un viejo designio vuelve a germinar en mi cerebro cegado por el odio, un designio cuya ejecución me impacienta, me quema entre los dedos, me desahogará, me arrancará alguna que otra espina del corazón. He vaciado el contenido de un frasco de tintura de yodo en la escudilla de estaño de Mauriac, el gato al que Chamomor adora, y lo he diluido en leche.

—¡Minino minino minino! ¡Ven, gatito bonito!

Alimenta ciertas sospechas respecto a mí. Pero es goloso como un ogro y ha olfateado el néctar. Maúlla, inclinando la cabeza. ¿Le prometo no hacerle daño? Se acerca vacilante. Saca la lengua, mete la lengua, saca la lengua, mete la lengua. Lo ha lamido todo. Se aleja zigzagueante. Va dando bandazos como un poseso. ¡Zas! Cayó. Se engarrota, palpita, vomita, estira las patas, expira. ¡Estaba cantado! ¡Caca de la vaca!

Esta mañana es la ronda de las cerezas. Todo el mundo sale hacia el continente. El jardinero es el último en salir, al llevar las cestas de mimbre. En la cocina, antes de partir, cortando por lo sano, se saca la mantequera, se reparten los cuchillos y se preparan tantos emparedados de plátano como seamos capaces de tragar. No estaremos de vuelta hasta la hora de cenar.

—¡Mucho ojo, niños! ¡Nos vamos a las cerezas! Hay veinte canastos de mimbre para llenar, uno para cada uno. Haremos vino. Cuantas más cerezas cojáis, más vino habrá cuando, dentro de unos años, regreséis y tengáis edad de emborracharos.

A cada lado del campo de avena, disimulando las alambradas de espino, los cerezos conducen sus filas indias hasta el fin del horizonte. Llenas hasta reventar, sombreadas de rojos zafiros, sus delgaduchas ramas se vencen. Ningún anfitrión fue tan hospitalario, ningún rey quemó tanto perfume, ni saco brillo a tantos brazaletes y collares, ni dispuso semejantes mesas, ni agasajó con igual munificencia. Da la impresión de que bastaría con alargar el cesto para que se llenara, para que rebosase. Rompes un racimo y notas como tu mano se embriaga, se fertiliza, crece con desmesura, se cubre de lagos, bosques y viñedos. Quienes mucho se aman, juntos cosechan. Pero la mayor parte están desperdigados, yendo cada cual, lejos, en busca de un buen cerezo con el que poder estar a solas. ¿Dónde han acabado Christian y Mingrélie? Al igual que a través de los huesos de un esqueleto, uno puede verlo todo entre los tablones usados, incluso como fuego, del granero abandonado. Agazapada en la sombra, apoyada en el embasamiento saliente del reseco granero, recreo perversamente la vista. Disfrutan hundidos en el heno podrido. Lo que beben entre risas directamente de la bota de Mingrélie no es agua, es néctar cariñosamente robado, es el coñac de Chamomor. Encienden una colilla, se la fuman pasándosela mientras se lanzan el humo a los ojos. Mingrélie intenta mirar fijamente a Christian con tanta seriedad como él la mira. Lo tiene difícil; se muerde de ganas por reír la boca. Cierra los ojos. Él se pone a acariciar su cara. Se acarician, por tumos. Parecen acostumbrados. Cierras tus ojos y yo te acaricio la cara. Paro de acariciar tu cara, cierro mis ojos y tú me acaricias la cara. A Mingrélie le toca la mejor parte. Él acaricia su rostro durante mucho más tiempo que ella acaricia el de él. Ella da la vuelta por sus ojos y su boca con un dedo y enseguida vuelve a cerrar los párpados. Mingrélie está cansada de dejarse acariciar la cara. Su cara esquiva la mano de Christian. Da vueltas en el heno riéndose, repitiendo que está borracha, que está loca, que se siente a gusto. De repente, pega un grito de muerte. Se ha hecho daño. Rompe en sollozos. Había una horca sepultada en el heno, con las puntas al aire. Los largos dientes han perforado la blusa, han alcanzado la carne. Rápido, viendo como la sangre aflora, se saca el vestido por la cabeza. Incómodo, Christian gira la cabeza.

Lleva sujetador, como una mujer de verdad. Se lo quita. Frota con saliva las manchas de sangre que hay encima, las chupa. Las manchas no quieren salir. Parece enfadada, muy disgustada. Los agujeros de su pecho no sangran demasiado. Mira a Christian. Lo llama. Contesta con un sí, sin atreverse a girar. Lo llama de nuevo, más dulce. Quiere que la mire.

—Puedes mirar, si quieres. ¡No pasa nada! Total, eres mi amante. No estoy desnuda del todo, todita desnuda... ¡En fin! No soy ninguna Gorgona. No te transformarás en estatua de piedra. ¡No pasa nada! Un ruso miraría. No entiendo para nada a los canadienses. Mira, Christian. Sangre, buena sangre, gotas de sangre...

Estoy harta de sus amores. Me tienen cansada. Me tienen quemada desde hace mucho tiempo. Es hora de que esto estalle. Olvidándome de la cesta, pongo pies en polvorosa. Elijo las palabras mientras siego margaritas al paso de mis zancadas. La idea de vengarme me trastorna en extremo, me da ganas de reír. Ellos han sido malos conmigo. ¡Se lo han buscado! ¡No cederé! ¡No soy de esos timoratos que ahogan sus penas en cerveza!

—¡Mamá, rápido, ven! ¡El guapo de Christian y la hermosa Mingrélie! ¡Están completamente desnudos allí abajo, en el granero! ¡Desnudos del todo!

—¡Por Dios por Dios! No es posible. No has visto bien...

Agarro a Chamomor de una mano y tiro de ella. Hay que darse prisa. Si Mingrélie se viste tan deprisa como se desviste no hay tiempo que perder. Llego al granero la primera. De pie en uno de los costados de sol que tabican la penumbra, todavía desnuda, Mingrélie arregla bajo la bóveda de sus cabellos la corona de flores de botón de oro que ceñía su frente. Está tan guapa aun sin nada que la cubra, que de golpe mi venganza me parece ridícula. Me giro para ver a la que acude en mi venganza. Chamomor se ha quedado petrificada. Con la boca entreabierta, una mano en el aire, una pierna hacia delante, parece un autómatas a punto de escacharrarse. Una vez más, su bello aspecto se ha descompuesto, está desvencijado por completo. Poco a poco, en la penumbra, su cara se llena de una blancura fulgurante, de una palidez radiante. Sus grandes ojos azules se oscurecen, como cuando se pelea con Einberg. Presiento que va a explotar. Me quito de en medio.

—¡Vaya cabronada! —exclama de repente, sacudiendo la cabeza con pesar.

En un suspiro, la ira se apodera de todo su ser. Ya no controla. Se lanza contra ellos y, uno tras otro, los golpea con toda la fuerza, los cubre de insultos.

—¡Sucia viciosilla! ¡Yo que confiaba en ti como en mi propia hermana! ¡Yo que te creía mi hija mayor! ¡Hipócrita! ¡Hipócrita! ¡Christian! ¡Christian, me has clavado un puñal por la espalda! ¡Yo que te creía justo y noble! ¡Me das miedo! ¡Me provocas escalofríos! ¡Preferiría verte muerto! ¿De dónde sacaste tanta vileza? ¡Me siento tan sola, mi niño, tan sola! ¡Esta cochinado no era necesaria!

Los abofetea cada vez más fuerte, como si quisiera causarles el mismo daño que

le han hecho a ella. Christian llora, implora, farfulla. Mingrélíe se comporta como una curtidora criminal, como una avezada prófuga. Aprieta los dientes bajo la tunda de golpes. Estaba preparada para lo que llegase en caso de ser pillada. La próxima vez será más prudente. Agotada, con las lágrimas robándole la mirada, Chamomor se desmorona, cae sentada sobre el rastrillo que se encuentra bajo ella, coge su rostro entre las manos, se aprieta las sienes. Pide perdón. Suplica humildemente a los dos culpables que olviden su violencia. Por su parte, ella ya ha olvidado la pequeña desviación de su conducta. No sabe bien qué le pasó. Sin duda tiene los nervios de punta. Encontrarte con veinte niños de un día para otro, explica ella, te deja el bienestar temblando. Se levanta sorbiéndose y ayuda a Mingrélíe a abrocharse el sujetador y a abotonar su vestido. La ayuda también a sonarse. Seca sus lágrimas con sus manos, como quien seca las suyas. La llama «más que tonta». Mingrélíe rechaza el perdón, se enfurruña obstinadamente, cruza los brazos para ocultar las manchas de sangre. Chamomor coge a los dos del cuello, y les lleva fuera del granero invitándoles a que vuelvan a participar con ella y con los demás en juegos más divertidos, más acordes con su edad.

—Tan pronto como estemos de regreso en la isla con todas nuestras cerezas, prepararemos las conservas. ¡El tiempo apremia! ¡Nos faltan manos! ¡Una quincena en el mar!... ¡Toda una labor de equipo! ¿Entonces os habíais olvidado, ruines bribones, de que levamos anclas mañana por la mañana, dentro de unas horas, el tiempo que tarde el sol en acostarse y levantarse?

No parecen acordarse de mucho. Chamomor les habla con voz enérgica, serena, sin interrupción, mientras se secan las estelas de lágrimas pasadas en sus mejillas. Chamomor llora a menudo. Las lágrimas de Chamomor son el mayor suplicio de Christian. Las lágrimas de Chamomor no me dan ningún quehacer. Christian dice que si ella llora tan a menudo es porque tiene demasiado peso que llevar. Yo digo que ella llora tan a menudo porque le gusta llorar a menudo, porque le conviene, porque le gusta verse y oírse llorar, porque encuentra sus lágrimas bonitas, porque lo quiere así. Alguien que no quiere llorar no llora.

Mañana deberíamos partir en un crucero de dos semanas por los Grandes Lagos. Conozco la fertilidad a prueba de bombas de la imaginación de Chamomor. Temo que esta gira mundial solo desemboque en alguna estúpida merienda^[12] al otro lado del río. No obstante Einberg sale de viaje y, en estas circunstancias, te puedes esperar de todo.

Bajo un túmulo desmoronado del que se alza un poste de creta, en el que se retuerce una llama negra, los huesos de Iseo se pulverizan y se confunden con la tierra para hacer crecer las flores. En el salón de baile del palacio, las baronesas gordinflonas bailan con las baronesas en flor^[13]. De repente, una araña de cristal tan grande como un árbol se descuelga del artesonado, se estrella contra las baronesas que bailan con baronesas, y, deslizándose, desmembrándose y dispersándose a toda velocidad por el enlosado de azabache, hace repicar los frisos de acero con sus mil piedras saltarinas. Veo un navío cubrir una distancia de más de cien acres de océano. Estoy sentada encima, con las piernas colgando, casi en la punta de un promontorio. Es un abrupto malecón, un malecón de cristal compacto, un rompeolas monumental tallado en una canica transparente y multicolor. Lo que me arrastra en su loca deriva es un vitral tan macizo como un acantilado. Sentada entre el cielo y la tierra, sentada entre el día y la noche, instalada en una vagoneta de la noria de la cantera, sueño cosas imposibles. Soy el ombligo del mundo y, mientras que las tinieblas se concentran en derredor para crear una vez más la noche, sueño con cosas que nunca existirán. Hay un sauce llorón al otro lado del canal, justo frente al banco de piedra donde, cabizbaja, Chamomor está sentada. Miro como es debido al sauce llorón llorar, dejar arrastrar sus mustias ramas como cabellos por la corriente. Miro al sauce, desemboco en el sauce. Cuando un ombligo del mundo se vierte en un sauce, el sauce se convierte en ombligo del mundo. El sauce me mira, se vierte en mí, me *traga* y el ombligo del mundo se convierte en sauce. Un mar es un enorme vaso de agua. Una tempestad en el mar solo es una tempestad en un vaso de agua. Los primos permanecen escondidos entre la maleza con todas las antorchas apagadas, esperando a que oscurezca del todo.

Es el cumpleaños de Chamomor. Por eso ha ido a sentarse en el banco de piedra, los zapatos en el agua, la cabeza sobre el hombro. Apenas tiene treinta años y ya no tiene nada que hacer. Permanece ahí y espera. No puede irse de aquí; está casada. Cuando te casas, tienes que permanecer junto a tu marido y tus hijos, esperar ahí hasta que el resto de uno mismo se haya evaporado por completo. Ella ya no puede cambiar; es una presa fácil para la muerte. Con la barbilla en el pecho, la nuca descubierta, sentada en la misma sombra que comienza a disolverla, parece ofrecerse al hacha de un verdugo. ¡Pobre palomita tuya! Cuanto más oscurece, más limpia y tranquila está el agua. Una película de agua residual avanza y retrocede a lo largo de sus pies, va y viene como una mano. Su mano va y viene por el lomo pardo de Mauriac II, el gato que sustituye al gato que ella adoraba. De noche, todos los gatos son pardos. Y el lomo de un gato pardo es pardo. Hace poco podía ver el sauce llorón. Ahora, ya no puedo verlo; anocheció por completo. Eso cambia. Todo cambia.

Del fondo de la maleza, como en bocanadas, afloran unos destellos. Y de pronto, surgiendo casi del interior del suelo, agitando sus antorchas recién encendidas y pegando unos gritos de muerte, los primos se abalanzan sobre Chamomor. La han rodeado y le cantan: *Cumpleaños Feliz*, en polaco. Se cogen de la mano y del jersey para hacer un corro. Giran. Las antorchas describen un círculo rojo y el círculo rojo gira. Se desprenden los unos de los otros y se hacen pasar por caballos. Echando el bofe, paran de correr y se ponen a galopar, dejan de cantar para ponerse a reír y a lanzar petardos. En el momento que el círculo se torna en torbellino de locura y de cometas, retorna a la fantasía.

Los primos han confabulado durante toda la semana. Han hecho aprender a Anna Fiodorovna, su bebé, el poema de Banville titulado *La Madre*. Se han quedado quietos y se han callado. En el silencio y por dos veces, como si fueran los dos últimos petardos, la voz atronadora de Anna Fiodorovna estalla.

—¡Niet! ¡Niet!^[14] Minúscula, Anna Fiodorovna, está semioculta entre el auténtico ramo de rosas silvestres que le han encomendado. Da un par de pasos de través, se corrige, retrocede. Empujada por unos, pellizcada por otros, deseando acabar cuanto antes, se encamina decidida hacia delante. Sin saber adonde corre, está a punto de chocar contra el banco de piedra. Parada en seco por los gritos, suelta un tremendo suspiro, luego recita de un tirón, en una especie de sollozo mezclado con un francés de ojos almendrados, el «boema de Panville titulado: Mi Ladre». Chamomor alarga los brazos para recibir el nutrido ramo. Casi desesperada, Anna Fiodorovna deja caer las rosas silvestres en la arena, coge impulso y se lanza a los brazos tendidos. Chamomor se ríe, la besa. Todo el mundo ríe y aplaude. La tunda que recibió Mingrélie en el granero abandonado no le ha enderezado nada salvo la cabeza. Ahora ya no se molesta en despreciar, sino que abiertamente se rebela. Lleva la voz cantante y Christian, sonrojado, por miedo a perderla, mal que bien baila a su son. Se acerca a la mesa con el cigarro en el pico y la bota llena de coñac en la mano. Si Chamomor la mira con demasiada insistencia, ella fuerza a Christian a echar una calada de su cigarrillo y a *tragar* un sorbo de su coñac. Cuenta a quien quiere oírlo que Christian es como su esclavo, que puede hacerle robar todos los cigarrillos y todo el coñac que quiera. Ella dice que lo quiere mucho, pero no más, que Serge es su único amor, que Christian solo es una de sus aventurillas de escala en puerto.

—Cuanto más me quiera —dice ella—, más espabilara. Es un auténtico crío. Aún está pegado a las faldas de su madre. Cuando me besa, piensa en ella, me habla de ella. No os riáis, es cierto. Me cuenta que si nos viera a ella le daría pena.

Mingrélie se ha jurado destruir a Chamomor, su total destrucción tanto en el corazón de Christian como en el corazón de los primos. Le queda mucha tarea por hacer. Todo lo que Mingrélie le obliga a hacer durante el día, Christian lo deshace llegada la noche. Va al encuentro de Chamomor a su dormitorio y llora, se arrodilla,

confiesa y suplica el perdón. Christian está irremediablemente consumido por dentro. Es un ser fofo, falto de consistencia. Es un parásito nato. Se pega a todo lo que le roza como un cardo. Al igual que una planta, todos sus esfuerzos son por agarrar; sus brazos no pueden ni defenderlo ni atacar. Tal y como a una planta, se le puede arrancar y trasplantar en otro lugar. Intenta agarrar allá donde cae, allá donde se le deja caer. No puede echar a andar e ir a establecerse allá donde mejor estaría. Christian florece y marchita en el jardín del más fuerte. No estoy celosa... Espero a que mis fuerzas estén desarrolladas, a ser lo bastante fuerte para arrancárselo a los demás jardineros.

Desde que Einberg partió de viaje, el orden que él hacía respetar en la mesa está totalmente desorganizado, totalmente desmantelado. Los Buenos y los Malos (Güelfos y Gibelinos) cenan ahora codo con codo, el amor y el odio gobiernan en la elección de los comensales laterales. Ya que ahora, animados con el ejemplo de Mingrélie, todo el mundo ama y odia a lo grande. Anna Fiodorovna reserva el asiento de su derecha para el alto y guapo Nicolás. Y yo reclamo el perdón de antemano para aquella que intente robarle a su favorito o aquel que intente sentarse en su sitio. Anna Fiodorovna no tiene las uñas largas ni unos enormes colmillos, pero los cuchillos y tenedores no esperan un determinado número de años, sino que los cuchillos y tenedores son igual de grandes en sus manitas como en las manos del hércules de Crotona. ¿Quién ha renunciado a la monumental silla del obispo itinerante y viene, adonde yo me siento, para sentarse a mi lado? Es Chamomor. Me mira al blanco de los ojos y me pregunta por qué la odio tanto de un tiempo a esta parte. Sé que ella me quiere. Quiere que la quiera tanto como antes. Se va a llevar un chasco. Le iría bastante mejor si continuara sentándose en la monumental silla del obispo errante, del obispo erróneo, del obispo peroné, del obispo tibia^[15]. Desde lo más tierno de mi corazón, guapita, se acabó lo que se daba. ¡Ni más ni menos! ¡Más vale andar con ojo con los espejos del alma! La actitud de Christian en la mesa es de lo más ambigua, de lo más difícil. Con un ojo tiene que reír con Mingrélie que imita las poses hieráticas y agobiantes de Chamomor, y con el otro tiene que reír con Chamomor que le guiña con el ojo de la misericordia. Tanto con un ojo como con el otro solo puede reírse a medias. Nunca he visto a mi guapo hermano mayor tan feo. Los hay que tienen palmeras, otros tienen manzanos, otros perros y otros monos de repetición que saben comer con cuchillo y tenedor. Yo, yo tendría más que todo eso, tendría un ser humano; a mi hermano Christian. No es difícil hablar con un ser humano, besar a un ser humano, casarse con un ser humano, traer al mundo un ser humano. Lo difícil y realmente interesante es tener un ser humano. Lo ideal sería tener un ser humano guapo, salvaje y cruel como Mingrélie. Pero perdería el tiempo en intentar tenerlo; tamaño ser humano no se deja tener. Me contentaré con unos cuantos Christian y unas cuantas Constance Chlore. No son de mucha calidad, pero tienen más calidad que los monos, los perros, las palmeras, los manzanos, los diamantes y las obras de arte. No existe perro que sepa más que un ser humano. Nadie sabe utilizar un cuchillo y un tenedor con más brío que un ser humano.

Mingrélie se pone en pie sobre la banca. Christian forcejea para que se vuelva a sentar. Por más que Christian lo intente, no se sentará, ella hablará. Pide silencio y volviéndose hacia Chamomor, habla.

—Querida tía, tengo que informaros de una gran noticia y un pequeño favor que

pediros. Christian es lanzador de jabalina, y no va de broma. Él no os ha dicho nada porque pensaba que os molestaría. Yo pienso, por el contrario, que estarás muy contenta de saber que lanza tan bien la jabalina que ha sido nominado y seleccionado para representar a su colegio en un gran torneo de atletismo. Querida tía, ese torneo tiene lugar esta misma tarde. Os solicito que concedáis a Christian el permiso para participar en él y os pido a todos que lo llevemos allí.

—¡No, mamá! —exclama Christian, mientras todos le vitorean—. ¡No quiero ir! ¡No quiero ir allí! No estoy preparado. No he cogido una jabalina en todo el verano.

Y de repente lo que yo guardaba tan en secreto como si de un símbolo cabalístico se tratara, se pasea de una punta a otra de la mesa mientras todo el mundo hace sus cábalas.

Dentro de la carrocería del jeep, vamos como sardinas en lata, más apretados que en una canasta de huevos. En el atardecer, en la atmósfera y con los insectos de vuelta a la calma, formamos una masa de seres humanos convertida en bolido y volando en rasante por encima de la carretera, entre dos yermos de maleza. Solo las ruedas del jeep se apoyan en tierra. Nosotros y el resto del vehículo vamos por el aire, entre el cielo y la tierra. Por estrechos meandros encajonados entre filas de casas, penetramos hasta el corazón de la ciudad. Me noto fría, descompuesta. Animados por Mingrélie, gritan, ríen. Christian sostiene su jabalina tristemente, como si lo llevaran al matadero. ¡No está preparado! Va a ponerse en ridículo. Entramos en el estadio. Es un recinto con grandes postes de hierro de cuyo extremo brilla una colmena de proyectores en el firmamento. Las gradas están llenas, rebosan. Christian está preso de pánico. Los demás lanzadores de jabalina parecen fogosos, bravos. Dan saltitos. Al verlos brincar parecen canguros danzando, apasionados. A un lado, inmóvil, con los brazos caídos, Christian parece un autómatas al que le falta aceite. Suelta su jabalina. Recoge su jabalina. Los primos silabeán su nombre pateando. Ni siquiera los oye. Está perdido. Ha perdido de antemano. A la señal del cronometrador, se sitúa con el resto a lo largo de la línea blanca. Lleva el dorsal número catorce. El hombre que sostiene la pistola con el brazo en alto dispara. Al lanzarse sobre el firmamento, las quinientas jabalinas parecen una tormenta que cae desde la tierra. La jabalina de Christian se descuelga del grueso del nubarrón, muy retrasada. Los primos se tensan, se arquean, como si empujaran la jabalina. Vano esfuerzo. Mientras las demás vuelan cada vez más alto, cada vez más rápido, la jabalina de Christian cae en la hierba, sin ruido. Volvemos al redil, en silencio.

—¿Por qué no me dijiste que eras lanzador de jabalina? —pregunta Chamomor.

—¡Olvidé hacerlo! —grita Christian, lleno de vergüenza, llorando por su derrota a lágrima viva, tronchando su jabalina contra sus rodillas.

—Nunca he considerado la cuestión deportiva como degradante. ¡Al contrario! Antes de la guerra era una frenética adepta de varios deportes. Yo misma participé en

las carreras de salto a caballo en Dublín.

—¡Erais amazona! —exclama una ferviente admiradora de Chamomor—. ¡Oh! ¡Contad!

—¿Es verdad que las Amazonas se queman el seno derecho? —pregunta una empedernida ignorante.

—Es cierto —le responde Mingrélie, con todas sus ganas—. ¿Sabes por qué? ¡Para poder lanzar la jabalina con más fuerza!

¡Mingrélie está orgullosa de su lance! ¡Ha jugado bien! Nos ha llevado de paso en falso en paso en falso con la fantasía de sacarnos a bailar una polca. Christian se ha quedado planchado por los cuatro costados, Chamomor se siente humillada por haberse dejado exhibir como quien interpreta el papel de madre. Todo el mundo está decepcionado por haber creído de todo corazón en la victoria de un lanzador de jabalina que se ha revelado como el peor lanzador de jabalina del mundo. Mingrélie nos ha hecho dar vueltas, vueltas y vueltas justo hasta el momento en que todo se da la vuelta al revés. ¡Bravo! ¡Eso es tener buena educación! ¡Así aprenderé! Christian está tan triste como un cormorán que no ha leído su ración de Corán. Me gusta ver a Christian triste. Cuanto más triste le vuelva la vida, más necesidad tendrá de alguien que le compadezca. Y, cuando llega la hora de compadecer, nadie queda salvo yo.

Los primos se han ido, todos de golpe, como de un escopetazo. Eso le dará un respiro a la parienta. Recorro los corredores del ala oeste. Siento placer al hacerlo. Vuelven a ser sonoros; aptos para el silencio y el eco. Es como si, durante la noche, los hombres y las bestias se hubieran ido de la tierra. Es como si, durante la noche, los hombres y las bestias se hubieran embarcado en el arca de Noé. Camino por el arenal. Lo encuentro placentero. El arenal está como antes; sin primos. Sopla fuerte, tan fuerte que el viento arranca chiribitas a las nubes: gotas de lluvia. El río azota su vorágine de otoño, su vorágine gris y crispada, su vorágine cansada de haber llevado tantos barcos.

Los primos se han ido de una forma rara, casi sin darse cuenta. Chamomor les ocultó el día y la hora de su salida hasta el último minuto. Presentíamos que iba a ocurrir algo. Eran las tres de la mañana y todo el mundo estaba aún levantado. Interpretábamos teatro griego en la capilla. Libreto en mano, nos echábamos en cara las réplicas de siglos y siglos de una comedia de ya no sé quién, un tal Aristófanes, un tal Terencio. Lo que, tras la cena, había comenzado con una lectura sentada rápido había degenerado. Los desvanes fueron invadidos, viejos baúles, antiguas cómodas fueron desvalijados. Máscaras, coturnos, lanzas, togas y túnicas palmadas, peplos, todo lo necesario había sido hallado y subido a las tablas del escenario. Cuanto más avanzaba la hora, más redondo salía todo. Aletargados de cansancio, borrachos de sueño, todo nos resultaba divertido, llegábamos a estar geniales, aguantábamos agarradas de hasta-cuando-Catilina de un cuarto de hora sin mirar el libreto.

—Queridos niños —dice de repente Chamomor, quitándose la máscara—, creo que algo de aire puro nos sentará bien. Abandonemos las máscaras, los coturnos y las armas blancas y vayamos a dar un paseo en jeep.

El aire intenso de la noche nos ha molido a todos. Cuando Chamomor nos ha despertado, estábamos en Dorval, en la pista de despegue, bajo la panza de un aerobús. La salida dejaba impactados a los primos. Chamomor entregaba a cada uno su billete. Los que estaban en condiciones de entender lo que pasaba no se lo creían; se les quedaban los ojos como platos, se quedaban con la boca abierta. A la mayoría les costaba mantener los párpados separados. Remontaron la escalera del avión cabeceando, dando traspiés, apoyándose los unos en los otros para no caer rodando, vestidos de gladiadores, de cortesanas y de Heautontimoroumenos.

Al mediodía, Einberg regresa de viaje. Dando un portazo, mientras masculla un habanos que encaja con las más nocivas temperaturas de su espíritu, grita, escupe, maldice. Al encontrar el parqué de la capilla cubierto de máscaras, coturnos y lanzas, sale en busca de Chamomor y se le echa encima. ¡Esta casa es un completo desorden!

¡Esto es una pocilga! Pero se encuentra con que ella también está de un humor de perros.

—¿Qué diablos pasa, Mauritius Einberg? ¿A vuestra amante no le ha gustado la danza egipcia que le habéis hecho? ¿Da coces sin consideración alguna contra vuestro aguijón de oro y diamantes?

Señalando mi presencia indiscreta, Einberg le hace con nerviosismo señas para que cierre el pico.

—No temáis nada, Mauritius Einberg. Habéis educado muy bien a vuestra hija. No escucha nada de lo que cuenta su madre, nada en absoluto. Casi no la ve.

¡Se va a armar buena! Los nervios están a punto de estallar. Me gusta cuando se odian. Se encierran en el ábside, llamado salita de estar. La puerta da un portazo, a pique de tumbar la pared. Conozco bien esa puerta. De todas las puertas de la abadía es la que está dotada con el más amplio y confortable ojo de cerradura.

—¡Bueno, sí! ¡Pues eso! Tengo una amante. ¿Al menos no estarás celosa? Un buen amigo no debe poner celosa a una buena amiga ¡Buenos amigos! ¿Así de bien es como estamos, no? ¿Así de bien es como quedamos... no?

—¡Continúe! Siga usted... Presiento que tiene mucho que contar...

Chamomor se sienta en el sofá, extiende las piernas sobre su poltrona. Uno elige, cuando cuenta con que le van a marear. Einberg casi arranca de un tirón la lengüeta del cierre de cremallera de su cartera. Saca una gran fotografía enmarcada que lanza al regazo de Chamomor.

—Mi buena amiga, sientes celos del vacío. Ella no tiene nada que justifique tus celos. Como podrás ver ni siquiera es guapa, ni siquiera sabe arreglarse y ni siquiera tiene aspecto de inteligente. No cuida mucho su cabeza, ¿pero qué importa para un hombre que no necesita cabeza? Tiene un sexo entre las piernas, lo lleva bien alto y derecho, y un sexo, mi buena amiga, un sexo de mujer, un sexo como del que sientes dolor y vergüenza de tener que tener es todo lo que necesita un hombre cuando se echa una amante. Ella copula y eso no le descompone el alma. Se mira cuando está totalmente desnuda y no le da asco. Le he oído decir que se lava tan a menudo el sexo como los oídos. Incluso encontraría del todo natural estar sentada sobre su trasero cuando está sentada. Mucho peor, me ha confesado que cuida tanto su sexo como su estómago. Cuando uno de los dos se queja de hambre, le da de comer. Cuando te encuentras a un amigo, le ofreces la mano. Ella además ofrece su sexo. Es un curioso espécimen de una raza a la cual ya no deseamos pertenecer: la raza humana. Es más, me encuentra agradable. Mis corbatas le parecen de buen gusto. Le gusto.

—Vuestra amante puede encontraros tan lindo como quiera. Eso ni me inmuta. Personalmente, os encuentro cada vez más repelente. No hay día que pase sin que encontréis algo nuevo que añadir a mi repulsa. ¿Cómo podéis olvidar que no estáis

solo, que están Bérénice y Christian, que no os han hecho nada, que eran inocentes, que no tenían culpa? No estáis solo en vuestra mierda, estáis ahí con Bérénice y Christian. A Bérénice y Christian les llega la mierda hasta por encima de las orejas con vos. Es un buen momento para que os responsabilicéis. Pensad: ¡ellos aún duermen, todavía no han visto nada! ¡Pensad cuando sus ojos se abran, se darán cuenta de que están en la mierda, en vuestra mierda! ¡Qué despertar, Dios mío! ¡Ahorrádselo! ¡Viejo fanático!

—No eras tan desdeñosa cuando te encontré en Varsovia, en las alcantarillas. Tus hermanos, los Señores coroneles, colaboraban. Tus hermanos, los Señores polacos, acababan de violarte... Te di chocolate. Tenías tanta hambre que te lo comiste en mi mano.

—¡Sí, mis hermanos colaboraban! ¡Y yo debería haber colaborado con ellos! ¡En cuadrilla hubiéramos matado más judíos! Hoy quedarían menos. Quizá no estaríais vos entre los que quedan.

—Te ofrecí un cigarrillo. Estabas tan hambrienta que te lo comiste.

—¡Estaba loca, Mauritius Einberg! La desesperación me había vuelto loca. Tenía trece años. Había acabado en esa cloaca para sobrevivir. Había tenido que renunciar a unos hermanos a los que adoraba.

Y esos bestias me identificaron, se lanzaron sobre mí. Creían que venía a espiar. Cuando me encontrasteis había perdido el juicio. Os disteis cuenta. ¡Y os aprovechasteis de ello! Cuando me desposasteis, un mes más tarde, aún andaba desquiciada, ¡y lo sabíais! ¡Abusasteis de una chiquilla de trece años que además había perdido el juicio! Yo, en vuestro lugar, no removería esas hediondas cenizas.

Eso les salva. Se replantean su pasado.

Tengo una pesadilla. Aquí todo es blanco, de una blancura deslumbrante. Las columnas son blancas. Hay una silla. Es una silla blanca, de una blancura cegadora. Y todo es mío, todo me pertenece. Hay unas muchachas en pie delante de las ventanas blancas, unas muchachas que apenas tienen nada que les cubra, como Mingrélie en el granero abandonado. Me viene como una corazonada: ¡también ellas son mías! Doy unas palmadas. Las chicas se vuelven. Todas tienen la misma cara: la cara de Mingrélie. ¡Qué guapas son! ¡Qué hermosos son mis seres humanos! Aquí todo me pertenece. Aquí todo es mío. Qué bien se está aquí. ¡Cuán blanco es! Ni que estuviera en el interior del sol, de la nieve.

Einberg me manda a California. Allí me reúno con la coral. Allí me encuentro con Constance Chlore. Los viajes forman a la juventud. Los viajes dejan a la senectud tal cual. Desde que regresó de viaje, Einberg no ha cambiado en nada sus tácticas; jamás se ha parecido más a sí mismo. No quiero salir para California. Tengo en mente emplear los últimos días del verano en ocuparme enérgicamente de Christian. Desolado por la repentina marcha de Mingrélie, ya solo le queda tocar fondo y asumirlo. Un ser humano muerto pertenece a aquel que lo ha abatido. En modo alguno quiero irme. Aparto a Einberg, y le digo.

—Sé que me envías a California para ponerme a salvo de la nefasta influencia de tu mujer. No es necesario. Ya no tiene influencia alguna sobre mí. La detesto; ella misma te lo dirá. Todo lo que dice me entra por un oído y me sale por otro. Es cierto. Te lo juro. Puede intentar cualquier cosa. No me tendrá.

Einberg no ha querido entender, ni siquiera ha intentado creerme.

Aquí estoy, con Constance Chlore. En el autobús nos sentamos en el mismo sitio. En los hoteles dormimos en la misma habitación. Me ayuda a olvidar que este exilio me hace perder a Christian. Él estaba herido, se bañaba en su propia sangre. Solo tendría que haberle dado la puntilla. Todo el que está herido se deja tener. Una vez, en una fosa, encontré una corneja, una linda corneja enorme cuyas alas eran tan largas como mis brazos. Agonizaba. La cogí en mis brazos. No forcejeó. Te sientes a gusto con un pájaro tan grande entre los brazos. Por no perderlo todo, he escrito. «Querido Christian, echo mucho de menos nuestra amistad. Nuestra amistad hace que me aburra de los saltamontes y de las ratas de la isla. Te perdono los desavíos de este verano. Los he borrado de mi memoria. Sé que en el fondo te han hecho sufrir mucho más que a mí y que desearías poderlos olvidar tan rápidamente como yo. Espero que, cuando hayas puesto orden en tu corazón, pueda reencontrar en él mi hueco. Si recuerdas, no estoy tan gorda, no ocupaba mucho que digamos. El que estemos separados es culpa de Einberg, el que yo esté aquí, lejos de ti, el que tú estés allí, lejos de mí. Le dirás que le detesto, que le desprecio. Le dirás que pierde el tiempo con sus lamentos y explosiones. Su odio y sus jugarretas no prevalecerán en contra de los lazos que nos unen. Beso tu hermoso sol zulú; lo conservo religiosamente. Te beso igualmente, con todo mi corazón, para que te encuentres mejor. Bérénice, tu hermana que te quiere y que te querrá siempre.»

Le cojo gusto a leer. Me meto dentro de cualquier libro que cae en mis manos y solo me retiro de él cuando cae el telón. Un libro es un mundo, un mundo concebido, un mundo con un principio y un fin. Cada página de un libro es una ciudad. Cada línea es una calle. Cada palabra es una morada. Mis ojos recorren la calle, abren cada puerta, penetran en cada morada. En la casa cuya forma es «camello», hay un

camello. Dentro de la cabaña «oca», una oca me espera. Detrás de sus múltiples ventanas, las casas señoriales «indisolubilidad» e «incorruptibilidad» se convierten en la insolubilidad del matrimonio y la incorruptibilidad de Robespierre. Me pirrian los relatos de viajes. He pasado la noche dentro de *El libro de Marco Polo*. He vivido allí las más hermosas aventuras, pero ya no sé cuáles. No intento recordar las cosas que ocurren en un libro. Esta mañana, al salir de mi libro, sentía una deliciosa sensación de embriaguez y espacio, una gran impaciencia, un magnífico deseo. Lo único que le pido a un libro es que me inspire energía y valor, que me diga que hay más vida de la que puedo abarcar, que me recuerde la urgencia de actuar. Si casi todas las palabras de esta noche han pasado por mis ojos tal que el agua del mar por los costados de un navío, las pocas palabras que he retenido han grabado en mi espíritu una marca indeleble. Recuerdo intensamente, por ejemplo, el episodio en el que el emperador de la China entrega un salvoconducto a Marco Polo «a fin de que ellos fuesen francos por toda la tierra».

Acaba de estallar una guerra entre Israel y los Países Árabes. El rabino Schneider lo revela entre sollozos. Yaveh hace tocar los clarines y redobla los tambores en todos los corazones: Su tierra y Su pueblo están amenazados. Yaveh está furioso, despierta a todo el mundo. Grita por todos los rincones de la tierra: «¡Judith! ¡David!»

—Judith y David, hijos míos, vosotros y yo. Yo iré. Vosotros iréis. Varios de entre vosotros ya están allí.

En efecto, varios tíos, primos, hermanos y padres de los miembros de la coral ya han tomado el barco. No puedo decir que eso no me diga nada. Cuando aguzo las orejas, me parece, a mí también, que alguien me llama: «¡Judith! ¡David!»

La caligrafía de Christian cabalga a galope tendido. De repente se endereza, camina muy derecha. Acá, se inclina, ladea, está a punto de caerse de bruces. Los palos oscilan como péndulos pasando de un extremo a otro. Varias sílabas, algunas palabras, frases enteras han sido tachadas, cruelmente rayadas. El margen está trezado con pequeños polígonos generosamente sombreados. La letra de Christian parece una tempestad. Se nota que ha empollado, que ha necesitado estrujarse el cerebro hasta la última gota para llenar la página. Es la primera vez que me escribe. Le he enviado no sé ya cuántas cartas durante los tres últimos años. No respondió a ninguna. Cuando estaba de vuelta del exilio y se lo reprochaba, respondía que no había recibido nada, que sin duda Einberg había interceptado el correo. Aliso la carta por las esquinas, luego por los bordes. Coloco la carta sobre mi palma, tal que un plato. Dejo caer la carta sobre el parqué, la recojo. Para dar la puntilla, cuelgo la carta en la pared con clavos de ataúd imaginarios^[16]. ¡Es toda una victoria! Deberé contemplar largo tiempo esta primera carta de Christian, mi terrible amigo, antes de haber gastado todo su sabor, antes de haber apresado del todo su goce. Deberé palparla aún durante mucho tiempo antes de haber agotado todas sus formas, de haber sacado al descubierto todas sus facetas. Está dividida en cuatro párrafos y, al igual que una sinfonía, ha sido señalado un movimiento para cada uno. Al final, ha olvidado firmarla, lo cual no tiene nada de sorprendente.

«**Andante**. He recibido tu carta a las dos. Son las dos y media. Me apresuro a tranquilizarte. Sé que mi conducta de este verano te ha decepcionado, te ha causado mucha pena. Pero me perdonas y, tanto por ti como por mí, el mal rato ya ha pasado. Se acabaron las locuras. Vuelta al orden, compruebo que Mamá Brückner, Papá Einberg y tú ocupáis siempre de lleno el espacio que hay en mi vida, que ocupáis incluso más espacio del que en realidad hay. **Allegro non troppo**. Mauriac II, tras veinte intentos fallidos, ha podido alcanzar por fin la cima del pedestal en forma de atril de director de orquesta. Allí, dándole patadas y cabezazos, tras aplicarle unos contundentes empujones con el hombro, ha conseguido hacer echar por tierra el acuario de gouramis, acuario que, como tú ya sabes, tiene la forma del célebre busto de Louis XIV de Puget. Al derribarlo, Mauriac II se ha merendado la pareja de gouramis de un bocado. Complacido en su gloria por la acrobática caza y relamiéndose los dedos, ha venido a rozarse en mamá para que ella le acaricie. La intensa y amenazadora arenga que Mamá, turbada entre sollozos, ha servido al asesino, el cual, con la cola en alto seguía rozándola, era una prosopopeya tan divertida, una bufonada tan intempestiva, que los invitados acabaron desternillándose de risa. **Furioso**. Tu actitud hacia Mamá es incomprensible. Me preocupa tanto y sufro tanto con ello como la propia Mamá. Cuando le he dicho que había recibido una

carta tuya, me ha preguntado si me hablabas de ella. Tu actitud hacia Papá no es mucho más regocijante. Si te aísla es porque teme por ti. Si teme por ti es porque te quiere. Si te quiere, sus intenciones son puras y tú no tienes derecho a juzgarle. Te prepara para tomar posesión de una maravillosa herencia. Papá solo te marca estrechos senderos para guiarte con mayor seguridad a un palacio cuyos cimientos son las mismas raíces de la tierra. Pronto, dentro de poco, lo sabrás, si te dejas guiar de manera tan sensata, conocerás los corredores de oro y plata. Créeme cuando te digo que te envidio por poder tomar en tu mano el testigo que Noé y Lamec habían recibido de Matusalén y Hénoc, quienes lo habían obtenido de Malaleel y Jared, que lo habían tenido por Cainán y Enós, a quienes se lo habían confiado Set y Adán. **Maestoso.** Nuestra madre y nuestro padre se quieren más de lo que tú te piensas. Sus disputas pasajeras se originan solo para permitir que la grandeza y el poderío de su relación se reafirme. Yo sigo siendo tu amigo como antes, como siempre, para siempre.»

Christian ingresa en el colegio. El año pasado solo venía por la abadía una vez al mes. Este año realizará el trayecto cada semana. Lo tendré todos los sábados y todos los domingos. Un niño tiene que tener al menos una estimación de vida familiar, le dijo Chamomor a Einberg, que se inclinaba por que el joven sátiro se pase todo el año encerrado. En cuanto a mí, iré en busca de mi educación a pie, al pueblo. El último año, me pasaba la mañana en casa de la Señora Ruby y la tarde en casa del Rabino Schneider. Rébecca Ruby, una vieja flaca y desabrida que habiendo entregado todas sus fuerzas en aras del Saber a fin de que este la vengue de la Belleza, me enseñaba de mala manera a leer y escribir, haciéndome aprender de carrerilla los poemas de Nelligan cuando estimaba que yo no prestaba suficiente atención. Thelonus Schneider, tan seboso como un fraile, siempre risueño, me enseñaba con dulzura aritmética, botánica y gimnasia. Este año, las cosas cambian. Lejos de mejorar, tal como sería justo pretender, decaen en lo peor, van de mal en peor que peor. El rabino Schneider anuncia que renuncia a sus tareas como profesor de primaria, con su decisión de tomar parte activa en esta locura de enormes temblores de cabeza a la que Einberg y él llaman su guerra santa. Telefoneamos a Ruby y le preguntamos si quiere completar la vacante. Acepta, la... sucia gallina cochinchina. Aquello con lo que ella se pasaba la mañana mientras me hacía sufrir, deberé aguantarlo ahora durante todo el día. La guerra que tenía que combatir durante toda la mañana, la tendré que combatir ahora durante todo el día. En octubre vuelve el momento de sacarle punta al lápiz y enfundarse los guantes de boxeo. Como este año tendré encima a la Señora Ruby el doble que el año pasado, tengo que tricotarme unos guantes de boxeo el doble de gordos que los del año pasado. Están los que se arman de paciencia. Otros, como yo, se colocan unos guantes de boxeo. No hay que tener paciencia, y mucho menos de esa con la que uno se arma. La paciencia es solo un hábito de lentitud. Las compañías de seguros dicen que la velocidad mata. La velocidad acaba por matar al hombre. La lentitud comienza por matar al hombre. Rezo para que la Señora Ruby salga adelante sin daños irreparables. ¡Ella y su pescuezo del que nacen esas papadas, donde se disuelven las pirulas que se *traga* a puñados! ¡Ella y su cara en forma de manzana podrida, y su cabeza en forma de cabeza pasada de mano en mano por una tribu de reductores de cabezas! En su limpio y verde salón, estarán Anna, Paula, Louisa, Albert, Bill, Sam. Gloria y Jack no estarán allí. ¡Adiós y muy buenas! Respetuosamente sentados en sus bonitos «sofás nipones» (Nelligan), habrá dos o tres a los que aún no tenga el horror de conocer, dos o tres que, como aquellos a los que ya tengo el horror de conocer, tendrán el don de crisparme, sabrán por instinto de donde agarrarme para que me salga el odio por las venas. Estará también, dado que por naturaleza hace falta que el equilibrio reine en todas partes, Constance Chlore, el

más pálido y el más descolorido entre los más bellos seres humanos, la más dulce, la exquisita, la divina, la auténtica gacela. Olvidaba a Éliézer, el extinto Éliézer, el apagado marido de la encendida Rébecca; aquel a quien ella hace pasar el cepillo por la pizarra, aquel mediante el cual ella hace sacar punta a nuestros lapiceros, aquel en el que ella confía para que las páginas de la partitura pasen a tiempo cuando ella se sienta al piano, en el piano rubio, castaño, taheño y moreno. En la Biblia, Éliézer es el siervo de Rébecca. En casa de la Señora Ruby, pasan las mismas cosas que en la Biblia. Basta con cerrar los ojos para sentirse transportado al monte Ararat en el fuera borda de Noé. Llueve tan fuerte que ya no se oye hablar a la Señora Ruby. Una recibe una colleja. ¡No me escuchas, Bérénice Einberg! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Te me aprendes el *Romance del vino* de memoria! ¡Así aprenderás! Jamás he visto despegar los labios a Éliézer. En silencio pasa el cepillo por la pizarra. En silencio saca punta a nuestros lapiceros. En silencio aparece, al grito de la Señora Ruby, con pasitos presurosos haciendo deslizar sus desgastadas pantuflas. En silencio, cada día dobla un poco más el espinazo. En silencio deja a la artritis, al lumbago y al resto que le consuman la vida delante de sus narices. A todo lo más que se atreve es a contraer la cara tanto como puede para tener pinta de malo. Pero no asusta a nadie. Sabemos que la Señora Ruby le volverá a poner en su sitio en cuanto se le antoje hacer el Frankenstein. Eliézer no me da pena, me da pavor. Mirándolo bien, sé lo que odio en la Señora Ruby. Es su fuerza, una fuerza que admiraría si su vejez no la volviese tan fea, tan ridícula, tan inútil. Me dan miedo los viejos y las viejas. Son unos brujos y unas brujas. Conocen el presente y el futuro. Prevén la muerte. Me lanzan maleficios. Me muestran imágenes reales que cortan el aliento del ser en el que estoy a punto de convertirme. Estropean todas mis fechorías. A menudo tengo esa pesadilla en la que estoy sola, con una vieja ciega, colgada de una pared al fondo de un largo pasillo. Ella camina a mi encuentro riendo. Está a punto de morirse. Cuanto más se acerca, más me late el corazón. Veo la piel de sus manos y de su cara secarse. Está a un paso. Está podrida; apesta. Bajo su blusa, siento bullir sus entrañas, unas inmundicias similares a las que vi en la rata que Mauriac II estaba comiéndose. La vieja me acorrala, me apretuja. El corazón me falla. Ya no puedo respirar. Me despierto entre sudores.

Hablo con Christian, durante la noche. Estoy de rodillas sobre el primer suelo frío de la estación, con las manos unidas sobre su cama.

—Estoy harta. Vayámonos.

—¿Adonde? —responde bostezando.

—Poco importa.

—¡Vaya idea!

—Estoy harta. Aquí nunca pasa nada. Vámonos. Daremos rienda suelta a los grandes dramas. Vámonos. Ni siquiera noto si mi corazón late.

—¿Qué pasa?

—Nada. Nada. ¡No lo ves: nada! Mi cuerpo estruja a mi espíritu por todas partes. Me las daba de nacida en un mundo y he nacido en un sarcófago cuyas alas se habían desplegado para aparentar una superficie llana, una gran superficie hecha para correr y disfrutar de sus ventajas. Los diez pares de alas de plomo se levantan sin hacer ruido, se alzan sin apenas dar sombra, se vuelven a cerrar como si fuesen brazos, me aprietan como dentro de un simple puño... Me asfixio. Me noto sofocada. Vámonos de aquí. Me descompongo. Me derribo. La vida me abandona, se escurre de mí como por un tamiz. Encallezco. Me fosilizo. Me siento petrificada. Vayámonos. Démonos prisa. Demos la espantada antes de que sea demasiado tarde, rasguemos la envoltura de este capullo tejido por la inacción, cuyos hilos se contraen y se encogen, penetrando en nuestras carnes. Reventemos este firmamento mermado en cúpula. Hagámoslo explotar y huyamos de él a toda prisa. Basta de inmovilismo. Aprisa, con ganas. Vámonos. Cuanto más rápido corramos, más deseo, más necesidad, más impaciencia tendremos.

—¿Qué más da todo eso? Aquí somos felices, tal cual. ¿No eres feliz, aquí, así?

Bien entrada la noche, no duermo. Aprieto la almohada contra mis orejas para no oír los pasos, los redobles, los tambores. Estoy sola, inmóvil y tengo miedo a morir. Los tambores se filtran por las tinieblas, fríos tambores. Suenan ejecutados por la manada de yeguas pardas donde monta, de pie, con un pie en cada lomo, el cenceño coracero negro, el sacerdote de la muerte, el invencible maestro de las montañas de féretros. El murmullo repetido de inicio, el toque reiterado en mi tímpano, el compás de puntos apenas visibles en el horizonte de silencio, el ruido sordo de la desenfrenada carrera se agranda poco a poco, se expande, afluye y se amplía sin medida en volumen e intensidad. Los cascos concentran sus caracoles con pasos secos, potentes, rápidos. Resuenan en mis oídos como si las paredes de mi habitación fueran golpeadas, como si un corazón turbado, sofocado, se hubiera adueñado de toda la abadía, como si el cielo diese golpes de platillo sobre la tierra. Helada de frío,

engarrotada de miedo, espero a que el huesudo caballero me agarre, me arranque de mi lecho, me arrastre, me devuelva a la nada, me libere. De repente, entra, se abalanza y se arroja sobre mí, me destroza. Grito. Me oigo gritar como desde un profundo precipicio. Mis gritos me devuelven la conciencia.

Pego tales gritos que temo haberme vuelto loca. Me levanto, camino. Me sacudo el sueño. Hay que hacer algo. Me visto de gala, mi bello vestido de damasco con el talle lazado, mi vestido blanco y como esculpido, mi vestido que arrastra por el suelo y recubre mis manos, mi vestido para la coronación. Me hablo en voz alta para que me impida tener miedo de lo que estoy haciendo. No importa lo que diga. ¡Mi traje! ¡Mi bosque! ¡Mi casaca! ¡Mi encaje! ¡Mi testraje! ¡Mi trasteje! Me pongo medias picantes. Me envuelvo la cabeza en un chal. Y, con los zapatos en la mano, corro a despertar a mi amigo Christian. Le hablo, le cuento. No quiere entender nada. No ve lo que quiero decir. Me pongo terca y continúo.

—¿Por qué gimotear en una tarima? Podemos amontonar montañas sobre montañas, escalarlas, llegar a jugar en las estrellas con nuestras manos. Tomarlo todo, apoderarnos de todo. Todo nos pertenece; basta con creerlo. ¿Por qué estar en vela, día tras noche? Basta con dirigirse al lugar y dominarlo. ¿Por qué esperar? Basta con irse. Todos los reyes de este mundo, esos usurpadores, son los que han usurpado nuestros tronos. Basta con una espada en ristre. Todos esos ríos, todos esos mares, basta con diezmarlos de piratas. Nuestros templos y basílicas, ¿cuándo sacaremos de allí a los sacerdotes y monaguillos? Todas esas bellas mujeres, son tus mujeres, Christian. ¿Hasta cuándo soportarás que se las repartan como si tú no existieras? Vámonos. Volaremos y asesinaremos, como dos libellas. Metamos fuego a esta plaga de parásitos cuyos refugios llevan el nombre de casas. Reventemos las minas de oro, las minas de piedras preciosas, las minas de sortijas y relojes, las minas de melones y limones, las minas de margaritas y violetas, las minas de nieve, las minas de clavos y tablones, las minas de bacalao y anguilas, las minas de elefantes y panteras. Reinar de nuevo. Marcharse. Ir a recuperarlo todo. Llamemos a filas a nuestros cañoneros. Despertemos nuestras ciudadelas. Hagamos zarpar nuestras flotas y armadas.

Sin aliento, Christian apaga la lámpara y me da la espalda. Pongo una de sus manos entre las mías, una mano húmeda y fría, incapaz de entusiasmarse. Lo inútil de mis discursos me conmueve tanto que incluso lloro.

—¡Esta mano! ¡Esta mano!, ¿cuándo le devolverás su cetro?

Acaricio la cabeza de Christian, su hermosa cabeza de cobarde.

—Todos esos pedazos de corona que llevan esos fantoches, esos que se dicen reyes, los fundiremos en esta frente.

Christian no responde nada. Le falta la voz. Aunque quisiera, no podría responder. Tras un largo silencio, vuelvo a ponerme al tajo.

—Desde luego somos los más fuertes. Pero tendremos que demostrárselo. Es

absolutamente necesario. Cómo, si no, querrás que nos crean. Partir. Habrá que partir y defender los dominios, las haciendas que teníamos de nuestros padres y que ellos tenían de sus padres.

No he dicho todo lo alto y claro toda esta última frase. La mitad la he dicho muy bajito. Me he dado cuenta de que Christian duerme a pierna suelta, como una piedra. Subo a la cama. Sacudo en vano al durmiente. Me deslizo bajo el edredón. Me acoplo contra la espalda del durmiente. Estoy sola en la vida y lloro. No deseo dormir, ni ser solo un durmiente más. Acabo por adormilarme, en mi vestido de damasco blanco, con mis zapatos de charol entre los brazos.

Lanzarme sobre una espada. Caer en una emboscada. Tomar puerto. Llegar a la estación. Coger la ruta. Partir. No haber puesto nunca los pies en esta tierra. Los días pasan, sin sorpresas, en su más insolente desnudez con todos sus secretos al descubierto, derechitos cuesta arriba, derechitos cuesta abajo, todos en su sitio y bien previsibles, digeribles sin el mínimo esfuerzo. La costumbre lo ha reducido todo a dos gestos y dos movimientos en los que no para de acelerarse el ritmo de ejecución. La repetición marca el compás, la costumbre orquesta, el aburrimiento dirige. Ahora mismo puedo llegar ahí con los ojos cerrados, con tapones de corcho en los oídos, atada de pies y manos. Puedo dejarme llevar tranquilamente, sin apenas tomarme la molestia de tener en cuenta que algo me está llevando. Tu vida no necesita de ti para ser vivida. Los días no necesitan de nadie para contarse ni para contar con un día a la medida de todos. No debes preocuparte por nada, Bérénice. Al final de cada día, en mejor o peor grado, manipulada de forma indolora por las básculas automatizadas y los torniquetes mecanizados, habrás dado tus tres vueltas, habrás caminado, comido y dormido, habrás aprendido gramática, historia y geografía, estarás más crecida, más instruida y más profundamente comprometida con la mierda. La gran máquina del tiempo, después de algunos sobresaltos e indecisiones, ha caído en la cuenta de limarse y engrasar sus juntas y engranajes, se las ha sabido componer. Poco a poco sus dientes, sus piñones y sus ejes se han ajustado a la mierda y, encaminada con seguridad, eficacia y rapidez a salir con una esperanza, gracias a las grecas exactas y los precisos meandros de sus funciones horarias, se ha puesto a fabricar a gran escala los fenómenos para continuar con el próximo episodio que debe producir y presentar al espíritu cada vez que nace un día. La máquina de levas que tanto me gustaba ahora me aburre. Lo que me contaba alarmada, lo repite ahora, lo repite estúpidamente, incansablemente, sin cambiar una palabra, cada vez más deprisa. He visto tantas veces, a la misma hora y en el mismo lugar, producirse la misma vileza que ya no ofende a mi mirada, apenas me fastidia, casi que me amodorra. Me ha dolido tantas veces la misma arteria que se ha esclerosado, ya no siento el dolor. Si hace dos años me hubieran cortado las piernas, ahora estaría acostumbrada a no tener piernas, tendría mi porción de pequeñas alegrías y de pequeñas desgracias como si nada, como si tuviera piernas. Las piernas no sirven para nada. La vida no necesita de las piernas de los hombres para tener una experiencia de sí misma, para que ruede su tren mitad negro, mitad azul, mitad día mitad noche. Es pura mierda. La mierda la producen las vacas. Pero no queda otra, los hombres deben contentarse con ello, arriesgándose así a volverse a encontrar en breve a cuatro patas. Apelo al desorden. Pero no acude nadie. Llamo y reclamo. Nada sucede. Algunos gallinas al oírme toman mis palabras por cuestiones conminatorias y se dispersan con espanto.

Reclamo la guerra del hombre contra su obra. ¡Desorden! ¡Guerra! ¡Confusión! ¡Lucha! ¡Dispersión total! ¡Toma de posesión! Reclamo y reclamo. Y nada. ¿Tendré que ser yo misma quien tire la primera piedra, quien meta fuego al polvorín y a quien por ello cuelguen hasta que la muerte me llegue, yo que justamente reclamo porque encuentro que no vivo lo suficiente...?

¡Taïaut! ¡Taïaut!^[17] A golpe de gznate los monteros dan el toque de carga. Sentados en sus caballos de metal, se abalanzan sobre mí.

—¡Te arrancaremos la piel! —me gritan—. ¡Acabaremos contigo!

Corren tras de mí como tras un asesino sin que yo haya asesinado a nadie. Pero no están locos. Tienen motivos para querer matarme. Saben que les odio, que odio lo que han hecho, que odio lo que han hecho con la vida que me han entregado antes de entregármela. Tengo de asesino lo que el fuego tiene de incendio. Y ellos lo saben. No hay que dejarse arrastrar por el fuego. Tengo que huir como un ladrón sin haber cogido nada de nadie salvo mi vida. Pero tengo motivos para huir. Sé que uno no tiene derecho a emprender su vida, que al emprender tu vida te llevas toda la vida por delante, que cualquiera que huye con su vida huye al mismo tiempo con la vida de todos los demás. El odio aún no se ha cristalizado en delito. Aún no he actuado. Pero tengo motivos para intuir que ellos me persiguen.

Me llamo Neurasténica. El doctor dice que de todos los muchachos de mi edad que conoce soy la única en ser catalogada como Neurasténica. Las Neurasténicas de treinta años no son raras. Pero no existen Neurasténicas de once años. Neurasténico es un término que solo encaja en los adultos. No estoy enferma. Estoy muerta. Ya solo soy un reflejo de mi alma. Floto, liviana como un recuerdo. Planeo en el éter de los espacios siderales, soberana y definitivamente indiferente. Ya no como. Mi organismo se subleva contra todo lo que los vivos llaman nutrición, alimento, comida. Lo que me fuerzan a *tragar*, enseguida lo vomito. ¿Acaso ya no quiero vivir, o acaso ya no pienso? Adelgazo a simple vista. Mi piel se pega a las rejas de mi jaula. Como todo buen cadáver, para poner los dientes largos a los gusanos, dejo que se transparente la forma de mis huesos. Me hacen guardar cama. Chamomor asegura que sufro de amores. Cuando estoy dormida, se cuelga en mi habitación, acude a velarme. Cuando me despierto, la echo. Einberg ha diagnosticado una insuficiencia de patadas en el trasero. Entra en una violenta discusión con el doctor que, por su parte, ha diagnosticado una insuficiencia de tiroides. Christian me promete que partiremos en cuanto esté curada, que nos iremos a cualquier parte. Cualquier parte está ahí donde nos encontramos cualquier cosa, es decir de todo Constance Chlore me ha traído un brazado de gladiolos.

Miro en la noche a través de mis pestañas rojas, de mis pestañas largas y tiesas como pestañas de muñeca. A través de las tinieblas veo a alguien, los veo: a ella y a su gato. Ella está en mi dormitorio. Me protege. Estoy enferma, débil. No estoy en condiciones de subir la guardia. Ella monta la guardia en mi lugar. Se queda conmigo para ayudarme a rechazar la muerte si se atreviera a aparecer, a atacar. Sola en este dormitorio, en el estado en el que estoy, la muerte tendría las de ganar. Solo tendría que entrar y agarrarme. Ella está en mi dormitorio. Está en mi vida. Pero no hay por qué enternecerse. Unas veces está en mi vida, otras en la vida de Christian, otras en la de Einberg. Solo tengo una cara, y el dormitorio con su solitaria omnipotencia, como la de tantos otros, está lleno de caras. Ella está demasiado ocupada. Tiene mucho que hacer. No quiero ser un rostro entre mil. Dentro de estas habitaciones con mil caras prefiero no tener ningún rostro. Es demasiado peligroso. Te arriesgas a ser olvidado, a ser extraviado, a ser víctima de todo tipo de errores. Dentro de un alma donde habitan mil caras, la cara llamada Bérénice se arriesga a ser confundida con la cara llamada Antoinette. Solo me siento en perfecta seguridad dentro de un alma donde solo exista yo; en la mía, por ejemplo. Si Chamomor hubiera querido, seríamos hoy en día amigas. Estaríamos juntas día y noche, hora tras hora. Estaríamos viajando sin parar. Sería el único habitante en mi vida y yo sería el único habitante en su vida. Ella estaría orgullosa de tenerme, a ella que tanto le gustan los feos. Yo estaría orgullosa de tenerla, a mí que tanto me gustan los guapos. Para ser el único rostro dentro de un alma, hay que desalojar a todos los demás.

Y dentro del alma de una adulta como Chamomor, se está tan apiñado entre tanta cara que ni siquiera entiendes lo que hablas, lo mismo caras de muertos que caras de vivos, tanto caras de objetos como caras de animales y hombres. Vete, Chamomor. Con un alma como la que llevas no vales para nada, eres completamente inútil, eres incluso nociva, solo consigues hacerme perder el tiempo.

Chamomor toma un trago de coñac. Chamomor acaricia a su gato a contrapelo y él echa chispas. Hay algo en ella que me fascina, que me atrae, algo como un vacío. Me encuentro tan mal que las tinieblas abrasan mis ojos. Necesito de ella, sentirme cobijada, que ella me sostenga y me acaricie como sostiene y acaricia a Mauriac II. Es como si entre toda la nieve ella fuese la única casa. ¡Es mi madre al fin y al cabo! Si me dejase llevar, me sentiría como un trapo, todo húmedo por dentro. Si me abandonara, caería en sus brazos, la amaría en ellos, me sentiría en el calor de ellos, y lloraría casi con placer. Todo esto es solo instinto, cobardía, desesperación, aberración. Amar no tiene por qué significar dejarse apretar de manera pasiva en los brazos de alguien. Amar no tiene por qué apretar en el alma tal como la uña en la punta del dedo. No te dejes manejar. Antes odia.

¿Para qué enfrentarme, gritar, rebelarme, destruir? Me exploro, como dice el doctor. ¿Para qué? Cuanto más ahondo, más me deterioro. Busco un nudo en mi interior y nunca llegaré a él. Sé que no existe. Ambicionaba reconstruir el caos en mi interior, recuperarme del todo desde cero. Tengo mucho miedo de que al llegar a cero ya no quede nada por recuperar. Indago en mí, como dice el doctor. Eso no implica mucho. Estoy viva. No sé lo que uno debe hacer cuando está vivo. Tengo una vida. No tengo ni idea de lo que he de hacer con ella. No sé que hacer. Di palos de ciego, tanteé y no he llegado a nada. He llegado a un país donde me aburro hasta morir. Matarse, dar palos de ciego o dejarse llevar. Cuando te empeñas en ser la ley de tu existencia, no vale suicidarse, ni dar palos de ciego, ni dejarse llevar. Me agradaba dejarme morir, no por nada en especial, solo por entretenerme. A fin de forjarme un espíritu he destruido mi corazón, he quemado todo lo que poseía de espontaneidad. Únicamente he pegado unos cuantos hachazos al reloj y ahora ya no funciona, ahora estoy enferma, ahora me arrepiento con amargor, ya quisiera yo poder enderezarme del todo, soldarme de nuevo por entero, repararme por completo, ya me gustaría recuperar todos esos tornillos. Me restableceré, seguro. Pero no podré volver atrás. Si te dan diez o mil hachazos, no puedes volver atrás de un solo hachazo. Me pasmo de miedo. Al nacer, uno funciona. Si uno se deja llevar toda la vida, continúa funcionando toda su vida. El motor que me hace funcionar escapa a mi entendimiento y a mi voluntad. Y eso me enerva. Armada con un hacha, abro el motor. Me recreo la vista, examino, descifro. La chispa explosiona la gasolina. Con la fuerza de la explosión, el pistón se hunde. Al hundirse, el pistón acciona el cigüeñal. El cigüeñal hace girar el eje, y el diferencial transmite el movimiento al eje de la rueda. Es como el huevo de Colón. Pero pienso: este motor no me obedece. Si le hablo, no me escucha. Va sólo a su bola. Y si no me obedece a mí, ¿a qué otro extraño obedece? No dejaré que semejantes fuerzas manejen el cotarro de mi vida. Hachazo tras hachazo, destrozo la chispa, la gasolina, el pistón, el cigüeñal, el eje y el diferencial. ¡Esta rueda solo girará cuando yo lo quiera! Arrimo el hombro a la rueda y empujo. No llegaremos muy lejos, Bérénice, pero iremos a nuestro aire, por nuestros propios medios. Me canso, caigo enferma. Lllaman al doctor. El doctor dice que podría poner de nuevo el motor en marcha, pero que ya nunca funcionará como un motor al que uno deja a su guisa. Ya nunca podré creer. Los engranajes y los muelles de mis sentimientos se acabaron. No creo en nadie. No creo en nada. Ya solo me queda la rueda y la voluntad.

¡Basta ya de estropicios! Las extrañas fuerzas que me dirigen no solo están dotadas de su odiosa omnipotencia, también tienen sentimientos. No solo se me agarran a la garganta. A veces, también me agarran por el pescuezo. Déjalas hacer.

Desembraga. Déjate llevar. ¿Quién sabe adonde te conducen? ¿No te agradan las sorpresas y los descubrimientos? Ya nada está desprovisto de sorpresas, ya nada es aburrido, salvo los países que uno mismo se crea. Déjalas que te sorprendan, sin oponer resistencia, que te guíen a lo desconocido. Aquel que se busca no encuentra nada. Aquel que se busca busca alguien distinto de él mismo en él mismo. Si llegas hasta el final, encuentras un protozoo. Más allá del protozoo, está la materia. Más allá de la materia, la nada. El hombre se desarrolló a partir de un protozoo. No puedes desear en serio reanudar todo desde cero sin volver a estar sin vida. Pero antes, debes volver a ser mono, saurio, trilobites, protozoo. Viéndome yacer en esta cama, inmóvil, únicamente dejando que mi corazón lata y que el aire pase por mis pulmones, se podría pensar que he alcanzado el último estadio en la evolución de las especies en sentido inverso, que me hallo cerca del nudo, de las grandes fuentes: la muerte, la inercia, el vacío, la nada.

Mi doctor está tan versado en psiquiatría como en endocrinología. Con su destornillador de píldoras, juega en mi cabeza, en mi radiador. Limpia las bujías de mi glándula tiroidea. Me dice que la bomba de mi radiador ya no aspira, que tendrá que desmontarla. Se burla de mí. Me burlo de él. Nos hacemos reír. Desde que me remienda, no es que la vida me parezca más interesante, sino menos imposible. Hablamos de motores de explosión. To be or not to be. Una vez más, sin creérmelo del todo, por nada en especial, por ver que tal va la cosa, elijo de nuevo vivir. Me lo prometo.

Einberg ha puesto de patitas en la calle al doctor, y aquí estoy yo, de ahora en adelante un protozoo. Tengo la frente empapada en sudor y frío en la espalda. Tengo la espalda tan fría como el sirope frío y la cara tan caliente como el jarabe caliente. Las sienas me dan punzadas como con el jarabe fermentado de malta. El doctor pretendía ser remunerado con unos honorarios exorbitantes. Le dijo a Einberg que un médico que, además de ser médico, es psiquiatra y endocrino tiene el deber de hacerse remunerar con unos honorarios exorbitantes. Pero Einberg no es hombre que se deje desorbitar por unos honorarios. Ha mandado al doctor a hacerse remunerar con unos honorarios exorbitantes a otra parte. ¿Perder el tiempo o morir? Estoy firmemente decidida a dejarme morir. Aquel que quiera devolverme el placer de vivir necesita ser un pedazo de mentiroso integral. Necesita tener una elocuencia del carajo. Ya no hablo. Me he jurado no decir ya nada. Apenas hablo ya con Christian. Desde la defenestración del doctor, hace un mes, no he pronunciado una sola palabra. Ya no comes, ya no hablas, ya no oyes, ya no miras. Te habitúas a estar muerto. Te duele la cabeza, pasas las noches en blanco. Aguantas. Eres duro de pelar. Tienes una muerte dura. El rabino Schneider se va. Él se va a la guerra dondorondón, dondondón. Ha venido a despedirse, talán. He dejado que hable solo. Se dio unas palmaditas en la barriga y dijo que eso le iba hacer adelgazar. Le he dejado darse unas palmaditas, sentirse en familia. Siempre puedes sentirte en familia con unas palmadas en la panza, pedazo Lope de Vega. Dentro de poco, unos cincuenta tomarán el avión con él. Todos han pasado por mi dormitorio. La nariz ganchuda, las manos tatuadas con números de campos de concentración, jóvenes, entusiastas, tienen pinta de ser temibles guerreros, de la Expedición de los Diez Mil. Todos están listos para entregar su sangre. ¡Que se lo digan a las garrapatas, a las sanguijuelas y a los vampiros! Entre los cincuenta, reconocí a Abel, el hermano pequeño de Constance Chlore. Los otros tres murieron la semana pasada. El carro de combate en el que se encontraban explotó. Cuando no quieres suicidarte, te paseas a caballo, no te paseas en carro de combate. Me alegro de que se hayan muerto. Me odiaban. Estoy impaciente por que maten a Abel. Es tal cual eran ellos. Dentro de poco cogen el avión. Einberg es quien financia la expedición. Llegarán a Tel Aviv hacia la media noche, si no se caen por el camino en el Mar Muerto. Aquellos que, como los tres odiosos hermanos de Constance Chlore, mueran en el campo de batalla dejan su dentadura sin empleo. ¡Aviso a todos aquellos que emplean su dentadura! ¡Tomen todos el avión! ¡Vayan todos ustedes a que los fusilen! ¡Fin a la restricción de dientes postizos!

Chamomor se preocupa tanto por los Países Árabes como Einberg por Israel. Ella recibe tantos embajadores con fez en el gabinete como cónsules con nariz ganchuda recibe Einberg en su despacho.

—Todo el mundo favorece a Israel en este continente. Estoy harta. ¡Es demasiado injusto! Los pobres Países Árabes nos van a aborrecer. Bastantes fronteras de odio hay ya en este mundo para que esta guerra, esta sucia guerra, esta guerra que, como todas las demás, solo es un negocio entre sabiondos y peces gordos, venga a levantar unas cuantas más.

Dicho esto, Chamomor ha lanzado una campaña destinada a ayudar a las familias árabes castigadas por la guerra. Un centenar de solicitantes ataviados con cesta y fez acuden a recoger conservas, cigarrillos, dólares y patadas en el trasero. La campaña habría podido ser destinada de igual modo en ayuda a las familias afectadas en ambos bandos. Pero, según Chamomor, las campañas destinadas a ayudar a las víctimas israelíes son ya bastante numerosas. Los diarios le juegan una mala pasada. La acusan de ignorancia asesina y de ceguera criminal. Ellos afirman que solo hay una ley y que, cuando dos bandos se enfrentan cara a cara, todos los buenos están de un lado y todos los malos del otro. Ellos aseguran que si ella conociera mínimamente la historia y la política, defendería una causa más justa. Chamomor responde que la mayoría de los niños y ancianos árabes afectados por la guerra no saben ni leer ni escribir, por consiguiente ellos no conocen más la historia y la política que ella. Ella responde que, aunque solo existiera en conjunto la mitad de un derecho, ella exigiría todos los derechos. Entonces no olvidan recordarle, en tono obsceno, que sus hermanos, los coroneles Brückner, colaboraron con los nazis al principio de la segunda guerra mundial. Con orgullo, responde que ella no tiene mucha más memoria que recuerdos pueda tener un bebé árabe, que un bebé árabe no tiene ni historia ni rencor. Responde que ella está convencida de que si tuviese recuerdos solo le inspirarían desprecio y rencor. Einberg y Chamomor hablan tan alto que los oigo como si estuviera con ellos en el gabinete.

—La guerra es tan santa para los pobres imbéciles de un lado como para los pobres imbéciles del otro. Los cacho bocazas les han cantado a todos la misma canción: «¡La justicia está de nuestra parte!» Pero los cacho bocazas se guardan mucho de decirle a los pobres imbéciles que se trata de la ley del más fuerte, la ley de los que tienen muchos más asesinos y máquinas de matar.

—¿Qué pintan aquí de nuevo tus hermanos? ¿Quiénes son? ¿Los pobres imbéciles o los cacho bocazas? Porque de nuevo se trata de tus hermanos, ¿no? Porque en tu cabecita siempre se trata solo de tus hermanos, ¿verdad? Quizá solo tuvieras trece años cuando te desposé, quizás estabas loca de atar, pero, te aseguro, que eras tenaz en tus ideas. Solo abrías la boca para defender la causa de tus adorables hermanos, solo para rogar a tu maridito que usara su influencia para salvarles de la horca. Cuando se trataba de hacerle escribir una carta a un juez o a un ministro, no te privabas: te desnudabas, le recibías con los bracitos abiertos. Cuando decidiste dormir en habitaciones separadas, se trataba de nuevo de tus hermanos.

Acababa de sacarles de prisión. Por tanto ya no tenías nada más que conseguir para ellos. Por tanto ya no sabías muy bien por qué seguirme aguantando en tu cama. Los Países Árabes, en parte son tus hermanos, ¿no es así? Se parecen a tus hermanos de una manera tan asombrosa... Al igual que esos adorables coroneles, son unos fanáticos, unos sanguinarios, unos antisemitas... ¡Hay que protegerlos! ¡Hay que volar en su auxilio!

—Lo que hice por mis hermanos nada tiene que ver con la sangre. Lo habría hecho por un simple extraño. Por otra parte, sabéis muy bien que desde hace diez años mis hermanos son para mí puros extraños. Existe un abismo entre nosotros, un inmenso abismo, un abismo de mil años, un abismo tan grande como entre yo y Recaredo I, rey de la España visigoda.

—¡Recaredo I! ¡Recaredo I! ¡De qué no serás capaz! El abismo que existe entre tú y Recaredo I no es nada comparado con el abismo que existe entre Recaredo I y yo. Según tengo entendido ese salvaje sería convertido al catolicismo. Ahora bien yo, Mauritius Einberg, jamás me convertiré al catolicismo.

—Si alguna vez os convertís al catolicismo, Mauritius Einberg, me suicidaré. ¡Estaré tan resentida con Dios por haberos otorgado la gracia que me suicidaré!

¡De qué no serán capaces!

Tengo un esqueleto. Puedo tocarlo, palparlo, relacionarme con él a través de mi carne cada día más delgada. Puedo meter mis dedos en las cuencas que tiene en lugar de ojos. En vez de pierna tiene una tibia. En vez de mejilla tiene un pómulos. Mi mano solo es un guante que enfunda su mano de huesos. Mi cabello solo es una peluca adherida a su cráneo huesudo. Mis ojos solo son dos bombillitas de color hundidas en las cuencas que tiene en lugar de ojos. Solo soy el hábito de un esqueleto. Adelgazo. Estoy tan delgada como un palillo. El esqueleto que me sostiene va a coger frío. Peor para él. Le tocaba el turno de elegir a la tonta más tonta. Me impongo el deber de no comer. No sería honesto por mi parte comer, dado que me basta con ver la comida para que se me revuelva el estómago. Si fuese una flor, comer me haría florecer. Cuando eres un ser humano, el comer solo provoca disgustos, sustos y excrementos. La idea de todo el asco, el miedo e inmundicias que puedes evitar al rechazar el tazón de sopa, la patata y la loncha y media de buey me devuelve el sabor de la vida. Mi fiebre sube y sube. La dejo subir. Me dejo cocer bien tapada y a fuego lento, como un estofado de jamón. A menudo ocurre que, tras los pinchazos más intensos y los dolores más agudos, la fiebre comienza a subírseme a la cabeza y me otorga el más dulce de los placeres. Cierro los ojos, me quedo quieta y tengo la impresión de caer, de caer sin terminar de caer nunca, al igual que un enorme campanario cuando lo miras desde el pie de la iglesia. Me siento estéril, vacía. Me siento ligera, más ligera que un pájaro. Solo soy un par de alas de golondrina y nado en el aire.

Fiel y persistentemente Chamomor pasa sus noches al lado de mi cabecera. Oigo ronronear al gato y es como si oyese al amor derramarse en una pila. Quien está sentada cerca de mí con una botella de coñac entre las piernas no es Chamomor, es una botella llena de amor. Y esta botella, de vez en cuando, se levanta, se inclina encima de mí y alarga su gollete en mis labios. Me muero de sed. No beberé. Mi lengua está tan áspera como un corcho. No beberé tu agua.

Un grito me arranca de la pesadilla. Mis ojos se abren en su hermoso rostro. Mi mirada entra en el azul limpio y fresco de sus ojos. La siento querer, desear. Ese rostro tan suave como el terciopelo que se alza a dos dedos de mi alma, tan repugnante como un pulpo, está formado de la piel que requiere. Este soplo tan dulce como el perfume de una flor, que hace estremecer la rocosa corteza de mi alma, está formado del viento que requiere. Dulcemente, su nariz me dice: «Toma.» Suavemente, sus cejas me dicen: «Toma.» Lentamente, las góndolas y los gondoleros pintados en su camisón me dicen: «Sírvete.» A ciegas me cierro. Me cierro de brazos, me cierro el pico. A ciegas, me repito que debo tener cuidado. ¡Buen cajón, pon tus buenos cuchillos a resguardo de tus buenos tenedores! ¡Tesoro de los Mares del Sur, no necesito nada! ¡Jardín, prefiero mi miseria a tu abundancia! ¡Acuario lleno de

peces multicolores, solo se tiene lo que se es; y lo que tú eres solo a ti puede pertenecerte! Durante un largo tiempo permanece inclinada sobre mí, alargándose, esperando, esperándome. Esperando a que yo la requiera, su mano tan suave como un ala de pájaro acaricia mi frente ardiente y espinosa. Esperando a que yo la requiera, sus largos mechones tan suaves como un par de alas de pájaro se abren como abanicos sobre sus mejillas, se cierran como un par de hojas batientes sobre su rostro. De repente, se endereza. Repentinamente, su mirada se ha marchado del interior de la mía.

—¿Tienes sed? —pregunta.

—¡Tienes sed! —afirma—. Corro a buscarte agua.

Regresa con su agua. No me interesa su agua. No insiste. Cambia mis sábanas empapadas de sudor. La miro. No me permito mirarla así muy a menudo. Pero esta noche, estoy demasiado débil para defenderme. Ella me acaricia un poco más. Dejo que su belleza ronde por mi cabeza. Pero solo me permito mirarla cuando tiene la mirada en otra parte. Su mano cepilla mi pelo. Mis pelos, podrido hasta la raíz, al parecer se desprenden a la mínima presión. Varios se han quedado prendidos tras sus dedos.

—Se te cae el pelo, mónita, —me dice riendo.

Chamomor debe de estar riéndose por dentro. En el estado en que me he puesto, me he convertido para ella en un arma más potente que un cohete intercontinental con cabeza nuclear. En el proceso de los Treinta Años que libra contra Einberg, me he convertido en la prueba a prueba de bombas, el instrumento de convicción inquebrantable. Nada más sencillo que, con lágrimas de cocodrilo en la mirada, soltar a Einberg: «¡Mirad lo que habéis hecho de mi hija!» Christian dice que, desde que estoy enferma, no para de buscar gresca con Einberg, de gritarle y de quejarse ante él. Ella lo acusa de haber envenenado mi vida. Lo acusa de ser menos avaro cuando se trata de comprar fusiles para Israel que cuando se trata de pagar la minuta al médico de Bérénice. Se le echa encima a la primera de cambio. Se aprovecha de ello. Quizás no me quede enferma durante mucho tiempo.

—¡Está frustrada! ¡La habéis frustrado en sus más inocentes necesidades! ¡La habéis ofendido, humillado, tratado como a una bestia!

¡Dale fuerte, Cicerón! ¡No te dejes, Verres! La última vez que le hablé, en un ataque de rabia, le dije que ella no dejaría de ser nunca una pantera, una fiera egoísta y solitaria, un ser sordo y ciego, un ser que solo se tiene a sí mismo por amor, sentido y orgullo.

—Tú —me contestó mientras se sonreía y me acariciaba—, tú no dejarás de ser nunca un pequeño mono, una pequeña fiera feúcha, gesticulante, guasona y colérica.

Es en recuerdo de esta escena por lo que en vez de llamarme palomita, me llama ahora mónita. Tita-paloma. Tita-mona. Titánica.

Sopla el viento en borrascas. Llueve a golpes de látigo. Truena. Relampaguea. Chamomor se mantiene de pie en el alféizar de mi ventana, con una mano enganchada al codo^[18]. Lleva un pijama blanco como la nieve con pinta de ser demasiado grande para ella.

Chamomor está sentada en escuadra sobre la gran Chippendale. Está sentada todo a lo largo contra el recto y rígido respaldo cuyas dos abultadas columnas se erigen a modo de pórtico. Su mirada con la transparencia del cristal de roca y de un azul lunar abarca con firmeza la tempestad. Sus ojos son acuáticos. Relucen como dos remolinos de agua en la superficie de su cara. Los ojos, una vez abiertos, me fascinan. Relaciono el alma con los ojos abiertos, tanto con los ojos abiertos de los seres humanos como con los ojos abiertos de los animales. Miro sus ojos. Miro a unos ojos cuya mirada volcada hacia el interior vuelve ciegos. Dado que no tienen ojos, los árboles ni hablan ni caminan. Solo a través de los ojos uno puede elegir a quien odiar, a quien amar. A través de los ojos uno llora cuando llora. A través de los ojos dos seres humanos pueden no simpatizar, pueden no ver las cosas desde el mismo punto de vista. A través de los ojos el hombre pudo salir de las profundidades infinitas de sus tinieblas. Con los ojos, el hombre emergió a la superficie de sí mismo, creyó ver a otros hombres, se imaginó que su solitaria omnipresencia era puesta en tela de juicio por otros hombres. Cuando los ojos se abrieron la verdad, la mentira, quién sabe, resplandeció, la ilusión invadió al hombre, las peores alucinaciones comenzaron a bullir dentro de la profunda montaña de sus tinieblas, dentro del cálido rincón de su dios. Gracias a los ojos comenzó a imaginarse que ya no estaba solo, a sufrir de soledad y de miedo, a llorar. A través de los ojos el ave entiende que el polluelo ha muerto. Tras los ojos a los hombres les llegaron las piernas. Al ver lo que vieron cuando se pusieron a ver, les entró el canguelo y rápido se fabricaron unas piernas (¿por qué diablos no se fabricaron unas alas?), y se pusieron a huir, a correr tras otra montaña de inamovibles y certeras tinieblas, tras otro rincón de dios. A través de los ojos los hombres se dieron cuenta de que el hombre muere. Cuando el hombre vio morir al hombre, pegó un grito de muerte; así es como le vino la palabra. Tan fuerte gritó cuando gritó que le salieron orejas de la cabeza. Cansado de correr, el hombre se sentaba (origen de la silla). A la vez que descansaba, intentaba comprender lo que acababa de sucederle (origen de la incomprensión). Cuando un hombre en su huida encontraba a otro hombre, solo tenía una alternativa." esquivar o atacar a ese temible semejante que de súbito aparece para disputarle el tranquilo goce de su hueco de tinieblas. Al esquivar lo llamaron cobardía. Al atacar lo llamaron amor cuando uno se sometía al otro, y odio cuando uno y otro rechazaban someterse. Los ojos hacen pagar caro los espectáculos que conceden al hombre, la ilusión que le conceden de no

sentirse solo. Los hombres que se compran gafas para ver mejor son imbéciles. Cuanto más claramente es percibida una ilusión, más se asemeja a una realidad. Si los hombres perdieran la vista, enseguida se les vería detenerse, callarse, plantarse al sol, soltar raíces y hojas, dar frutos. Al mismo tiempo sus raíces crecerían, sus montañas cerrarían su falsa puerta a la falsa luz del sol, verían transformarse lentamente la cabeza de bufón^[19], que aprietan entre sus manos, en un cetro y una corona.

Mientras me hago toda esta serie de reflexiones, Chamomor, en quien clavo la mirada, no se mueve. Sus rubios cabellos son tan delicados como la seda de araña. Caen perpendicularmente de cuajo alrededor de toda su cabeza. Se arquean, como para formar un voladizo, sobre su nuca. Cuando su cabeza se inclina, ellos se inclinan, se abren, se despliegan como una ola sobre la playa. Solo los cabellos, los ojos, las uñas y los dientes no están recubiertos de piel. El rubio cabello de Chamomor se enciende y se apaga con el resplandor de los relámpagos. De repente, se mueve. Toma un sorbo de coñac. Sus labios están mojados de coñac, sus labios de bereber de la Cabilia, sus labios pulidos como el borde de una copa, sus labios gruesos como el borde de un cántaro. Me imagino con una maza hundiendo clavos en su frente ancha y lisa. La imagino así, clavada colgando de una pared, entre el techo y el suelo, como un cuadro de Velázquez. Tiene un dedo plantado en una mejilla. Su boca entreabierta deja ver sus dientes, deja ver «un rebaño de ovejas que suben del abrevadero». Con la cabeza inclinada, mira dentro de su velicomen. Es como si hubiera una función de teatro dentro de su velicomen. Puede pasarse horas dentro de su velicomen, sin moverse, sin mover un dedo, un párpado. Mauriac II se estira entre sus pies descalzos y echa un sueño.

Se vela a los enfermos. Chamomor me vela. No está pendiente pendiente. A menudo está en la luna. Bruscamente vuelve la cabeza. Ve que la miro, que dejo que su belleza ronde por mi cabeza. Parece sorprendida. Se pensaba que dormía. Regresa de su asombro, me sonrío, me pone la mano en la frente.

—¡Hola, mónita!

Sonríe, bastante molesta. Tiene motivos para estar molesta. Me había prometido ignorar su presencia. Durante un mes, he fingido no verla. Y ahora de repente la miro, directo a los ojos; y de buenas a primeras no le desvío la mirada.

—¡Qué veo! ¿Qué debo pensar? ¿Me ves, o solo finges que me ves? ¿Significa eso que te dignas en tener en cuenta mi presencia? ¿O solo es un resplandor en tus ojos. Un ascua que queda de rescoldo en el fondo de tu fría cabeza? ¡Deprisa, hay que soplar encima!

Mis más odiosas muecas no acaban con su cara de satisfacción, le doy la espalda. Se levanta, se inclina sobre mí, recoge mis codos entre sus manos. Y, suavemente, con tibieza, en pequeñas dosis, sopla sobre mi oreja. ¡De golpe, ya está! Esto es lo que hace conmigo. Pierdo la cabeza. De golpe y porrazo, dentro de mí, las esclusas se

han roto, diques y barreras han estallado. Sé que esta mujer hace trampas, me lo digo, me lo repito. Pero es inútil. Presa del deslumbramiento total, lo olvido todo, lo pierdo todo. Me hundo con todos mis logros y me estrello. Pierdo pie, caigo. Todo se escurre entre mis dedos. De repente, como transformada por una fuga volcánica, me vuelvo, me levanto, me lanzo, me tiro a sus brazos, me aferró a su cuello. Ella me abraza con fuerza, sin decir nada. Los minutos se hacen eternos. El silencio es tan pleno, tan denso, tan rico que, como en el fondo del agua, ya no consigo respirar. Siento un calor, deliciosamente cálido, tanto calor que tengo la impresión de fundirme, de evaporarme.

—No te muevas. No digas nada. Te quiero. Quédate. Quédate aquí. Quédate así.

Le repito las mismas palabras, cien veces. Tengo que hablar. Hay tantas palabras en mi garganta que me ahogo. De un solo gesto y con tan solo un movimiento, me saca de la cama y me levanta hasta el techo. Me agita con los brazos extendidos, como un trofeo. Ríe. Me vuelve a bajar y me adiestra en la más burlesca de las danzas, en la más sorprendente de las rondas. Damos sin ton ni son mil vueltas de peonza sobre el parque. Giramos tan deprisa que cubrimos todo el parque de pies, la superficie entera del país. Los cuatro mil muros de la habitación dan vueltas de peonza a la velocidad de las ruedas del carro de Faetón. Muebles y entrepaños se superponen, se mezclan, se vuelven gaseosos, se tornan en horizontes vortiginosos, se funden en un torbellino de niebla. Ella ríe. ¡Ay!, ¡cómo se ríe! Finalmente, sin fuerzas, nos paramos. Tambaleándose, zigzagueante, se deja caer cuan larga es en mitad del parque. Caigo detrás de ella y me tiendo cuan larga soy. Tendidas de espalda, con el vientre entre los brazos, resoplamos como dos bueyes. Se pone seria. Adquiere un aire mesurado. Lloro.

—Seas quien seas, cariño, yo te quiero. ¡Que lo sepas! Te vuelvas como te vuelvas, cariño, seguirás siendo mi niña, siempre tendrás derecho sobre mí. Dondequiera que tu suerte te arrastre en su curso, que sepas que yo estaré en cada curva del camino, que al final de cada callejón te esperaré, con los brazos abiertos de par en par. Acuérdate de que te quiero, te lo suplico.

Se pone en pie. Me alarga las manos para ayudarme a levantar. Encuentro ridículo lo que acaba de decir. ¿Pero acaso no perdonarías cualquier cosa tan bella como ella?

—Duerme ahora...

Quiero que se acueste conmigo. No sé cómo decírselo.

—Debes estar cansada... —le digo, hipócritamente. Hace más de un mes que te pasas las noches en pie velándome... Ven. Tiéndete un poco cerca de mí. Mira: te he hecho un hueco bien grande.

En principio no quiere. Insisto. Se lo ruego. Al final consiente. Al verla llorar me entran ganas de llorar. No me cabe el corazón en el pecho. Me pica la nariz. Tengo los ojos llenos de lágrimas. Tumbada aquí cerquita, en mi cama, da la impresión de

que se deja pertenecer, de que me deja poseerla. Acostada en lugar de las muñecas que tuve, da la impresión de ser mi muñeca, de ser toda mía. Desde donde estoy, no la veo lo bastante bien, no disfruto lo suficiente de su presencia. Me levanto, para ponerme de rodillas cerca de su vientre. La vista es mejor. La veo como deseaba verla, la tengo como deseaba tenerla. Al verla debajo de mí tendida en mi cama, en el barco de mis miedos y pesadillas, siento la intensa sensación de tomarla, de guardarla, de tenerla dentro del alma. Soy un país. Y ella está dentro de este país que soy tal como la isla está dentro del agua. Quiero tocarla. Quiero asirla, agarrarla con mis manos. Quiero recorrerla con la mano, de la cabeza a los pies.

—Dame tu mano.

—¿Para qué? —pregunta ella, en un tono burlón con el que consigue ruborizar mi seriedad.

—Para mirarla.

—Está completamente oscuro. No verás mucho que digamos. ¿Quieres que encienda?

—¡No! No enciendas. ¡Nada de luces!

Escucho lo que digo como si fuera otro el que habla. Me tiende una de sus manos, mostrándome el dorso, la parte oscura, la parte que forma el puño, la parte que se ve cuando la mano está cerrada.

—Tú no tienes sentimientos. Aquellos que poseen sentimientos ofrecen la palma de la mano, la parte que se ve cuando uno abre el puño, la parte más suave, la menos huesuda, la más secreta. Tú me ofreces la mano que se muestra cuando uno quiere dar un revés.

—Qué malos modales tengo.

Cojo su mano, el hermoso racimo de dedos coronados de diamantes rosas. Aprieto en mi puño uno de sus dedos delicados y flexibles, como la hierba. Me muevo, me pongo en cuclillas al lado de su cara. Con mi dedo, con una tiza imaginaria, trazo la línea de puntos de sus ojos cerrados, la línea del contorno de su frente, la línea del asa de cesta de su mandíbula, la línea de la cresta de su nariz.

—Eres guapa, sabes. No hay nada más bello que tú. Eres más hermosa que un árbol.

Sonríe un poco, emite un suspiro desgano por la nariz. Me acuesto en su pecho y le pido que ponga sus manos en mis ojos. Apoya sus palmas frías sobre mis ojos ardientes.

—Apoya más fuerte. Vas a ver que divertido.

Aprieta un poco. Entonces muevo los párpados y le pregunto a qué le recuerda eso.

—¿A qué tiene que recordarme?

—Cuando encierras una oruga en tu puño, forcejea y te hace cosquillas, así.

—¡Qué horror! —exclama, con el pecho tembloroso.

Hago deslizar mi cara hasta su vientre. Es blando, como la nieve. Es nieve caliente. Hago fuerza sobre su vientre con mi rostro, bien fuerte, hasta que se me rompa ahí la nariz.

Ella cruza sus manos sobre mi nuca.

—Ya no estás sola, cariño mío. Ahora duerme. Duerme. Duerme.

—Si lo piensas. ¿Para qué dormir? ¿Para que la pálida vida regrese más deprisa?

—¿La pálida vida?... —se ríe.

Nos callamos. El amor me ha fecundado. El amor circula por mis venas. Y es como si, hasta el alba, en cada latido de mi corazón, estuviera a punto de morirme.

¡La quiero! ¡La quiero! ¡Que vuelva! ¡Que vuelva! Ha entrado la noche. ¡La espero! ¿A qué espera ella? ¡Aquí llegan sus pasos! Tengo como miedo. Ya se abre la puerta, ya entra Mauriac II, con la cola en alto. Tengo unas ganas locas de gritar. Contengo en mi vientre mil gritos mucho más largos y agresivos que una anguila. ¡Cómo la quiero! Estoy loca. Aceptaré estar loca durante toda la noche, más loca de lo que estoy. Pero esta segunda noche será la última. Cuando estás loca tienes que atarte.

Dejo puertas y ventanas abiertas de par en par. No tengo los ojos lo suficientemente grandes para mirarla, ni los oídos lo bastante grandes para oírlo todo, ni la voz lo bastante amplia para decirle todo. Supuro con todos los poros dilatados. Si es necesario, durará hasta la aurora, se prolongará hasta pasada la mañana. Tengo toda la noche. Me tomaré el tiempo que haga falta para vaciar la fascinación, para romper el encantamiento. Le hablo, la toco, tan deprisa como puedo, tan locamente como puedo. No me detengo. ¡Circulen! Vierte un poco de coñac en su velicomen. Hunde ahí la mirada, la clava.

—¿Qué ves ahí dentro tan bonito? ¡Déjame mirar!

Haciéndome señas para que baje la voz, me lanza una irritad mirada de pescador que no quiere que tiren piedras al agua. Aprieta bien fuerte el velicomen entre sus manos. Si ella se mueve, si el aire se altera, lo que haya dentro del velicomen se escapará, levantará el vuelo como un pájaro mosca que oye remover entre las ramas. Me hace una seña para que aproxime lentamente la mirada.

—Mira, cariño, es una ciudad sumergida.

En principio, solo veo sumergido el cristal tallado en rombos del fondo del velicomen. Después comprendo que para ver una ciudad en el fondo de un vaso hay que esforzarse.

—¿Es una ciudad micénica? ¿Es la Atlántida?

—Mira las estelas de luz roja, verde, azul y amarilla. Es una gran ciudad en la noche. Es una ciudad que se quedó tal como estaba, justo un momento antes de caer en el fondo del mar. Los letreros rojos, verdes, azules y amarillos todavía brillan.

—Ahora veo. ¡Ya veo! No digas nada. Deja que te cuente. Es una ciudad portuaria. Veo un gran faro. Veo las luces del muelle temblar en el agua.

Basta con que esfuerce un poco la mirada para ver todo lo que pasa por mi cabeza. Estoy maravillada. Estoy allí. Veo un gran faro. Veo muelles iluminados, unos almacenes oscuros. La noche se va. La noche pasa tan deprisa como sus trenes. La noche acabó. Mi amor regresa a su caparazón. Cuando me despierte, el idilio se habrá convertido en dulzor, en dulce secreto. Solo podrá continuarse de mí hacia mí, en lo invisible, entre los túneles secretos cavados entre la luz y las tinieblas.

¡Caca de la vaca! Ahora estoy curada, bien curada, curada hasta la médula ósea. De nuevo estoy sana. Estoy tan sana que ablando hasta las piedras, con las mandíbulas apretadas para romperme de paso los dientes. Estoy tan sana que me siento capaz de aplastar la tierra de un puñetazo. Como siempre, voy a casa de la Señora Ruby. Si tuviera una sierra, le serraría las piernas. Si tuviera un embudo, se lo metería a golpes por la nariz. Si tuviera una bomba atómica, se la haría tragar. Si tuviera unas tijeras, le cortaría las orejas. ¡Estoy como nunca de salud! ¡Todo sea por lo mejor en el mejor de los mundos! ¡Samba samba! Amo la vida^[20]. Allá voy con zancada firme y larga, como todos esos imbéciles que se imaginan que así no dan vueltas sobre el mismo eje, que se hacen ilusiones con aquello de que cuanto más andas antes llegas a cualquier parte. Allá voy con el corazón contento, como todos esos imbéciles que no ven que solo se levantan para volver a caer en la misma miasma, en los mismos errores, que solo ríen para volver a caer en el mismo aburrimiento, en la misma monótona indiferencia, que solo se callan para repetir las mismas menudencias, las mismas banales naderías para chuparse entre ellos la sangre. Allá voy con la cabeza bien alta, para no ver que todo da vueltas sobre el mismo eje y que todo se acaba en la pescadilla que se muerde la cola. No son los seres humanos quienes dan vueltas sobre el mismo eje. No soy yo quien da vueltas sobre el mismo eje. Si prestamos mucha atención, nos daremos cuenta de que permanecemos inmóviles, de que estamos fijados a un tornillo, que lo que da vueltas sobre el mismo eje es una muela tan grande como la tierra, una muela que roe la carne poquito a poco con cada vuelta, que embota el alma poquito a poco en cada vuelta, que mata poquito a poco a cada vuelta. Allá voy con la zancada firme y larga, con el corazón contento, con la cabeza bien alta. ¡Y no vayan a imaginarse que basta con caminar en zigzag para que cese el movimiento giratorio! Mi idilio con la pantera blanca a los ojos de azur ya se acabó, agotó su curso. Vivió lo que vive todo dulzor: el transcurso de un malentendido. ¡Es culpa suya! Es una imbécil. Es tonta hasta para aburrir a las piedras. No ha entendido nada. La quiero como un chico quiere a una chica. Cuando estaba a solas con ella, no podía mirarla sin tener la impresión de hacer algo malo. No ha entendido nada. La besaba con mi más oscura pasión y pensaba que me correspondía con su mayor excitación. La tonta solo ha visto fantasías, travesuras, chiquilladas. La tonta solo ha visto candilejas. La tonta de Chamomor ha hecho morder el polvo a la tonta de Bérénice. Si hubiera sentido la fuerza y la seriedad que he puesto en todo lo que hemos practicado juntas, se avergonzaría de ello. No habría tocado nada. Todo habría permanecido en la habitación. Todo se habría guardado en el fondo de su alma. Ni por un instante ha sospechado la verdad. Ni por un instante ha dudado de su verdad. Ella lo cuenta a todo el mundo. Se vanagloria de ello. Y, cuando lo cuenta, no hay una sombra de preocupación en su mirada. Lo ha saqueado todo. Dejó abierta la habitación a los cuatro vientos. Los aromas se han dispersado. Los

cuadros que habíamos pintado juntas en la habitación, los ha ido colgando por los muros de la ciudad. A todo el mundo cuenta los matachines que hemos bailado estas dos noches atrás.

Desde que estoy curada, ella me exhibe. Soy el osito que ella enseña. Eso es lo que guarda de mí y de la pasión que tuve por ella. Soy su prueba. Soy la prueba de que ella llevaba razón. Soy su estandarte. Soy el estandarte que testimonia su victoria sobre Einberg. Soy aquella que Einberg había matado y que ella ha resucitado con algo de amor materno. Einberg decía que yo necesitaba un buen par de bofetadas y ella decía que necesitaba amor materno. Llevaba mucha razón. Me ha dado amor materno y estoy curada. De nuevo estoy viva gracias al amor materno de Chamomor, viva, vivita, contante y sonante. ¡Mirad lo viva que está desde que le hice beber una infusión de amor materno! Anteayer, me exhibió ante los Glengarry. Les dijo que Einberg me había matado y que ella me había resucitado.

—¿No es así? —me preguntó.

—Efectivamente —dije.

Ayer, estábamos en casa de los Jovitch. Les contó la historia de la oruga aprisionada en la mano y la historia de la ciudad nocturna atrapada en el fondo del mar. Eso les divirtió mucho.

—¿No es así? —decía ella, toda sonriente, volviéndose hacia mí.

—Efectivamente —contestaba yo, tragando sapos.

—Ella me apretaba tan fuerte entre sus bracitos que perdía hasta la respiración.

—Efectivamente —contestaba yo, tragándome la hiel.

Mañana, volvemos a casa de los Glengarry, aplausos y salida a escena. Cedo ante Chamomor. Interpreto su papelito. La dejo creer todo lo que le place creer. La dejo creer que realmente ha realizado un milagro, que realmente yo estaba muerta y que realmente ella me ha resucitado. Es el hada que me tocó con su varita. Estaba enferma y desesperada. Estoy feliz y rebosante de salud. Cuando ya no encuentre divertido hacer teatro, le diré que se vaya a paseo.

Regaño a Christian. Me prometió llevarme al fin del mundo tan pronto como estuviera curada. Aún no ha hecho nada.

Christian me viene totalmente pálido. Me anuncia que ya está listo. Él solo tiene una palabra. Ya está. Un hombre de honor solo tiene una palabra. Me dijo que me llevaría al fin del mundo y me lleva al fin del mundo. Nos vamos.

Aprovecharemos la noche. Partiremos en el corazón de la noche. Nos escaparemos a nado. Hay una barca, pero no la usaremos. ¿De qué tendríamos pinta si nos escapásemos en barca? ¡Más vale que nos escapemos en autobús, en avión fletado, en motocicleta! Lo haremos a lo grande.

—Figurémonos que nos escapamos de un campo de prisioneros de guerra.

—Está bien —dice él. Me pide que decida una hora—. Decide la hora y el minuto.

—¿A cualquier hora? ¿En cualquier minuto?

—Ya veré. Siempre lo dices tú todo. Somos dos. Si luego no me gusta, lo discutiremos.

—A las trece y trece.

Christian da cuerda a su reloj con un gesto lento, teatral y descomedido. Subimos a mi habitación. Doy cuerda a mi reloj de cuco, con un gesto lento, teatral y descomedido. Pongo mi cuco en hora con su reloj. En la cama, extendemos un mapa de la región. Nos arrodillamos, con los codos en la cama, y me enseña a descifrar el mapa. El ferrocarril que coge el puente que atraviesa la isla por encima está señalado con una tronchante línea negra entrecortada por tramos, tronchante porque parece un ciempiés sin final, un diezmilpiés delgaducho, un diezmilpiés que no ha comido desde hace dos mil años. Ajá. El ferrocarril que pasa por encima de la abadía se ramifica en tres vías al entrar en la ciudad. De las tres, la que bordea el agua es la que nos interesa. Con la punta de su lapicero, Christian sigue la delgada línea de patas que la señala. El agua es azul. La tierra es parda. Con relación al puerto, la tierra forma pequeños dientes rectangulares: son los muelles. Con énfasis Christian marca con una cruz grande el muelle llamado Victoria.

—Aquí es donde pararemos de caminar.

—¿Y después? ¿Qué haremos? ¿Nos subiremos a un barco sin más ni más? ¡Oh! ¡Christian! ¡Oh!

Christian permanece punto en boca, en un misterio mortal. Y, tal como un mago saca de su manga una sota de diamantes, saca él de su bolsillo una gran bola de papel impreso. Es una hoja de periódico que con esmero alisa y estira. Mortalmente pausado, lee.

—«El Elga Dan, paquebote danés amarrado en el muelle Victoria, leva anclas mañana, a primera luz del día. La salida del Elga Dan clausura una de las temporadas con mayor movimiento en el mayor puerto del país. El Consejo de Puertos

Nacionales anuncia que el puerto reabrirá la próxima temporada dos semanas antes de lo habitual. El río tendrá que ser ahondado y ensanchado...» Y todo lo demás... El destino del Elga Dan no está decidido. ¿Estás contenta?

—¡Destino desconocido!... ¡Oh! ¡Christian! ¡Oh! ¡Te besaría!

—Yo también, quiero irme de aquí. Estoy harto. Estoy asqueado. Tengo ganas de morirme.

—Tú... ¿con ganas de morirte?, ¿de veras? ¿Qué es lo que te pasa?

—Tal vez te lo diga. Quizá no te lo diga... En cualquier caso, es asqueroso. Además ya debiste adivinarlo. Eres tan entrometida.

—¡Destino desconocido!... Christian, acostémonos y durmamos, para que el tiempo pase más deprisa. Fuera hace frío. Habrá que abrigarse.

Me veo como si estuviera allí. Reptamos por el puente de hierro, bajo los ojos de buey de los camarotes para oficiales. Nos arrastramos en la sombra, como ratas, reteniendo la respiración. No sé cómo hemos podido colarnos a bordo. El marinero de turno se encontraba dormido, o miraba como se producía un eclipse de luna, o había ido a buscar cerillas a la cala. Reptamos, temiendo lo peor. Por todas partes, se alza el peligro. Cualquier sombra es enemiga. Cualquier ruido es peligroso. Nos hemos acurrucado tras el bote salvavidas que hemos elegido para escondernos. Pero los botes salvavidas están envueltos en lonas y estas lonas están sujetas con unos correajes tan tirantes que es imposible levantarlas. Frenéticamente, trabajamos para aflojar las jarcias que acordonan nuestro bote salvavidas. ¡Ya está! Los nudos ceden. Nos tiramos de cabeza llegando a formar una bola en el fondo del bote salvavidas. Nos morimos de hambre y de frío en el fondo de nuestro escondite. Nos apretujamos para no gritar de desesperación. Nuestro escondite cabecea y se tambalea al filo de sus pescantes. Pero no todo está perdido. Al otro lado de las tinieblas y del silencio, los oficiales mandan, los marineros blasfeman, los delfines juegan al salto del potro, los albatros se deslizan de arriba abajo a través del viento, el sol brilla, el mar se desgarran en el estrave, el Elga Dan se pone en marcha. Y, pronto, alcanzaremos el fin del mundo: una Pentápolis de veinte colores y veinte puertas, una Pentápolis con una sonrisa mayor que el cielo, una Pentápolis en un baile mayor que el vuelo de las aves, una Pentápolis agrupada alrededor de un ábside.

—Espérame en el pontón. Estaré allí alrededor de las trece y trece.

Espero a Christian, y esta ocupación consume todo mi tiempo, toda mi atención. Los últimos minutos de mi antigua vida se esfuman. Frenéticamente, escucho salir de mí los últimos minutos de una vida desolada, plana como un atlas, miserable, cruel. Una vida distinta se acerca, completamente nueva sobre el agua impura, completamente blanca en la noche, completamente cálida en el frío. Mis nuevos días y mis nuevas estaciones no son de esos que se cuentan como borregos y mueren como moscas. Mis nuevos días y mis nuevas estaciones se extienden en la nada como

un fresco sobre un muro. Mis cincuenta mil nuevas estaciones no son cincuenta mil pequeños cadáveres de sol cayendo uno tras otro a mis pies; son un sol, un aliento, una tierra, un mar, un solo y único camino. En esta noche sin luna, el cierzo es tan frío, tan afilado, que traspasa mi ropa y mi carne, parece soplar directamente dentro de mis cavidades espláncnicas. Llevo pantalón, jersey, boina y esparteñas. Christian aparece bruscamente, hace que me sobresalte. No llevamos nada. Cuando tengamos hambre, comeremos tinieblas, beberemos oscuridad. Nos castañetean los dientes. Me río. Christian no parece de humor para reír. Con la punta del pie dejamos caer piedras entre los tablones del pontón. El amarre de la barca chirría, de la barca no lo bastante noble para nuestra fuga. Cuanto más miro a Christian, más triste le encuentro. Le doy codazos para levantarle el ánimo. Ni caso. De repente, un inmenso miedo se apodera de mí: ¡todo va a irse a pique! Junto las manos, me prosterno e invoco con fervor a los poderes telúricos. Cojo el puño de Christian, le subo la manga. ¡Las trece y trece! Es la hora.

—Es la hora, Christian. Te lo suplico, Christian: ¡Desnudémonos y zambullámonos!

—Ni de broma lo sueñes, Bérénice. Nos daría un síncope de muerte.

—No es cierto. Hay quienes se bañan en pleno invierno. Incluso se fabrican un agujero en el hielo, si hace falta. Los castores se pasan el invierno debajo del agua.

En dos patadas me quito las alpargatas. De un cabezazo hago volar mi boina. En un santiamén me saco el jersey del cuerpo. Bruscamente, con violencia Christian me coge por los hombros, me aprieta.

—Escucha, Bérénice. Pórtate bien. Realmente no nos vamos. No existe el fin del mundo. Tú eres más inteligente que todo eso. ¡Venga! Solo era un juego. Hemos jugado a irnos. Y ahora, se acabó. Yo ya no te entiendo. Creía que estaba claro que solo era una broma. Es bastante tarde. Volvamos a casa. Acabas de estar enferma, casi a punto de morir y te castañetean los dientes. Regresemos. Vamos a acostarnos.

Evita mi mirada. ¡Me decepciona tanta crueldad! ¡Me inspira un menosprecio tan amargo!

—¡No vales nada!, ¡nada!, ¡nada! Christian Einberg. ¡Me das asco! No eres más que un... que una... ¡Ah! ¡No eres un hombre! ¡Yo solo soy una niña y tengo más coraje que tú!

Le muelo a puñetazos. Mi enojo es tan grande que me crujen los dientes, mi despecho es tan brutal que escupo fuego.

—¡Cobarde! ¡Blandengue! ¡Flojo de espíritu! ¡Solo eres un saco lleno de carne fofa y sangre rancia! Dices que tienes ganas de morir... No te creo. Para tener ganas de morir hace falta sentir que estás vivo. ¡Y en ti no hay vida suficiente como para mover las pestañas de una lombriz! ¡Mírame! ¡Ten piedad! Al menos finjamos irnos, Christian. Al menos finjámoslo, te lo suplico, te lo ruego. Haz un esfuerzo. Quiéreme

lo bastante como para no abandonarme, solo por esta noche, solo por esta vez.

—Muy bien, Bérénice. Pero prométeme no pescar una neumonía.

—Solo la ilusión de partir me dará tanta salud que la mantendré durante mil años para soñar.

Lentamente, tal como si fuera camino a la horca, Christian se desnuda, pliega su ropa. Al igual que yo, para que no se moje durante la travesía, enrolla su ropa en su jersey y, se la coloca a modo de sombrero, anudándose las mangas alrededor del cuello. Sin esperarlo, me sumerjo casi desnuda en el agua maravillosamente helada.

Andamos por el camino del pueblo hasta el cruce a nivel. Cogemos la vía férrea, la mar férrea, el túnel férreo. Caminamos por donde solo marchan los trenes. Es como si marcháramos por donde vuelan las aves, por donde nadan los peces, por donde giran los astros. Circulamos por la vía férrea, la vía de las aves, de los peces y de los astros, durante largas y preciosas horas, largas y alocadas horas. A veces cada cual camina por su raíl, con los brazos en cruz, como funámbulos. A menudo perdemos el equilibrio. Intentamos cogernos de la mano, pero nuestros brazos no son lo bastante largos. A veces andamos entre los raíles, acoplando nuestros pasos al ritmo de las traviesas. Las traviesas están de sobra ampliamente espaciadas para poder caminar sin esfuerzo y no lo bastante ampliamente espaciadas para poder correr con comodidad. A menudo damos trompicones, a menudo metemos los pies en el balasto que hay entre las traviesas. Impulsamos la pierna de traviesa en traviesa como de piedra en piedra por un río. Pero hay que tener mucho cuidado, contenerse mucho. Enseguida nos cansamos. Entonces, nos pasamos al terraplén. Y, sacando la cabeza, durante unos kilómetros corremos a toda velocidad por el balasto que rechina, se escurre y se hunde. De pronto, poco después de una bifurcación, una barrera alta de hierro enrejado se alza ante nosotros. La ascensión y la bajada se presentan peligrosas, dolorosas, incluso sangrientas. Los rombos del enrejado son tan pequeños que únicamente podemos sujetarnos con la punta del pie. Trepando por allí con la mera fuerza de los dedos de las manos y los pies, solo alcanzamos la cima para enfrentarnos a una auténtica estacada de lancetas. Allí perdemos las fuerzas, la sangre fría y el equilibrio. Nos rasgamos las piernas, los brazos, la ropa. Esta especie de caballo de Frisia no nos permite colocar el pie al otro lado, decidimos lanzarnos en paracaídas. Y, al saltar, nos machacamos todos los huesos del cuerpo. Hemos caído en los terrenos de una refinería de petróleo. Cuanto más avanzamos, más apesta esto. Al fondo, en pleno horizonte, se perfilan unas torres, todo tipo de altos hornos y de altas andamiadas. En todo lo alto, en el extremo de una chimenea, flota una gran llama rosa. Poco a poco, los raíles se pueblan de vagones cisterna. Les pegamos bastonazos. Se quejan con voces de gong. En las colinas, a cada uno de nuestros lados, permanecen, como sentadas, unas inmensas cubas negras de las que destacan en blanco rimbombantes palabras en inglés. Tubos de todos los grosores circulan en

todos los sentidos. El que corre a lo largo de nuestro paso es tan grueso como cuatro boas. Los hay que zigzaguean entre el cielo y la tierra, otros brotan del suelo, otros brotan de las tinieblas. Seguimos fielmente, nuestra vía férrea. De pronto, tras el último vagón cisterna, los raíles se yerguen en dos formidables ganchos y desaparecen. Se acabó.

—¡Christian Einberg, elegiste ex profeso, por la vía rápida, el mal camino!

—¡Por favor te lo pido! —exclama Christian, lamiéndose la palma despedazada—. Si no te hubiese hecho caso, no estaríamos en este berenjenal.

Pasando por detrás de la casa del guardabarreras, conseguimos llegar sin hacernos notar a una gran avenida iluminada como a pleno día. Christian intenta orientarse, extendiendo los brazos en todas las direcciones. No consigue nada. Me burlo de él. No hay ni luna ni estrellas en el cielo. Solo los soles que brillan en el extremo de cada farola. Cogemos una callejuela de través y desembocamos en un bulevar de cuatro carriles. Torcemos a la derecha, luego a la izquierda, luego a la derecha. Aparecemos al final de un callejón sin salida. Estamos perdidos, muy perdidos, pero que muy muy perdidos. Me río como una loca. ¿Qué podría temer? Todo esto es solo fingir al fin y al cabo. Todo esto está tan lejos del fin del mundo. Todo esto es a su vez tan loco. El coche negro que nos sigue muy despacito tiene en el techo una luz roja giratoria. Es la policía. ¡Corramos! ¡Corramos, Christian! Al menos finjamos.

—¿Adonde vais?

—¡Uno se descubre cuando le dirige la palabra a una dama!

Los policías nos dicen que no tienen malas intenciones. Necesitan nuestra dirección.

—Nuestra dirección, señores, es: Señor y Señora Hombre, Planeta Tierra, Sistema solar, El Infinito. ¡Quítense pues sus sombreros, groseros!

Hay una atmósfera maravillosamente templada en el automóvil, maravillosamente agradable. Hace tan agradable como en una noche de agosto. Estoy cansada, pálida, despavorida, estropeada. Hay algo entre mí y la tibieza del auto; como una capa. Llevo una gruesa capa de frío, de noche, de balasto, de petróleo. Mis manos completamente tías, completamente secas por arriba y por abajo se sienten desarraigadas del cielo y la tierra. Yo misma me recuerdo a un pez que, completamente húmedo aún de mar, forcejea sobre la arena. Me apoyo contra Christian, me acurruco, le pido que coloque su brazo alrededor de mí. Cierro los ojos. El hombro de Christian es un madero en el fondo de una cala. Enormes olas se estrellan contra la carena de la carabela. Navegamos hacia un destino incierto.

—Me has hecho muy feliz esta noche, hermano mío. Ha sido maravilloso.

Inflada de emoción, llena de nostalgia por lo que hubiera podido ser, juro lealtad eterna a Christian. Afuera, todo se ha transformado en blanco silencio, en pesado silencio. Es la aurora, o el alba. En la abadía, el «chulo» nos recibe con el farol

delante y un ladrillo detrás y la «madame» nos recibe con lágrimas de caimán y leche de vaca caliente.

Algo le pasa a Christian. Estaba muy serio cuando me dijo que deseaba morir. Ya le haré hablar. Ya le tiraré de la lengua. Cuando no hay nada de provecho que hacer, le das a la húmeda.

Miro a Chamomor ir y venir entre la hierba seca. Con los brazos enganchados por los pulgares a los bolsillos del pantalón, deambula con esa lentitud, esa gracia y esa dejadez que siempre me han dado envidia, hambre, que siempre han despertado en mi garganta sabores de dulzor. Ella me recuerda a uno de esos gatos gordos demasiado perezosos para crisparse y sacar las uñas, una de esas fieras sebosas que se quedan totalmente fofas cuando se las coge en brazos, que, siempre medio borrachas, medio dormidas, se dejan con suprema indiferencia abrazar por cualquiera, acariciar por cualquiera. Su pantalón de gamuza, demasiado ancho, ondula en el viento. Su pantalón de gamuza, quién sabe por qué, lo ha enrollado piernas arriba hasta la media caña. Lleva puestas sus zapatillas de tenis. Se las quitara antes de entrar, las soltará en el felpudo del cancel. Las veré al pasar, las encontraré manchadas del barro de la primavera, de la clorofila del verano y del carbón de los fuegos del otoño. El jardinero quema los desechos en un barril. Ella se acerca al jardinero, le habla. El jardinero y ella miran en el barril como dos niños en un pozo, miran arder el fuego. El jardinero se va, cabizbajo. Ella sigue mirando en el barril, mirando arder el fuego. Este año, no quemaremos la hierba seca. Esas menudencias ya no interesan a nadie.

—¡Ya está aquí el invierno! —anuncia Chamomor, mientras entra descalza en la capilla.

Miro sus cabellos llenos de viento, sus ojos empapados de viento. ¡Qué guapa es! Miro sus pies. Tiene los pies sucios. Me digo qué hermoso es tener los pies sucios.

—¡Cómo pasa el tiempo! ¡Cómo pasó de rápido! Cuando era pequeña como tú, el tiempo nunca pasaba lo bastante rápido.

Cuando sea mayor, no me pasaré el tiempo deambulando perezosamente entre la hierba seca. Me habré ido a un lugar del que no se regresa, un lugar al que se llega al pasar por lugares donde uno no se detiene. Montaré a Pegaso y subiré al asalto del Olimpo, como los Titanes, como Ajax Oileo, como Belerofonte. Moriré llena de fuerza, con la explosión de mi propia violencia. Me mediré con la muerte a pleno día, en pleno despertar, en plena gloria. Me dirigiré a su encuentro y aguantaré los primeros golpes. Conozco el resultado de la batalla. Sé que la lucha será en vano. Sé que mis soldados y mis caballos deberán lanzar el ataque desde el borde de un precipicio. Pero aun así pelearé. Si hay que perder, más vale perder a lo grande. Si mis soldados y mis caballos tienen que caer en el fondo del abismo con la primera escalada del asalto, tanto mejor cuanto más rápidos sean mis caballos y más valientes mis soldados.

Poco daño hago al tirar de la lengua de Christian. Sin hacerse de rogar me expone sus míseros secretos, sus insípidos e inodoros secretos. El alma está dentro del cuerpo. Él abre su boca y me deja ver su mísera alma, su alma tan desolada como una

patata cocida, su alma tan aburrida como una sopa. Hay quien, como Leandro, atraviesa el Helesponto a nado, otros atraviesan la Mancha a nado. Christian, bien acomodado en su silla, atraviesa una crisis religiosa. Es una crisis religiosa a la cuádruple potencia, una crisis religiosa comparable a las torturas impuestas por Fálaris; es su crisis religiosa. He intentando experimentar, compartir su angustia, su terrible angustia. No he experimentado nada, ni compartido nada. Su terrible angustia está dentro de su alma y su alma está dentro de su cuerpo. Solo podría sentir su angustia entrando dentro de su alma y solo podría entrar dentro de su alma pasando por su boca, la mayor puerta de su cuerpo. Ni siquiera mi puño cabría por su boca. ¿Cómo podría caber yo por entero? Este verano, Christian cometió pecados mortales con Mingrélie. Por ejemplo, la besó en la boca. Le escucho hablar. Le escucho con interés. No sé muy bien qué es lo que más me impide entenderle. ¿Son los celos, el rencor, el odio? ¿o solo es el aburrimiento? Suelto grandes suspiros de impotencia.

—Cuando uno comete un pecado mortal, pierde la gracia de Dios, y, para recuperarla, tiene que ir a confesarse. Sin la gracia de Dios, uno no tiene derecho a acercarse a compartir la Sagrada Eucaristía. Si a pesar de todo uno recibe la Santa Comunión, se convierte en culpable de sacrilegio. Y un sacrilegio es el mayor agravio que uno puede causar a Dios. Es tan grave que si lo confieras pueden negarte la absolución, incluso ser excomulgado. ¿Lo entiendes ahora, Bérénice? Si en breve muero, voy derechito al infierno en el mismo instante. ¿Me comprendes ahora, verdad? Con frecuencia me presento en el confesionario para contar los pecados cometidos con Mingrélie. De golpe, el miedo se apodera de mí. Y caigo una tras otra en falsa confesión. Sabes, hay que contarle todo cuando se trata de un pecado tan gordo, dar todos los detalles... ¡No he podido! ¡No puedo! Se me cierran las mandíbulas a cal y canto. Se me inflama la lengua. Además, por no decepcionar a mamá, por no avergonzarla delante de todo el mundo, continúo comulgando como de costumbre con ella todos los domingos. ¡Estoy en sacrilegio, Bérénice, en sacrilegio! ¡Estoy condenado! ¡Estoy condenado! ¡Nadie puede hacer ya nada por mí! ¡Más vale que me mate! Si le confieso al sacerdote mis sacrilegios, estoy excomulgado, entiendes, ¡excomulgado!

Amo a Christian. Tengo que tomarle en serio, que sentirme conmovida. A pesar de lo ridículo de la situación, a pesar de todo mi cinismo, me esfuerzo en tomarle en serio, en sentirme conmovida.

Conmigo los gatos no duran mucho. Soy el único ser humano despierto en toda la isla. El jardinero duerme. Los demás han salido. Atrapo a Mauriac II y le ato por una pata a un pilar del cabestrante de la cantera. Me armo con una buena clava y le pego hasta dejarlo tieso. Cabo una fosa en medio del cobertizo de la caseta del jardinero, deposito ahí el cadáver y, maquiavélicamente, lo entierro de forma que sobresalga la cola. La cola sobresale, recta como el rabo de una cebolla, sobresale, bien a la vista, como un periscopio en la superficie del mar, como la cruz de Cristo en el monte Calvario. Nada más regresar de sus compras, Chamomor se pone en busca de su adorado gato. Le ofrezco mis servicios y hábilmente la oriento hacia el cobertizo. Cae de rodillas, explota entre gritos y sollozos. El jardinero se ha mostrado particularmente extraño y hostil este tiempo atrás. Pronto las sospechas recaen sobre él. Colérica, Chamomor llama a la puerta de la caseta del jardinero que nunca plantó una col y que está generosamente pagado. No obtiene respuesta. Empuja la puerta. Entramos con estrépito. Sobre la mesa cercada de botellas verdes de cerveza vacías, yace el jardinero con el cuello rebanado. Con las piernas temblando, caminamos entre la sangre. Se ha suicidado. Un gato asesinado y un jardinero suicida son dos muertos. La policía llega, toma fotos, me da caramelos. Las muertes violentas atraen a los vivos blandengues. Todos los vivos blandengues del continente, Constance Chlore incluida, desembarcan en la isla. Las apagadas miradas regodean su vista.

La arena de la playa está dura como el cemento. Constance Chlore y yo nos sentamos encima.

—¡Está helada! —exclama Constance Chlore frotándose el trasero para hacerlo entrar en calor.

Está mortalmente fría, Constance Chlore. Está tan fría que hace llorar a las piedras. Está más tiesa que un lirón. Está fría fría fría. ¿Qué quieres que te diga? No tengo nada que decirle. No digo nada. Que hable ella, si tiene algo que decir. Dime algo fuera de lo común, Constance Chlore. Soy toda oídos. No tiene nada que decir. A modo de conversación, se desembarra la nariz y se muerde los labios. Hay toneladas de palabras. Pero no hay nada que decir. Hay toneladas de cosas. Pero no hay nada que hacer. La traje aquí para estar a solas con ella. Estoy a solas con ella; eso no me hace sentir mejor. Me siento incluso más sola que la una. Hay centenares de árboles. ¿Qué hacemos? Yo los cortaré en cachitos chicos, pero no tengo las tijeras que hacen falta. Siempre puedo contarlos.

—Contemos los álamos, Constance Chlore. Cuenta bajito. Compararemos nuestros totales.

Cuento once álamos. Es muy aburrido. Paro de contar y con todos mis ojos, con

todos mis oídos, con toda mi alma, intento encontrar algo distinto, algo interesante, esplendoroso. La tierra es enorme. ¡Qué grande es el mundo! ¡Cuán vacío está el mundo! ¡No hay nada! El universo es infinito. El universo es como los números. Puedes contar hasta mil millones y seguir. Puedes contar toda tu vida sin llegar al final de los números. Miro el universo, enumero con la mirada lo que contiene; y es tan desvaído, tan insignificante como cuando intento contar hasta un millón antes de dormirme. El número tres no me dice nada. El número trece no me dice nada de nada. El número trescientos cuarenta y dos no me dice absolutamente nada. No hay nada en el número cinco, nada en los árboles, nada en el viento, nada en las nubes. Constance Chlore cuenta a conciencia los álamos con su dedito sucio. Intento interrumpirla, hacerle entender que es una tontería contar los álamos. No quiere saber nada. Se pone a contar a voz en grito para que mi voz no se mezcle con sus números. Es incorruptible. No hay nada que hacer. Cuenta los álamos. Los contará hasta la última gota de su sangre si es necesario.

—¡Doscientos treinta y nueve! ¿Y tú? ¿A qué número has llegado?

—Me he parado después del once... Me daba un asco de muerte.

—Eres mala. Me has hecho contar todos esos árboles para nada.

—Hay billones y billones de números... ¡Tengo una idea! No sé cómo decirte... Hay billones de números. Hay demasiados para que los podamos conocer todos, retener todos en nuestra cabeza, llevar a todos en nuestro corazón, amar a todos tal como amas a tu árbol, a tu casa, a tu hermano... Si dices: Amo los números, no amas mucho que digamos. Si dices: Amo a los seres humanos, no notas que amas. Pero si tú dices: Amo a Christian, ves a alguien en tu cabeza, sientes el peso de alguien en tu corazón, te acuerdas de las cosas que habéis hecho juntos. Eso es lo que te propongo: escojamos un número, cualquiera. Será nuestro número y le querremos con todo nuestro empeño. Entre los billones de números que hay, será el único que tenga una cara. Te dejo elegirlo.

—Doscientos treinta y nueve, el número de los álamos... ¿Vale?

—Vale. El número de Constance Chlore y de Bérénice es doscientos treinta y nueve. ¡Que las ocas y las demás aves se enteren! ¡Sol, toma nota! ¡Luna, toma nota!

Constance Chlore está entusiasmada con el asunto. Se pone en pie. Repite nuestro número a grito pelado, hasta quedarse afónica con las manos como bocina. Armándonos cada cual con una recia rama seca, jugamos a trazar el mayor doscientos treinta y nueve en la arena dura como el cemento de la playa.

A gato muerto, gato puesto. Al denominado Mauriac II le sucede el llamado Tres. Procedente de Abisinia, Tres nos ha llegado por correo, como una carta. Por su talle esbelto y por su feroz aspecto, parece más una pantera que un gato. Tiesas como conchas, tan grandes como los portones de un granero, rectas sobre su cabeza, sus orejas triangulares no tienen parangón en el zoológico mundo de mis recuerdos.

¡Tienes buen aspecto, Tres! ¡La lucha será guapa! De Abisinia o de cualquier lugar, los gatos no llegan a viejos conmigo.

Es viernes. Chamomor y Tres me esperan en el todoterreno cubierto de nieve. Le doy con la puerta en las narices a la Señora Ruby, corro, me olvido de Constance Chlore, embarco y nos vamos a esperar a Christian a la estación. Deduzco por su doblado espinazo y su mirada fugaz que Christian no ha logrado aún confesar sus pecados de lujuria.

—¿Todavía así, mi hombrecito?

Una vez más, Chamomor interroga en vano a Christian sobre la razón de su mala cara.

—¡Enseñame un momento tu lengua! —le ordena con altanería.

De manera penosa, saca un trozo de su lengua.

—¡Nada por aquí! —decide Chamomor, al examinar la punta de la lengua.

Le abre bien los párpados de un ojo, después los párpados del otro.

—Nada en la lengua, nada en los ojos, nada en la frente; es difícil opinar. Ya lo tengo: Son penas de amor. ¿Amarías a otra que no fuese yo?

Las orejas de Christian se ponen coloradas. Haciendo de mujer fatal, Chamomor adelanta una pierna, coloca las manos en jarras, saca pecho y sacude su melena.

—¿Qué tiene ella que no tenga yo? —suelta desde lo alto de sus hermosos tristes ojos azules.

Con estas y otras payasadas termina por suscitar en Christian la alegría que ella quiere de él. Y, mientras que calmada le besa, Tres siembra el terror entre los viajeros que llegan y los viajeros que se van. Sembrar el terror es lo menos que se puede decir ¡Tresígueme! A continuación unos cuantos trepan los muros. Varios cardíacos pasarán Tres meses en el hospital. En una palabra, es peor que la guerra de Trioya. Bajamos a los sótanos. Nos abrimos paso entre las tinieblas de la cripta abandonada. Vamos a sentarnos el uno frente al otro en la clínica de las ratas, igualmente abandonada. Como todos los sábados desde hace un mes y medio, procedemos al ensayo general de «La Confesión de los pecados cometidos por Christian con Mingrélie».

—Padre, me acuso de haber besado a mi prima en la boca cinco veces. Repite. Cierra los ojos y repite. Cuando tienes los ojos cerrados, estás solo. Si cierras los ojos en el confesionario, no tendrás a nadie. Repite: Padre me acuso de...

Tan obediente como en todo, Christian junta los párpados y repite.

—Padre, me acuso de haber besado a Mingré... mi prima en la boca cinco veces.

—Padre, me acuso de haber visto a mi prima casi completamente desnuda una vez.

—Padre, me acuso de haber visto a mi prima... ¡Nunca seré capaz! ¡Es inútil!

—Estás solo en el mundo, Christian. Eres el único ser humano del mundo. ¿De

qué tienes miedo entonces? Padre mío, me acuso de haber tenido malos pensamientos en cuanto a mi prima trece veces. Vamos, Christian. Yo no estoy. No tengas miedo. No hay nadie.

—Padre, me acuso de haber tenido malos pensamientos con respecto a mi prima trece veces. Tienes razón, Bérénice. Estoy solo. No puedo contar con nadie salvo conmigo. Si no me confieso de estas guarradas, nadie lo hará en mi lugar, nadie irá al infierno en mi lugar. Padre, me acuso de haber recibido la comunión en pecado mortal siete veces... Nunca me dará la absolución. Nunca seré capaz. Es inútil.

—Estoy segura de que te dará la absolución. ¿No fuiste tú quien me dijo que Cristo redimió todos los pecados del mundo al morir en la cruz?

—Eso no impide que haya gente que no reciba la absolución.

—Christian Einberg, tú mismo me dijiste que Dios solo niega su perdón a aquellos que no están arrepentidos. Ese no es tu caso. Estás tan arrepentido que a la larga te volverás loco. Te complicas la existencia sin motivo.

—No sabes todo. Te oculto pecados aún más asquerosos de los que te he contado.

—¡Dímelo todo, Christian! Si todavía te sientes tan desgraciado es precisamente porque no me has contado todo. Vacía tu corazón. Cuéntale a tu hermanita. Tu corazón se sentirá muy ligero cuando se quede vacío. Te pesa demasiado. Cuéntale a tu hermanita. Entrégate. Colma sus inútiles brazos.

Me siento en el suelo a los pies de Christian. Cojo sus piernas entre mis brazos, aprieto ahí la cabeza. De repente siento mi corazón repleto de cinismo. De repente lo siento lleno de fraternidad, de ternura, de misericordia.

—Además, Mingrélie era muy guapa. Yo en tu lugar estaría orgulloso de mi acierto, me jactaría. Correría a confesarlo. Y en lugar de decirle al cura: Padre, me acuso... le diría: Padre, me congratulo... Tú te encuentras innoble. Si lo quieres saber, yo te encuentro afortunado. No se le presenta a cualquier chico la posibilidad de besar en la boca a una chica tan guapa como Mingrélie. Yo soy tan fea. Eso no me importa. No necesito ser guapa, soy tu hermana... ¡Chist!... Escucha... Escucha... Oigo pasos... Alguien viene...

Christian oye los pasos. Se ruboriza, se pone nervioso, intenta apartar sus piernas de mi cabeza. Me resisto, abrazo sus piernas con más fuerza, aprieto mi cabeza con más fuerza. Cuanto más forceja para salir del atolladero, más forcejeo para sujetarlo. Esto degenera en riña, en ridículo.

—¡Para esto os escondéis! —exclama Einberg, completamente escandalizado, totalmente serio, lleno de rencor, lleno de orgullo, creyendo haber caído justo como un pelo en la sopa.

Es domingo. Christian marcha para misa. Lo llevo aparte para avivar su sensatez y coraje una última vez.

—Cierra los ojos. Mantenlos bien cerrados. Aprieta. Solo estás tú en el mundo.

Imagínate que estás en la clínica de las ratas, que solo soy yo quien te escucha. Ella era tan guapa.

Bajo la irritada mirada de Einberg acompaño a Christian y a Chamomor al otro lado del puente. Christian tiembla como una hoja, como si le fuesen a arrancar la cabellera. Antes de abandonarlo, locamente, desesperadamente, para darle confianza, agarro a dos manos una de sus manos y la beso.

—¡Bérénice! —exclama Chamomor, como enervada—. Estoy hasta el gorro de vuestras martingalas. Hijos míos, no hay nada que deteste más que a los fingidores, a los hipócritas y a los enredadores.

—¿Qué pasa entre tú y tu hermano? —me pregunta Einberg, enganchándose de un brazo—. ¡Vamos! ¡Habla! ¿Qué pasa entre vosotros dos de un tiempo a esta parte?

—No pasa nada... —digo yo, poniendo la misma cara larga que pongo cuando miento.

—¡Veo a Brückner detrás de todo esto! ¡Confiesa! ¡Intentan convertirte! ¡Traman un complot!

—¡La religión no tiene nada que ver en todo esto! ¡Me dan asco todas vuestras religiones!

¡Hecho! ¡Christian pasó el Rubicon! Regresa de misa transformado, deslumbrante de libertad y alegría. ¡Qué contenta estoy! Me lanzo a sus brazos.

—¡Qué feliz soy! ¡Por fin! ¡Por fin!

Lo mantengo abrazado un buen rato, apasionadamente, para que Chamomor y Einberg no puedan dejar de escandalizarse, para que no puedan dejar de hacerse preguntas, para que no puedan dejar de sentirse atacados. Christian intenta nerviosamente zafarse, como esta tarde en la clínica de ratas. Pero yo aguanto.

Acompañamos a Christian a la estación, Tres, Chamomor y yo. La nieve cubre de lleno el cielo, el jeep, mis brazos, mis orejas. Vuelvo a caer enferma en mi dormitorio, en mi cama, en el silencio. En el completo vacío mi corazón se mueve en solitario. En la completa inmovilidad, mi corazón está tan preso como un pez al aire libre, tan preso como un pájaro bajo el agua. Sin buscarlo, sin cesar, pienso en Christian. Su imagen golpea en mi alma como un martillo en un clavo, se vuelve ineludible, enfermiza, indignante. Siempre lo mismo. Tan pronto como vuelvo a caer sola en mi habitación, mi corazón y mi cabeza se colman de él, se inflan hasta causarme daño. Cuanto más se atrasa el sueño, más intensa, aguda y apremiante es la idea de Christian, peor me siento. Es ridículo. Sé muy bien que si estuviera aún aquí no tendría que preocuparme por él. Mientras está aquí, en vez de estar rebosantes de él, mi corazón y mi cabeza están vacíos de él. Es ridículo a más no poder. No hay forma de tener paz, de dormir. Me levanto, vuelvo a encender, me siento en la mesa, le escribo una carta apasionada, una larga y alocada carta, una sucesión de gritos cuyo deseo final es encontrar la muerte. A la mañana siguiente, esa carta llena de sangre y de lágrimas hace que me ría de mí misma y la destrozo con odio. Pero, esta noche, mi desesperación es peor que peor. Y mi carta llena de sangre y de lágrimas, la echaré al correo, por cinismo, por odio a mí misma, para que el maestro de lo ridículo triunfe.

«¡Christian! ¡Christian! ¡Ven a buscarme, ardo en deseos! ¡Ven a buscarme, estallo en deseos! ¡Me entrego a ti con todas mis fuerzas! ¡Te pertenezco en cuerpo y alma! ¡Ven a tomarme! ¡Ven a salvarme! ¡Mi amor! ¡Amor mío! ¡Mi tesoro! ¡Tesoro mío! ¡No puedes rechazarme! ¡Soy tan guapa! ¡Soy tan rica! ¡Estoy repleta de petróleo, vinagre y ácido! ¡Ven a buscarme! ¡Conmigo serás millonario! ¡Amigo mío! ¡Mi amigo! ¡Al que se interponga en nuestro camino lo derribaré, lo estrangularé, le inyectaré cianuro de potasio en las patatas cocidas que coma! Amar es elegir a alguien y hacerse tomar por él. ¡Ven a tomarme! ¡Te amo! ¡Te necesito! ¡Perfora las tinieblas y enseña tu nariz! ¡Ven! ¡Ven! ¡Ven! ¿No me reconoces? ¿No sabes quién soy? ¡Soy la loca que está prisionera en mí! Soy tu amiga, tu amor, tu tesoro, tu cielo, tu madre, tu hermano, tu hermana Bérénice. ¿Qué tal tiempo hace donde estás? ¡Aquí, hace malo! ¡Aquí hace decatastrofóbicopirrai!»

No soy una imbécil. Cuando encargué a Einberg poner mi carta en el correo, sabía muy bien que él no podría resistir el deseo de abrirla y que tras haberla leído no podría resistir el deseo de montar un drama. La Sra. Glengarry ha sido invitada a cenar. Me acerco a la mesa riéndome para mis adentros. Echo un vistazo a Einberg: se ríe para sus adentros. ¡Todo va sobre ruedas, Taniatouva! Tras acabar de comer sus

patatas cocidas, Einberg levanta los brazos y reclama silencio y atención. La Sra. Glengarry, la gran reconciliadora, tan amiga del Güelfo como de la Gibelina, abrevia una interesante disertación sobre rosas y, toda sonriente, se queda pendiente de los labios del Güelfo. El Güelfo, tomándose su tiempo, prolongando el placer, enjuga sus gruesos labios mojados con su servilleta de batista. Somos todo oídos. El Güelfo seca su barbilla de borrego. Del bolsillo interior de su chaqueta, saca mi carta. La despliega. Con un tono indiferente, forzado, comienza a leerla.

—«Christian... Christian...»

La lee lentamente, dejando flotar largos silencios entre las palabras, interminables silencios entre las frases. Diabólicamente, se fija en Chamomor. Solo levanta la cabeza para clavarle la mirada malévolamente, con rencor. Modera esos largos silencios entre palabras y frases solo para tomarse tanto tiempo como haga falta en mirarla insistentemente, con voracidad, con la brutalidad de un puñetazo. La Señora Glengarry y yo no le interesamos para nada, nos ignora por completo.

—Aquí... hace... decaastro... fóbi... copirrai...

Mientras que la Sra. Glengarry da la vuelta a la mesa para ir a abrazar del cuello a Chamomor con cariño, es a mí a quien Einberg clava la mirada.

—Estas obscenidades son muy tuyas, ¿verdad?

—¡Sí! ¡Sí! ¡Y no son las primeras! ¡Has dejado escapar las mejores!

—¿Qué significa eso?

Por si acaso, se levanta de su asiento y se inclina, listo para saltar.

—¡Todo lo que tú quieras, monstruo! ¡Amo a Christian! ¡Y si eso no te gusta, me alegro mucho, lo amo cien veces más, lo adoro, lo idolatro!

Curiosa por el efecto que causo, echo un vistazo a Chamomor y a la Sra. Glengarry. Están casi de puntillas sobre el rabillo del ojo. La Sra. Glengarry parece completamente perdida. Chamomor intenta comprender, apoyarme, pero está desbordada.

—Christian es tu amor, no es eso... tu tesoro... tu cielito...

—Es mucho más, mucho peor. Es como mi marido...

Mi insolencia, mi facilidad para colaborar en la elaboración de su demostración tranquiliza a Einberg. Se endereza, se vuelve a sentar, se relaja. Tiene ganas de reír, pero se contiene.

—¿Qué es el amor? —me pregunta altanero.

—¿Aún no lo sabes, tan viejo que eres? Es como tú y tu amante.

No tengo pelos en la lengua. Orgullosa de mi tino, doy un paseo con mi mirada por sus caras. La Sra. Glengarry frota compasivamente la espalda de Chamomor. Esta, con los brazos sobre la mesa, con la cabeza entre los brazos, está trastocada por los sollozos. En cuanto a Einberg, da golpecitos en el borde de la mesa en son de victoria.

—¡Bueno! —comienza—. ¡Bueno! ¡Bueno! Ya veremos. Pensaremos. Está claro que algo ya no funciona en esta casa. Habrá cambios, grandes cambios.

Chamomor se retira de la mesa, doblada en dos, apoyada en la Sra. Glengarry. Medio despeinada, medio desatada, tendida boca abajo en su nido de pieles, Chamomor llora. Abajo, la Sra. Glengarry, con los cabellos bien rizados, bien dispuestos, reprende y sermonea a Einberg. ¡Qué lío! ¡Qué follón! Me echo en mi cama, me deslizo bajo las sábanas completamente vestida. Acostada boca abajo como Chamomor, me llega como de muy lejos la ilusión de ser ella. Intento llorar como ella. No lo consigo. Mil horas más tarde, me levanto de nuevo, vuelvo a encender. ¿Dónde encontrar la paz, el sueño? Abro la puerta, la ventana. Abro los cajones de la cómoda. Abro unos cuantos libros. No encuentro nada, en ninguna parte. Al abrir la puerta del ropero, mi mirada cae sobre mis patines. Mis patines son sugerentes. ¡Vamos a patinar, a patinar hasta caer dormida en el hielo, o muerta! Me calzo los patines, me ato los patines. Sofocada por este trabajo, me dejo caer en la cama. Cierro los ojos. Siento, como si fuera agua, subir el sueño. Vuelvo a envolverme entre mis mantas, me duermo.

Einberg me hace entrar en su despacho y cerrar la puerta. Me dice que me siente. Me quedo de pie. Le contesto que solo me siento cuando tengo confianza. Se acoda en el tablero cromado de su atril de roble. Y, guiándose con la punta de su estilo de oro, con mango de yeso, lee en voz alta en su edición príncipe de la Biblia. Si continúa, me leerá entero el Libro de Ruth. Unas veces me sostengo sobre una pierna, otras sobre la otra. En un gesto de orgullo, enderezo los hombros. En un gesto de desesperación, los vuelvo a dejar caer. Me cruzo y me descruzo de brazos. Me froto y me restriego los ojos. Lee lentamente. Su lectura tiene pinta de deber durar lo que debería durar una dicha infinita.

«Obed engendró a Isaí. Isaí engendró a David.»

—Partes a Nueva York, el 24. No te irás allí de veraneo. No. Estarás allí de residente. Abandonas esta casa, este infierno. Cambias de familia durante un largo tiempo, durante varios años, tal vez para siempre. A grandes males, grandes remedios.

Interrumpe para bostezar. Se aburre o tiene sueño.

—Se producirán cambios radicales cuando ya no estés aquí. Tu madre es una inadapta, una desequilibrada, una niña mayor. Nuestro matrimonio está condenado al fracaso... Ya lo entenderás más tarde. Te confío a una familia de santones. Procura ser digna de su hospitalidad. Con ellos te reencontrarás, aprenderás lo que es vivir, vivir bien, lo que es pensar bien, obrar bien, comer bien y dormir bien. Tal vez nos volvamos a ver... Dentro de un año o dos. Debes olvidar la vida que has llevado aquí, y pronto. Debes olvidar esta isla, esta siniestra abadía, a tu hermano, a tu madre... Si todavía estamos a tiempo, dispones de una excelente oportunidad de salud y bienestar. Eso es todo, hija mía.

Pasemos rápido a otro asunto. Oír a lo largo de días, semanas y meses, las serias y sabias inconsecuencias de la Señora Ruby te lleva al suicidio. Para sobrevivir a ello, Constance Chlore y yo nos hemos inventado un código, unos juegos, un mercado negro de monerías, un comercio clandestino de saludos. Los diálogos subrepticios son lo que más nos divierte. Un diálogo subrepticio consiste en un intercambio, que debe realizarse con riesgo, de escandalosas réplicas garabateadas en trozos de papel.

Mi trozo de papel: «Lejos de ti, mi Señorita Ruby, mi belleza rompedora, no hago pie. Mejor dicho: me desplomo. Desde que solo nos vemos cada cinco minutos, tengo la impresión de que cada día dura un siglo. Has permanecido reluciente de juventud. Yo tengo un pie en la tumba. Envejeciendo a siglo por día uno no envejece por mucho tiempo, cruel mía. ¿Qué ha sido del homérico tiempo en el que nos veíamos cada cinco segundos?»

Su trozo de papel: «¡Eliézer, cállate y borra la pizarra! ¡Frota! ¡Frota! ¡No tengas miedo! ¡No la vas a gastar! ¡Es capaz de enterrar siete veces setenta andrajos como tú! ¡No arrastres los pies de esa forma! ¡Impide que los alumnos se concentren!»

La mía: «¡Mi bella Señorita Ruby! ¿Qué ha sido de tu dulzura, de tu gracia y de tu grasa? ¿Qué ha sido del día en que estabas tan pesada que, al subirte por descuido encima, hiciste saltar la báscula que servía para pesar los camiones que servían para transportar el hierro que servía para llenar de oro los bolsillos del chaleco de mi difunto padre?»

La suya: «¡Vamos, que tú me acuses de haberme casado contigo a cuenta del dinero de tu padre! ¡Te has caído de la higuera, viejo loco! ¡Tus chocheces son carne de membrillo, perrucho faldero! ¡Me casé contigo únicamente porque necesitaba una mano que borrara la pizarra!»

La mía: «¡Pepona, mi muñeca pepona, acuérdate! Se te ponían los ojos como platos cuando te abrazaba por el cuello y tus gafas, las bonitas gafas monofocales que por aquel entonces llevabas, reventaban como un balón de fútbol al que el calor del verano y los restregones de manos de los jugadores le han hecho aumentar la presión del aire.»

La suya: «¡Nada de balones de fútbol en clase! ¡Tráeme ese vulgar artefacto! ¡Rápido! ¡Y te puedes ir despidiendo de él! ¡Lo voy a quemar! ¡Qué descaro! ¡Planeando hacerme *tragar* de un golpe seco mis podridos dientes, mis dientes oscuros de verdín! ¡Ni lo intentes, maldito borrapizarras, cacho deportista, halterófilo incapaz de sostener su propio peso! ¡Cuando en la pizarra haya letras que borrar, las borras! ¡Y cuando ya no quede nada, te borras de en medio! ¡Te vas y te pones detrás de la puerta, te quedas tranquilito y esperas a que te llame! ¡Los borrapizarras están hechos para borrar pizarras, no para poner balones de fútbol delante de los ojos de unos niños que llevan dos días sin comer!»

La mía: «Exageras, mi hermosa flacucha llena de arrugas, estos niños se pasan el día comiendo. Mira la pequeña Constance Chlore. Parece una lima a tu lado. Hay que decir que, salvo por los dedos gordos de tus pies, no tienes nada de lo que se dice muy pero que muy gordo, muy pero que muy obesa.»

La suya «¡Cuidado, Bérénice! ¡Nos ha pillado!»

El lomo doblado hacia dentro de Chamomor, ¿lo he perdido? Su lomo maravillosamente ensillado, ¿no lo volveré a ver ya entonces? En vísperas de esta gran despedida, me siento fuerte, capaz de reír. Mi habitación repleta de maletas, la domino. Soy la reina de los maletines, de las maletas de formato medio y de los maletones. Este pueblo de orgullosos bártulos obedece a mis órdenes, a mi alegría. Le juego una mala pasada a todos y cada uno: me siento alegre y fuerte. ¡Venga maletas! ¿Cuándo es esa despedida? ¡Para que colmemos de sonrisas, allá dónde sea, esa famosa despedida! Estoy loca de atar. Me pongo de pie sobre la cama y camino, con la boca rabiosa de risa. Salto a pies juntillas sobre la cama, boxeo, saludo a lo Hitler, me inclino ante una tormenta de aplausos, estrecho la mano de Blalabaléva, de Sargatatalituva, de Skararoutoukiva, de Sinoirouissardan, de Allagatatolaliev y de otros vivalavirgen. Soy la gran Bérénice, la vencedora, la temeraria, la incorruptible. Soy Bérénice de punta a punta del río Saint-Laurent, de punta a punta de la Vía Láctea. Soy Bérénice hasta en los cuatro plumones negros perdidos entre los billones de plumones blancos de mi almohada. ¡Que vengan acá, los seres humanos, esos insalubres, esos agónicos moribundos! El rollete que le aguanté anteayer a Einberg me ha deprimido, me ha defraudado profundamente. Pese a que sabía que él era incapaz de quererme, pese a que se lo demostré muchas y muchas veces. Persistí a pesar de todo en creer que le hacía tilín, que siendo mi padre estaría en lo que a mí concierne dominado por una especie de calor animal, por una especie de hechizo de sangre. No hay absolutamente nada de eso y es por eso que, cuando me hablaba anteayer, era algo fuera de lo común. Apenas oía su voz. Su voz parecía provenir del fondo del abismo, del otro lado del desierto. Mis oídos apuntaban al vacío. Mis oídos estaban en un sitio y la voz en otro distinto. La voz de mi padre no estaba en la casa de mi padre, sino en la casa de unos extraños por completo. ¿Mas cómo reprochar a Einberg su indiferencia? ¿Cómo reprocharía yo a Einberg que su indiferencia no le suponga ningún esfuerzo, yo que querría que la mía no me suponga ninguno? Amo a todo el mundo. Soy una chica fácil. La vida es difícil para las chicas fáciles.

Hace mucho tiempo que calibro el alma de mi cañón, que reajusto mi tiro. Ya no hace falta que me ande con rodeos. Salvo yo nada importa en este mundo. Estoy sola, ineluctable e irremediabilmente sola. Si no permanezco fiel a esta verdad, acabaré como una crédula condescendiente, la peor de las cobardes. Estoy sola. Que ni un solo grito de guerra ni ningún agónico estertor sea para mí. Que de ningún modo lo sea. Que sea como cuando uno se cuenta los dedos. En esta mano, tengo uno, dos, tres, cuatro, cinco dedos. ¿Cuántas personas hay aquí? Hay una... ¿Cuántos soldados estamos en este bando? Uno. Yo sola; es un simple cálculo, un simple recuento; no es

ninguna otra cosa.

¡Christian, ven! ¡Venga, Christian! ¡Deprisa!, ¡que te haga dios! ¡Rápido!, ¡que pueda encaramarme a tus pies, que pueda volcarme sobre ti, que sea aligerada de esta carga! ¡Rápido, golondrina enferma!, que te coja en mi mano, que te haga comer de mi mano, que te haga entrar en calor, que te defienda. Déjate manejar. Deja que te lleve pues. ¡Venga! Cubierta con la sangre de la última batalla que libré por tenerte, soy tu amante por cariño y por debilidad. ¡Rápido! ¡sentémonos a un lado, bajo este olmo, mientras los demás se alzan los unos contra los otros en el más abrasador de los soles! ¡Deprisa!, ¡antes de que por ti deba volver a la brecha! ¡Deprisa!, ¡antes de que te resistas a ello! ¡Deprisa!, ¡antes de que veas el guiñapo que estoy haciendo de ti y de que te ofendas por ello, tontamente, como un imbécil!

No estaré sola en mi exilio. Estaré con Constance Chlore. Debo a Chamomor este encantador edulcorante. En dos días de interminable lucha, se la ha arrancado de las celosas manos, tanto de las manos muertas como de las manos vivas, de su familia numerosa y ha conseguido de su implacable enemigo que él mismo haga las gestiones necesarias para que ella sea dignamente recibida en Nueva York. Eres soberbia, Chamomor. Supongo que ahora debo darte las gracias, sentir agradecimiento, sentirme unida, quererte. Has lanzado en vano esta última flecha, Chamomor. Me has fallado. Me has fallado siempre y siempre me fallarás. Luchas en vano. ¡Aire! ¡No me tendrás! Tu sacrificio, tus favores, tus caricias y tu hermosa mirada son la astucia, los anzuelos, las rejas y los precipicios. Yo no soy Christian. Conmigo, bonita o no, buena o mala, justa o inadecuada, una trampa es una trampa, una trampa con dientes, una red de mallas. Aquel que quiera tenerme quiere hacerme sufrir. No tendrás mi piel. Yo soy de las que se arrodilla ante un esclavo y no baja la mirada ante una reina.

Tal vez haya visto a Christian por última vez. Einberg precisó que las cartas que nos escribamos pese a su prohibición serán interceptadas y destruidas. Hemos patinado hasta hacerse de noche. Ignorando sus gritos al cielo, entro en su dormitorio y me acuesto con él. Antes no decía nada cuando venía a acostarme con él. Empieza a encontrarme rara, a recelar de mí. Me hace unas reflexiones que en el fondo me hacen reír.

—Tú me amas demasiado, Bérénice. Y además no eres natural...

—Soy sobrenatural, —digo, acariciando su frente con la punta del dedo, cerrando sus ojos como quien cierra los ojos a un muerto, deseando que se calle y se duerma.

—No eres natural. Parece que te esfuerzas por quererme, que te crees obligada a quererme. Se podría incluso decir que tienes una fijación metida en la cabeza.

—Cuando nos volvamos a ver, me habré convertido en una mujer y tú te habrás convertido en un hombre. ¡Será toda una gran sorpresa! Escíbeme. Estoy segura de que mamá podrá arreglárselas para que recibas mis cartas y yo reciba las tuyas. ¿No

te fías de mí, verdad?

—¿Te ríes? ¿Lo encuentras gracioso?

—Cierra tus ojos, mi gentil hermano. Duerme. Déjate llevar. Deja que mi mano te haga dormir.

—Yo ya no te entiendo nada, nada de nada.

—Soy diabólica.

Salgo embarazada del lecho de la infancia. Me noto llena la cintura. Los delitos de sangre han echado raíces en mis entrañas, y crecen, se inflan. ¡Cuando dé a luz, se pondrá feo! Cuando me pasee por la acera con mi retahíla de crímenes, temblarán. Si no tiemblan, vomitarán o me escupirán a la cara.

Con la frente coronada de filacterias, rezamos cada mañana y cada tarde. La santidad. No es broma. Llegamos a la ciudad de Nueva York como ballenas en un acuario: sin que quede sitio. Llegamos a casa de Zio como atunes en una lata de sardinas en aceite. No hay sitio en el noveno nicho del prismático columbario de diez celdas donde ha encaramado a su prole. Alumna Einberg, ¿cómo se llaman los que viven en iglús? Se les llama esquimales, señorita. Alumna Einberg, ¿cómo se llaman los que viven en pisos? No se les llama, señorita, no merece la pena. ¡Son seres humanos, alumna Einberg, hombres! Usted me la quiere dar con queso, señorita, menuda buena me quiere colar. Mis primos llevan solideo, como los obispos. Solo se quitan su variopinta kipá para dormir. Dejan crecer, en la punta de sus rasuradas sienes, ridículos mechones en forma de coleta. Zio no obliga a su familia a vivir en la cima de este columbario por ser pobre. No. El es muy rico. Él la obliga a vivir en la cima de este columbario por santidad. Cuando uno es santón, tiene que parecer pobre. Los que, por oídas, dudan de la santidad de Zio y de su prole solo tienen que venir a verlo. La larga barba artesonada de Zio y las coletas en las sienes de sus hijos son categóricas, ponen fin a cualquier discusión. Para mí, santos o no, son monos. ¡Son elefantes! ¡Son conejos! ¡Son cerdos! Soy grosera. Desde que vivo en santidad no soy grosera por gula, sino por ascetismo.

Zio, Zia, los dos primos y las dos primas nos reciben con la mayor cordialidad. Nos estrujan las manos. Están encantados de conocernos.

—Glad to know you. Hope you'll like it here. Come on. Let me show you your room^[21].

Son amables a más no poder. Son dichosos hasta la muerte. Son dichosos hasta la muerte porque son unos santos de muerte. Son santos a muerte porque son hospitalarios hasta la saciedad. Aquí hay que entrar como se adentra uno en un río de cocodrilos, como se mete uno en un pantano de hipopótamos. Desde el umbral, uno es capaz de ver como sus corazones abren una increíble boca armada de espadas, un par de cucharas bivalvas diseñadas para devorarte vivo. Al entrar aquí me encerré cual ostra en peligro. Son demasiado amables. Además yo no confío en las relaciones. Una relación es una grieta, una disponibilidad abierta a la mentira, a la decepción y al resentimiento. Mi actitud para con mis primos se queda en una ligera inquina diluida en un sinvivir de indiferencia. Tengo primos como si tal cosa. Mis primos están ahí como si nada. No quiero saber nada, nada que ver. ¡Queridos primos, haced como si no estuvieseis!

Aprendo hebreo. Es obligatorio. Es muy estimulante. Cuando sepa hebreo, Zio me recompensará. Me hará el honor de inscribirme, como a su mujer, sus hijos, sus hijas y a Constance Chlore, en la lista de aquellos que tienen el honor de leer pasajes

de la Biblia en voz alta antes de la cena.

El dormitorio que nos ha tocado es una insigne habitación. De siempre reservada a la práctica de la filantropía, la ocupan fantasmas de niños a cada cual más tullido y más triste. Las dos últimas niñas en ser albergadas en este cuarto, dos hermanas de padres borrachos, conocieron un final trágico. Las encontraron muertas una mañana, con la boca como comida, los labios como roídos, como limados, ensangrentados desde la nariz hasta la barbilla. En una crisis de desesperación, habían roto silenciosamente el cristal inferior de la ventana de guillotina y, masticándolo sin hacer un ruido, esquirra tras esquirra, se lo habían comido entero. Zio ve con malos ojos que yo lea a Homero y a Virgilio, ese turco y ese italiano. Pero con su irritación solo consigue avivar los sombríos apetitos que él y sus san-yo me han despertado.

No obstante, esta noche, ahora, con las piernas pegadas a las piernecitas frías de Constance Chlore, me siento serena, agraciada, bendita, casi dichosa. ¡Me opongo a ello! ¡No tengo derecho a sentirme casi dichosa! ¡Es ridículo! ¡Es ilógico! ¿Qué? ¡Sentirme dichosa... después de todo lo que me han hecho! Aparto estos ridículos e ilógicos sentimientos. Clamando al cielo llamo a filas al odio y a la desesperación. En el corazón de una desdichada como yo, de una nacida únicamente para sufrir como yo, solo el odio y la desesperación tienen cabida. ¡Tengo que ponerme en seguida a llorar y a hacer rechinar mis dientes de nuevo! ¡Me han robado a mi hermano! ¡Me han robado a mi madre! ¡Me han robado mi isla! ¡Me han exiliado! Me han enjaulado con unos san-yo.

—Nos importa un bledo todo eso, —responde mi voz—. Somos casi dichosas esta noche, con las piernas pegadas a las piernecitas frías de Constance Chlore.

¡No es cierto! ¿Qué me han hecho entonces? ¡Oh Satán, cómo me acuerdo de él! ... ¡Recuperaré lo que me han quitado! Mis fuerzas se están forjando... Siento unas alas crecer a expensas de mi cuerpo, se ensanchan, se inflan al azar con los golpes de viento y me arrancan del suelo. Me hago libre. También me crecen garras. Ahí salen por la punta de mis dedos, reventando alrededor de su marfil la horrible y vil muda que forma la piel. Ya se retuercen mis dedos, se tensan mis manos. Pronto, seré capaz de mirar al sol de frente sin ser cegada, como un águila. Extraño sueño el que estoy teniendo... Me encuentro en un vasto templo hipóstilo. Estoy en el extremo de un largo claustro cuyas bóvedas de arista son tan altas que me hacen perder la cabeza. Chamomor lleva en el puño una serpiente negra y amarilla silbando ira. Me anuda la serpiente alrededor de los riñones y se convierte en un cinturón de piedras vidriadas. De repente estoy arrodillada, como para ser nombrada caballero, y ella roza mis hombros con la hoja de una pesada tizona. Al igual que las piedras, la espada está helada. Me doy la vuelta. El cristal inferior de la ventana está roto y el viento sopla la nieve por encima de mis mantas. Ahí está de nuevo Chamomor. Me da el pecho. La leche está maravillosamente caliente. El pecho se convierte en una bola de cristal que

aprietan los dedos ganchudos de una bruja. En el interior de la bola, me adentro en un bosque profundo donde corre un ser repugnante que, incluso estando sin cabeza y sin brazos, ríe hasta hacer estallar mis oídos y acaricia mi frente con la yema de los dedos.

La luz ha tomado forma, está fuera del océano de aire que le daba el aspecto inmaterial de la sombra. El sol tiene rayos de hierro. La luna tiene rayos de madera, como una rueda de carreta. Estoy tranquila. Nunca más gritaré. Lo he entendido todo. Lo sé. Cuando sabes donde estás y quien eres, puedes, como el gato, abalanzarte sobre la canica que rueda por el suelo e imaginar que eres un dragón. Cuando te has comprendido, puedes correr por la inmensa esfera armilar e imaginarte que, al igual que la ardilla en su jaula, uno juega, se divierte. El único medio de pertenecerse es comprender. Las únicas manos capaces de agarrar la vida están en el interior de tu cabeza, en el cerebro.

No soy responsable de mí ni puedo llegar a serlo. Como todo lo que ha sido fabricado, como la silla y el radiador, no tengo que responder de nada. La bala que hiere al animal en el corazón no es delictiva. Fue lanzada y no podía escapar a su dirección. Un impulso me ha sido otorgado y no puedo escapar de él. Más avispada que una granizada de perdigones, puedo contrariar el impulso, aspirar a otros blancos, pero mi sangre y mis carnes están encaminados en una dirección y yo ya no puedo cambiarla al igual que una botella no puede cambiar de contenido. En otras palabras, he sido configurada como Bérénice tal como el radiador ha sido configurado como radiador. Puedo resistirme a Bérénice e intentar ser otra, pero, al igual que un radiador no puede convertirse en boa, yo no podría convertirme en Constance Chlore. Cuando has sido configurado como indiferente, mezquino y áspero, no puedes ser sensible, caritativo y dulce. ¡Cómo pueden haceros daño las cosas si no contáis para ellas! Puedes oponerte a tu mezquindad pero sigues siendo mezquino. Puede tender a lo suave pero la piedra permanece dura. A quien le gusta el vino no puede no gustarle el vino. Al que no le gusta el vino no puede gustarle el vino. Uno está configurado. Y punto. Se es radiador. No se puede cambiar nada. Los seres humanos son los únicos radiadores que pueden dar cornadas al aire contra su configuración. Ser un ser humano es ser un radiador que puede no estar contento con su imagen y desear otra distinta. Pero la sardina que coletea en el mar no cambia mucho que digamos en el agua del mar. Ser alguien es tener un destino. Tener un destino es como tener solo una ciudad. Cuando solo se tiene Budapest, solo queda una alternativa: ir a Budapest o quedarse. No puedes ir a Belgrado. Yo no soy culpable de nada de lo que haga; yo no me siento realizada, no he tenido tiempo de realizarme.

No se nace al nacer. Se nace unos años más tarde, cuando se toma conciencia de ser. Yo nací más o menos a la edad de cinco años, si mal no recuerdo. Y nacer a esa edad, es nacer demasiado tarde, porque a esa edad ya se tiene un pasado, el alma tiene forma. Nada más nacer una mariposa prueba sus alas. Su primer movimiento es aquel que la lanza borracha perdida hacia el azur. Las mariposas son hermosas. Al nacer,

creí poder elegir y elegí ser una mariposa con las alas compuestas de vidrieras amarillo anaranjadas. Luego, convencida de mi acierto, sin pensarlo más, me lancé desde lo alto del torreón en el que me encontraba. ¡Por desgracia!, no era una mariposa. Era un búfalo. En realidad, era un rinoceronte. A mediados del decenio, era algo diferente a una mariposa. Lo que tenía que suceder sucedió: me estrellé contra un patio, el patio se rajó en dos y yo me recuperé en el hospital. Cuando se es rinoceronte, es inútil intentar volar. ¿Qué había hecho pues, para ir vestida con un adefesio de caparazón de rinoceronte? ¿Qué había hecho pues tan mal? ¡La de preguntas que me habré hecho! ¡La de hipótesis que se han pasado por mi cabeza! ¡La de ideas que habré tenido! Ahora, se acabó. Ahora, comprendo.

Cuando nací, tenía cinco años, era alguien: estaba comprometida con lo más hondo del río que es un destino, con lo más hondo de la corriente que son mis anhelos, mis rencores, mis semejantes y mis desdichas. Grité de horror, sin resultado. Nadé a contracorriente como una loca, sin resultado. Estaba loca. Me he cansado; eso es todo.

Esto es lo que soy: una nube de flechas que piensan, que saben adonde vuelan y hacia qué blancos vuelan. Luego pienso. ¡Yo pienso! ¡Pienso! ¿Qué es lo que pienso? ¡Bonita pregunta! Pienso que es hora de que piense en divertirme, enjugar. Solo tengo una cara y yo no he configurado esa cara, pero puedo elegir entre treinta gestos. ¿Qué gesto elegiré? ¡Bonita pregunta! Elijo la risa. ¡La risa! La risa es síntoma de luz. El niño se echa a reír cuando, repentinamente, la luz se propaga entre las tinieblas que le daban miedo. Me gusta arrancar uñas con tenazas, cortar orejas con una navaja de afeitar, matar seres humanos y colgar sus cadáveres en las golas de mis muros para hacer con ellos una guirnalda. Me agrada quemar campos, bombardear ciudades. Me satisfice sacudir la capa oceánica, empujar unos contra otros los continentes, atravesar el universo de estrella en estrella como quien atraviesa de roca en roca un torrente. Haré todo eso por reírme. ¡Reír! ¡Reírme hasta la muerte!

Pasemos a otro tema. Pasemos de las verdades fundamentales a la maniobra. Dirijo, a la atención de Chamomor, extensas cartas a Christian. Lo más importante no es que Christian reciba estas cartas, ya que son de mentirijilla. Lo más importante es que Chamomor o Einberg las lean y se queden escandalizados, descorazonados, atónitos e indignados. No he recibido nada de Christian. Las tres líneas de Chamomor es todo lo que he recibido en tres meses de mis viejos amores. Aún veo el sobre azul que contenía estas tres líneas temblar en mi mano. El sello, un hermoso sello enorme de Checoslovaquia, está pegado sin ton ni son, abajo y a la izquierda del sobre, completamente torcido. Intento en vano descifrar el matasellos. No abro el sobre azul de inmediato. Finjo ser parca. Lo deposito en el escritorio, me lanzo sobre la cama, con las manos cruzadas tras la nuca, lo veo descansar sobre el escritorio, esperar, impacientarse. «Cariño, estaré de regreso en América dentro de un par de meses. Solo

entonces, iré a llamar al espeso muro que se ha alzado entre nosotras. No seas mala conmigo. No seas inútilmente dura contigo. No quiero que hagas oídos sordos. Quiero que acudas. En pareja, enseguida perforaremos el muro con un agujero que nos permitirá darnos la mano de nuevo. Te necesito aunque tú no me necesites. Mamá.» ¡Cariño...! En un arrebató de ira rompo la carta en mil confetis. Justo después, me arrepiento, me siento tierna y cariñosa hasta el punto de llorar. Y en un arrebató de piedad, tan intenso como mi arrebató de ira, cubro el sobre de besos, decido guardar hasta el fin de mis días el hermoso y enorme sello multicolor que representa un minero trabajando con la barrena. Dos días después, tanto el sello como Chamomor no me dicen ya nada y dejo caer el sello encarecidamente conservado entre los barrotes de la reja de una alcantarilla. Por otro lado, Chamomor no había indicado dirección en el remite. De pronto, Chamomor, Christian y Constance Chlore me causan tanto daño. De pronto, me dejan tan indiferente. O me hacen mucho daño o no me dicen absolutamente nada. En ambos casos sufro. Cuando no me dicen nada, sufro por haberme confundido, por haber dicho y pensado cosas que ya no son verdad, por haber hecho cosas que ya no tienen sentido, por haber sufrido en el vacío. La mayoría de las veces me dejan indiferente. Cuando sufro por su culpa, grito, me lamento, vomito mi empanada de jeremiadas. Grito como aquel que acaba de dejarse cortar los brazos. ¿Qué cara se le queda al recién manco que, en lo más negro de la desesperación, tras haberlo maldecido y destrozado todo, tras haber expulsado todos los demonios de su cuerpo, ve como sus brazos vuelven a crecer y como regresa su indiferencia a propósito de sus brazos? Es muy gracioso. Es para morirse de risa. ¡Riamos! ¿Qué hace Constance Chlore para ser tan constante, tan fiel a sí misma, tan consecuente en sus gestos, palabras y sentimientos? ¿Qué hace Zio para ser tan continuamente santo? ¿Qué hacen los primos y primas para que solo se parezcan a ellos mismos? ¡Lo hacen todos adrede! Constance Chlore, tan pálida como las praderas del otoño, como la arena, como la ceniza, como todo lo que es estéril, me abandona a fin de mes y regresará a mí en septiembre. Quiero a Constance Chlore con locura y ella me deja extremadamente indiferente. Su enorme belleza, su gran sensibilidad, la gran hondura de su pensamiento me llevan al éxtasis, luego me da lo mismo. Ingenua, servicial, se sacrifica por mi salud: todo lo que encuentra, dentro de ella o en otro lugar, que pueda alegrarme me lo regala. Ingeniosa, despierta, nunca le faltan recursos, sorpresas: una lisonja engancha con otra, una locura no espera a la siguiente. Solo hay una Constance Chlore que presuma de haber nacido en 1687, año en el que, según ella, no hubo 4 de mayo. Me clava atentamente, ávidamente, la mirada presa de una especie de nistagmo, como si tuviera miedo a que la pegue.

—¿Qué tonterías cuento, ¿verdad?

—No es ninguna tontería, Constance Chlore, dado que es verdad. No hubo 4 de mayo aquel año. ¿Qué tontería hay en todo eso? Si no lo hubo, no lo hubo. Naciste en

1687, el año en que no hubo 4 de mayo. Te creo, te lo juro. ¿No te crees que te crea?

Constance Chlore sacude la cabeza en señal de negación. Está contenta: me ha pillado. Me ha hecho hablar. Sabe cómo animarme, cómo picarme en el juego.

—Lo dices para burlarte de mí.

—¡Claro que no! Soy libre de creer lo que quiera y te creo. ¡Creo de todo corazón que no hubo 4 de mayo y que tú naciste en 1687!

—Te creo, Bérénice. ¿No es maravilloso ser capaz de creer en toda clase de imposibles? Juguemos a creer en toda clase de cosas imposibles. ¿Vale?

—¡Creamos que las estrellas tienen ojos! ¡Creamos que los seres humanos tienen tres brazos!

Rápidamente marca la entrada y empezamos a jugar a creer en toda clase de imposibles hasta quedar sin aliento.

—Déjame decirte cosas completamente idiotas... ¿O. K.?

—Nada es idiota —digo, de forma grandilocuente, tomando a pesar mío como reales sus hábiles juegos de palabra.

Se coloca. Se pone colorada. Se concentra para pronunciar algo aprendido de carrerilla. Se aclara la voz. Comienza.

—Somos amigas. Tú me juntas y yo te junto. Vamos a dar una vuelta por mi bosque. Te enseñé el nombre de cada uno de mis grillos y de cada una de mis langostas. Los grillos tienen nombres de chico, las langostas tienen nombres de chica. Jean-Pierre te huele con sus enormes antenas flexibles; es un huraño al que no le gustan los extraños. «¿Quién es esta? —Es Bérénice, mi amiga. Puedes confiar en ella. —Tu amiga, no parece muy amable. No es de sonrisa fácil. —Bérénice no ha tenido una vida fácil. Con ella tienes que ser el primero en sonreír. ¡Venga, Jean-Pierre! Sonríele.» Marguerite llega: es una cotilla. Te tiende su gran pata tesa y espinosa. «Encantada de conoceros, señorita. ¿Sois la amiga de Constance Chlore, supongo? ¡Bérénice! Sois Bérénice... No para de hablamos de vos. ¡Esperad! ¡No os vayáis! Voy a ir a buscar a Yolande, Eunice y Paulette.» ¿No es esto completamente idiota? Ya he dicho bastante. Te toca contar algo. ¡Vamos! Tiene que ser completamente idiota. Si no es completamente idiota, es señal de que un buen día me dejarás.

Constance Chlore es tan sabia como Christian. Tendré que presentársela un día de estos. Se sabe los doce segmentos del abejorro por su nombre en latín. Su fuerte es la botánica. Su fuerte es la zoología, si lo prefieren. Existen termitas reyes, termitas reinas y termitas soldado. Las termitas reyes tienen alas, pero las termitas reina no. Las termitas reinas están tan gordas que no pueden moverse. Su tripa blanca es tan gruesa como un dedo y su cabeza es tan pequeña como una cabeza de mosca. Constance Chlore es quien me ha contado todo esto.

Constance Chlore trota tras de mí. Cuando apuro el paso, ella trota más deprisa.

Cuando cambio el trote, ella cambia el trote. Ella no hace preguntas. Me sigue discretamente. Ella trota silenciosa detrás de mí, allá donde yo vaya. Solo habla de ella para preguntarme si me aburre.

—Me gustas porque estás triste, siempre triste, tan triste como un retrato triste.

Repaso en mi cabeza con desabrimiento los sábados que tuvimos en la isla Christian y yo. El sábado corríamos desde el alba hasta la noche. El sábado estábamos tan ocupados, tan apurados, que perdíamos el apetito. El sábado éramos unos presos liberados de la escuela. Del atrincheramiento exigido por los libros y pupitres saltábamos al feudo-franco de la algarabía y la luz. Saltábamos como cabras, durante todo el día, de descubrimiento en descubrimiento. Y todavía nos quedábamos con más ganas.

Aquí, el sábado es sabbat. Y todos los preceptos bíblicos concernientes al día consagrado por Moisés al aburrimento son estrictamente guardados. Todo se convierte en verboten^[22] y, en particular, todo lo que no sea hambre, sed, silencio y estarse quieto. El sábado Zio se abstiene de toda alimentación, ya sea sólida, líquida o gaseosa. Se suelda la boca y se cose la nariz para no *trag*ar aire. Pero ¡Yaveh sea alabado! no impone a toda la casa un ayuno tan extravagante. Unas cuantas buenas raíces de colinabo se remojan en la pila de la cocina. Si no temes dejar a los demás morir de hambre, puedes, levantándote temprano, recolectar incluso tres y cuatro y así ponerte a salvo de los retortijones de estómago hasta la noche. A muerte de tolerante, además de tolerar que se hincue el diente al colinabo, Zio tolera igualmente que se hincue el diente al agua. Sin embargo, no admite ninguna falta a las leyes que ha instituido en lo referente al destierro de toda luz no celeste. Aquel que, el sábado, encienda un cigarrillo en la novena jaula del columbario es merecedor de la silla eléctrica. No hay que andar fisgando en el refrigerador, ya que automáticamente se encendería la bombilla eléctrica en su interior si por desgracia se abriera. Cuando anochece y las farolas y los neones llegan a encenderse en la calle, los estores de todas las ventanas de la novena jaula están bajados. Si alguien, por descuido, levanta un estor, se arriesga a la silla eléctrica. Muchas veces, al no poder resistirme al placer de asumir riesgos, he levantado algún estor. He sobrevivido a varias sillas eléctricas. Tengo suerte: la luz que brilla en los ojos de Constance Chlore se considera celeste.

Cuando, después de haber pasado doce horas de supuesta meditación, llega la hora de la liberación, no es mal recibida. Cuando, atadas a una silla y amordazadas, después de haber tenido, desde el amanecer, ganas de reír y ganas de enloquecer de rabia, ganas en vano de espacio y brisa, suena la hora de retirarnos a nuestro dormitorio, es demasiado tarde. Alcanzamos nuestro cuarto con pasos almohadillados, sin que nuestras piernas se lo lleguen a creer. Con miedo a que todo sea un malentendido, que el gran tedio no haya finalizado y nos vuelvan a llamar, nos sentamos en el suelo contra la puerta y esperamos a que nuestras dudas se hayan disipado. Tras cinco minutos sin ser llamadas a escena, soltamos un fuerte suspiro de alivio. Nos felicitamos y nos abrazamos cual jugadores de hockey que acabaran de

marcar un tanto. Luego, con infinita prudencia, descalzándonos para que no se nos oiga, penetramos en la esfera de lo prohibido. Después de descorrer ampliamente los telones, tomo el espectáculo nocturno de la ciudad como si jamás hubiera existido nada tras las telas, mi mirada se revuelca por los montones de estrellas, por el cielo sobre la tierra. En tanto Constance Chlore, como de costumbre, se desliza bajo la cama, jugando al escondite. La llamo en vano, para distraerla. Por distraerla, finjo buscarla y no encontrarla. Miro por todas partes salvo bajo la cama. Miro bajo las almohadas, detrás del calendario, dentro de la lata de conservas que, recortada a serrucho, nos sirve de cenicero. De golpe, uno de los largueros del mueble, bajo el cual gateo, retumba con gravedad ante el choque de mi cráneo. Constance Chlore ya no aguanta más y explota de risa. Su risa de lechuza, rápida y entrecortada, se me contagia. Su risa de pitido de marmota, agarra a mi risa de la mano y la arrastra en su loca carrera. Vayamos al meollo del asunto. Por miedo a que se escape, Constance Chlore tiene abrazada con la totalidad de sus dedos la punta de vela que recogimos de una de las ramas del candelabro de siete brazos. Es el fuego, la luz, el mal. Rasco la cerilla. La cabeza del fósforo chasquea, chisca, se enciende. Nuestros corazones se ponen a cien. Nuestros ojos parpadean, nos escuecen. Boquiabiertas por el esfuerzo desplegado para comulgar en alma con lo que vemos, vemos al fuego injertar su inflorescencia en la madera, envolverla, tizarla. Miramos el pétalo de fuego desdoblarse y, de un salto, unirse como un pájaro al extremo de la mecha negra del trocito de vela. Constance Chlore sopla sobre el fuego de la cerilla y oímos al fuego restallar como una bandera, zumbiar como una motocicleta. Mirando en los enormes ojos negros de Constance Chlore, percibo de repente, en la superficie de cada uno, el reflejo de la mecha y el reflejo de mi rostro. Al igual que en un espejo esférico, los ojos de Constance Chlore deforman mi rostro, reducen mis ojos de por sí ya demasiado pequeños, agrandan mi nariz de por sí ya demasiado gruesa. Los ojos de Constance Chlore son como túneles. A la entrada no es igual que en el centro ni que al fondo. Mirar en los ojos de Constance Chlore me sienta mal. Es tan... fascinante. No es fascinante, es *absorbente*, sofocante, asfixiante. Le digo a Constance Chlore que tengo ganas de pegarla, de matarla. Hemos robado durante toda la semana. Nos sentamos en el suelo en mitad de la habitación y desplegamos con orgullo, en el cerco formado por nuestras piernas abrazadas, las carnes, frutas, verduras y pasteles que componen el inventario de nuestras sisas. Hemos robado a carniceros, fruteros, vendedores de caramelos y pasteles. Hemos robado a todo el mundo. Tenemos el estómago vacío. *Tragamos* a duras penas. Deglutimos sin masticar. Con el esófago bloqueado, las mejillas infladas como globos, las manos a rebosar, cada cual defiende para sí, con una feroz mirada, el salami fresco, la ciruela Claudia o el nougat^[23] que son el objeto de sus más ardientes codicias. Al principio me costó, a pesar de su evidente apatía, convencer a Constance Chlore de participar en esas orgías sabáticas.

No parecía oponerse a ello por causas concretas. Cuando se lo proponía, únicamente me decía que esperara un poco más, que no estaba preparada. De golpe y porrazo, como si un objeto invisible acabara de sacudirle en la cabeza, para de reírse y de atiborrarse y torna en una profunda tristeza.

—Sé que tú me mandas hacer cosas malas, sabes.

Me lo dice así lentamente, con una voz muy dulce, con una voz casi amarga a fuerza de tanto dulzor. Estas palabras me repatean. Se da cuenta y esconde la cabeza en alguna parte de mí en señal de arrepentimiento y, para rematarme, me asegura que conmigo no le preocupa hacer cosas malas. Sacude las almohadas. Me envuelve entre las sábanas tal como se enfaja a una momia. Me besa la frente. Luego, sentándose a mi cabecera, bien derechita en la silla, me lee como a una reina los poemas que le gustan. Está locamente enamorada de Nelligan, de Émile, el poeta que se volvió loco a la edad de convertirse en adulto, el poeta que se encerraba de noche en las iglesias para clamar sus poemas a la Virgen María. Estos poemas que me lee como a una reina son los mismos que la Señora Ruby me hacía aprender de memoria cuando se en celaba contra mí, pero son totalmente distintos. Los escucho como si hincase los dientes en los enormes ojos negros de Constance Chlore. Cuando yo leía «Sueño Cercado» o «Invierno Sentimental», tenían el olor agrio de mi aliento y me asqueaban. Viniendo de su boca, saben a miel de arce, a pirulí; mis pestañas se humedecen, se me pone la carne de gallina.

—«Lejos del cristal de limpia mirada de cuyos licores bebo, y no os empañéis al contemplar la plebe, que heladas noruegas metalizan la gleba, y el frío de los inviernos calienta nuestros corazones, cual guerreros que plañen por las ruinas de Tebas, mi amiga así cultivemos^[24] siempre nuestros rencores, y desdeñando la vida con cantos sofisticadores, dejemos al buen Tránsito que nos conduzca a los Erebos, tú nos visitarás como un fantasma de escarcha, no estaremos viejos sino ya cansados de vivir, muerte tú que no nos tomaste aquel mediodía, lánguidos en el diván, mecidos por su guitarra, cuyos motivos ensoñadores en un ritmo aplacado, acompañan nuestros pesados tedios...»

—Es bello, Constance Chlore. Es tan hermoso. Una vez más di: «No estaremos viejos sino ya cansados de vivir.»

—«No estaremos viejos sino ya cansados de vivir.»

De vez en cuando también me lee uno de sus propios poemas. Llevo al cuello, atado en el lazo del sol zulú de Christian, una composición genética que me dijo haber escrito pensando en nuestra amistad. Ahí van los cuatro primeros versos:

Ella nació. ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! Ya no es materia inerte.

Ella nació, la maligna. Nació y desde entonces

Ella cava una tumba, cava un pozo muy hondo.

Ella comienza a caminar. Mirad: ya va camino de su perdición.

Pienso mucho, poco a poco cada día más. Pienso mucho mejor que los filósofos secos. Los filósofos griegos son los filósofos de Grecia. Los filósofos italianos son los filósofos de Italia. Los filósofos venecianos son los filósofos de Venecia. Ahora bien, todos estos filósofos son estériles, están secos. Todos podrían provenir de un país llamado Sequero. Puede que la suma obtenida de la imaginación y la voluntad más las apariencias de la vida llegue a ser delirante, se convierta en delirio, se convierta en embriaguez. Y esta posibilidad es fecunda, muy fecunda, muy versátil, muy rica: ofrece miles de soluciones a la soledad y al miedo. Cuando admito que uno y uno son dos no cabe el delirio. Cuando me demuestran un teorema puede haber cierto delirio. He observado que cuanto más difícil de entender es un teorema más delirio cabe al comprenderlo, que cuanto más estimula un teorema mi voluntad y mi imaginación más delirio causa. Y de esta observación y de tentadas experiencias es por lo que seguidamente deduje que existía en mí el delirio y que, para que este delirio se abriera, se expandiese plenamente, debía dar, a ultranza, curso libre a mi voluntad y a mi imaginación. No está claro clarito.

Miro una ciudad: es gris y oscura hasta perderse de vista, es inmensa: tan inmensamente alejada de mis manos como de mi palabra. Sería inútil que le golpeará, que le gritara a la cara. La miro: experimento angustia, después cansancio y hastío. Si lo único que hago es mirar la ciudad, no podrá tener otra forma distinta. Ya que la mirada, cuando solo es eso, es una brecha hecha en uno mismo, una rendición incondicional, una dilatación de las pupilas que permite que la ciudad entre en ti mismo, como el viento por las ventanas abiertas, y dirija ella sola el cotarro. Si, por el contrario, al mirar la ciudad, afirmo que es mitad verde, mitad azul, y la sostengo como a una joya en el hueco de mi mano, experimento un delirio semejante al de la liberación y la conquista.

No sé qué piensa Chamomor en este momento, qué hace. No sé a quién pertenece el universo, a qué señor debo obedecer. No sé de dónde me viene la vida, para qué debe valer. No sé contra qué deben dirigirse mis armas, contra quién. ¿Debo contemplar cándidamente mi ignorancia, dejarme desbordar por ella? ¡No! ¿Debo, como el célebre poeta, contemplar la sombría saxífraga y esperar, quieta, a que me cuente por qué leches me interesa? ¡No! Tomo, con todo mi empeño, posiciones. Establezco, con todas mis fuerzas, verdades. ¡Eso es lo que hago! Arbitrariamente doy una forma distinta a cualquier asunto que, por su falta de consistencia o por su inmensidad, no haya por donde cogerlo... y entonces, gracias a esta forma distinta, agarro el asunto, me lo llevo a las manos, a los brazos, pero sobre todo: a la cabeza. Para remediar la insuficiencia que me impide actuar sobre los indefinibles asuntos y actividades de la vida, los defino por escrito sobre una hoja de papel y me adhiero

con todo el alma a las imágenes coloristas u oscuras que así me forjo de estos asuntos y actividades. Por ejemplo, afirmo que la tierra (a la que aún no han comprendido los mejores astrónomos) es una cabeza de elefante que da vueltas a la deriva en un río de tinta azul azur... y entonces, en mi cabeza, la tierra no es nada más que eso. Afirmo que la luna es una cabeza de muerto que cuelga a través de un hilo de araña del techo oscuro de un cuarto, que es mi enorme habitación. Las estrellas chirrían cuando, en el mes de agosto, la noche está en su apogeo; afirmo que las estrellas son grillos, cigarras. Las tinieblas son una aglomeración de oscuros ulanos, un magma de oscuros ulanos en huida hacia el asedio de Quebec, de Waterloo, de Verdún. Afirmo que todo aquel que toque mi piel es una oruga. Cuando Constance Chlore me besa la frente, creo, firme como un clavo, que una oruga recorre mi frente, una oruga naranja y negra. En cuanto a Chamomor, sé exactamente donde está, qué hace y qué sentimientos me inspira. Chamomor está de pie en mitad de una calle de una ciudad en Dinamarca, me espera como un clavo, y la odio. Ahora, sé que la odio. Ahora sé qué hacer al respecto: odiar. El universo de por sí, está dirigido por un titán que intenta amedrentarme, que quiere que me someta a él. Ahora, sé que el universo es el hogar de un extraño.

—¿Y la muerte? —pronuncia Constance Chlore con voz sumisa. ¿En qué consiste?

—En términos generales, una derrota. En términos delirantes, lleva el nombre de triunfo. Me dirás, pero hay que demostrar que la muerte es un triunfo. Es bien sabido que las pruebas sirven para establecer verdades. ¿Pero para qué sirven las pruebas cuando se tienen las verdades? Tengo la certeza de que la muerte es un triunfo. ¿Las pruebas? Están ahí, esperando a que yo muera para darme la razón. Con todas tus fuerzas da a la muerte el nombre de triunfo. Eso es todo. Con toda tu fe llama a la muerte triunfo. ¿Por qué llamarla derrota?

—¡Triunfo! —pronuncia Constance Chlore con voz triunfal. ¡Bonito nombre! He tenido un sueño: De pie sobre sus patas traseras, una rana tan grande como yo me abrazaba. Y la piel, de un verde muy pálido, de esta rana estaba tatuada con enormes rosas rojas. Se podría decir que, al igual que una silla vieja, la rana estaba vestida de tapicería.

—Eso no era un sueño. Te sucedió tal cual. Te encontró una rana, se puso de pie sobre sus patas traseras y te abrazó. ¿Por qué solamente quieres que te sucedan cosas triviales?

—¿Entonces era una rana de verdad? —pronuncia Constance Chlore con voz soñadora.

—El cielo está lleno de tenedores y cucharas volantes. Hay que tener los ojos taponados con corcho para no haberlos visto.

—Mira Bérénice; hay un mapache manchasillas en el escritorio. ¡Chisttt!

Nieva, por primera vez este invierno. Al final de un parque que la nieve ha sazonado generosamente con su luz en forma de edredón, una madre y su hijo esperan el autobús. El niño, atraído por la nieve, no aguantando más, se zafa de la mano de su madre, se lanza a ella riendo, patatea como en el agua, cocea, se cae, la hace saltar, se embadurna. La primera vez, cuando descubrieron Canadá, lo llamaron el Nuevo Mundo. El parque recién cubierto de nieve es el Nuevo Océano. Constance Chlore y yo corremos por él sin rumbo, y correr se convierte en descubrir. Nos revolcamos, nos peleamos en la nieve. Charlamos en la nieve, nos miramos en la nieve... Todo lo que hacemos en esta primera nevada se convierte en primicia como la nieve, en novedoso como la nieve, a estrenar. Es como si nunca hubiera hablado con Constance Chlore, como si nunca la hubiera mirado. Somos presas de la nieve, estamos atrapadas por la nieve, *cautivadas*. Estamos asfixiadas por la nieve, con un nudo en la garganta, con el corazón en un puño, con la cabeza hirviendo, con el alma por los suelos y en la palma de la mano. ¡Caca de la vaca! ¡Maldita nieve! Con las manos llenas de nieve, los pies llenos de nieve, la ropa llena de nieve, seguimos corriendo por la nieve, la nieve guarda aún todo su misterio. Abro la cartera y, uno a uno, lanzo mis libros y mis cuadernos por la nieve. Impresionada, Constance Chlore, hace lo mismo que yo. Agotadas, sin respuestas al misterio de la nieve, recogemos nuestros libros y cuadernos y volvemos al columbario. No entender nada de la fiebre que provoca la nieve la primera vez que nieva es de veras insultante. ¡Maldita nieve! ¡Caca de la vaca!

No hay nadie en el comedor de la jaula. El aparador yace, cara al suelo, entre las ruinas de la vitrina con forma de vitral y las porcelanas de Saxe. Un sombrero castoreño y un par de zapatos de suela gorda gravitan alrededor de los estragos. Las puertas del gabinete están cerradas. A juzgar por el alboroto y los gritos que salen del gabinete, podremos sorprender a varias personas en flagrante delito de odio. De repente me envalentono. Ya que he aquí que, entre las exclamaciones, reconozco las de mi buen querido papá. Entramos sin llamar. Penetramos en un auténtico tornado. Einberg está a gusto ahí, completamente a sus anchas. Con las correas destrozadas, los cordones de cualquier manera, el revólver de acá para allá, no tienen suficiente el par de gendarmes que luchan por contenerlo. Einberg se agita como un poseso, como un barman que agita la coctelera. Refunfuña, grita, espumajea, babea. Forcejea como un gallo que acaba de pasar por la suerte de Holofernes. Golpea con brazos, piernas, barriga, cabeza. Al cabo de mucho esfuerzo y sudores, los gendarmes desenvainan sus porras y le aplican contundentes golpes en la cabeza. Cuanto más fuerte pegan, más forcejea Einberg. Pega mordiscos al aire a golpes de mandíbula. Mis músculos se quedan rígidos, vibran como cuerdas de violín. Noto que mi cerebro se viene abajo. De repente, los brillantes ojos chillones de Einberg se clavan en mí. Para de forcejear.

¿Qué va a hacer? Su cara crispada de gato agonizante se relaja y se pone a reír. Colgando tan solo de un hilo, mi cerebro se pone en fuga y me pongo a vociferar, noto que me vuelvo loca. Con los pelos de punta, los ojos vidriosos y sanguinolentos, la cara cosida a cardenales, la ropa rasgada y llena de barro, avanza hacia mí, tendiéndome los brazos, riendo cada vez con más fuerza.

—¡Ven, cariño, cariño, cariñito! Soy tu papá, cariñito, cariño, querida, preferida.

Descalzo, camina laboriosamente, como si llevara esquis. Está borracho. Despide un olor intenso, fétido. Cae de rodillas. Su pantalón está rajado. La raja abierta muestra su taparrabos. Se levanta. Da un salto al frente. Está muy cerca de mí, con los brazos de par en par, sonrío de oreja a oreja. Va a caerse encima de mí. Me aparto. Cae estrepitosamente y, con un formidable eructo, descarga a mis pies todas sus vísceras.

No he dormido en toda la noche. Constance Chlore tampoco. Me noto agresiva y a la vez incapaz de moverme. Estoy como poseída por el demonio: una fuerza volcánica habita en mí, una fuerza dolorosa que nada en el mundo puede causar, satisfacer. Doy vueltas, me muerdo, no sé que postura coger. ¡Esta fuerza ardiente en mi vientre, inútil, inagotable, sin propósito, como ganas de vomitar que no cuajan! Constance Chlore, llora, me toma en sus brazos, me da besos, no sabe a qué santo encomendarse. Haría cualquier cosa por liberarme, pero no hay nada que hacer; se siente completamente impotente. Me entrega jarrones para que los rompa. Me dice que le pegue. Se arrodilla en mitad de la cama, me alarga un par de tijeras y me pide que la mate. Mátame, Bérénice. ¡Coge estas tijeras y mátame! Déjame en paz, Constance Chlore. Anda y que te parta un rayo, Constance Chlore.

«Estos son los hijos de Hur, padre de Etam: Jezreel, Ismá e Idbás. Y el nombre de su hermana fue Haslelponi.» Y eso es todo lo que el Libro de las Crónicas dice de Haslelponi. He leído en vano las tres páginas que preceden y las tres páginas que siguen. No hay nada diferente respecto a Haslelponi. Haslelponi jamás comió, jamás bebió, jamás durmió. No era ni guapa ni fea. Jamás llevó espada, jamás llevó un cántaro en su cabeza. Tal como la veo, Haslelponi era la hermana de Jezreel, Ismá e Idbás, solo era eso, solo ejercía de eso. Se pasaba las veinticuatro vigésimo cuartas partes de su tiempo siendo la hermana de Jezreel y de los otros dos. ¡Qué bonito! Quisiera ser como ella, ser una hermana así como una estatua es una estatua. Quisiera que, al pasar, se note a simple vista que soy la hermana de Christian y que no soy ninguna otra cosa distinta. Cuando los heterovalvos ven una hilera de orugas abalanzarse sobre un peral en flor, enseguida saben de qué se trata. Los heterovalvos no dicen: «¡Acudid, amigos! Una camada de lobos se lanza sobre un manzano en fruto.» ¡No! ¡No! Ellos dicen: «¡Acudid! una hilera de lepidópteros se abalanza sobre un peral en flor.» Yo quisiera que los seres humanos vieran en mi rostro que soy hermana de Christian. Tendría que percibirse eso, que soy la hermana de Christian, así como se nota cuando corre el viento. ¿Qué debería hacer para que el simple hecho de ser la hermana de Christian quedase escrito en mi rostro? ¿Debería llevar un uniforme, como los marinos y los rabinos? El hada es fácilmente reconocible por su varita y sus pies descalzos. Los peces nadan. Coligny mordisqueaba mondadientes. Napoleón llevaba su bicornio al través. ¿Qué hace una hermana? ¿Tendría que llevar, para que quede bien claro que soy una hermana, al igual que el erizo, una larga cabellera de agujas de coser? ¡Sí! Si un peral se pusiese a dar manzanas, limones y calabazas, ya nadie reconocería en él un peral. Para ser un peral y continuar siéndolo, tiene que dar peras y seguir dando solo eso. Para ser la hermana de Christian, todo lo que yo haga tendría que parecerse a unas peras. Cuando sea adulta por completo, me pondré a ello. Ahora sé qué hacer con mi vida. Qué gusto me da saberlo. Qué alivio. Si tuviera una hermana, la llamaría Haslelponi y sería como Haslelponi. No sería nada más salvo mi hermana. ¡Soy la hermana de Christian, una hermana! —afirmaré.

—¡Danos pruebas de lo que afirmas!

—No doy la más mínima ciruela. Fijaos bien, solo doy peras.

En clase de física, pienso en Haslelponi. Es una locura. Pienso en Haslelponi y soy incapaz de poner fin. Las peras son una solución estúpida a más no poder. Lo sé bien, pero soy incapaz de mejorarla. Con la mirada clavada en el techo, estoy tan enfadada conmigo misma que no escucho nada de lo que expone el profesor de física. Entonces, el profesor, con esa voz de protozoo en forma de embudo llamado estentor^[25], grita mi nombre:

—¡Bérénice! ¡Bérénice! ¡Bérénice! ¿Qué le pasa?

—Tengo un problema.

Y, dándoselas de espiritual a muerte, alarga su tiza y me invita a salir al encerado para exponer mi problema. Valen más treinta cabezas que una sola... etc., etc. No más tonta que él, me tomo la broma al pie del jeroglífico (de la letra, si lo prefieren) y me levanto. «El universo se me pega a la piel como los piojos al cuero cabelludo. Estoy harta. Ya bastante tengo.» Metida de lleno en esta sombría hipótesis, salto a la tarima, cojo la tiza y trazo en la pizarra una especie de cabeza de elefante.

—¡Es la tierra! —digo—. ¿Queda bien claro?

A continuación, trazo un triangulito en el interior de la cabeza de elefante.

—Y este triángulo, soy yo, Bérénice Einberg. Como veis, la tierra me rodea por los tres lados, la tierra me oprime por todas partes. Solo soy una mancha en la tierra. Para la tierra solo soy un grano de pus que ella absorberá, del que sanará. Y eso por otra parte se explica fácilmente por su movimiento de traslación, movimiento que no está carente de afinidad con el de una batidora. Ahora bien, yo no soy un ser libre e independiente, sino una sucia excrescencia, una especie de verruga con brazos y patas, una sucia verruga que crece en la superficie de la tierra y se nutre directamente de ese sucio ser que es la tierra. ¿Qué debería hacer para ser yo misma, para existir por mí misma, para dejar de ser solo un ínfimo parásito del ser que es la tierra? ¿Qué debería hacer para ya no tener que depender de todo, todo el tiempo y para todo? Cada vez que la tierra tiembla vosotros tembláis. ¿No estáis hartos? ¿No preferiríais ser el que tiembla? ¿Qué hay que hacer para ser libre? Alumna Constance Chlore, ¿cuál es vuestra solución?

—Para liberarse de la tierra, hay que elevarse por encima de la tierra.

—Es una solución, pero no es ninguna de las dos soluciones que tengo en mente. Ahora bien, yo soy la única capaz de tener razón. Por lo tanto, le pongo un cero patatero. ¡Vuelva a sentarse! ¿Espero? ¿Alguien más tiene otra solución tan estúpida por proponer? ¿Nadie? ¡Excelente! ¡Estupendo! ¡Muy muy estupendo! Pues, cero para Constance Chlore y cien por cien de lo mismo para todo el resto.

Me vuelvo de nuevo al encerado y, armada de mi tiza, con mano dura, rayo con trazos gruesos la cabeza del elefante, poniendo a su vez mucho cuidado en no rozar el triangulito.

—Esto es lo que tendré que hacer para ser libre: destruirlo todo. No digo negar, digo destruir. Soy la obra y el artista. Lo que me rodea, lo que veo, lo que percibo, es el mármol del que debo salir, a golpes de hacha, cincel y cepillo. En un bloque de mármol hay un busto, pero con una condición, a condición de esculpirlo. ¿Está claro?

—Si lo destruyes todo, ¿de qué te vas a alimentar?

—¡De nada, imbécil! ¡Me moriré de hambre! ¡Pero, durante dos días, habré sido libre!

—Eso es un tanto triste. Prefiero inflarme a comer.

—Yo, hija mía, prefiero no comer nada a ser comida por la tierra. Pero hay otra solución. Mucho me temo que no sea de mayor agrado para los de naturaleza débil.

A petición mía, Constance Chlore viene a borrar la pizarra y dibuja otra cabeza de elefante. Dentro de la cabeza, en vez de dibujar un pequeño triángulo, dibuja una polilla reina. Le digo que tiene talento y la invito a sentarse. Me devuelve la tiza. Nuestros dedos se rozan, se reconocen. Mientras regresa a su puesto, rodeo la figura de la polilla con figuras similares hasta que el desarrollo de esta figura en su último extremo limite por entero con la cabeza del elefante.

—Esto es lo que tendría que hacer para ser libre: *devorarlo* todo, esparcirme por todo, englobarlo todo, imponer mi ley en todo, someterlo todo: desde el hueso del melocotón hasta el núcleo central de la misma tierra. Se puede *someter* militarmente, administrativamente y judicialmente. Esta segunda solución es la que se emplea con mayor frecuencia. Por otra parte, todos nosotros somos en parte víctimas de ello. ¿Quién no ha sido *sometido* militarmente, administrativamente, judicialmente, monetariamente y religiosamente? ¿Quién no ha sido *avasallado* por un obispo, un general, un juez, un rey y un millonario? Así pues, anexionarlo todo. Pero yo prefiero destruirlo todo. No sé por qué. Es más desinteresado, más rápido, más bonito. Así me entran más ganas de reír, si lo prefieren. Y además, ¿acaso mi primera solución no supone la identificación de la más absoluta victoria con la muerte?

Me aplauden mucho. Me expulsan de clase para lo que queda de jornada.

Corro tras todas las Bérénice de la literatura y de la historia. Aprendo que Bérénice II de Egipto se casó con su hermano, Ptolomeo III Evergetes, y fue envenenada por su hijo, Ptolomeo IV Filopator. La idea de convertirme en la esposa de Christian me gusta. Si lo prefieren, es una de esas ideas que me hacen sonreír cuando me duele el alma como hoy. Bérénice, hija de Agripa I, me gusta menos, pese a que asistiera sin rechistar a la condena de uno de los apóstoles de Cristo. Leyendo y releendo la Bérénice de Edgar Poe, tomo el hábito de hacer lo que ella hace, de ser como ella es. La influencia que ejercen en mí estas Bérénice no es para pasar por alto. Necesito tanto creer en algo y soy tan poco capaz de creer en lo que se cree. Necesito tanto un camino que si me ofrecieran el camino de cualquier Bérénice lo tomaría de mil amores. Los poderes de la imaginación deben ser grandes para que la mera coincidencia de unas sílabas provoque un compromiso tan fuerte en todo mi ser y un deseo tan grande.

He leído que Ganímedes era el más bello de los mortales y que, tomando la forma de un águila, Zeus o el otro (Júpiter) lo raptó para nombrarlo tropero escanciador de los dioses. ¿Esplendor o decadencia? ¡Decadencia! ¡Decadencia!

Constance Chlore me vaticina que un día mendigaré a las puertas de Sevilla. Me pregunto de dónde saca semejantes augurios. Debe haber visto una ópera en alguna

parte. Me tiene que querer mucho para inventarse tales vaticinios solo por complacerme.

Chamomor vino muy cambiada, con el pelo más corto, con el cabello corto y todo en ondas al agua^[26]. Estaba muy triste y muy guapa. Se parecía a Juana de Arco con su pelo corto. Hacía cerca de dos años que no la había visto. Llevaba unos zapatos tan chiquitos, tan ricos, que me daban ganas de cortarle los pies a hachazos. Dos piececitos, dos hachacitos. ¡Plaf! ¡Plaf! Ella me encontró cambiada.

—¡Qué grande estás! —me dijo, con lágrimas en los ojos.

Tras haber completado un curso de corno inglés, emprendo uno de corneta. Quiero saber de todo. Total, ¿qué puedo perder?

Estaba escrito, tenía que toparme con las señoritas menstruaciones. Ahora estoy repleta de ovarios. Los ovarios son huevos. No corras demasiado deprisa, Bérénice, tus huevos van a reventar. Empiezo a tener tetas. No corras demasiado deprisa, vaca, se te va agriar la leche. Ayer noche, como todos los lunes y viernes, voy a casa de mi viejo profesor de música. Todo transcurre con normalidad. Me tiene cogida por el cuello, así que soplo, con un entusiasmo desbordante, en la embocadura de mi instrumento. Me duele la tripa, cada vez más. Intuyo que es porque ese viejo bribón me da asco, pero, por desgracia, es falso. Pensaba que llegaría a adulta sin tener que pasar por las torturas que murmuran las chicas en los vestuarios. Me salió el tiro por la culata. Regreso al columbario doblada en dos, repitiéndoseme, sin querer, esa frase retenida no sé por qué en mi memoria: «Permanecerá siete días en su impureza y quienquiera que la toque quedará impuro hasta el anochecer.» Regreso al columbario más sola que la una. Por el camino, doy con el típico luminoso que anuncia: «Reparación de calzado.» En él leo: «Preparación de ganado^[27]». Nadie estará al corriente de lo que pase. Regreso al columbario más sola que nunca, diciéndome que ahorraré e iré a ver en secreto a un cirujano para que meta el escalpelo de una vez por todas en mi repugnante aparato sexual. Vomito en una farola. Estoy a punto de desplomarme en la acera. ¡Dios, qué mal! ¡Caca de la vaca! ¡Nunca tuve suerte! Nadie tiene por qué darse cuenta. Alcanzo la jaula por la escalera de urgencias, adentrándome en el buen-retiro^[28] a través del pequeño respiradero de ventilación. Un montón de sangre, linfa y quilo se coagula en mis muslos, desprendiendo un olor a estercolero. Me desnudo a toda leche, hago un ovillo con mi ropa sucia, le prendo fuego y encomiendo las cenizas a la cisterna. Lleno la bañera de agua fría. Me lanzo al agua como último recurso y paso la mayor parte de la noche dentro, enjabonándome, depilándome, blasfemando y jurando venganza.

La blanca y pura Constance Chlore duerme, acurrucada, casi enroscada, con el cuello y los puños bañados en encaje, la holgura de su camisón, estampado de amapolas, disimula la silueta de su cuerpo. Mientras lloro la tengo abrazada. Duerme como un lirón, ya se puede caer a pedazos el columbario que no se despierta. Duerme con la frente húmeda.

—¡Lo que habría dado por ahorrarme esto! —le digo, le digo a su hermoso rostro sordo y ciego—. ¡Pobre Constance Chlore! Si supieras a lo que te expones al dormir así, sin armas y sin centinelas. ¡Pobre cariño mío! ¡Mi tesoro! ¡No te dejes manejar!

Veo los poros abrirse como por efecto de un tamiz sobre el nácar del rostro de Constance Chlore. Huelo el tufo a petróleo infiltrarse en su aliento tan dulce, en su

aliento que sabe a agua de rosas. Veo los nervios sobresalir en sus manos atadas y en su cuello atado. Veo sus carnes duras como la piedra aflojarse, derretirse, estirarse, cubrirse de resina. Veo su cabeza de diamante encogerse como una manzana podrida. La veo, con un cigarro en la boca, ponerse un sujetador y unas medias de nailon. Veo su piel amarillear como el estambre podrido de lana e hincharse como lo que ustedes quieran. Veo unos senos en forma de enormes bolsas vacías caer sobre su tripa en forma de globo. La veo cambiar, cambiar hasta desaparecer. Hay que salvarla, tiene que escapar al sadismo del titán. Debo dar pronto con un remedio, un freno, una poción, un refugio. Hace falta que perdure, que no cambie. Hay que arrancarla de las raíces que la devoran, liberarla, cortar el curso de la onda que la envía lejos de aquí. Debe quedarse para velar por esta noche tal como yo velo esta noche por ella, para montar la guardia delante de nuestra infancia. ¿Por qué tiene que ocurrir esta noche? ¿Por qué esta noche no para de hundirse? ¿Por qué no se queda quieta esta noche y no se convierte para siempre en una noche en la que, cuando seamos mayores, podamos entrar, una noche que podamos visitar tal como se puede visitar un granero? ¿Por qué no existe, a la orilla del tiempo, un día soleado donde podamos entrar para ir a hacer, entre un collar de margaritas, nuestras piruetas de ayer y de anteayer? ¿Cómo puedo soñar con detenerme? Los Kazares amenazan peligrosamente nuestra retaguardia. Debo dormirme pronto, a fin de reponer fuerzas, a fin de retomar mañana, fresca y dispuesta, la huida.

Constance Chlore no habla hoy, no corre, no hace nada. Se queda sentada, emitiendo ondas de tristeza y angustia. No ver a Constance Chlore viva y animada agita mi mala conciencia, me despista hasta el desconcierto. ¿Qué le pasa? No sabe. Tiene como un presentimiento. Está como descorazonada, sin saber muy bien por qué. ¿Le duele la cabeza, la tripa? No. Con ella, cual ella, estoy como descorazonada sin saber muy bien por qué.

—¿Qué te pasa? ¡Habla!

—Nada. Tengo como una mala corazonada.

—¿Qué clase de corazonada? ¡Habla! No sabes como me duele verte triste.

—Me siento vacía. Me siento tan vacía como cuando me enteré de que habían matado a mis tres hermanos. A Abel también lo han matado, estoy convencida de ello. Estoy vacía. Soy una casa de donde la gente se ha ido arramblando con muebles y cortinas.

—Yo también me siento vacía. Pero ya puede morirse quien sea. Me importa un carajo.

—No digas eso. ¿Qué vamos a hacer, Bérénice?

—Larguémonos, Constance Chlore. Vámonos. Estoy hasta el moño. Vayámonos de aquí.

—Si tú quieres. A mí ya nada me importa.

—Saltemos en la primera carabela.

—Lancémonos al próximo tri-mástil.

Volvemos del colegio. Damos media vuelta y sin pensarlo dos veces nos colocamos en la parada del trolebús. Nos pasamos la noche dando vueltas sobre el mismo eje, caminando y saltando de trole en trole sin poder salir de la ciudad. Dondequiera que el trolebús para, damos de lleno en pleno corazón de la ciudad. Es como si fuéramos víctimas de una conspiración.

Está más oscuro que bajo tierra. Caminamos deprisa. Tenemos que salir pronto de esta ciudad. Caminamos haciendo como si no fuésemos nosotras las que nos desplazamos. Jugamos a imaginarnos que estamos quietas y que la ciudad es la que camina, que la ciudad se escurre como un río por cada uno de nuestros costados. Observamos las esquinas de los edificios deslizarse hacia nosotras como rodas de navío. Con la mirada en el cielo, vemos los inmensos luminosos pasar por encima de nosotras como pterodáctilos y descubrimos, como por rotación, el fantástico enrejado de su negro armazón. Una fila de coches aparcados salen en silente procesión a nuestro encuentro. Una casa en alquiler aislada en un terreno baldío gira sobre sí misma como un maniquí viviente y nos descubre sucesivamente tres de sus cuatro caras. Una hilera de reflectores colocada en lo más alto de la fachada de unos grandes

almacenes acapara nuestra atención. Los colores brillantes de las banderas que ilumina se retuercen en la oscuridad total del cielo. Un trolebús nos deja debajo de una vía elevada. Bajo el paso elevado nuestros pasos retumban como en una catedral vacía. Excitadas con el eco, nos ponemos a correr entre los enormes pilares de hormigón. Cuanto más deprisa corremos, al reverberar más, más se parecen nuestros pasos a los aplausos. Naturalmente, corremos tan rápido como podemos.

—¡Mira, allí!

Me señala lejos en un nivel inferior, allá donde varias vías en desnivel se cruzan como un amplio vuelo de pájaros luminosos petrificado entre el cielo y la tierra. No parece saber qué es. Abre los ojos de par en par.

—Son solo luces. ¿Qué te creías?

—¡Qué blancas son! Mira: han formado en V, como si tuvieran alas. Tengo miedo, Bérénice. Y si fuera el fin del mundo. Tengo un mal presentimiento.

La llevo a ver las enormes luces hermanadas en V e infinitamente blancas que, encaramadas al extremo de las farolas en horca, alumbran el trozo de paso elevado bajo el cual corríamos. No parece muy convencida. Hace un rato, encontraba el viento demasiado suave para ser natural en esta época del año. Su mal presentimiento no le abandona.

Amanece. Una luz de acuario baña la ciudad, una luz vacía, una luz muda e invariable, una luz como nunca he conocido y que, como Constance Chlore, no encuentro natural. El trolebús que nos transporta circula, casi vacío, por una avenida donde no se ve a nadie, por donde no circula ningún automóvil. Su cabeza va de doce menos cuarto a doce y cuarto, Constance Chlore echa una cabezada. Le meneo la nariz para que no se duerma. Estoy tan cansada que creo que me olvidaría de ella en el trolebús si se durmiese. Frente a nosotras, una mujer de edad madura con una mejilla entera comida por un navajazo besa en el cuello a un enorme joven negro con la bragueta abierta. El viejo borracho que acaba de subir brinca en medio del pasillo, al verse gracioso, nos mira y sonrío. Constance Chlore, creyéndose en el infierno, se pone a llorar suavemente. En la callejuela por la que caminamos arrastrando los pies, las casas son bajas, viejas, están sucias y apretadas unas con otras. Por encima de la empalizada que estas forman, en un más allá de bruma blanca, se alza un rascacielos, gigantesco y espectral, que solo aparenta ser el diáfano panel de ventanas iluminadas que nos muestra y que siempre se encuentra, aunque avancemos y avancemos, en el mismo punto de nuestra mirada. Pienso, seriamente, en un bajel de estrellas a la deriva entre las marismas de la mañana.

De chiripa, volvemos a encontrarnos delante del columbario. Entramos. Caemos en la cama a maravillas y, de maravilla, nos dormimos. Durante dos días, en la jaula de los san-yo no se hablará más que de nuestra cabezonada sin pies ni cabeza, estúpida, incomprensible, ridícula, idiota, imbécil, tonta, increíble. Pero todas las

habladurías se pudren y se mueren, incluso las que son provocadas por una cabezonada sin pies ni cabeza.

Regreso de mi lección de corneta. Está templado. Estoy de buen humor. Me digo que más vale aprender corneta y acordeón que arcabuz. La calle está tomada por uno de esos brillantes silencios que solo se pueden encontrar en la montaña. El crepúsculo ha izado su tapiz incluso por encima de la masa fuliginosa de rascacielos. El crepúsculo abraza el fresno de cuatro hojas de casa de Dick Dong, el único árbol a la vista. Me llaman. Erizo la punta de mis orejas. Me llaman de nuevo. Es la voz de Constance Chlore, que, a pesar de la hora tardía y de la prohibición de los tíos^[29], ha venido a mi encuentro. Con el brazo en alto, apasionadamente, agita lo que parece una carta. Corre como una loca. La acera castañetea bajo sus pies descalzos. Sus cabellos saltan, danzan como duendecillos. De repente, un coche sale reculando de un subterráneo, surge a toda velocidad a la altura de Constance Chlore, embiste contra ella con toda su inmunda chatarra. Apenas tengo tiempo de gritar. El coche la ha atropellado y machacado. La sangre ensombrece ahora la acera. El suelo desapareció bajo mis pies, al igual que una trampilla bajo los pies del ahorcado.

En la mano, frenéticamente, vanamente, busco el familiar latido de su corazón. Su pecho roto está blando, cede como la nieve bajo mis manos. Por efecto de un último espasmo, sus dedos se enganchan a mis brazos y ahí se quedan. Su pálida mirada concentra en mis ojos sus últimos fogonazos. ¿Va a hablar? ¡Habla! ¡Habla! ¡Habla! ¡Dime algo! Las lágrimas se han amontonado en sus pestañas. ¡Habla! Una especie de sonrisa emana de su semblante que permanece intacto, una especie de verdadera alegría. Habla. Ella pronuncia mi nombre.

—No pasa nada —repite—. No pasa nada. Tu carta.

Unas caras horribles, hostiles, mezquinas, ridículas hormiguean alrededor mío, en un tropel sofocante. Arremeto ferozmente contra esas caras. Me afianzo y, sin miramientos, con todas mis fuerzas y todo mi peso, las empujo, las rechazo, las alejo. Una de esas caras se ha inclinado encima del cadáver y se dispone a sostenerle las manos. Salto a sus ojos, la araño con mis uñas, la muerdo. De un solo movimiento, sin esfuerzo, he cogido el cuerpo amado entre mis brazos y corro, llevándolo lejos de las caras. Tan ligera es, tan ligera que me lleva, que me vuelve tan ligera como esos chorlitos que veíamos dar saltitos en la playa, que me eleva como el globo eleva la barquilla, que me elevo en el aire, que vuelo.

Constance Chlore ya no está. Qué disparate. De golpe, perdí los estribos. Ahora, no siento nada. Pues bien, esta es la muerte de Constance Chlore. Por tanto, así queda una extinta Constance Chlore. Si la pobre me oyera, ella que tanto respeto sentía por los fallecidos. Pero, mi bella amiga, ¿acaso uno es responsable de no tener lágrimas, acaso el pozo es responsable de no tener agua?

No asistiré ni a sus pompas fúnebres, ni a mi entierro. No llevaré ni el ataúd, ni el luto. Pensarán y hablarán de mi conducta lo que quieran. Si mi conducta puede hacerles rabiar, me doy por contenta. Tan pronto pasa el día de este primer combate con la muerte, estoy impaciente por que salga el sol, por que la ciudad se despierte, por que la vida se reanude. Muerte, si supieras la prisa que tengo por ver tu cara a plena luz del sol, la prisa que tengo por que se haga lo suficientemente de día para que puedas ver como me burlo de ti. Constance Chlore está muerta y no lo llevo mal. Muerte, Constance Chlore no me dice nada... Además, los muertos no son muy habladores, no hablan mucho que digamos con quienquiera que sea. Luto no, gracias.

Tras haber sido incinerada, Constance Chlore ha sido enterrada en el magnífico osario de la Hêtraie^[30], en Montreal. Deseo morir en mitad de un desierto. Y deseo que se pudra, allá donde caiga, lo que los buitres y más tarde los chacales y hormigas hayan desdeñado. Ellos me han vuelto violenta: tengo sed de sangre. ¿Debe verse como una simple coincidencia el que yo haya deseado la muerte de Constance Chlore? Respuesta: No. Yo ejercía grandes poderes sobre ella, una fascinación hipnótica. Yo la he matado: lo afirmo fríamente, lo creo férreamente. No debía seguir viviendo; habría sido una blasfemia a su belleza y a su espontaneidad. Ella presintió que yo deseaba su desaparición. ¿Por qué si no de repente la vida le pareció tan insensata? Ella se mató por complacerme, lo mismo que por complacerme trotaba tras de mí. Ella se dejó matar por someterse a un misterioso imperativo nacido de mi voluntad. Se puede asesinar por telepatía, y yo lo he hecho. Acabo de reírme de la muerte de Constance Chlore, con sarcasmo, encantada de mi propio poder, como bajo el efecto de la embriaguez, como cuando juegas una mala pasada a alguien deleznable. ¿Es acaso locura? Respuesta: no, es la fuerza. Y si, incluso con las pruebas en contra, quisiera creer férreamente que soy yo quien ha matado a Constance Chlore, nadie podría impedírmelo. Es cuestión de fuerza.

Las puertas de la catedral del vecindario quedan abiertas por la noche hasta tarde, como para acoger a algún Émile Nelligan. Nosotras la frecuentábamos, Constance Chlore y yo. Me quedo de pie durante largos minutos, como un clavo, bajo las bóvedas. Con la cabeza echada hacia atrás, dándome vueltas, escucho frases de Constance Chlore que de nuevo me vienen.

—¿Por qué los niños se cogen de la mano? ¿Acaso es porque sus padres se lo han dicho? ¿Por qué no nos cogemos nosotras de la mano? ¿No tienes miedo a perderme?

Permanezco de pie en el centro de la nave y me dejo deslumbrar por la paz, la grandeza, la riqueza y lo irracional del lugar. Los órganos braman y permanezco de pie en el corazón de los órganos, al principio inquieta, después atemorizada, aterida, como sometida a una tempestad glacial. «Fue un gran bajel tallado en oro macizo.» Cierro los ojos y me parece que bajo mis pies circula un mar con olas más altas que las montañas. Marcharse. De nuevo partir. Siempre partir.

He leído *I the Jury, Kiss me deadly, Sylvia, The Hot Mistress*^[31]. No son títulos que hayan sido objeto de disertaciones doctorales. Mi modesta paga mensual de diez dólares no bastaría para pagar toda la literatura pornográfica que consumo. He recurrido, generosamente, al hurto. Mi rabiosa afición por leer libros malos me viene de mi rabiosa afición por el aislamiento y el mal sueño. En un libro, uno está solo. En

un libro malo, hay asesinatos, guarradas, todo lo que yo le deseo a la gente. No les desprecio todavía lo bastante. Si pudiese verlos a todos metidos hasta el cuello en la brutalidad y la porquería, eso me ayudaría. También experimento una considerable voluptuosidad al mostrar las escandalosas sobrecubiertas de «mis» libros a las insulsas miradas de los avuncularios, primos, profesores y compañeros de clase. En este sentido aprecio mis sensaciones más fuertes al hojear una novela de Orrie Itt en la sinagoga, acorralada entre Zio y su primogénito. También leería a Christian, si se dignara a escribirme, el infame. No he recibido ni una sola carta de él. De vez en cuando, Chamomor me da noticias suyas. Está bien. Está al otro lado del Atlántico, en Europa, Polonia, Silesia, en Walbrzych concretamente. Vive allá a costa de los Brückner. Se dice que comenzó sus estudios de biología. Se dice que no para de lanzar la jabalina. Se dice que prefiere la jabalina al manual de biología. Chamomor y Einberg vienen a verme, demasiado a menudo, a mi parecer. Vienen a verme, pero no me ven. Me encierro en mi cuarto y me niego a verles. He oído decir que Einberg y Chamomor intentan reconciliarse. Lo que, presumo, quiere decir que Chamomor está dispuesta a acostarse de nuevo con Einberg para volver a meter la mano en su santa familia. Jamás lo habría entendido si nunca hubiera leído libros pornográficos. Pobre Juana de Arco.

Me tiene aburrida. Tengo una boca enorme, una boca de más de un palmo de largo. Un especie de pelusa crece sobre mi labio superior, clara y fina, apenas visible, parecida al envés de una hoja de nevadilla. Cuando tenga treinta años, tendré bigote, mosca y, quizá, incluso patillas. Seré a morir de fea. Pero, por desgracia, no podré disfrutarlo, ya que no cumpliré los treinta años. Como suele decirse, es demasiado bonito para que dure.

Aprendo, en una conferencia en el instituto a cargo de un eminente psiquiatra, que una virgen es alguien como yo. Igualmente aprendo que tengo una especie de pequeño sexo masculino llamado clítoris, que si lo manipulo de forma sistemática me masturbo y que si la operación es coronada con éxito experimento una especie de sismo^[32] llamado orgasmo. La tierra ya no tiene secretos para nadie: está completamente descubierta, completamente desnuda. El átomo está completamente desnudo, completamente descubierto. Ya solo les faltaba a los seres humanos despojar a las jóvenes de sus bragas, a ellos les da igual, no se cortan ni un pelo. Ya no hay secretos en ninguna parte. ¿Qué hago yo aquí? ¿Qué sorpresas espero aquí dentro?

—¿Oye tú, tú te masturbas? —me pregunta una independiente.

—No, estoy de luto.

—¡Esos tipos de ahí, científicos eminentes o no, son unos guarros! —exclama una carca («square» en inglés)—. Si me lo encuentro por la calle, lo hago picadillo.

Baby you're so square! (canción popular). ¡Chica eres tan carca!

Tras haber mantenido un inútil asedio de una hora en mi puerta, Einberg se da la vuelta. Lo escucho descender la escalera. Aparto las cortinas para verlo salir. ¿Qué veo? ¡Chamomor! Se mete por el pasillo del columbario. Una ávida curiosidad se apodera de mí obligándome a correr las cortinas del todo. Debo poder verlos bien cuando se encuentren, ver bien cómo practican su odio. No debe escapárseme el mínimo estremecimiento del más mínimo músculo de su cara. Afilo mis ojos tal como un gato afila sus garras. Me he negado a ver a Einberg. Me acuartelé en mi habitación y fortifiqué la puerta con la cama, el escritorio y las dos sillas. Se ha pasado una hora hablando solo a través de la puerta. Sin perder la paciencia, sin alzar nunca la voz, sin blasfemar, sin amenazar, me ha suplicado, durante una hora, que le dejara entrar.

—Te traigo unos guantes de cabritilla de Estrées-Saint-Denis. Los encargué personalmente al taller. Una niña de tu edad y condición se merece llevar unos guantes de cabritilla de Estrées-Saint-Denis. Dime que los quieres.

Ya sale Einberg. Caminan, el uno frente al otro, el uno hacia el otro, entre los dos setos de rosales silvestres. Cada uno ha desviado, exageradamente, la cabeza. Cada uno se separa, lo máximo posible, de la trayectoria del otro. ¿Uno u otro ha hablado? Y de repente se han parado. ¿Qué se dicen, cabizbajos? Ahora, de golpe y porrazo, extienden los brazos, despegan y vuelan el uno hacia el otro. ¡La prostitución a todo color en pantalla gigante! ¡Qué tierno para mi corazoncito de lectora de libros pornográficos! Se abrazan, se agarran, se retuercen juntos como dos cables trenzados. Son realmente ridículos de ver. En realidad es una delicia espiarlos. Parece un combate de lucha libre. El morro como hambriento de Einberg, torpemente, arrolla y retuerce la triste y tierna boca de Chamomor. En el furor del combate, el castoreño de Einberg cae de su cabeza a las rosas silvestres y de las rosas silvestres al césped. Ella debe de sacarle por entero su magnífica cabeza, pero no intenta aprovecharse de la ventaja. Se inclina para estar a su altura. Al inclinarse para estar a la altura de su situación, su brillante falda de crespón marroquí se levanta como una campana y, pornográficamente, descubre sus corvas. Parten juntos, felizmente del brazo, frotándose las caderas.

Una hora más tarde, Chamomor regresa. Se ha encargado de los guantes de cabritilla de Estrées-Saint-Denis. Imperturbablemente, mantengo mi silencio y mi embargo.

Mi mente, tiritando de angustia, recuerda un hocico húmedo y tibio, una rosa mojada, la boca de alguien maravilloso. Me vengaré de la muerte de Constance Chlore. ¡No la olvidaré, titán! No me veo empujada a vengarme, a mantener el

recuerdo. Pero no voy a dejar plantado ahí, sin preocuparme de nada, un cadáver tan hermoso. Es más, en vez de sentirme empujada al recuerdo permanente y la venganza, me siento empujada al perdón y el olvido ¿no será esto una mala pasada del titán? Además la cama se ve tan vacía, tan grande.

Me siento tan a gusto encerrada, he mantenido mis valvas cerradas con tal precisión durante estos años de exilio, que esta noche, como muchas otras noches, me muero, golpeo mi cabeza contra el suelo como quien golpea un reloj que se ha parado contra la esquina de una mesa. No soy capaz de dormir, estoy tan inquieta, me siento tan agitada en cuerpo y alma, me cuesta tanto. Vegeto. Sobre todo tras la muerte de Constance Chlore, los cotilleos de la jaula, de la escuela y de la vida solo me llegan ya en sordina. Me aso, mitad viva mitad muerta, en un toro broncíneo donde yo misma me he instalado. ¿Prolongaré esta absurda jeremiada hasta admitir que soy desgraciada? ¡No!

Si no soy feliz, es porque no he procurado serlo. ¡Ya bastante me cuesta intentar conservar la sombra de dignidad que me queda! Si, en principio, no he buscado la felicidad es porque no me dice nada, porque es horrible, porque supone una colaboración con la hediondez. Reniego de todo comercio con el mundo inmundo que me han impuesto, al que me han lanzado sin sentencia como a un esclavo a galeras. Me han lanzado en medio de una chusma con tanto gznate y tanta tripa, que ni siquiera se da cuenta de que tiene alma, una chusma dispuesta a todas las cadenas, a todos los crímenes contra el alma y su dignidad, para tener acceso al pesebre donde, tres veces al día, los amos le dan de lamer. ¡Oh señores, antes me comeré mis excrementos! ¡Oh dueños, vuestras jaulas, tanto de ruedas como de hormigón, tanto por aire como por mar, os las haré tragar! Seguiré siendo una prisionera mala, una galeote insumisa e irrespetuosa. Me pasaré el tiempo intentándome fugar. Aguantaré en silencio los tratos de cuerda que merecerán mis blasfemias y seguiré blasfemando. Quienquiera que seáis, amos, tantos como seáis, tanto mortales como divinos, me sublevo contra vosotros, os escupo sin pudor a la cara. Os llamo miserables, os llamo lujuriosos, sádicos, paranoicos, esquizofrénicos. Si tengo el corazón hueco es porque he elegido no ponerme a cuatro patas, no ladrar, no luchar con los cuatro mil restantes por vuestras sobras. Poco me gustan los lobos, pero prefiero los lobos a los perros, porque los lobos prefieren antes devorarse entre ellos que dejarse pasear por la acera del extremo de una correa para hacer sus necesidades. Aprovecho la ocasión para señalar que me gustan los aviones porque los aviones de noche llevan una luz de color en el extremo de cada ala. No soy feliz, tengo el corazón hueco y quiero conservar lo que me queda de dignidad. He elegido ser fiel, leal, defender hasta mi último gznido la causa perdida, las insignias de la armada vencida. Mi dueño está como rehén. Mi amo está en otro lugar. Mi señor se dejó abatir. Si mi señor no se hubiera dejado abatir, ¿acaso estaría prisionera?, ¿acaso estaría en manos de estos vendedores de neveras^[33]? Si me asfixio aquí, esta noche, sola, es porque, pese al peso de la muela que ata mi cuello, me mantengo firme, me mantengo derecha, no me

inclino, no me doblego. No soy la sierva de los presidentes del país de la tierra, ni de los Yaveh del país del cielo. No inmolo víctimas para ninguno de estos generales mal vestidos. Ni suplico ni me arrodillo por ningún perdón, ningún indulto, ningún saludo, ninguna ensalada, ningún coche, ninguna moneda. Recuerdo que fui abatida, que tuve otro señor. Para recordarlo, sigo en pie. Me recuerdo que sigo en campo enemigo. Cuando quiero me digo estupideces. No me falta talento. Estoy dotada, requetedotada.

Desde que tengo tetas y ya no me salen granos, Muerde-y-calla^[34], el mayor de mis primos, me ama en silencio. ¡Mi querido asno mayor! Me tiende tiernas trampas en la escalera, en los recodos de la mesa, en el umbral de las puertas, en el gabinete cuando consiento en ir a ver el aparato de televisión. Multiplica las indirectas. Se le escapan miradas de culpa de sus ojos de cerdo, de sus escasos ojos a lo Einberg. Ya no sé qué hacer para enfriar el provocativo ardor de este escrofuloso. Le he ofrecido darle un pequeño espectáculo de estriptís. Me ha dado a entender que era mi amistad lo que quería. ¡Si es mi amistad lo que quieres, dejade mirarme entre las rodillas! ¡No tengo pelos en la lengua! Eso no le preocupa mucho que digamos. En silencio, con ojos lacrimosos, con las manos húmedas, con el corazón a flor de piel, vuelve regularmente a la carga. Quiere mi amistad a toda costa. Quiere que le sonría. ¡El muy tonto! ¡Le parezco bonita! ¡Ya tiene que tener hambre de amistad, caracoles! Crezco desmesuradamente. Crezco tan rápido que, de un día para otro, ya solo encuentro en mi espejo una especie de inflamación hinchada de mí misma. ¡Qué más da! Prefiero llegar a ser alta como Chamomor a quedarme tan bajita como Einberg. ¡Bastante tengo con tener sus ojos y su boca! Me parece que Dick Dong, que vive tres o cuatro manzanas al este, también manifiesta cierto interés mancebo hacia mi persona. Cuando nos cruzamos por la acera, siempre tiene algo en particular que decirme. «¡Cuando tú quieras, madame!» «¡Oye tú, me gustas!» «¡Vayámonos juntos a Wyoming! Por lo visto hay tanta vaca suelta por ahí que se han visto obligados a construir pastizales de varias alturas.» Admito que me hace reír, que no lo encuentro feo. Pero nunca me colgaré del brazo de un chico, aunque solo sea por no hacer lo mismo que los dos mil ejemplares restantes del sexo femenino. No seré la girl-friend de ningún chico y ningún chico será mi boy-friend. Que no cuente conmigo la institución del amor, la máquina de hacer pasearse a las chicas del brazo de los chicos. Que no cuenten mucho conmigo los directores y mamporreros de la industria cinematográfica del amor. Si alguna vez me caso será con Christian o con un cocodrilo.

Si viviera aún Constance Chlore, cambiaría su nombre por Constance Exsangüe. ¿Cómo pude, durante cinco años, conservarle un nombre tan tonto? Está lo verdadero y lo falso. Lo verdadero es lo que me da ganas de reír, lo falso, lo que me da ganas de vomitar. El amor es falso. El odio es verdadero. Los animales son verdaderos. Los

hombres son falsos.

La abadía se reabre. ¡Sí! Einberg y Chamomor vuelven a vivir juntos. ¡Sí! ¡Sí! Es Christian el que, en su primera carta en tres años, con una mano visiblemente guiada, me informa de la noticia. También me dice que ahora habla francés con acento polaco. He contestado lo que sigue a mi querido hermano.

«Amor mío, cariño mío, tesoro mío, amante mío, hermano mío, estoy muy contenta de enterarme de que, ahora, hablas francés con acento polaco. Por mi parte, es con acento inglés como, ahora, hablo francés. Tu amor, tu tesoro, tu cariñín, tu amante, tu hermana, Bérénice.»

Espero que esto les haga rabiarse de lo lindo, para que aprendan a enviarme cartas de mentirijilla. Cuando estaba aquí, Constance Chlore era mi protagonista. Ahora que se fue, Zio es mi protagonista. Pero él solo es mi protagonista por discrepancia, solo porque los demás, la tía, los primos y primas, son tan mediocres e insignificantes que ni siquiera merecen figurar en el reparto. Me divierte llevarle la contraria a lo que dice y hacer justo lo contrario de lo que quiere que haga. Es fácil. Zio es de ideas fijas, tanto en todo como con todos. Me aburre. Observo, desde la muerte de Constance Chlore, que tiene metido en la cabeza que lo que hago desde hace tres años solo lo hago porque él quiere que lo haga. Es hora de poner orden en su cabeza. Si él me maneja a su antojo desde hace tres años es simplemente porque no me daba cuenta, porque me parecía tan estúpido que ni siquiera lo tenía en cuenta. Si se cree que tiene el mando sobre mí, se va a llevar una amarga decepción. ¡Se acabó el silencio, el ayuno, el quedarse quieto y la oscuridad de los sábados! ¡Ya no hay Zio que valga! El sábado, de ahora en adelante, me inflaré a comer tres veces al día, y en sus narices, y en sus largas barbas. ¿Obedecerle, yo? ¡Después de todo él no es ni más ni menos ser humano que yo! Solo tienes que portarte bien, Zio, ¡se va a poner la cosa que arde! Y de oraciones mañana y noche, querido mío, de ahora en adelante ya ni las hago, ya ni siquiera finjo que las hago. ¡Si Yaveh tanto desea mis oraciones solo tiene que venir a cogerlas del fondo de mi esófago! ¿Qué modales son esos? ¿Yo, obedecer a un sucio ser humano? ¡Se va a montar buena! ¡Os lo digo de veras, se van a caldear los ánimos!

Lo más ridículo que hay en Zio es su acerada seguridad, esa solidez en cada uno de sus movimientos, esa lógica infalible de calculadora electrónica que regula sus más mínimos actos. Minada por la duda, hecha polvo, inconsistente, invertebrada por la duda, no soy capaz de amedrentarle. Aun así, estoy segura de que mi duda es mejor que su seguridad. Aun así, estoy convencida de que Zio solo es un ciego sordo, solo es otro de esos solemnes imbéciles que me han construido el mundo que tengo. Aun así, solo puedo encontrar ridículo que él pueda creer que le tengo miedo y que lo respeto, como hacen todos aquellos que lo conocen. Ya que Zio es considerado como un señor por los esclavos natos. Ya que Zio es considerado como el gran amo de las rameras por las rameras.

El día del Yom Kipur veo a Zio levantarse antes del amanecer, atravesar a pie todo Manhattan y dirigirse hacia el Hudson para ofrecer allí su piadoso y tradicional remojón. Esta mañana hacía mucho frío. Me lo imagino, desnudo con su larga barba de cercopiteco, impasible, seguro de sí, rompiendo el hielo a porrazos. Los Einberg de Armenia nunca habrían osado empezar un día, ni uno solo, sin antes haberse purificado en el Aras o el Kura. Cha cha chá. Lo que debe hacer un ser humano en la mañana del Yom Kipur, Zio está convencido de ello, es ir a remojarse en las aguas del Hudson. A menos que se las dé de algo distinto a un ser humano. Tal vez se haga pasar por un Zio...

Mas Zio es considerado por todos como un hombre digno y respetable. Es escuchado, poderoso. Goza de gran influencia sobre todos y sobre todo lo que ellos han realizado. Salido de Armenia con cuatro harapos, ahora dirige, vestido con traje de fina lana británica y calzado a la italiana, una importantísima sociedad de préstamos con hipoteca. Hijo de una rama joven de los Einberg, poco a poco se ha convertido, no se sabe bien cómo, en el indiscutible jefe de todos los demás Einberg. Y, en la tierra, hay muchos Einberg. Dicen que al menos hay uno en cada país. El es el pachá de los Einberg. Ha creado la fortuna de cada uno de ellos. Ha encontrado una mujer adecuada para cada uno de ellos. Dirige la educación de sus hijos. Les hace migrar e inmigrar en todos los sentidos.

Muy por encima, mis relaciones con Zio son casi inexistentes. Cuando tiene algo que decirme, me lo suele decir por Zia. Ya que él desprecia tanto a las jóvenes como a las mujeres. Consiente que las mujeres hablen entre ellas, pero nada de que se mezclen en las conversaciones de los hombres. Cuando un invitado se atreve a mantener una conversación con una invitada, Zio se enciende; y el invitado y la invitada en cuestión pueden estar seguros de que ya nunca más serán invitados. Por tanto, ignora con desprecio a las mujeres. Si consideramos que aún no soy del todo una mujer y que por parte de madre soy medio pagana, podemos calcular la

intensidad de su menospreciable ignorancia respecto a mí. En principio, solo me aborda una vez al año, por las fiestas de la Independencia. Entonces prueba a hacerme beber y reír, y a ver las agallas que tengo. No hay nada más simpático que un hombre duro cuando es simpático. Me enternezco. Ríe tanto como él quiere, bebo tanto como él quiere y abro mi corazón tan de par en par como él quiere. Antes me llamaba, de forma regular, a la Torá. Ahora, desde mi fuga de una noche con Constance Exsangüe, ya no me llama a la Torá. Cuando está de buen humor, me llama, cínicamente, «Fräulein^[35]». Chamomor, sobre quien no ejerce ninguna influencia, lo llama «Santa Claus^[36]».

Mis maletas están hechas. Mi abrigo abotonado. La puerta abierta. Chamomor y Einberg han venido a recogerme y voy, de un momento a otro, a abandonar este valle de gruñidos y lamentos. Pero, para perpetrar mi secuestro, ambos esposos habían contado con la ausencia de Zio que, de golpe, como un pelo en la sopa, llega y aprieta todos los frenos. El patriarca, el vengador de viudas que perdieron a su primer marido, no está de acuerdo. En un tono inapelable, me dice que no me voy.

—Esta niña no se moverá de aquí. ¡Bérénice!, ¡quítame este abrigo y los chanclos! ¡Bérénice!, ¡ve a tu habitación a deshacer las maletas!

Solo faltaba Zio en la lista de los que cuidan de mi bienestar tanto como del suyo. Ahora que se sitúa en las filas de los políticos, de los urbanitas, de los filósofos, de la S.P.C.A.^[37] y de los vendedores de jabón suave para pieles sensibles, ya no falta nadie.

—¡Asumo la responsabilidad de Bérénice! —afirma el redentor de huérfanos sin padre.

Entonces, en ejercicio de esta brillante hipótesis, este derechohabiente hace entender a estos causahabientes que él no me juzga ni lo bastante mayor ni lo bastante fuerte como para participar en los juegos que tienen lugar en la isla.

—Volved más tarde, mucho más tarde, cuando hayáis acabado con vuestras peleas, dentro de un año, de dos, dentro de diez años.

Mordazmente silenciados y atónitos, Chamomor y Einberg son agujoneados en carne viva con estos últimos dardos y aúnan sus talentos para lanzar un apasionado ataque de brillantes protestas. ¡Ya pueden ser mil y hablar todos con la elocuencia de un Cicerón! Zio ha levantado alrededor de mí una torre inexpugnable: ¡Nadie podrá alcanzarme ni hacerme daño!

Mi soledad es demasiado pesada. Me deformato, me desplomo, me desmorono. En contra de mi lógica y de todos mis juramentos, cedo a los acosos de Dick Dong. En la cita que me ha concedido, se hace esperar. Espero y, entretanto, en un esfuerzo desesperado por salvar lo que queda de mi dignidad, me repito que soy una vestal y que no dejaré que ningún hombre ponga sus sucias manos encima de mí. Por fin llega Dick Dong. Me mira de arriba a abajo sin disculparse, luego, en silencio, cuenta misteriosamente con los dedos.

—No podremos casarnos de aquí a seis años, —dice finalmente—. ¡Me quedan por hacer todos estos estudios! ¡Un año más de instituto, cinco años de universidad! ¿Tendrás la paciencia de esperarme?

—¿Casarme contigo? ¡Arrea, Dick Dong!

Al sacar el lazo de mi blusa, le muestro los preciados objetos que cuelgan de él.

—Ya tengo novio. Lleva adelante sus brillantes estudios en una universidad alemana. Solo teníamos tres años cuando nos prometimos el uno al otro.

—¿Estudia en Heidelberg?

—Supongo.

Curtido en las mañas de las chicas, Dick Dong no parece muy trastornado con mis supuestas revelaciones. Comemos patatas fritas y helados, como en las canciones francesas. No es desagradable. Debo irme ya que son las nueve y a las nueve se acaba la clase de trombón a la que debía asistir.

—¡Nos volvemos a ver el viernes tarde, en el mismo sitio! —asegura Dick Dong.

—¿Tú crees?

—Vivir para ver...

—¡Qué insolencia! ¡Qué arrogancia!

Como Zio, Dick Dong está seguro de sí mismo. Pero Dick Dong no está tan peligrosamente seguro de sí mismo como Zio. Dick Dong solo está seguro de sí mismo porque usa regularmente el desodorante «Brillantina^[38]». Si no se hubiera sentido obligado a representar su Marlon Brando, tal vez mi vida, en este preciso instante, habría cambiado.

Miro como pasa el viento. El viento es intenso y frío. El viento levanta el plumón del lomo de los gorriones que veo en el parterre. Estos gorriones se quedan tan quietos como pueden; se afianzan contra el viento. Otros gorriones son lanzados por el viento contra los muros. Lo cual me lleva a hablar de mi asociación con Dick Dong. El aspecto sexual del problema humano estropea todo lo irracional de nuestras relaciones. Ambos estamos ávidos de caricias. No tenemos afán de dinero. No sucumbir a las caricias no es, por desgracia, una solución, ya que no sucumbir a ellas nos ocupa más tiempo que sucumbir a ellas. El dimorfismo sexual debería limitarse, en el caso del ser humano, a la longitud de los pies.

Si mañana fuese nombrada reina de la tierra, me bastaría con una hora para sacarla del atolladero. De entrada decretaría presto la guerra, un estado de sitio perpetuo entre las dos partes del globo que separa la latitud cero. Mis traidores, aquellos de mis súbditos que fueran sorprendidos hablando de ofertas o acuerdos, no tendrían la cabeza rebanada; un suplicio más refinado les estaría reservado: el varapalo horario. Su vida estaría dividida en horas y estarían condenados a compilar estadísticas hasta su último espasmo, sentados sobre una silla en una jaula con unas cuantas puertas y ventanas. A continuación, crearía en la peor base de mi reino un enclave prohibido llamado República del Amor donde, en espera de otra solución, unos cuantos miles de mujeres y una decena de hombres convertidos en ciegos y sordos asumirían en exclusiva la tarea de reproducir la especie. Declararía traidor a todo soldado de cualquier sexo sorprendido a punto de encontrar bonito o triste a cualquier soldado de distinto sexo, traidor y, por lo tanto, merecedor del suplicio del varapalo horario. Lo innato en los humanos y los primates no es beber, comer y correr después del orgasmo, sino superarse. ¿Si no es así, por qué entonces los humanos y los primates han acabado por erguirse sobre sus patas traseras y se empeñan en caminar en esta posición con sus otras dos patas colgando, como en un teatro de perros? Olvido, es verdad, a los que se desplazan sobre ruedas fijadas a un transportín... pero estos son unos retrógrados y están en vías de extinción. Así pues, soy la soberana de la cabeza de elefante desde hace treinta y cuatro años. Han bastado nueve años para que las ciudades se desplomen y para que el humus empiece a acumularse sobre sus ruinas allanadas. Las ciudades solo debían la solidez de sus estructuras a la circulación automovilística. Por la boca de un enorme cañón los automóviles han sido lanzados, uno a uno, al Océano Pacífico. Colmado con este hecho, el océano Pacífico se ha convertido en cultivable. Los desiertos del Gobi y del Sahara, habiendo absorbido las aguas del océano Pacífico, también se han convertido en cultivables. Habitados a llevar armadura y al manejo del arcabuz y la partesana,

aquellos, entre los seres humanos, de sexo femenino han perdido poco a poco sus protuberancias y su exhuberancia. En las batallas donde mis guerreros se matan entre sí, sin distinción de colores, tan solo por la crueldad del asunto, cuando alguno de ellos cae, no se ocupan en saber de qué género es. Para pronunciarse con seguridad respecto al género de este guerrero, tan anónimo como todos los demás, habría que abrirle el vientre, lo cual exigiría el empleo de un soplete oxhídrico, ya que con el tiempo la sangre y la carne de los guerreros quedan injertadas al acero de la armadura. Por otra parte, el género de un guerrero, muerto o vivo, no interesa ya a nadie. En la República del Amor las cosas marchan a buen ritmo. Los ginecólogos, que se creen los amos, se muestran inflados de orgullo en los informes que a diario me escriben con pelos y señales. De hecho, en breve, desaparecerá la República del Amor: técnicamente inútiles, sus fronteras y sus repugnantes habitantes están a punto de ser asolados y barridos. Mañana, con solo masticar una flor de marrubio, flor de una aspereza excesiva, mis mirmillones y mis reciarios, convertidos en auténticas fénix, se podrán reproducir por sí mismos, se podrán, como por fisiparidad, consagrar a una nueva vida, a un nuevo cuerpo, a una nueva armadura. La inmortalidad es accesible y, algo que no es de desdeñar, o la tomas o la dejas. El enorme cañón que sirvió para lanzar automóviles al Océano Pacífico ha sido empujado hacia el Aral desde lo alto de una montaña del Elbourz (al que ha habido que adaptar geográficamente para este propósito), junto con todas las armas no portátiles y demasiado destructivas. Por otra parte, en la cabeza de elefante, ya no hay ni un solo soplete oxhídrico.

Dick Dong y yo caminamos hasta los muelles^[39], no nos cogemos de la mano. Nos sentamos espalda contra espalda en un cabestrante, justo por encima del agua oscura donde unos reflectores se reflejan. Con él, al igual que con Constance Chlore, no paro de hablar.

—Sé por qué es tan agradable romper, destruir. Te lo voy a explicar. Todo esto arranca de la nostalgia de tener, de poseer. Eso es, de poseer. Hace un rato, caminando, mirando lo que había a nuestro alrededor, un pensamiento muy agradable me vino a la cabeza: «Todo esto me pertenece.» Comparaba la calle con una muñeca que tuve. Me decía que la calle me pertenecía tal y como me había pertenecido mi muñeca. Me decía: «Todo lo que podía hacer con mi muñeca, lo puedo hacer con la calle: puedo mirarla, olería, cogerla entre mis brazos.» Después caí en la cuenta de mi error. Me dije: «¡No!, esta calle no me pertenece. Dado que no puedo destruirla tal y como destruí mi muñeca.» ¿Has entendido, Dick Dong? ¿Has entendido bien mi argumento?

Dick Dong encuentra mis declaraciones estafalarias, insensatas y anormales. ¡Anormales!... Reconozco ante este juicio que es corto de miras, que no tiene fe y que solo vale para dar de comer a los cerdos. Nos subimos a un pilar y nos sentamos

encima, con las piernas colgando entre el agua y el cielo. Escupimos en el agua oscura, apuntando a las manchas de petróleo amarillas y violetas, verdes y amarilloanaranjadas. Un trasatlántico pasa cerca, de un blancor que las tinieblas parecen empapar, diluir. De repente, brama. Su grito ronco es tan potente que me sacude tal como el viento sacude las hojas de un árbol, tan potente que me pone los pelos de punta y me entran ganas de gritar más fuerte. En respuesta, un remolcador invisible dispara una ráfaga de pitidos de silbato estridentes. Los chillidos del remolcador son tan estridentes que tengo que apretar los dientes para cercar con diques el sufrimiento que han desencadenado en mi interior. Dick Dong dice que los chillidos del remolcador no le han hecho pensar, como a mí, en los chillidos de un animal torturado. Se hace tarde. Tomamos el camino de vuelta. De entre todas las callejuelas que se nos brindan, cogemos las más sombrías, las más estrechas, las más desiertas y las más sinuosas. Corro, y el asfalto resuena como un tambor roto. Me imagino a Christian, que no deja de lanzar la jabalina. La callejuela está empinada. Reventada me tumbo en la cima. Tendida a lo largo sobre mi espalda, en medio de la callejuela, respiro, me siento a gusto. Extiendo los brazos y cruzo los tobillos solo por parecerme al Cristo en cruz. Miro al cielo, allá donde despunta un tejado, un cruasán de luna se baña en una borrosa nube. Me doy la vuelta. Boca abajo, soy Anteo: siento, a través del frío macadán, el calor del suelo penetrarme, excitar mi sangre, hacer crecer mis raíces y ramas. Dick Dong, a paso pesado, por fin se reúne conmigo. No le gusta ni correr, ni andar de través, ni pararse y volver a caminar. Prefiere ir recto como una bestia de carga.

—El poeta dijo, le digo: «Querido niño, bailas mal. La danza es un demorar arabesco, una paráfrasis de la visión.»

Me tiende el brazo para ayudarme a ponerme en pie. Le digo que no necesito a nadie para volver a ponerme en pie. Intenta besarme en la boca. Lo rechazo con violencia y le recuerdo nuestro pacto. Nuestro pacto estipula que solo yo puedo tomar las iniciativas en el terreno de las caricias y que solo la seguridad que tenga, cuando él se haya olvidado de que somos chico y chica, me autorizará a tomar esas iniciativas. Cuando haya olvidado que somos chico y chica, será hijo del Viento y del Fuego y, cuando lo bese, su alma temblará con la pureza del arroyo que tiembla bajo el soplo del viento y el resplandor del sol. Me dice que su corazón está inflado de amor en sumo grado y que va a explotar como un globo demasiado hinchado si no me digno a ser más afectuosa. Lo encuentro vulgar, sin fe. Lo lleno de insultos. Se vuelve violento, me pega al poste de una farola. Sus brazos tensos, que intentan aprisionarme, sujetarme, someterme, imponerme su pasión tal como uncan un buey a un carro, me dan asco. Lo llamo monstruo. Me dice que el monstruo soy yo. ¿Presumía de mi control sobre Dick Dong? ¿Deberé abandonar toda esperanza de sacar un ápice de alma de sus entrañas? Su último ultimátum es claro y conciso:

—Salimos juntos desde hace un mes. Una chica normal se deja besar en la segunda salida. Si tú no te dejas besar en nuestra próxima salida, te dejas.

—¿De dónde vienes? —me pregunta Zio, de pie al fondo del comedor apagado.
«¡Que te ahorquen!» —debería contestarle.

Pero, por desprecio a los numeritos, por desprecio al drama, por menosprecio al ridículo, paso veloz delante de sus narices, cabizbaja, sin responder nada.

Bérénice Einberg, ¿tienes corazón? Estoy forrada de piel pero no tengo corazón, Monseñor. ¿Y eso por qué, mi niña? No sé, Monseñor. Me vino tal que así, poco a poco, poquito a poco, con el día a día, tranquilamente, sin darme cuenta.

La autoridad que Zio tiene sobre mí no está sujeta a nada, hay que admitirlo. Sin embargo aguanta. La autoridad de los generales sobre los hombres no está sujeta a nada. Sin embargo aguanta mucho. Zio me da pena. Poco puede hacer contra mí, por mí, contra los bacilos que me corroen. Siento verdaderamente lástima por él. Se piensa que, a través de su sociedad de préstamos hipotecarios, sus conocimientos de masoreta, su larga barba artesonada y no sé qué más, contribuye a levantar el nivel de bienestar de los seres humanos. Se echaría a llorar si pudiese ver cuanto me burlo de sus palabras, cuan ridículo e ingenuo lo juzgo, lo poco que cuenta, lo solo que está, lo solo que deja a todo el mundo, cuan indiferente e igual deja a todo el mundo. Siento una especie de simpatía por él, una simpatía como la que toda mujer siente por un hombre que ejerce de hombre. Sentiría la misma simpatía por una hormiga que osara amenazarme con una espada. Jugar su juego me distrae, entretiene mi corazón.

Sentada sola ante mi espejo, decido, sin gran entusiasmo, lanzar un pequeño ataque contra Zio. Tengo el pelo lo bastante largo como para hacerme unas trenzas. Me hago, con dificultad, dos hermosas trenzas gruesas y, a modo de rodete morisco, me las ato en mitad de la frente con una gran cinta rosa. Acto seguido, sacando de su escondite el estuche de acuarelas de Constance Exsangüe, me pintarrajeo, con esmero, las uñas, las cejas, los párpados y la boca. Más tarde, tal cual peinada, tal cual maquillada y abundantemente perfumada, me persono a comer. El efecto que tengo sobre mis primos es indescriptible. Los «¡Ah!» y los «¡Oh!» que suscito entre mis primos y en mi tía son indescriptibles. No sin un atisbo de aprehensión, echo una mirada de reojo a Zio. Esperaba mi mirada: la agarra, la clava, como solo él es capaz de hacerlo. Se ríe para sus adentros. Lo sabe todo de mis salidas nocturnas. Aprovechará la ocasión para pasárselo en grande. Llamándome «Fräulein» (en su cabeza, Chamomor es alemana), empieza:

—El Sr. Klaust ha preguntado por usted. El estado de vuestra salud le preocupa. Está impaciente por veros aparecer de nuevo en sus clases... sus clases de trombón, creo. Vuestra profesora de ballet me informa de que nunca en su vida os ha visto. Tiene prisa por conoceros.

¡Oh!, ¡esa cara de Zio, tan seria, tan severa, tan enfadada, tan bonita! ¡Oh!, ¡esa pobre carita! Puedo aguantar sin dificultad la mirada de rapaz que se ha puesto para avergonzarme, para hacerme sentir asco. Lo noto tan ofuscado por mi frialdad que casi siento vergüenza.

—¡Baja la mirada, insolente! Solo los gatos mantienen la mirada cuando hacen algún daño.

Obedezco. Lo noto tan vulnerable detrás de su larga barba. Si no hubiese bajado la mirada, se habría puesto a llorar o se habría puesto a pegarme.

—Elige: o muestras pronto señales de bondad y madurez o te trato tal como tú te comportas desde hace tres meses, como a una perra en celo. ¡Pero!, ¡pero!, ¡pero!, ¿acaso no sabes distinguir por ti misma lo que es acorde a la dignidad de una señorita de lo que no lo es? ¿Acaso no tienes sentido del deber, de la obediencia y del agradecimiento?

No, Zio... No tengo nada de todo eso. Soy vil, vacua, vaga, vana, vaca, vencida, villana e incluso ladrona^[40]. Dado que no eres capaz de curarme de lo insulso, de lo inconsecuente y de todos los demás cánceres, debo contar conmigo misma para este cuidado. Me duele tanto el alma, Zio, y es tan importante que el alma duela cuando te duele mucho, que no puedo evitar ocuparme solo de mi alma. El deber, la obediencia y el agradecimiento, esas palabras tan ajenas como tú, están en mejores condiciones de ocuparse de su estado que de un alma cancerosa como la mía. ¡Preocúpate de los demás y déjame en paz! ¡Me duele tanto el alma, Zio, y eso tiene tan poca importancia para ti! Deberías comprender que los males que acarrearán tus palabras no tengan la menor importancia para mí, que no me importe tanto tu barba como a ti.

—¡Te has pintarrajeado! ¡Has estado en tu peluquería! ¡Miserable! ¡Corre a lavarte! ¡Anda a peinarte! ¿Cómo te atreves a asistir a la mesa de Yaveh en ese estado? ¿Tomarías a Yaveh por un viejo verde, por un mujeriego?

Me levanto, voy a lavarme y a peinarme. Con toda mi alma dije no, pero con mi boca he dicho sí. ¿Qué habría sucedido si no hubiera obedecido? Se habría puesto a llorar. Me habría pegado. Me habría devuelto a Canadá, lejos de Dick Dong. Cual Júpiter, me habría golpeado con uno de sus rayos. A menudo, más vale hacer lo que un imbécil os diga que hagáis. Han tomado medidas draconianas para que asista a mis clases de trombón y ballet. Me llevarán y me recogerán en taxi. Los padres del «joven Dong» han sido alumbrados acerca de sus «noches locas^[41]».

Soy libre. Mi voluntad está en mi mente. Nadie puede verla, oírla ni tocarla. Nadie salvo yo puede actuar sobre mi voluntad.

A mi modo de ver estaría bien encontrarse con Christian, encontrarme entre los álamos de la isla y las marismas de la isla. Recibo una de las escasas cartas de Christian. Está contento, me hace saber, de saber que comienzo a interesarme por los chicos. «Es sano.» Me hace saber que ha participado en los juegos húngaros de atletismo, pero que ha quedado muy desalentado al no haber podido hacer nada mejor que ser desclasificado en la primera de una serie de cuatro pruebas eliminatorias. «La multitud me dejaba pasmado, me hacía venirme abajo. Irremediamente soy tímido.» Habla mucho del amor reconociendo que la bondad del corazón de los padres debería bullir en el corazón de los hijos. Apenas trata el asunto de nuestra amistad, respecto a la cual, por mi parte, sigo desbordante. El ahoga nuestra amistad en la grandeza deletérea de la familia homogeneizada y pasteurizada con la que sueña. Le había pedido que me contase si él también se había apuntado al gremio, si había empezado a causar estragos entre la población femenina. No ha accedido a mi demanda. Le había pedido que me enviara una foto suya. No ha accedido a mi demanda. Dándole a entender que estoy ávida de caricias, le había pedido que comenzara sus cartas con «Amor mío» o «Mi tierna amante» en vez de «Mi buena Bérénice» y «Mi muy querida hermana». No ha hecho caso. «Yo no soy tu hermana, soy tu amor, tu tesoro, tu querida, tu lobita, tu conejito, tu cielito, tu ratoncita.» ¡No hay muchos más ratoncitos en su carta que hipopótamos en el río Saint-Laurent! «A las mujeres les gusta sentir que son pequeñitas y bestias. No solo soy tu hermana. También soy una mujer. Así que, llámame con nombres de animalitos. Acuérdate de que no soy tu muy querida hermana sino tu tierna amante. Acuérdate de que lo más lindo que hay en casa de un hombre, aparte de su corbata, es su cariño.» Pero parece que Christian está de vuelta de todas estas sutilezas. Yo no juego con las palabras, aunque presume de hacerlo. Necesito cariño. Realmente me gustaría que en su corazón y en sus cartas Christian me tratase del mismo modo que a su amante. Se me hiela el corazón.

Mis tardes están cada vez más cargadas. Ahora calculo, repartidas entre las cinco tardes de la semana escolar, más de veinte horas de clases de ballet, trombón, kárate, indología^[42], español, mecánica, electrónica y mitología. Sería necesario sin duda contar algunas tardes como dobles si tuviera que añadir a este total el número de horas que paso callejeando con Dick Dong leyendo novelas pornográficas, siguiendo mi apasionada correspondencia unilateral con mi innoble hermano, pensando en Constance Exsangüe.

En lo que se refiere a datos y conocimientos, como cualquier cosa, en cualquier momento y de cualquier manera. Mi voracidad provoca el embelesamiento de mis

profesores. Zio parece dudar respecto al agotamiento que mi voracidad me impone. Pero no pone trabas. Paga sin decir ni pío todas las clases que se me antoja tomar. Una vez, le oí decir muy bajito a Zia, mientras me retiraba a mi cuarto: «Yaveh ha dotado a esta niña de una gran energía. Le reserva sin duda un gran destino. Me pregunto qué es lo que le inquieta tanto, qué busca con tanto ahínco.» Paso veinticuatro horas de cada veinticuatro en la brecha. Cualquier cosa que vea es ahondada en profundidad. Cualquier idea que me venga es perseguida de extremo a extremo, hasta sus consecuencias. Todo lo que se me aparece en sueños es cuidadosamente descrito, registrado, comparado. Por muy desbordante de actividad que haya sido el día que acaba de pasar, nunca deja, justo al instante en que por fin el sueño empieza a vencerme, de resultarme dudoso, carente de valor, de hacerme temblar de miedo. Siempre preveo con angustia el regreso de la noche, el momento del gran reencuentro conmigo misma, el momento de añadir otro cero a la suma total del pasado, el momento de aproximarme justo a un paso de la frontera más allá de la cual ya no existe nada, ni siquiera el futuro. No hay que perder la esperanza, querida Bérénice, mi conejita, mi pichoncito, mi mónita, mi ratoncita. Quedan tantas cosas por considerar antes de que llegue la hora en que deba decidirme. El helicón y el acordeón aún me han de revelar todos sus secretos. Jamás he fumado. Jamás me he emborrachado. Jamás me he masturbado. Tal vez los textos sánscritos escondan un mensaje de naturaleza cósmica que los millares de especialistas en el tema que los han leído no han entendido. No sé pilotar un avión. Jamás he montado en motocicleta. Jamás he visto las Barren Lands. Jamás he cumplido diecinueve años. Ya veremos después. De golpe y porrazo, tengo la impresión de que no era tan tonta cuando tenía a Constance Exsangüe. ¡Arrea! ¡Arre-a! ¡A-rre-a!

A partir de esta simple realidad, a partir de la evidencia fulgurante de que Zio solo es y siempre fue una manifestación de mi aparato fisiológico (una sombra en mis ojos, un rumor en mis oídos, un olor en mi nariz y un escalofrío cuando me roza), he llegado a conclusiones asombrosas. ¡Soy libre! ¡libre de abrir y cerrar los ojos! ¡libre de plantar la mano aquí y allá! ¡libre de postrarme a los pies de esta y de esputar en la cara de aquel! Atormentada por el deslumbrante aspecto de la nada, en un torpe esfuerzo por enmascararla, me negaba a creer que Zio no existe, que no existe para nada, que no disfruta por sí mismo de ningún tipo de existencia, que solo existe en mí, que comienza a existir cuando fijo mi atención en él y que deja de existir cuando deja de ocupar mi pensamiento. ¡Y bastante ha durado! Hay que salir de la confusión de los sentidos, acercarse con firmeza a la luz. ¡Basta ya de modorra! ¡De estar en vela a toda costa! Nadie puede ejercer influencia sobre mí salvo que yo lo consienta por alguna artificiosa malvada intención. Pueden objetar que cualquiera puede causarme heridas corporales sin que yo lo consienta. Comparto en este sentido, no obstante con la reserva de hacer constar que las heridas corporales no son caso de alma a alma sino caso de cosa a cosa, que al venírseme el techo encima también pueda causarme heridas corporales sin que yo lo consienta, que la mordedura de una serpiente pueda envenenarme sin que yo lo consienta. Nadie salvo yo misma tiene poder sobre mí. El rayo, el arsénico, el alcohol, las balas y las flechas tienen poderes sobre mí, pero así son las cosas y las cosas son agradables. ¿Cuándo me cansaré de repetirlo? ¡Soy libre de ir si quiero a Chadernagor, a Mahé, a Joué-les-Tours y a los muelles! ¡Basta ya de fantasmas y sombras! ¡Del asentado «por favor»! ¡Incluso del coraje! Pero si corto toda ligazón, salto de lleno al éter y a mi parecer (y el parecer es importante) estoy más sola en pleno éter que sobre la superficie boscosa y montañosa... ¡Vale!... Sería difícil en pleno éter, extremadamente penoso, dolorosamente frívolo. ¡Vale! ¿Prefieres endulzar las ilusiones y abrazar los fantasmas? ¿Por qué no? ¿Y si, siguiendo la estela de la luz, arribase a cualquier parte donde nadie haya llegado nunca? La luz es un río que me llama y que guarda algo en su final. Alguien que persigue la verdad hasta el final, que conserva la fuerza, es alguien que escala un rayo de sol y termina por caer en el sol.

Zio y todos los demás están solo porque yo consiento que estén. Necesito tres días y tres noches para introducirme en el espíritu de esta aptitud lógica. Ya que mi alma de ser humano perdería, poco a poco, poquito a poco en el curso de los siglos, su supremacía sobre mi carne. ¡Dios! ¡Cuándo lo pienso! Sometido con su pleno consentimiento, por la servidumbre de la alienación (la fachada de tu casa debe estar en línea recta con la fachada de la casa de tu prójimo) y de otras estupideces parecidas, a la progresiva penuria de su habitáculo, el ser humano se ha degenerado

hasta tal punto que hoy tiene completamente olvidado eso que la más mínima rata aún recuerda cuando, presa en la trampa, sacrifica el miembro que le niega el poder llevar su paso tan lejos como su mirada alcance. Una golondrina se dejaría matar antes de renunciar a ninguno de los cuatro puntos cardinales. Luego, me he convertido a la tenaz lógica de las ratas y de las golondrinas. Luego, poco a poco, poquito a poco, la tonta autoridad que tiene Zio sobre mí se desgasta, enflaquece, palidece, desaparece.

Dick Dong y yo tenemos una cita. Debemos encontrarnos a las nueve y media en la esquina de la Cuarta Calle con la Quinta Avenida. No puedo acudir a esta cita porque estoy aprendiendo a tocar el trombón con el Sr. Klaust y a partir de las nueve y cuarto mi cancerbero taxi guardián fiel e incansable me espera ante la puerta. Es decir que solo puedo acudir a esta cita dando esquinazo al Sr. Klaust, al taxi y a Zio. En principio me parece del todo imposible. Pero pronto, a fuerza de reflexión lógica, parece muy sencillo. Me basta con querer acudir a esta cita, con abrir la puerta (¿quién no puede abrir una puerta cuando basta con empujar?) y con moverme adelantando un pie y luego otro (¿quién no puede andar?). Yo quiero, me levanto, allá voy. Ni siquiera necesito correr. Pues el Sr. Klaust, que está tullido, no puede correr para alcanzarme.

—¿Dónde va usted? ¿Dónde va usted? ¿Dónde va usted tan ligera?

Debería responder algo a los desesperados interrogantes del Sr. Klaust, pero estoy a punto de convertirme en un ser humano libre y un ser humano a punto de convertirse en un ser humano libre modera sus palabras.

Dick Dong se hace esperar, el sucio huevón. Siempre se hace esperar, el sucio desertor. Me duele la cabeza. Es en la cabeza donde me aprieta el zapato. Constance Exsangüe, ven a aplicarme tu hocico húmedo ahí donde me aprieta el zapato. Mis primeros zapatos de tacón alto me lastiman los tobillos. Constance Exsangüe, ven a poner tus pies helados ahí donde me hacen daño los zapatos. Mi sujetador nuevo me aprieta en las clavículas. ¡Constance Exsangüe, regresa! Siempre estabas ahí, cerca de mí, al alcance del alma; y, con frecuencia, ni siquiera te veía. ¿Cómo podías estar ahí, tan dulce, tan buena, tan vulnerable, sin que te mantuviera apretada en mis brazos, sin que te mantuviera abrazada hasta el desvanecimiento? Dick Dong llega, sin trombón ni platillo, y abraza el poste contra el que estaba confortablemente apoyada esperándole. Me entran ganas de fulminarle con la mirada. Pero no lo hago. Estoy demasiado sola, tengo demasiado miedo. Le sonrío tiernamente. No han pasado ni cinco segundos y ya me pongo a exponerle el famoso sistema de libertad que elaboro desde hace tres días y tres noches. Paciente y aburrido me deja que hable. Me deja decir, sin interrumpirme, todo lo que tengo en el corazón guardado. Se piensa que cuanto más me deje hablar más derechos adquiere sobre mí. He acabado de hablar. En un tictac, me desafía a poner a prueba todo aquello en lo que acabo de emplear

dos horas en contarle.

—Si eres libre, puedes quedarte conmigo toda la noche. Si puedes quedarte toda la noche conmigo, nada te impide quedarte toda la noche conmigo. Si te quedas toda la noche conmigo, creeré que realmente eres libre.

Ha hablado en inglés. Solo puede hablar en esta lengua. Cosa que por otra parte le reprocho.

—¡Vale! Paso la noche contigo. ¿Pero dónde vamos a pasar la noche juntos? Me gustaría mucho que pasáramos la noche juntos en la calle.

—Hecho.

Está decidido. Nos acomodamos, moralmente, para pasar la noche juntos en la calle. Dick Dong pasa la noche intentando convencerme de volver al columbario.

—Tu tío te masacrará cuando vuelvas. Si tardas un minuto más, te matará. Si no regresas en seguida, te hará papilla. ¡Lo conozco, sabes!

Me recojo las mangas, para que vea bien mis brazos y braceo, a lo loco, en todas las direcciones.

—¡Mira lo que hacen mis brazos! ¡Ves cómo me obedecen! ¡Ves cómo responden! ¿Quién podrá jamás parar este brazo? Si quisiera serrar mis brazos, me bastaría con una sierra. Si quisiera clavar tres clavos en mis brazos, me bastaría con un martillo y tres clavos. Solo a mí pertenecen mis brazos y solo a mí obedecen. Mis brazos son un trozo de mi alma. Mis brazos son un ejemplo de mi alma. Nada puede parar mi alma. Puedo pedir a mi alma todo lo que quiera: es dócil y fiel a mí. Ella me obedece. Yo me obedezco. Me quedo aquí. Si Zio, incluso bajo la amenaza de hacerme papilla, le pide a mis brazos que se levanten, ¿se levantarán mis brazos? Pero todo eso es demasiado profundo para ti. Zio no puede impedir que quiera quedarme aquí toda la noche ni que me quede aquí toda la noche. Ya que, en este preciso instante, ni me ve, ni me oye. Dado que no existe. A partir del segundo en que sale del campo de acción de mis ojos, de mis oídos y de mi nariz, él ya no existe, está muerto, ha perdido la vida, ya no puede hacer nada. Me masacrará, desde luego, pero solo si yo quiero, si le devuelvo la vida, si consiento en que él regrese al campo de acción de mis ojos, de mis oídos y de mi nariz. Ya que Zio, al igual que tú, si yo no tuviera ni ojos, ni oídos, ni nariz jamás existiría.

—Me dejas atónito. Pasmado. Me asombras. En realidad, me asombras.

El sol se levanta... se pone en pie. Estoy sentada en la acera con los pies en la calle, y es como si estuviera sentada en una roca con los pies en el río. Dick Dong ha desertado del puesto, se rajó. Emboco mi trombón y soplo dentro, sin ton ni son. Esta alborada me recuerda esa otra alborada, esa alborada que tuvimos Constance Exsangüe y yo. Los primeros rayos de sol despiertan los rumores de la ciudad. Es como si los rumores de la ciudad fuesen espejos que sirven para reflejar los rayos del sol. Soplo sin son en mi trombón, y sus sonidos se mezclan armoniosamente con los

sones de clarines, tambores y xilófonos que surgen, sin ton ni son, por todas partes.

Debe continuar el arpa, aguantar el tejado. No debe parar la ruleta. Sufro — drelín drelín^[43]. Mas, el cisne aclara* su harpado canto. Tengo las manos ensangrentadas, el cáñamo del obenque las ha desollado como el mondador a la zanahoria. Pendo de un obenque que se mece en el vacío desde el techo del universo. Debo aguantar todo el peso de mi cuerpo y todo el peso de mi alma con la mera fuerza de mis manos a fin de no caer en el vacío. Mi alma, en un alarido, va a despegarse de un momento a otro de mí: me vuelvo loca. Tengo que agarrar el juicio con ambas manos, que retorcerle el cuello para que no se desbande, para que se quede, para que no se volatilice, para que no huya de mí como si fuese el gas de un globo rajado. Tengo ganas de dramatizar.

Reina en mi corazón un gran cariño por el profesor de química. Dos palomas se amaban con sensible afecto...

—¿Qué es el fenol, Bérénice Einberg? ¡Habla! ¿Qué es el fenol?

Quiere que le responda que el fenol es un derivado oxigenado del benceno que se extrae de los aceites suministrados por el alquitrán y la hulla, pero no le responderé que el fenol es un derivado oxigenado del benceno que se extrae de los aceites suministrados por el alquitrán y la hulla. Estoy harta de responder lo que él quiere, lo que la química quiere, lo que la tierra quiere. No para de preguntarme qué son el fenol, el fosfato, el fosgeno, las fosfinas, el fosfito y el anhídrido fosfórico; y estoy harta. Cuando me duermo dulcemente en mi pupitre, me despierta para preguntarme qué son el fenol, el fosfato, el fosgeno, las fosfinas, el fosfito y el anhídrido fosfórico. Estoy harta de responder lo que hay que responder. Si Constance Exsangüe me oyera responder, se reiría, se reiría como trescientas cuarenta y dos marmotas bañadas en gas hilarante.

—¡Yo no evito los escollos, señor profesor de química! ¡Yo enfilo directo contra archipiélagos enteros y los veo explotar, volar en pedazos como una colonia migratoria de garzas adormecidas allá donde cae una bomba! ¡Al inundar la planicie continental con la impetuosidad del Misisipi, lo destrozo todo, arranco todos los árboles, hago saltar todos los diques, arrastro cual cáscaras de nuez todos los muelles! ¡Y en breve podría expandirme hacia algún inmenso y despejado golfo para allí mezclarme con una de esas corrientes que hacen volar el océano por encima de las fronteras de la tierra y por encima de las estrellas! ¡Por eso, señor profesor de química, hay que destruir Cartago!^[44]

—¿Y el fosgeno, Bérénice Einberg, qué es?

—¡Es un descompuesto, señor profesor de química! ¡Luego, no es un compuesto! ¡Ya que, mire usted por donde, he tallado en roca viva, desde el fondo de mi

Anapurna, una chimenea hasta la luz, hasta la cumbre de las cosas! ¡Ya que, mire usted por donde, sentada bajo mi más alto pico tal y como usted está sentado bajo este techo, respiro por fin el aire y la luz! ¿Sabe usted sin embargo lo que es un ñu, señor profesor de química? ¿No? ¡Se lo voy a decir! ¡Es un fox terrier, una especie de sucio barbo, un execrable yak! ¿Y un yak, señor profesor de química, sabe usted qué es? ¿No? ¡Se lo voy a decir! ¡Un yak, es un ser humano al igual que usted y yo, un asqueroso profesor como usted y yo, un execrable profesor de química como usted y como yo! ¡Y no me llame usted más Bérénice Einberg! ¡Solamente mi hermano, el hermano con el que me casaré delante de sus sucias narices, tiene ese derecho!

—Informaremos.

Ellos informan. Y soy expulsada para siempre del instituto Eisenstein.

Zio decide secuestrarme, encerrarme entre cuatro paredes durante unos días sin más pan ni más agua que el viento y el sol. La puerta de mi habitación está parapetada como contra una guarnición entera de tropas. Tan solo una salida: la ventana. Pero, saltando del noveno nicho de un columbario, puedes romperte los dedos de los pies e, incluso, matarte. Y yo no quiero matarme sin haberme vengado. Salto a pies juntillas sobre la cama, solo por fastidiar a los san-yo, solo por hacer ruido y que no duerman. Pero, a fuerza de saltar a pies juntillas como una loca sobre la cama, pierdo los papeles. Me oigo reír como una loca. Siento la embriaguez de la locura agarrando mi vientre, mi corazón, mi cabeza. De golpe y porrazo, en mitad de un espantoso estrépito, el somier de la cama se rompe, las cuatro patas de hierro se tronchan a la vez, de un golpe seco. Me enturbio. Armándome con dos de las patas de hierro, golpeo las paredes con toda mi fuerza, a todo meter. De repente, en un de esos dos, tres golpes frenéticos con las patas de hierro, la ventana se viene abajo, se hace añicos, montantes y cristales. Y el aire del invierno entra, helado, palpable como el agua, entra y me lleva como un río. ¡Qué más da! ¡Salto! Me lanzo a cuerpo descubierto por la brecha del invierno y, tras un maravilloso salto de treinta metros, en vez de matarme, me hundo en un terraplén de nieve. Me levanto sin que aún se lo crea mi cuerpo. Tengo los tobillos aplastados, pero puedo caminar. Camino, sin más carga que mi camisón, durante cuatro días y cuatro noches. Me toman por un personaje de un guión de rodaje, la gente me deja ir sin acosarme. Alcanzo la frontera canadiense. Allí, a falta de mejor país que el mío, a falta de mejor destino que la abadía, decido volver sobre mis pasos. Helada de pies a cabeza, de epidermis en epidermis, entro de nuevo en el columbario.

Ya no es solo una cuestión agroalimentaria entre Dick Dong y yo. En absoluto. Por hache y por be, ya solo me habla de amor. Quiere hacer de mí su neceser de voyeur y metomentodo. Quiere que me convierta en su Marujita-desnúdate-ahí, en su pequeña Cierra-el-pico-que-explore-tu-anatomía, en su novelita pornográfica

viviente. Se equivoca de cabo a rabo. Necesito cariño, pero no hasta ese punto. ¡Las manos en las rodillas, después en los muslos! ¡Las manos en los hombros, después en los pechos! Caca de la vaca. ¿Quieres unos pechos? Voy a comprarte un bonito par. ¿Te divierte, mi sexo débil, mi pequeñín? Salgamos de compras, a comprarte uno bien hermoso.

—¡Para de tocarme! ¡Para de sobarme o exploto y te reviento los ojos! Si tuviera ganas de ser sobada me quedaría en el columbario y me lo haría yo misma. Tengo los brazos más largos que tú^[45].

—No sabes ni lo que quieres, Bérénice Einberg. Estás completamente chiflada.

—Sí, estoy chiflada. Y está claro, desde el primer momento en que salimos juntos, que es inútil contar contigo para recuperarme. Su majestad Dick Dong, je vous tire ma révérence. ¡Adiós amigo! ¡Off vie dher Zen!^[46]

—¿Off vie dher Zen otra vez? —sonríe él, confiado del efecto que me causaron sus sucias manos.

—¡Off vie dher Zen pour la dher des dher!*

Estoy tan furiosa que por poco mato a Muerde-y-calla, mi estimado asno. Estamos a la mesa. Estamos en los postres. Y desde la sopa, Muerde-y-calla no ha sido capaz de despegar la mirada de mi turbadora presencia. Me mira, con ojos acuosos: quiere mi amistad. Si fuese tan poco pretenciosa y tan de pastaflora como él, yo también querría mi amistad. ¡Qué asco me da, este tragaldabas! Le pego puntapiés por debajo de la mesa, los puntapiés se vuelven tan potentes a la larga que me da miedo partirle las tibias. Le he hecho burla, le he sacado la lengua. Le he hecho de todo. Nada parece poder distraerle de su atroz contemplación. Como diría mi ex-profesor de química, la irritante sensación que me provoca se acrecienta en progresión geométrica estos días. Tengo la impresión de que se me pega a la piel y al alma con todo su pustuloso trasudor. ¡Esto tiene que parar! ¡Estoy harta! Me levanto tan repentina y violentamente que mi silla se vuelca hacia atrás. A punto de llorar, con los pelos como escarpías, grito, pego alaridos.

—¡Basta Muerde-y-calla, me oyes! ¡Basta! ¡Basta! ¡Basta! ¡Jolines, hazte cargo! ¡Reacciona, caramba! ¡Joroba! ¡Contrólate! ¡Disimula un poco! ¡Ve de tapadillo! ¡Golpéame! ¿No te apetece salir de tu mediocridad, pedazo de pústula? ¿No tienes bastante, so memo? ¡Golpéame! ¡Haz algo! ¡Para ya de mirarme de esa manera! ¿No te he hecho ya lo suficiente? ¿No te he rechazado suficientes veces? ¿No te basta con sentirte menospreciado por mí, una chica? ¿No te apetece respirar aire puro, microbio anaeróbico asqueroso? ¿No te gustaría ser digno y fuerte?

Zio no está en casa. La pobre Zia hace lo que puede: poner el grito en el cielo. Los demás primos desaparecen poco a poco bajo la mesa, se van deslizando lentamente a lo largo del respaldo de su silla. Cabizbajo, mirándose las manos, dulcemente, Muerde-y-calla llora. Agarro el cuenco de macedonia, doy la vuelta a la

mesa y se lo vierto encima de la cabeza.

—¡Este niño siempre ha sido amable contigo! —suplica Zia—. ¿Qué te ocurre ahora? ¡Loca!

—¡Defiéndete, mísero cobarde!

Y abofeteo a Muerde-y-calla. Y, como empujada por mi propia violencia, lo abofeteo una y otra vez. No le importa. Lo agarro de los pelos y tiro con todas mis fuerzas para que se levante y se ponga en pie. Se deja zarandear. La silla se vuelca y Muerde-y-calla, al retumbarle el cráneo, parece perder el conocimiento. Me repito que quiero matarlo y que lo voy a matar. Estoy fuera de mí. Me quito los zapatos y a taconazos reanimo a Muerde-y-calla.

—¡Da la cara! ¡Enfréntate de una vez! ¡Rebélate un poco! ¡Reacciona!

Lo golpeo una y otra vez. Tan pronto como crece en mí un ápice de piedad, golpeo más fuerte para acallarla. Mi corazón late tan fuerte que lo oigo. Tengo la cabeza tan caldeada que me parece ver las paredes fundirse. Finalmente reacciona y Muerde-y-calla huye hacia la escalera. El terror le ha dado alas. Corre tan deprisa que no logro alcanzarlo hasta la segunda jaula. Lo atrapo, lo sujeto un momento. Pero tiembla tanto que de repente parece que no hay nada que hacer, que ya nada importa, así que lo libero dándole un empujón.

—¡Venga! ¡Vamos! ¡Huye! ¡Huye!

Le he empujado con tal fuerza que da una voltereta y, brincando como una pelota de escalón en escalón, llega rodando a la acera. La policía anda alerta. Los bomberos están sobre aviso. Los electricistas puestos al corriente. Una ambulancia llega, zumbando como un enjambre de abejas. Me importa un comino todo.

Me han encerrado en el armario del cuarto de baño. Me duelen los riñones, los lomos, las espaldas. Desde hace dos semanas estoy prisionera en el armario del cuarto de baño. Sentada en el fondo del armario, no veo nada. Cuando Zio abre la taquilla para darme otra ración de potaje negro^[47], veo la mano de Zio, las uñas de la mano de Zio, los pelillos negros de la mano de Zio. Solo oigo algunos ruidos de jabón, cepillo de dientes, gárgaras, de micción, defecación y cisterna. Está oscuro oscuro oscuro. Solo me liberarán cuando demuestre un arrepentimiento sincero con respecto a mi conducta. No hay nada de lo que me arrepienta menos que de lo que se me reprocha. No me disculparé por haber intentado expulsar mi mal. No diré ni pío. Me entretengo como puedo, movida por una vaga esperanza de fuga, contenta de no haber suplicado, jurándome que jamás suplicaré. Me he propuesto arrancar las trece losetas del rectángulo del embaldosado de mi pequeño reino. Es una tarea tan difícil y absorbente, lo digo sin exagerar, como meter un barco en una botella. Solo dispongo de un imperdible, y las losetas están tan juntas, tan perfectamente pegadas, que me cuesta trabajo, al tacto, distinguir las juntas del resto. Todavía no he conseguido sacar mi primera loseta. Pero siempre la primera loseta es la más difícil. Cuando lo haya conseguido, las doce restantes vendrán solas. Acto seguido arremeteré contra los pisos, las vigas, la chimenea. ¿Quién no ha soñado con demoler un columbario de diez jaulas con solo un imperdible? Siempre hay, sea donde sea, algo grande que emprender, algo imposible de realizar. Apoyada en el deseo de no tener que pedir perdón, estoy dispuesta con mi imperdible a demoler toda la tierra. Además si lo pienso, cuando el columbario esté completamente demolido, ya no estaré prisionera dentro de mi armario. De todas formas, en un año, ya no estaré, sin duda, prisionera en mi armario, en mi bonito armario fortificado con pedruscos. También hay que decir que estoy completamente desnuda, que, por miedo a que me suicide con alguna u otra de mis prendas, ellos no me han dejado nada encima. Completamente desnuda, no puedo hacerme un estriptís, y mis distracciones (no solo hay que trabajar, también hay que distraerse) sufren mortalmente por ello. Cuando Zio introduce su mano en la taquilla para darme mi ración de potaje negro, lo denigro con buenas maneras:

—¡Me burlo de tí, Zio! ¡Me burlo de todo lo que haces por conseguirme! ¡Incluso, me repanchigo como un gato! ¡Nunca acabarás conmigo! ¡Tendrías que matarme para someterme, y tú no tienes ni el valor ni la audacia de hacerlo!

Pienso mucho en Constance Exsangüe. Cuando sufro mis peores crisis de desesperación, tomo su espectro entre mis brazos y lo abrazo muy fuerte, y siento sus huesos ceder. ¡Se acabó la época en que me golpeaba la cabeza contra la pared! Para calmarme, aplacarme, tranquilizarme, tengo un espectro. Ningún ser vivo tiene tanto calor humano como este fantasma, ni me inclina más al reposo y al sueño que este

fantasma. Incluso, cuando le hablo, trae cuenta.

—Yo no te traicioné, espectro lindo. Yo no te traicionaré, espectro lindo. ¿Porque eres tú, verdad, el objeto de la traición que ellos quieren arrancarme? ¿Porque quieren que les suplique y me arrastre a sus pies para que te pierda, verdad? ¿Porque eres tú, tu inocencia, tu dulzura y tu belleza lo que estoy defendiendo en este armario, verdad?

Pienso también en Christian. Pienso habitualmente en él, porque estoy entrenada para hacerlo. Le faltan agallas. Pienso en Constance Exsangüe. Me acuerdo de todo, con claridad, gesto a gesto, palabra por palabra. ¡Y qué venganza! ¡Qué hermosa venganza! Por ti Constance Exsangüe, por nuestros cinco o seis recuerdos estoy vengada de antemano, soy vencedora de antemano, estoy resplandeciente de antemano. ¡Gracias! ¡Gracias! ¡Muchas gracias! Me acuerdo de cada mango que robamos, de cada carambola^[48] que robamos, de cada trozo de vela que encendimos. ¡Ojalá pudiera acordarme de más cosas! ¡Ojalá pudiera acordarme más intensamente! Dibujábamos pequeños hombrecitos y pequeñas mujercitas en el asfalto con trozos de grafito. ¡La nieve! ¿Cuántas primeras nieves hemos recibido juntas? ¿Dos? ¿Cuatro? ¡Qué hermoso huevo depositaste en mí antes de marchar! Pienso en ti y es lindo, lindo, lindo. Una noche que hacía frío, riéndote y tiritando, te apretaste contra mí, te enganchaste a mi espalda con toda la fuerza de tus brazos. Decías que estabas a gusto. «Qué a gusto estoy. Qué a gusto estamos juntas cuando hace tanto frío como afuera. Qué a gusto estamos en nuestra cama. Estoy tan a gusto. Es como si durmiera con los ojos abiertos.» Tú me contaste que cuando eras pequeña tenías un perro san bernardo grande y que dormías con él. Tú me contaste que no quería meterse contigo bajo las mantas, que prefería dormir encima de las mantas, que no se enfadaba nunca. Dije algo que no me parecía gracioso. Pero tú lo encontraste divertido y te pusiste a reír. Estabas tan apretada contra mí que te sentía reír incluso a través de mí. Te dormiste. En tu sueño te alejaste poco a poco de mí, hacia tu lado de la cama. Poco antes de que yo me durmiera, echaste una pierna encima de las mías. Cuando me desperté en medio de la noche, tu pierna seguía encima de las mías y aún fría.

A menudo las cosas se presentan, en cierta manera, de una forma inquietante. Si las dejas pasar por temor a envenenarte, se acabó, perdiste la baza. Las cosas no se vuelven a presentar. Hay que cogerlas sin falta, tal y como se presentan. Hay que poner la mano en el fuego, agarrar el toro por los cuernos. No tienes que quedarte ahí, viéndolas pasar para permanecer estúpidamente intacto, para quedarte tranquilo diciéndote que si hubieses cogido las cosas que acaban de pasar te habrían provocado quemaduras mortales. Cuando algo pasa, alguien pasa, es para mí. El avión que pasa por encima de la ciudad llama a mi puerta. No me suicido porque tengo ganas de marcharme. Cuando tienes ganas de algo estás a salvo. No me voy porque una vez fuera ya no tendré ganas de nada y debería exterminarme. Me asusta tanta lógica.

El hocico húmedo y los pies fríos de Constance Exsangüe gritan cada vez más fuerte, llaman de una forma cada vez más violenta. Paseándome por la calle, veo venir una muchachita rubia. Me intereso por ella, de forma perversa, tal como me intereso por todas las muchachitas rubias. La veo acercarse, como si yo fuera un tigre. Tiene los delgados brazos y las flacas piernas de Constance Exsangüe. Al llegar a mi altura, me mira con los enormes ojos negros de Constance Exsangüe, casi con los mismos pensamientos que Constance Exsangüe tenía en la cabeza. Mis músculos se anquilosan. Mi respiración se hace pesada. Me doy la vuelta, la veo desaparecer por una calle transversal. ¡La he dejado pasar! En mi interior se desencadenan unos engranajes ocultos y extremos. Sin salida alguna, las energías que se generan se acumulan, me inflan, me retuercen. Son ganas de morir, de liberarme. ¿Adonde me arrastrarían estos arrebatos si les diera rienda suelta? Distingo algunas formas de homicidio. Nunca habría debido dejar pasar a esa muchachita. Debería haberla cogido. Debería haberle dicho que se diera media vuelta y me acompañara.

«¡Ven a ser mi amiga! —tendría que haberle dicho—. Ven a vivir conmigo. Nos esconderemos en algún lugar. No permitiré a ningún adulto que alargue su sombra sobre tu pueril alegría. Protegeré por ti tu alegría infantil. Nada ni nadie, mientras yo viva, podrá ensombrecerla. Me armaré hasta los dientes para salvar tu alegría de niña. Lucharé hasta la última gota de mi sangre para que ninguna adúltera^[49] te roce.»

Pues bien, ¿por qué he dejado pasar a esta muchachita que tanto hablaba a mi alma y a la que mi alma tanto tenía que decir? ¡Qué tonta soy! ¿Cuándo seré libre de hacer lo que me venga en gana? Como alma en pena, decido hacer pellas en la escuela. En recuerdo a Chamomor, entro en un cine polaco. La salita casi vacía huele a moho y frío. Para estar a solas con la pantalla, tomo asiento en primera fila. Relajémonos, dejémonos inspirar. Bellos y sin paraguas, una mujer y un hombre pasean por una playa bajo una lluvia diluviana. Caminan despacito, casi tambaleándose, abrazados, como si caminaran por una embriagadora riqueza, como si

caminaran por entre las joyas de un inmenso cofre de piratas. Empujan las guijas a puntapiés, con ojos lánguidos, como si fuesen rubíes y esmeraldas. Se oye rasgar tristemente una guitarra. Se trasladan a una calle. Vemos unos tejados de chapa relucir de blanco entre la sombra gris de la lluvia. Vemos enroscarse una acequia alrededor de un pozo de acceso. Estas imágenes me han conmovido. ¿Qué se hace cuando estás conmovido? ¿Escribes poemas, pintas, esculpes? ¿Con qué fin esta hermosa mujer y este guapo caballero se pasean bajo la lluvia sin paraguas, empujando las guijas a puntapiés como si se tratara de rubíes y esmeraldas? Estoy muy intrigada. ¿Qué va a pasar ahora? Están en una habitación. Tendría que habérmelo esperado. Se ve una cama, el amor en todo su esplendor. ¡Están desnudos, los cariñines! Se ve una boca escalar un seno llenando toda la pantalla. La linda lluvia y las preciosas guijas encontraron su resultado. Todo cobra su lógica. Heme aquí instruida y asqueada. Salgo del cine dando portazos. Lo que con anhelo llamamos bello, con los párpados vueltos del revés, con «¡ohs!» y «¡ahs!», me ha descubierto su verdadero rostro. Lo bello es un contoneo afrodisíaco peor que la danza del vientre. ¿De qué se compone el arte y la poesía? ¡De fenol! ¿Qué es el fenol, Bérénice Einberg? ¿Quién transformará todos esos museos en cuarteles, todos estos trombones en trabucos, todos estos bucólicos en hoplitas? Señor, ¿a qué hora llega el tren del Mesías, el tren del hijo del Dios de los Ejércitos? Y hasta la noche, yerro por la tierra sin ton ni son, cantando de forma incansable: «Lo bello es un contoneo afrodisíaco peor que la danza del vientre» al son de Había una vez un barquito chiquitito. Emborrachémonos de asco. «Mi amiga, cultivemos nuestros rencores» (Nelligan).

En mi nueva escuela, una vez a la semana, los miércoles, soy monitora de gimnasia. Estoy encargada de las niñas de quinto. Nunca faltó al colegio los miércoles. Con estas niñas, estoy en pleno éxtasis. Disfrutan. Se podría decir que, para ellas, disfrutar, desear de pleno corazón, es irreprimible. Hasta yo, que no tengo nada de amable, les gusto, les he gustado al instante. Vienen a concentrarse a mi alrededor tan pronto como aparezco, apretujándome con sus sonrisas, sus limpias miradas, sus ojos abiertos de par en par, sus almas hambrientas. Me hacen la pelota. Por ver quién sabrá complacerme más. Me siento tímida, humillada, torpe, emocionada, satisfecha. Hay una que me hace aullar a la luna, y es en ella en quien pienso mientras corro para no retrasarme. Basta solo con su nombre para que mi corazón se acelere: Constance Kloür. Entro empapada en sudor en la cancha de baloncesto. Tengo la sensación de entrar en un santuario. Mis pelotillas están todas ahí. ¡Me sube la moral! Siento que mi alma nada en la abundancia. Ya me han visto. Se lanzan a mi encuentro con Constance Kloür a la cabeza. Me zambullo en ojos tan profundos como pozos. Tomo, tantas como deseo, manitas húmedas y vi vitas como peces. Me enredo entre cabellos más suaves y ligeros que la hierba. Cargo mis brazos de racimos de brazos. Amo tanto como amo amar y soy tan amada como amo ser

amada. Qué feliz soy. Qué bello es el mundo sin arte, sin literatura, sin política, sin negocios, sin coches y sin las escabrosas relaciones a que me lleva todo esto. Alargo el recreo. Ellas tienen tanto que decir, y todo lo que dicen es tan dulce, tan inofensivo, tan fácil de entender. Yo no hablo. Las escucho con todo mi alma. Solo me valgo de mi boca para oírlas mejor, como si fuese una tercera oreja. Tras la gimnasia propiamente dicha, llevo a un lado a Constance Kloür y le digo que ha sido tan buena conmigo que soy incapaz de darle solo permiso para el resto del día.

—Así que te llevo conmigo.

—¡Guau! ¡Guau! ¿De veras? ¡Qué contenta estoy! Eres la monitora de gimnasia más buena.

—Pero ven que te peine y te lave un poco la cara. ¿No querrás pasear por la Quinta Avenida con los pelos por la cara y con la cara completamente empapada en sudor, verdad?

Le refresco la cara, le aliso con cuidado el pelo. ¡Que piensen lo que quieran! Esta tarde, Constance Kloür es mía, solo mía, completamente mía, como mi propia hija.

Atravesamos Central Park, no por los senderos, sino por la hierba, yendo de un árbol a otro. Propongo que juguemos a ver quién encuentra la piedra más grande. Nos apasiona este juego. Una piedra de gran tamaño divisada a lo lejos se convierte en el objeto de una carrera sin piedad y de un sinfín de disputas.

—Yo la vi primero. Es mía, devuélvemela.

—Lo importante no es verla, sino cogerla.

Nos sentamos a la barra de una tienda. Ella quiere un helado de chocolate y yo un helado de vainilla. Mete su enorme piedra dentro de su cartera por temor a que se la robe, coge su helado de chocolate a dos manos y, a dos carrillos, como si valiera un millón, saborea. En los expositores giratorios de esta tienda hay una daga a la que, desde hace mucho tiempo, le tengo ganas. Valiéndome de Constance Kloür para cubrirme, la robo. Constance Kloür se encuentra completamente escandalizada, totalmente triste, completamente enfurruñada. Odio tanto mi linda daga que me la comería. Entramos en todas las boutiques y en todos los almacenes de la Quinta Avenida. Quiere comprarlo todo. Me gustaría ser millonaria. Fascinada por la sombra que reina en el túnel Lincoln, quiere que lo atravesemos. Aun sabiendo por experiencia que el túnel Lincoln está prohibido a los peatones, decido acceder a su deseo. Sin llegar a dar veinte pasos por el oscuro túnel sin aceras de Lincoln, nos aborda un coche de policía. Avanzada la noche, devolveré a Constance Kloür a su vida, a la que pertenece, a la que tuve que pedir prestado. Su madre entre llantos y su padre a gritos me prometen dar parte a las autoridades escolares. Me vuelvo grosera, los insulto, los tacho de falsos hacedores del mundo, los amenazo con la daga robada. Veo, gracias a mi ira y a mi odio, romperse el corazón de Constance Kloür. Me sé de memoria todas las caras de la noche. Sé que esta noche no podré ni dormir, ni leer, ni

aguantar las punzadas de mis pensamientos. Enciendo una cerilla. Hay tanto silencio que, soplando en la llama, la oigo restallar como una bandera mojada, zumbar como una motocicleta. Tengo mucha sed. Pero no me levanto por miedo a perturbar el entumecimiento que, a fuerza de no moverme, me he ganado. Mi sed aumenta de forma brutal, se vuelve inaguantable. Me levanto, muy decidida, a vengarme, a beber otra cosa que no sea agua. La garrafa llena de manzanilla, que Zio guarda disimulada tras los tomos de una enciclopedia en previsión para las fiestas de la Independencia, está hecha de un espeso cristal con surcos de ópalo vermiculares. Regreso a mi cama estrechando entre los brazos esta garrafa, regalo de un Braganza, hace cuatro siglos, a una gitana antepasada de la primera esposa de Zio. Desde la muerte de Constance Exsangüe dejó la ventana abierta para dejar que su fantasma se pasee de arriba a abajo a sus anchas. De repente entra un murciélago. Con los pelos como escarpías, lo miro, mientras oigo batir sus alas, dar tres veces la vuelta al techo, volar en rasante por encima de mis mantas y volver a salir. Cuando nosotras nos despertábamos, Constance Exsangüe y yo, yo siempre tenía la boca llena de su cabello. Cuando tenía una china en mi zapato, me gustaba apoyarme en ella para levantar el pie. Por la noche, ella tenía miedo de ir sola al cuarto de baño; debía acompañarla, sentarme en el borde de la bañera y esperar a que ella hubiera acabado. Uno a uno desvelo nuestros recuerdos. Ahora, con los brazos cargados de manzanilla, no hay peligro en animarme a tener ganas de emborracharme. Me levanto. ¡En pie, bebamos! Contemplo la garrafa casi llena. Beber, hacer lo mismo que Chamomor. Soy yo quien bebe, pero son los labios de Chamomor los que se prenden al morro. He sacado todas las velas que nos quedaban, las he dispuesto como soldaditos de plomo por el suelo y las he encendido. De pie, en medio de las velas, con las piernas separadas como para un duelo, *trago* el oscuro líquido. Bebo tan deprisa como el vino puede bajar a mi estómago. Solo paro cuando tengo que pararme para recuperar el aliento. Me sube la borrachera. Empiezo a hipar, me pongo a reír sin darme cuenta, a tambalearme. Recito embelesándome fragmentos del Romance del Vino «¡Oh, tan alegre que temo romperme en sollozos!» Para animar la borrachera, me tambaleo más de lo normal. Pronto pierdo el control. Camino por las velas sin darme cuenta, vomito como si fuera un desagüe. Temo vomitar el corazón con cada espasmo. Temo morir. Lloro. Lanzo la garrafa vacía contra el radiador. Estalla en pedazos. Me río. Ya no tengo miedo a morir; deseo morir. Busco la daga, mi daga querida. Me desanimo y accedo a poner orden con vigor y alegría. Veo una llamarada trepar por las cortinas. Encuentro la daga y lentamente, metódicamente, en todos los sentidos, surco mi piel.

—¡Supuro! ¿Me oís, vosotros? ¡Supuro! ¡Estoy hasta el culo de mierda!

Y de repente Zio y todos los san-yo están ahí, me miran boquiabierta. ¿Hace mucho que están ahí? Los bomberos llegan, controlan el incendio.

Por tanto, estoy cansada de estar sola. ¿Pero a quién iría a ver que aún no conozca, cuyo inundo tedio aún no conozca? Me viene la descabellada idea de ir a ver a mi pornógrafo favorito; y, con firmeza, accedo a esta idea. Voy, ahora mismo, a verlo. Si es en Oklahoma City, marcho para Oklahoma City. Si es en Yakoutie, voy para Yakoutie. ¿Quién sabe? Tal vez sea una especie de taumaturgo. Quizá críe animales de una especie desconocida. Quizá me regale un hipopótamo ardilla para agradecerme mi encantadora visita. Encuentro el número de teléfono de su editor en el listín y llamo. Mi nombre es Bérénice Einberg. Soy reportera en el Saturday News. Me pregunto dónde podría localizar a Blasey Blasey. ¡Un momento! —me dicen.

—Blasey Blasey al aparato. La escucho.

—Escuche, señor Blasey; no soy reportera. Estoy sola en este mundo y quiero verlo. Necesito verlo. Necesito ver a alguien que no conozca, como usted. ¡No cuelgue! No es una broma. Estoy desesperada. He leído casi todas sus obras y me gustaría que hablemos juntos de ello.

—De acuerdo. Venga a mi casa, esta noche, sobre las seis. La invito a cenar.

Me hace anotar su dirección, me despide y cuelga. Me siento completamente excitada. ¡Un pornógrafo! ¡Si Zio se enterara de esto! ¡Si Chamomor lo supiera! De todas formas estoy contenta con esta cita. Al menos, por hoy, lo que tenía que hacer con mi vida está hecho. ¿Qué hacer? ¿Adonde ir? Ahí está, al menos, por hoy, estas cuestiones están resueltas.

El columbario en cuyo sótano está situado el nicho de Blasey Blasey es tan paralelo y tan perpendicular como el del nicho de Zio. ¡No merece la pena ser pornógrafo! —me digo, decepcionada. Sin embargo, al contemplar este columbario más de cerca, lo noto con más arte, con más delicadeza. Por ejemplo, el vestíbulo está lleno de jardineras artificiales repletas de juncos artificiales. También, en las paredes de los pasillos, hay colgadas obras maestras de la pintura abstracta. Como llueve a jornada completa, antes de llamar a la puerta del nicho 3456, me sacudo cuidadosamente los pies. Me recibe un Blasey Blasey en batín y perfumado.

—Al oír su voz, la había tomado por más mayor, más madura. Pero el valor no atiende al número de años. Es de Rabelais, creo. De todas formas, no se asuste. No soy un ogro. Soy célibe y de lo más casero que existe. ¡Entre! ¡Entre! Póngase cómoda. No tenga miedo. No me como a las jovencitas. Tengo mujer y cuatro niños, y adoro a mi mujer. Quítese esos zapatos. Démelos que los ponga a secar bajo el radiador. Debido al género un poco especial de mi obra todos me toman por un obseso. Pero, una vez más, no tema nada. Así como otros van a la fábrica, yo escribo. Tengo que mantener a mi querida familia.

No para de hablar. Ni siquiera se interrumpe para darme tiempo a decir sí. Tomo

mi decisión. En la mesita iluminada por un candelabro artificial, hay una botella de champán en una cuba metálica, un faisán con todas sus plumas, pan, frutas en cantidad y pasteles en cantidad. ¡Ea, a beber y a comer! Sin esperar su invitación me siento a la mesa y me pongo a comer. Al ver que me he sentado a la mesa y me pongo a comer, sin parar de hablar también se sienta a la mesa y también se pone a comer. Estoy a gusto. Estoy en... otra parte, estoy maravillosamente despistada. ¡Ceno en casa de un pornógrafo! Mañana, tendría que ir a cenar a casa de un taxidermista.

—Buenas noches, señor pornógrafo. Y gracias. El faisán estaba soberbio.

—Buenas noches, señorita Einberg. Estoy convencido de que ahora no se creará una palabra de todos esos cotilleos que empañan mi reputación. Usted misma lo ha visto: soy un papá sobre-abnegado y un célibe sobre-empedernido, y de lo más sincero. No tema volver. He estado encantado. Me resulta usted muy simpática. Etc., etc.

Con el tiempo, en mi cabeza, el jardinero se ha vuelto tan hermoso como su suicidio. El no decía: «¡No, mecachis en diez^[50]!» ¡No! Él decía: «¡No, mecachi'en dos!*» Él no llamaba a su perro «Fido*».

¡No! Él lo llamaba «Zéro*». No le gustaba hablar de las guerras que había hecho en África y Bélgica. «Usted que tanto ha viajado. ¡Hábleme de sus viajes! —¡No, mecachi'en dos! No me gusta eso. Me deprime.» Llevaba su sempiterno sombrero marrón al estilo haliéutico^[51], con las alas dobladas. Liaba sus propios cigarrillos. Bebía como un saco roto. Siempre había un centenar de botellas de cerveza vacías alineadas contra el zócalo del cobertizo. Me hablaba a menudo de su hijo Renaud, muerto a la edad que yo tenía entonces, arrollado por un camión. Me hablaba de la prodigiosa agilidad de Renaud. «Renaud podía alcanzar a una comadreja a la carrera y saltar tan alto como la noria de la cantera.» Este jardinero nunca tocó una pala. Además, Chamomor nunca sintió más que aversión por las plantas de cultivo. Me pregunto qué pintaba él en la isla. ¿Acaso hay jardineros que se encargan de ver como crecen las malvas?

Jerry de Vignac es más guapo que un repollo. Todas estamos de acuerdo. Pero cecea. Cecea y este defecto de pronunciación es lo que ha provocado el cisma que divide a los alumnos de las clases de ballet «Krostyn» desde su llegada. Me gusta su ceceo. Me parece que, sin su ceceo, no sería tan tímido, tan delicado, tan dulce. Para defenderle, yo y las demás que están de su parte, sostenemos que él cecea como Alcibiades. Las demás, las que están en contra de él, sostienen que cecea como un perverso. Él es primo de nuestra maestra de clásico. Estuve a pique de no conocerle nunca. Se sometió a votación, para saber si El Lago de los Cisnes sería montado con o sin participación masculina. Y he ganado. Los Krostyn tienen previsto presentar nuestro Lago de los Cisnes en un gran teatro y hacernos una fiesta para que se llene la

escuela que acaban de construir. A veces ensayamos hasta altas horas de la madrugada. Durante los descansos, Jerry de Vignac me enseña danzas sur americanas. Y sus manos, allá por donde me cogen, me deslumbran. Bajo sus manos, me siento despertar, como un azafrán con la primera luz del sol. Me acostaré con él, aunque eso solo me causará más repulsión. Me acostaré con él. Le pagaré si hace falta.

Las lenguas humanas son malas lenguas. Tienen demasiado vocabulario. Sus diccionarios, los más abreviados, cuentan con mil páginas de más. Esta profusión da lugar a la confusión. Los sentimientos se reconocen al tacto. Todo lo que se identifica en mi ojo, mi estómago y mi corazón gracias a un mismo y único fenómeno debería llevar un mismo y único nombre. Esos estados de opresión visceral que lo mismo pueden llamarse pesar como pena, dolor, odio, asco, angustia, remordimiento, miedo, deseo, tristeza, desesperación y hastío en el fondo solo confirman una única realidad. Siempre los confundí, sin ninguna vergüenza. Los filólogos y los charlatanes deberían hacer lo mismo. El hombre está solo y su agresividad procede de esta soledad. Cuando era niña, llamaba miedo a ese mismo fracaso doloroso que encontraba cada vez que me agarraba a mi soledad. Pasteur pudo curar la rabia porque supo ver el mismo agente patógeno en cualquier parte donde la rabia se manifestaba. Si los seres humanos se empeñan en creer en leones, rayas, lobos, anguilas, hienas y triceratops donde únicamente hay un piojo, jamás podrán encontrar remedios para los males que padecen. Os lo dice Bérénice Einberg.

Ahí va la historia de un serrucho. Una mañana de septiembre bastante fría, la corteza terrestre, en dos puntos distantes a un palmo, tembló, se abombó, se agrietó y dos cabezas despuntaron. Vieron la luz entonces dos seres humanos de quince años a quienes la coincidencia en sus salidas de los pantanos subterráneos inspiró una recíproca amistad. Vivieron juntos. Se les veía ir de la mano de país en país. Pero, pese a estar ambos animados por un ardiente deseo de comunicarse, Grisée y Eésirg jamás se habían entendido. Faltaba transparencia entre ellos. Esta carencia se manifestaba sobre todo en sus diálogos. Grisée decía: «Tengo mucha hambre, comamos picante.» Eésirg respondía: «Cal y en té.» Grisée decía: «Esta montaña es tan pequeña que ni siquiera se eleva por encima de la superficie de la llanura.» Eésirg respondía: «Esmaltes en mayo.» Grisée decía: «Este gusano está ácido, uf, malo, puf.» Eésirg respondía: «Aros en la nariz.» Grisée decía: «Ese príncipe que corría no era un príncipe azul, era un príncipe jadeante.» Eésirg respondía: «Vitales en hadas.» Grisée se enfadaba y decía: «¡No entiendo tus expresiones!» Impasible, Eésirg respondía: «Toros en taco.» Grisée se rindió ante la evidencia: había que actuar. Existía un muro entre ella y su compañero de nacimiento: debía atravesar ese muro. Rascando el muro con las uñas, pudo sacar algunas moléculas que dio a examinar a un hombre de gran nivel técnico. «Se trata de un metal maleable y resistente. —¿Qué sugiere usted? —El empleo de un serrucho.» Grisée compró un serrucho en una papelería y fue a encontrarse con su compañero. Le hizo hablar durante unos instantes para asegurarse de que el obstáculo aún los separaba, trazó en el aire un

círculo, agarró su serrucho y, guiándose por el círculo de tiza, se puso a serrar. Acabada la operación, sacó la pequeña luna recortada e introdujo el codo en el agujero. Eésirg se puso a reír como un caballo y, por fin, pronunció algo con sentido: «¡Me haces cosquillas!» Escandalizada, Grisée se puso a llorar, se rebanó el cuello con el serrucho y se murió. Fue Jerry de Vignac quien me contó esta historia. Cuando, en el caso de un ser humano, la angustia alcanza cierta intensidad, asistimos a una diarrea de palabras. Podemos remarcarlo en el particular caso del pornógrafo, también llamado escritor, autor, novelista y poeta. Dado que la angustia se diferencia tan poco del catarro, me asombra que se haya escrito tan poco bajo la inspiración del catarro. El malentendido se produce al valernos de la intensidad de la angustia y no de la del catarro como criterio para medir la belleza y definir los palos que recibimos de la vida. De hecho, ¿acaso no llamamos «bello» a lo que produce angustia, y «más bello» a lo que provoca más angustia? ¿Qué significa que un cielo o una puesta de sol te haga perder el juicio? Significa que un cielo o una puesta de sol duelen tanto que hay que detenerse en el dolor, y analizarlo. ¿Qué haces cuando te duele mucho la cabeza? Te paras y lo piensas. ¿En qué consiste la angustia, el mal, el dolor del alma? ¡Curadlos! Es Bérénice Einberg quien os lo pide.

El teatro está lleno, tan lleno que sus paredes se han abombado como los costados de una mujer encinta, como las duelas de un tonel. Estamos en el entreacto. Hemos bailado fatal, nos han aplaudido mucho y nuestras profesoras, brincando entre bastidores como canguros con el encéfalo trufado de cenuros, nos felicitan. Una de ellas, una ardiente esclava, viene a encontrarse con nosotros, con Jerry de Vignac y conmigo.

—Os cubrís de gloria. ¡Bravo mis muchachos!

—Pero si me he caído dos veces.

—¡Qué más da! ¡Qué importa! Como dice el proverbio chino: ¡Caer de narices es llevar la delantera! ¡Adelante, seguid!

—¿Y caer de culo?

—¡Bravo! ¡Bravo! ¡Seguid! ¡Acercad vuestras hermosas caras para que bese vuestras dulces bocas! ¡Hummmm! ¡Hum! ¡Qué bien! ¡Qué orgullosa estoy de vosotros!

Arrastro a Jerry de Vignac fuera. Llueve como en ese tapiz de la Edad Media que representa el diluvio. Llueve a chorros claros, rectos, paralelos, prietos, tan gruesos como cadenas. De la especie de concha que cubre la bombilla eléctrica fijada encima de la puerta, pende un cono de luz amarilla a través del cual las gordas gotas de lluvia se doran. Doy vueltas alrededor de una invisible torre, con los ojos cerrados y los brazos al aire como un bailar de flamenco, machacando el barro con mis desvalidas zapatillas de satén. Mientras siento, como Danae, que se me abren las entrañas, el marcado de mi pelo y la gran corona de tul de mi tutú se desbaratan.

—¿Qué te pasa? —repite Jerry de Vignac, mientras tiembla y se cubre la cabeza con su impermeable—. ¿Qué ocurre?

Paro de dar vueltas, voy a su encuentro hacia la escalinata y le respondo:

—Debes grabarlo todo en tu memoria con el ojo derecho: las sombras grises y decadentes de las traseras de estas casas, la oscura alambrada de esta cerca de hojalata, el color rojo de los ladrillos de la trasera del teatro, el contorno medio ovalado de este charco de lluvia ahora pardo; todo. Cierra el ojo izquierdo y memorízalo todo.

De repente, poco a poco, el cielo se estremece. ¡Mira! ¡Mira! Justo encima de nosotros, los pilotos verde y rojo de un aerobús cuatrimotor parpadean.

—¡Loca! ¡Loca! ¿Vas a decir por fin algo sensato?

Me arrodillo, agarro una de sus piernas entre mis brazos y la beso de la rodilla al pie.

—Sí, cariño, rápido. ¡Vayámonos! ¡Vámonos de aquí sin perder un segundo más! Soy incapaz de bailar ya. ¡Es absurdo, demasiado absurdo! ¿Por qué tantos rodeos, tantos meandros, tantas perífrasis, tantos trenzados? ¿Por qué sometemos a tanta tontería? ¡Vayamos derechos al grano! ¿Por qué esperar, día tras día, durante sesenta años? Ya lo tengo todo pensado. Tengo algo de dinero. Alquilamos una habitación de hotel y allí, no nos entregaremos al amor, sino al cariño; nos daremos cariño hasta quedarnos vacíos, secos, liberados, muertos. Estoy harta de andarme por las ramas. Un poco de cariño y la muerte... Eso es todo. No hay que esperar nada distinto. ¡Vamos y, en una noche, lo liquidamos!

Me levanto izándome a lo largo de él, echo hacia atrás la cabeza, le abro la boca, dejo, para que los tome, mis labios colgando entreabiertos entre el cielo y la tierra. El detonante que esperaba no se hace esperar. ¡No desea besarme! ¡No le gusto! Me rechaza. Lívido, Jerry de Vignac balbucea unas cuantas palabras de disculpa, se desengancha y pega la espantada. ¡Hin-ha! ¡hin-ha! ¡hin-ha! ¡hin-ha! ¡hin-ha! Vuelvo a encontrarme entre bastidores. La propia Sra. Krostyn es quien me recibe allí. No se cree lo que ven sus ojos. Se niega a creer que mis zapatillas estén llenas de barro y mi tutú deshecho. Se pone a dar voces. Ya puedes gritar.

—¡Imbécil! ¡Qué barbaridad! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Veamos! ¡Pero...! ¡Pronto te toca a tí! Date prisa en cambiarte... ¡Venga! ¡Rápido! ¡Sígueme!

—Me vuelvo a casa.

—Tú... ¿Qué? ¿Adonde vas ahora?

—Me vuelvo a casa.

Me encamino bordeando el escenario, con mi interlocutora pisándome los talones.

—¡Bérénice Einberg! ¡Bérénice Einberg! ¡Vuelve! ¿Adonde vas ahora?

—¡Me vuelvo a casa! Ya puedes gritar, palomita. Me vuelvo a casa. Atravieso el teatro por el interior ya que es más corto. ¡Me fastidia esquivar sombras!

Al pie del telón, la Sra. Krostyn me alcanza, se pega a mí.

—¿Te enfadas así, sin más? Al menos date un momento para dar una explicación. ¿Qué te hemos hecho? ¿Quién te ha molestado?

—No tengo nada que decir. Me enfado, así, sin más. ¿Por qué siempre tiene que haber un motivo para enfadarse? ¿Acaso los motivos cambian en algo los hechos? Me deslizo bajo el telón. Franqueo el proscenio sin escatimar en reverencias ni en genuflexiones. Atravieso la orquesta dando tobas en la cabeza de los músicos calvos. Cruzo el auditorio caminando unas veces con los talones, otras con las rodillas y otras con las manos. Me hago la picara. Más o menos se ríen. Llamo un taxi. Le doy la dirección del columbario, como si fuera tan natural. Me digo, mirando la nuca abombada del chófer, que los taxistas están atiborrados de tubos. Chófer, chófer, ¿sabe de alguien que, por veinte dólares, acepte entregarse al cariño hasta que la muerte le sobrevenga con una perra amaestrada en tutú mojado?

Zio se da por vencido. Zio me entrega a los ácidos que me corroen. Zio me tira por la borda, por la batayola, me tira al pozo.

—¡Tú ganas! ¡Eres insufrible! ¡Eres inaguantable! ¡Eres insoportable! ¡Haz rápido la maleta! ¡Desaloja pronto esta casta morada!

No sé cual de mis últimas chispas prendió la mecha. Ayer todavía decía: «¡Te domesticaré, aunque pierda el alma en ello! ¡Dominaré las sabandijas que en vez de sangre corren por tus venas!»

Salí de la isla hace casi cinco años. No la he visto desde hace cinco años. No he visto a Christian desde hace cinco años. La isla no me ha visto desde hace cinco años. Mañana, de nuevo, me revolcaré en su grama suave y tupida. ¿Tengo edad aún para la grama? No he visto la grama desde hace cinco años. ¿Conservo aún el sentido de la grama? ¿Me reconocerá la grama? ¿Conserva aún Chamomor a Tres, el gato abisinio?

Eran las cinco cuando me mandó hacer la maleta. Son las seis y veinte, y mis maletas están hechas, listas. Mi avión despegó a las ocho y veintidós. No soy capaz de hacerme a la idea de lo que me pasa. Vivo al mismo ritmo que antes de las cinco. A pesar del silencio sofocante de los primos, a pesar de la ardiente emoción que respiro, el tiempo continúa avanzando con su habitual lentitud de cangrejo.

Christian... Christian, al término de este exilio, te llamo en voz baja, con voz sorda, sin creérmelo del todo. Soy demasiado loca y demasiado voraz como para extraer yo sola mi propia sal de la tierra; me apego a ti como la orobanca a la alfalfa. Comeré de tu mano como una corneja amaestrada. Solo comeré lo que tú me des de comer. Te entrego desesperadamente lo que queda de mi apetito. Consévalo. Te doy mi boca. Guárdala de lo amargo. Christian, ¿te pareceré bonita?

De repente tomo conciencia de que ya no soy una niña. Encuentro en los cuadernos de Constance Exsangüe, lindamente caligrafiados y cuidadosamente recopilados, la mayor parte de nuestros «diálogos subrepticios». Lloro de la emoción.

BERENICE. —Estoy de humo hasta la coronilla. (Me sorbo los mocos.) ¡Palabra de honor, mis manos apestan! ¿De dónde vengo? ¿De un sueño? (Sacudo la cabeza tal que un barman agita la coctelera.) Es más, palabra, me llega el agua hasta el cuello. ¡Qué cosa! ¿Estoy sola?

YO. —Sí, Brisebille. Estás completamente sola. Tanto aquí como afuera, estás sola.

BÉRÉNICE. —¡Caramba! ¡Caramba! ¡Qué oscuras están las paredes! ¡Qué oscuro está el techo y el suelo! ¡Qué historia! ¡Si no veo a nadie! Es más, ¡no veo nada! ¿Estoy muy sola, completamente sola?

YO. —Sí, Brisebille. Estás sola, tanto aquí como afuera. ¡Y déjame en paz!

BÉRÉNICE. —¡Qué oscuro está el aire también! Veo veo... Por fin, veo algo. Una línea roja corre por el aire, formando círculos, cuadrados, triángulos, rectángulos, trapecios, paralelogramos... ¿Qué es?

YO. —Es la geometría y la trigonometría de ayer, de anteayer y de todos los demás días anteriores.

BERENICE. —Creía que habíamos acabado con la sucia geometría y la apestosa trigonometría.

YO. —Te han venido de nuevo. Son fieles muy fieles fidelísimas fieles.

BÉRÉNICE. —¿Son fieles por mucho tiempo?

YO. —Durante algunos años.

BÉRÉNICE. —En un diccionario que de repente se abre ante mis ojos, leo: «Caligula vivió durante veintinueve años. Reinó durante tres años, diez meses y ocho días.» ¿Es esto lo que quieres decir?

YO. —Sí, Brisebille. Es exactamente lo que quiero decir.

Marcharse, no significa restablecerse, ya que uno permanece. Regresar es igual. Es hora de que me ponga manos a la obra. Es hora de que me ponga a matar hombres blancos, mujeres blancas y niños blancos con un hurgón. Mañana será demasiado tarde. Llegó la hora de triturar manos y pies a vuelta de mancuera y recoger la sangre exprimida en una jarra de cerveza. A beber sangre. La sangre está muy caliente. Está como la leche al salir de la vaca. Quiero una gota de agua fuerte en mi lengua pastosa. Quiero abrasar de raíz el sabor a plátano podrido que se ha incrustado en mis mucosas. Quiero otras vertientes de la colina, diez vertientes distintas, mil vertientes diferentes. Las margaritas no crecen lo bastante rápido, eso me demora, es hora de que sus capullos revienten con la fuerza del rayo y que sus pétalos se lancen al cielo como los haces de una bomba al explotar. Si hace el favor, que no sea siempre el mismo respingo a la altura de mi ombligo, que sea un respingo diferente, diez distintos, mil diferentes. ¿Tienen algo distinto de la salmuera al paso de babosa? ¿Tienen algo distinto a esta blandenguería gradual que lentamente se adueña de mi alma y de mi cuerpo llevándome a la parálisis? Mientras tanto, de mi cabeza, el primero de los pelos que caen para nunca más volver a crecer cae. Meanwhile at the ranch^[52]...

Me noto desproporcionada, embutida dentro de lo que fue mi habitación. Mi habitación ha encogido. Al lado de lo que era parece un cuarto de muñecas. Mi cuarto ya no me vale, como los vestidos y zapatos que he encontrado en el desván. Tengo quince años. En breve, tendré treinta años; y, si no aumenta mi velocidad, no habré dado un solo paso más allá de mí misma. A mi edad, Romeo y Julieta habían agotado su reserva de flechas y bombas y se rendían al titán, a la tierra, al rey de los minerales.

Mi llegada al aeropuerto de Dorval es triste. Ningún regimiento de granaderos imperiales se pone a tocar una marcha de caballería conforme aparezco en lo alto de la rampa. Sopla el viento y las hojas de periódico patinan por el macadán, rechinando. Pongo el pie sobre el suelo de Montreal tal como un astronauta pone el pie sobre un cráter de la luna. Nadie ha venido a esperarme al pie de la rampa, ni siquiera Christian, ni siquiera Chamomor, ni siquiera Einberg. Acabo en una fila de asientos sin fin en una sala de pasos perdidos. En esta sala cuyo techo es tan alto como el de una catedral, nadie se mueve. El menor suspiro desencadena una avalancha de sonidos ensordecedores. En medio de la sala brilla, sobre un escenario giratorio, un automóvil blanco encintado como un regalo. El joven soldado sentado frente a mí apunta a mis rodillas con una asquerosa tristeza. Su uniforme caqui es un espejo que

lanza mi imagen reflejada con la agudeza de un bisturí. ¡Cómo odio la tristeza! De repente, una batería de altavoces me dirige la palabra. «Srta. Bérénice Einberg se ruega acuda al servicio de equipajes.» De pie delante del servicio de equipajes, me espera la Sra. Glengarry. No me reconoce. Al ver que la miro, me envuelve de arriba a abajo con esa fría mirada de chalán que suele tener un ser humano bien educado hacia un ser humano que, sin conocerlo, se atreve a mirarlo. Ni siquiera en su pecho de adolescente ni en su fino rostro, tiene algo de femenino la Sra. Glengarry; es todo apoyo y dedicación plena. Al revelarles mi identidad, solamente pega un brinco. Se deshace en asombro, cumplidos, muestras de afecto. Permanezco muda y tirante ante sus arrebatos, tan cruelmente indiferente como me es posible pese a mi dolorosa tristeza.

—¿Pertenece usted al comité de recepción, a la oficina de inmigración?

Me he puesto sombra de ojos. Con la seguridad de que iba a ser recibida por Christian, he hecho algún gasto extra. Me he enjabonado hasta la médula, me he empolvado y perfumado hasta el fondo las cavidades nasales. Me he peinado a lo Bovary. Llevo un bonito sueste de cabritilla y un bonito impermeable negro adornado con hebillas doradas en hombros, puños y bolsillos. Me dan ganas de decirle a la esbelta Sra. Glengarry: «¡Basta, palomiton mío, basta!», pero no se lo digo. La dejo que me abrace hasta extinguirse, luego le digo: «¡Lléveme a una floristería!» «Y justo donde estuvo el cuerpo se alza una aguileña...» (Nelligan). Es raro que un florista venda aguileñas. Antes de encontrarlas he de salir con las manos vacías de veinte puestos.

—Lléveme al cementerio de la Hêtraie.

—¡Vaya idea! ¿Por qué? ¿Para qué?

—A coger hayas. Además usted solo es mi chófer, no haga preguntas. El lema de los chóferes es: «Yo cierro el pico y voy donde ellos quieran.» Al pie de la tumba de Constance Exsangüe Cassman, con una paleta planto mis tres docenas de aguileñas. Las planto con los pétalos bocabajo y las raíces al aire, para que ella pueda olerías bien.

No me han dicho qué ha pasado con Christian. He de decir que tampoco yo les he preguntado. Chamomor está enferma. Desde hace una semana guarda cama. Pese a las súplicas, los juramentos y las amenazas de Einberg, no iré a verla. Si ha vivido sin mí; que muera sin mí. ¿Qué quieren? Un vaso de agua a secas^[53].

Nota del Autor: No hay capítulo 64.

Conozco a una mujer llamada Kimberley Ann Jones. Ayer no la conocía. Hoy me siento animada. La esperanza ha vuelto a mí. Al igual que el dolor, la esperanza va y viene. Al igual que el dolor, la esperanza es una caída. Dolor significa romperse los dientes al caer de un olmo. Esperanza significa romperse el corazón al caer hacia las alturas, en las nubes. Todos los acontecimientos del día, como si se hubieran puesto de acuerdo, se adaptan a mi buen humor. Por ejemplo, tengo la oportunidad de hacer rabiar a Einberg. Consigo encolerizarlo, activo todos sus tics.

Chamomor ha pillado la fiebre aftosa, enfermedad que las vacas pillan de las vacas. Mi rechazo a ir a verla contribuye ampliamente a que, en un momento dado, sus llagas hayan derivado en una apnea de veinticuatro horas de duración en cuyo transcurso se le ha dado por muerta. Ahora que de nuevo se encuentra en estado de recibir visitas compasivas, Einberg vuelve a la carga. No entiende que basta con querer que haga algo para que, de golpe, pierda las ganas que pueda tener de hacerlo.

—¡Te ordeno que subas a ver a tu madre!

—¡No!

—¡Sube de inmediato a verla! ¡Y pídele perdón por no haber ido a verla antes!

—¡No, mecachi' en dos! ¡No!

Se aproxima a mí. Quiere agarrarme para obligarme a la fuerza. Justo de un salto, siguiendo la mejor tradición de las tácticas de asedio, cruzo desde el otro lado de la mesa.

—¡Ven! ¡Atrápame si puedes! ¡Venga ven! ¡Salta por encima de la mesa si puedes!

Frenéticamente, como si fuese un tambor de guerra, aporreo la mesa. También, como los soldados de Amílcar Barca, pongo gestos de tigre y lanzo rugidos de tigre. Einberg me amonesta. Einberg me detesta. ¡Para que yo suba a ver a Chamomor, recurriré, si hace falta, a todos los recursos de la moderna industria de la manutención!

—Te ordeno que subas a ver a tu madre. ¡Mi orden será acatada, aunque tenga que recurrir a una escalera mecánica, a un transportador aéreo por monorraíl!

Lo que quiero es hacerle correr. Quiero que corra tras de mí. Encaramándome sobre la mesa, saltando como un boxeador, le planto cara al alcance de la mano. Tiene pinta de querer moverse. Esboza un paso. Lanza sus brazos como si fueran lazadas, blande una silla como si se creyera un domador de leones en pleno espectáculo. Está verdaderamente furioso. Su tórax se dobla y se desdobla. Su piel se abigarra. Se le saltan los ojos fuera de sus órbitas. Le brotan por la nuca unos asombrosos y fugaces

quistes. Pero ni quiere correr ni saltar a la mesa. Llevando al límite mi audacia, salto de la mesa, justo a sus pies, frente por frente.

—¡Pero corre! ¡Vamos, corre tullido! ¡Venga corre, cójales! ¡Corre pues, infame claudicante!

No quiere correr. ¡No! Se niega. ¡No! ¡No correrá! Estando tan cerca de mí, piensa que dejándose caer de cara contra el suelo, como si fuese una pared, podrá con su peso bloquearme y retenerme. Se lanza hacia delante y fracasa. El fracaso le provoca unos espasmos de odio tan potentes que abandona toda reserva. Se pone a correr, con coraje, accionando con sus manos su muslo atrofiado. Ya puedes correr. Me entusiasmo.

—I, the jury!

Tomo algunos cuerpos de ventaja y me acuclillo para reírme de él.

—¡Mírate! Bastaría con sacudirte un poco para que te cayeras en pedazos. ¡Mírame! ¡Soy tan ágil que ni una liebre podría alcanzarme! ¡Viva la juventud! ¡De ahora en adelante soy yo, la juventud, quien manda en esta casa! ¡Es a mí a quien hay que confiarse para que no se hunda el mundo!

Retomo el aliento y enseguida le grito, citando el Larousse clásico: «¡Los travesaños de este barco están desvencijándose! ¡El odio libera! ¡La bondad y la humildad solo son cómplices! Solo sirven para proteger a los reyes viejos, enfermos y tullidos. ¡Consienten que los viejos, los tullidos y los enfermos impongan, con total tranquilidad, lo viejo, lo tullido y lo enfermo sobre la tierra!»

Columnas de mosquitos semejantes a columnas de humo giran por encima del pantano. Tengo sueño. Me cubro de arena. Cierro los ojos e intento en vano imaginarme, con el sonido de sus voces, los pájaros que oigo cantar. Solo con oler atentamente, Constance Exsangüe podía decirme el nombre de los insectos que se paseaban del brazo entre los palmos de hierba que pisábamos. Olfateaba muy atentamente y decía: «Hay una cincidela^[54] cerca de esta margarita.» Intentaba enseñarme, pero ni yo tenía talento ni mucho menos su alma. Ella solo pudo enseñarme en vida a identificar una planta fea de flores amarillas llamada ruda. Me gusta el llantén* porque lo conozco desde hace mucho tiempo, desde hace tanto tiempo como conozco a Christian. Cuando veo una hoja de llantén, puedo decirme con seguridad: «Esta hoja es una hoja de llantén.» Las plantas cuyo nombre no conozco son como los seres humanos cuyo nombre no conozco. Duermo en la playa. En sueños, imagino el magnífico castillo de Thurandt, castillo floreado con mil torres, pimenteros*, saleros y vinagreras, el castillo se alza en una colina alta. Camino por la colina y observo que allí solo crece el llantén. Una ruda fantasma me abre la puerta del castillo. Con la voz de Constance Exsangüe, me cuenta su vida. «Soy una rudaapestosa*. Favorezco el flujo menstrual y soy vermífuga, soporífera y sudorífera. Frecuento los laboratorios. Fue en un laboratorio donde al tomar un vaso de ácido

sulfúrico encontré a mi primer marido. Con Barnabé, la vida se convirtió poco a poco en insoportable. Sostenía que era él quien olía bien siendo una rosa...» Duermo en la playa, al sol de la tarde. De pronto, me despierta una bañista. Se suena apretándose la nariz. Retuerce su pelo como si fuera un trapo, para escurrirlo. Me dice que tiene hambre.

—Tengo hambre. ¿Tienes algo de comer?

Corro a la abadía y regreso con una cesta llena de pan, carnes y frutas.

—Tengo sed. ¿Tienes algo de beber?

Regreso a la abadía y encuentro en la bodega nada menos que una centenaria botella de châteauneuf-du-pape. Le pregunto a la bañista de dónde viene.

—De Port Hope, en el lago Ontario.

—¿A nado?

—Yes.

—¿Adonde va?

—A Finlandia.

—¿A nado?

—Yes.

—¿Qué hará allí?

—No llegaré. Está demasiado lejos.

—¿Cómo se llama usted?

—Kimberley Ann Jones.

No debo olvidar este nombre.

Un día, «Zéro», el perro del jardinero, volvió del continente cabizbajo, con el hocico ensangrentado y las orejas desgarradas. El jardinero, borracho, le miró con desprecio y le dijo, me acuerdo como si fuera ayer: «¡Te has dejado vencer, viejo cachi'endos^[55], verdad!» Entro en el dormitorio de la gran enferma, con los ojos bien cerrados. No quiero verla feúcha. No querer ver fea a tu madre es un modo de ver como otro cualquiera.

—Tápate la cara. No quiero ver lo fea que estás.

—Hecho, mónita. Acércate. Ven a cuidar de mí.

Aún mantengo los ojos cerrados. No quiero ver como se retuerce entre sollozos.

—¿Vas a ponerte a llorar como una idiota? ¿Hay alguna lágrima en tus ojos? Oyéndote hablar, parece como si se te fuera a salir el corazón.

—No, mónita. Cálmate. Tengo el corazón en su sitio, estoy bien. Espero que tú también.

Abro los ojos. No tiene la cara tapada. Me sonrío como si no pasara nada, con la cara de un amarillo nauseabundo y repulsivamente tumefacta.

—Te la he jugado.

—Así es, me la has jugado. ¡Estás horrible! ¿Dónde está Christian?

Christian está en Vancouver. Participa en unas competiciones de atletismo. Luego la gran enferma, consciente de que no deseo decir nada, para que el silencio no nos incomode, me cuenta con su voz ronca y risueña una historia que colma mis oídos.

—Christian solo pasó aquí una noche. No parecía sentirse en su casa. No durmió en toda la noche. Anduvo y anduvo, fumó y fumó. Se marchó al amanecer. Ni siquiera tuvo tiempo de comer. Lo justo para darme un beso. Sin embargo yo llevaba preparando su regreso desde tiempo atrás. Aún así estaba segura de mi baza. No sé si has estado en las cuevas... Siéntate, Bérénice. ¿Vienes a sentarte a mi vera? No te haré trabajar mucho. Yo me encargo de toda la conversación. No tendrás que decir ni pío. Y no te diré nada personal. No te diré ni lo guapa ni lo delgada que te encuentro. Así que ven a sentarte a mi lado. Si viste las cuevas, sin duda las debiste encontrar cambiadas. Es obra mía. Yo misma me ocupe de todo, sola. El acuario del tiburón, lo instalé yo sola. Y el tiburón, encontré la forma de meterlo yo sólita en el acuario. Hay cuarenta acuarios; yo diseñé el plano de cada uno. ¿Has visto el acuario de amebas? Yo sólita tuve la idea de las lentes binoculares que las agrandan en un dos mil. No dirás que no está bien pensado. No dirás que lo que he hecho en las cuevas no es una obra maestra en su género. No puedes decir que, al menos, no te ha gustado el impacto visual, a ti que como a él tanto te gustaban los animales acuáticos. ¿Te has fijado en la iluminación?... Se podría decir que la que alumbraba es el agua, ¿verdad? Ideas que registré en mi cabeza una vez más... Y el agua salada, ¿quién, crees tú, que

fue a sacarla del océano Atlántico? Siempre yo, sola. Y Christian no duró ni dos segundos en las cuevas. He trabajado durante un año entero como un negro nada más que para sorprenderle. Rápido subió de las cuevas diciendo que estaba encantado de conocer mi interés por los peces. Sentí que mi corazón se partía como un huevo entre sus manos. Solo tiene en mente su maldita jabalina. Creo que solo estudia biología para darse postín. Sin duda no le gusta la biología tanto como presume. ¡En fin!... Al principio, ni siquiera sabía lo que era una ameba. Había oído decir, a uno de sus profesores, que Christian se interesaba por las amebas, solo eso. Leí trabajos de miles de páginas inabordables, consulté biólogos de todo tipo; tanto y tan bien que logré criar una floreciente colonia de amebas. Si ya es difícil criar un gato. ¡Imagínate: tres millones de amebas!

La gran enferma se troncha de risa. No me atrevo a reír, por miedo a ponerme a llorar nada más abrir la boca. ¿Por qué siempre me dan, más o menos, ganas de llorar en presencia de esta maldita mujer? Debería taparme los ojos. En cuanto la veo, soy pan comido. Tendría que taparme los oídos. Ya que si sucumbo a la tentación de escucharla, me penetra, y ya estoy acabada, muerta, vencida.

—Solamente viven pulpos blancos, completamente blancos, realmente inmaculados, en las aguas de las islas Amani, al sur de Japón. Y los únicos pescadores de perlas que pueden atrapar estos pulpos blancos son los aún salvajes Ainos, que los han deificado y no aceptan bajo ningún precio capturar ni un solo ejemplar más de aquellos a los que rinden su culto. ¡Ves hasta qué punto mi empresa me ha convertido en erudita!... Pues bien, tenía ganas de una pareja de pulpos blancos. No retrocedería ante ninguna dificultad, ante ningún salvaje. Fleté un junco lleno de agujeros con dos jóvenes piratas de un rabal de Kagoshima, me embarqué con ellos y largamos la vela rumbo a las islas Amani. Yo no hablaba ni jota de japonés y mis dos niponcetes solamente hablaban en japonés. Muchas veces tuve la impresión de que largaban la vela rumbo a unas islas distintas de las Amani, pero trabajaba para Christian: mis intenciones eran puras, no tenía miedo. Además la mar se embraveció. Y yo, que nunca he podido aguantar el más mínimo balanceo, tuve que hacer frente al mismísimo gigante de los mares; a Adamastor. Más o menos a una milla de las playas del archipiélago, los dos piratas se rajaron. Echaron el ancla y me indicaron que hiciera lo posible por darme prisa. ¡Si quieres tus pulpos blancos, vete tú misma a buscarlos! Esperé a la noche. Hacía años que no había nadado. Me lancé al agua y nadé mi milla como si no pasara nada. Tenía fe; nadaba para hacer feliz a mi niño. Mis dos piratoncetes me habían guiado bien. Fui a dar a la isla que debía. En la cima de un acantilado, ardía una pira enorme. Me encaminé hacia el lugar ¿y? Los Ainos danzaban como locos en torno a la pira. Frente a la pira, encima de un altar de piedra, presidía un gran caldero. En ese caldero, lo sabía (por estudios...), me esperaban tranquilamente mis dos pulpos blancos, el padre y la madre. Me instalé

confortablemente en mi matorral y esperé a que mis queridos Ainos fuesen a acostarse. Una vez acostados mis Ainos fue sencillo. Cogí los pulpos, los metí en mi bolsa, me colgué la talega al hombro, me volví a meter en el mar y volví a nadar mi milla. ¿Cómo me pude agenciar una medusa de sombrilla negra? No sé cómo. ¿Cómo me agencié los cnidarios, las cribella oculata, las nephtys hombergii^[56] y todas esas especies raras que nadie quería venderme? Ni lo sé. Muchas veces me pregunto cómo he podido incluso retener sus nombres. Durante un año, he leído libros ilegibles, seguido cursos imposibles, viajado en todas direcciones, sudado sangre, agua y materia gris. Y todos mis esfuerzos no han servido para nada.

¡El parto de los montes^[57]! Loca montaña que quieres parir un ratón. Loco ratón que no quieres una montaña por madre.

—Quería demostrar a mi hijo que una madre no es una mera muñeca a la que debe besar de mejor o peor grado. Quería expresar a Christian que yo era buena, brava, fuerte, valerosa, industriosa, ingeniosa, intrépida, digna de interés y, tal vez incluso, de admiración. Quise decirle que una madre es la esclava encantada de sus hijos. Y, para demostrarle que como esclava no me quedaba manca, intenté deslumbrarlo. Intenté deslumbraros, como un titiritero que busca empleo. Y no ha dado resultado. Eso significa ser mujer, madre, y es maravilloso. Te da la fe, Bérénice. Y sé que sabes lo que quiero decir. Todo lo que se hace con fe es maravilloso.

—¡Basta! ¡Basta!

Ya es hora de hacerla callar. ¿Cómo se lo digo?

—¡No quiero que me quieras! ¡Christian no quiere que le quieras! No queremos nada de ti. No necesitamos nada. No queremos recibir nada de ti. No queremos deberte nada. No queremos deber nada a nadie. No te necesitamos.

—Si no soy útil para vosotros, mónita, ¿para qué soy útil entonces? Pregunto.

—Para ti misma. Es decir para nada, como yo, como todos los demás. ¿Soy yo útil para alguien, yo? ¿Acaso me compadezco? No es tan grave. Uno se acostumbra; ya verás. No digas nada más. No hagas nada más. Déjame en paz.

Mi glándula de angustia se ha puesto a secretar. Estoy presa en la trampa, todavía. Levanto con un pie la cama de la gran enferma y la dejo caer. Repito mecánicamente este gesto. Mecánicamente, el halterófilo levanta la haltera y la deja caer de nuevo estrepitosamente. Pálidos, inmóviles, sus brazos parecen peces muertos. Clavo la mirada en el punto de la colcha bajo el cual se encuentra su vientre. Si tumbara mi cabeza en ese punto, pesaría menos que el aire. Si tumbara mi cabeza en ese punto, esos peces muertos me acariciarían el pelo. Siento como mi pelo se estira, como me devora un profundo sueño. Ya no puedo contenerme. Salgo pegando un portazo. Huyo.

«¡Te has dejado vencer, viejo cachi'endos, verdad!» —me digo.

Chamomor está sanada. El médico acaba de decir que puede volver a alimentarse sub utraque specie^[58]. Mamá. Mamita. Moumouchka. Mamaninha. ¡Stop! ¡Stop! ¡Stop! Sé que por unos minutos podrías tomar mi carga en tu vientre. No quiero. En cualquier caso, gracias. Ya que de todas formas tendrás que devolvérmela, prefiero llevar todo el tiempo mi carga, prefiero mantenerme fiel a ella. Tengo ganas de besar a Chamomor. No lo haré; lo haría sin más. Si te has metido en un callejón sin salida, tendrás que volver sobre tus pasos. Da igual a quien entregues tu angustia, siempre vuelve a ti. Da igual donde escondas tu angustia, ella te vuelve a encontrar. Incluso si corres tan deprisa como una comadreja, tu carga te alcanzará. Hay que vivir sin descanso, con decisión, en un estado de confrontación con tu angustia. Nos perjudicamos al intentar engañar, olvidar o adormecer nuestra angustia. Tenemos el tiempo justo que hace falta para convertir nuestra carga en llevadera, para amoldar nuestros huesos a sus presiones. Quien se descarga de su peso so pretexto de descansar se arriesga a ser aplastado cuando su carga, por sí sola, se vuelva a colocar sobre sus hombros. Cuando un par de bribones han alcanzado el séptimo cielo, tienen que dar media vuelta y volver sobre sus pasos. Y solo puedes volver sobre tus pasos cayendo desde el séptimo cielo. Al anular la vuelta a la ida, la ascensión hasta el séptimo cielo siempre es, cuando menos, estéril. Las sociedades que condenan el opio deberían también, si fueran consecuentes, condenar el orgasmo, las religiones y otros viajes hacia las alturas. Pienso que si los seres humanos se acostumbraran a vivir sin sueños, sin engaños, sin falsas huidas, y se decidiesen a tomar su angustia de la cintura, acabarían por producir individuos capaces de curarlos. ¡Stop! ¡Stop! ¡Stop! ¡Paren todos los trenes, paren todas las fábricas, todas las turbinas! Veo el asunto como si lo estuviera viviendo. Todo está parado. Y él, el auténtico Adonis, se pone en pie. Habla. Nos habla.

—No es en los riñones donde nos duele, sino en el alma. ¿Alguien tiene algún remedio que proponer, alguien que no pudiera ser oído por culpa de los silbidos de los reactores y los tronidos de los martinets de vapor? ¿Nadie? ¡Lástima! Era de esperar que solo unos reventados sin esfuerzo hayan podido acomodarse a la barahúnda, hayan podido sobrevivir a la barahúnda. Pero hay un remedio. Hay un remedio. Hay un remedio. Hay una forma, todavía desconocida, de sentirse, perpetuamente, hermoso e inocente. Es una certeza sine qua non. Hay un remedio. Se trata de hallarlo. Solo se trata de hallarlo. Limpiemos de escombros las minas y pongámonos a ello. Pongámonos de inmediato a cuatro patas y busquemos. ¡Manos a la obra! ¡Manos a la obra! ¡Al tajo! Todos sabemos qué hacer ahora.

Los animales que mejor se han adaptado a la vida en la tierra son aquellos que han renunciado de una vez por todas a la vida en el mar. Los anfibios andan mal y

nadan mal. Los cocodrilos y sus semejantes son apáticos, se pasan el tiempo durmiendo, no hacen nada más que comer, dormir y reproducirse. Solo los seres humanos que han renunciado de una vez por todas a vivir en la dulce oscuridad de la vista gorda podrán adaptarse cuando, habiéndose superpoblado la tierra, deban ir a vivir a la luz. Hay que tapiar los callejones sin salida, quemar los paraguas, las sombrillas y las gafas de sol, tapar madrigueras y anfractuosidades, cortar de cuajo con los nidos, los lupanares y los lechos conyugales. Cuando las casas ya no tengan tejados y las montañas ya no tengan cavernas, los seres humanos, ya no tendrán elección, vivirán todos al sol, a la luz, en pleno universo, todos tendrán, como única garantía y único descanso, la nada. Es Bérénice Einberg quien os lo dice. Y Bérénice Einberg, en adelante por siempre será Bérénice Einberg.

Llega esta noche, no se sabe a qué hora. Me duermo, con una dificultad de mil diablos. Me duermo, con toda la dificultad del mundo. No se duerme sin esfuerzo en este mundo. Unas horas más tarde, me despierto sobresaltada: sé que ha llegado. Su presencia, como una lluvia, ha impregnado las piedras de la abadía. Me metí en la cama completamente desnuda, por distraerme con mi clítoris mientras me dormía. Cada cual se entretiene con lo que puede en este mundo. ¡Está aquí! ¡Ha llegado! Corro mientras me pongo la camisa. Tomo carrerilla como alma que lleva el diablo por el pasillo, me lanzo como alma en pena contra su puerta. Mi corazón sacude tan fuerte en mis costados y mis sienes que no oigo como mi puño sacude en la puerta.

—¡Abre! ¡Abre! ¡Abre!

Las sabandijas que, en vez de sangre, corren por mis venas se convierten en un engrudo bullente; si no abre enseguida, lo hago saltar todo. Me llevan los demonios.

—¡Abre, infame, o tiro la puerta a patadas!

Me llevan los demonios. Lucho contra mí misma como una trucha en un salabardo. El pestillo chasquea. Los goznes chirrían. La apertura luminosa de la puerta se ensancha lentamente, hasta encuadrar la forma de un ser humano como los que se pueden ver pasar a millares, a diario por las aceras de New York. Es un hombre joven en pijama rojo. Tiene pinta de baldado y las mejillas sombreadas con una barba de dos días. Uno de sus pies está encasquetado en una enorme y sucia escayola. Bajo sus brazos se clavan dos muletas que parecen demasiado grandes para él, con pinta de hacerle daño. No cabe duda, es Christian. Esta hostil prolongación de Christian es Christian, no cabe duda. Todo perro pequeño se convierte en grande si Dios le presta vida. Este gran perro que me decepciona, este perro de patas grandes y hocico grande, no cabe duda, es Christian. Le reconozco por una especie de instinto. Todo en él, salvo quizá su mirada, me parece sospechoso, falso, desbastado, comprimido, pulido, estirado, rellenado, recortado. Durante una hora, sin movernos, con la mirada en la mirada, pasmados el uno por el otro, nos vemos franquear un abismo de cinco años.

—¡Y bien! ¡Al menos déjame pasar, cacho aguafiestas!

Un bonito gesto: tira sus muletas en un rincón y, para dirigirse de la puerta a la cama, se apoya sobre mí. Nos sentamos en la cama. Su escayola está pintarrajeada con firmas. Me inclino para leer las firmas. Levanto la cabeza para reírme con él de una

original firma, veo que sus ojos están embebidos y caemos el uno en los brazos del otro. Lo aprieto con todas mis fuerzas. Mi tórax se carga de electricidad. Espero que toda esta electricidad se vaya antes de que deje de apretujarlo.

—Me atropelló una bicicleta. Aún tengo que cargar durante un mes con esta

escayola.

Ahora que su accidente ya no tiene secretos para mí, ¿qué es lo que tengo que preguntarle? Ahora que sé que llevará su escayola durante una treintena de días, ¿qué debo decirle? ¿hablaremos ahora del tiempo? El tiempo que hace no le interesa a nadie. ¿Le diré que tengo quince años, no todos mis dientes, ni todo mi pelo? ¿Qué podría anunciarle? Nada. Le digo cualquier cosa.

—El vinagre que hay en las vinagreras sirve para dar algo de gusto a vinagre a las ensaladas que hay en las ensaladeras. Empédocles se lanzó a la boca del volcán Etna y ya no se le volvió a ver pasear por la acera, cuando hacía bueno, del brazo de su mujer al atardecer.

Quiero que cerremos el pico, que vuelva a acostarse y se vuelva a dormir. Quiero verlo dormir. Quiero que cerremos el pico y verlo dormir.

—Apago la lámpara... ¿Vale? ¡Duerme!... ¿O. K.? No digas nada. Te veré dormir. Verte dormir despertará algo en mí. Pareces muerto de cansancio. Duerme...

Duerme, roncando. Para roncar hay que estar viejo o muy cansado. Entre sus ojos, cuelga, al modo de diadema, un remolino de pelo negro, muy negro, tan negro como un revólver negro. Sin más, sin más ni más cojo el remolino de pelo y lo coloco con el resto del cabello. Me he tumbado a su lado. Tan recta como un ataúd recto, con las manos cruzadas en la tripa como Enriqueta de Inglaterra, con los pies perpendiculares a la superficie del suelo, con los talones carrillo contra carrillo tal como el carruaje al que llaman vis a vis^[59] y como un soldado lleno de ardor, con los ojos tan abiertos como platos como ustedes quieran, soy una estatua yacente de sexo femenino. Existo, luego pienso, y veo, lo más calmadamente posible, regresar el alba de ayer, de antes de ayer y del resto de días anteriores. Deslumbrado, un paro choca contra la ventana. «¡Señal que alguien va a morir en esta casa!» estaría exclamando Constance Exsangüe. Me estaba quedando dormida. Vuelvo a mi cuarto de puntillas. El sol, todo fuego todo flama, se alza en el horizonte. Su luz, pese a ser resplandeciente, me parece tan pálida que la confundo con la de la luna.

Errata: No es un sabor a plátano podrido el que se ha incrustado para siempre en mis mucosas bucales. ¡No! ¡En absoluto! ¡Ni por lo más remoto! ¡Es un sabor a cabeza de pez-gato muerto hace doscientos treinta y nueve días!

Chamomor, esta tarde temprano, se ha encerrado en su habitación con un relojero de raza negra. Es más de medianoche y aún no han salido. ¿Pero qué se trae entre manos mi madre a estas horas de la noche en su dormitorio con un relojero de raza negra que no es su marido? Me pregunto de forma obsesiva qué hace la madre de mi hermano y de la hermana de mi hermano en su dormitorio a estas horas de la noche con un relojero de raza negra que no es padre nuestro que estás en los cielos santificado sea tu nombre venga a nosotros tu reino. Pego mi oreja derecha al vano de la puerta. No oigo casi nada. No se oye bien. Puedo oír como ríen, pero no puedo oír lo que hablan. El relojero negro se ríe como todos los de su raza, como un niño. Consigo acallar mi respiración. La acústica no mejora. Por medios ciertamente extraordinarios, consigo acallar mi pasado. Una vez silenciado mi pasado, aspiro profundamente una bocanada de tinieblas (de noche, no se sabe si lo que respira uno es aire o tinieblas), y aplasto de nuevo mi oreja derecha contra el vano de la puerta. El mismo chisporroteo confunde el sonido de las voces. Corro al desván, fuerzo todas las centenarias maletas y encuentro dos estetoscopios. Despierto a Christian y le tiendo un estetoscopio.

—Ese horrible relojero aún está en la habitación de nuestra madre. Y es más de medianoche.

Ayudo a Christian a sentarse en su silla de ruedas y, mientras le empujo a lo largo del pasillo, lo cortejo un poco.

—Te quiero, sabes. Me siento a gusto contigo. ¿Quieres que me pase la vida contigo? Es difícil de expresar lo que siento por ti. Contigo, si quiero, puedo sentirme buena, complaciente, serena. Cuida de mí. ¡Si tan solo quisieras cumplir con tres cuartas partes de nuestra amistad! Las cien cuartas partes restantes, las cumpliría yo encantada. ¡Además qué córcholis! Estoy dispuesta a cualquier cosa, siempre que esto no se quede a medias. Imagina: ¡una amistad de ciento tres cuartas partes! Parezco una estúpida idiota con mis cuartas partes, ¿verdad? ¡Qué córcholis!

Fijamos las ventosas de nuestros estetoscopios en tomo a la cerradura. La conversación sigue haciendo de las suyas al otro lado de la puerta. Desgraciadamente, incluso con los estetoscopios, no podemos entender nada. Si el ojo de la cerradura no estuviera taponado, podríamos entenderlo todo y verlo todo. Desgraciadamente está taponado. Qué vamos a hacer. ¿Qué quieren ustedes qué hagamos? ¿Pero qué será lo que obstruye el ojo de la cerradura?

—Tal vez sea la llave —sugiere Christian, de forma muy inteligente.

Tengo una idea. Las ruedas de la silla de Christian son parecidas a las ruedas de la bicicleta que lo atropelló en la calle al dirigirse al stadium^[60] de Vancouver, parecidas a las ruedas de cualquier bicicleta. Desenrosco uno de los radios de una de las ruedas del sillón de Christian, introduzco la varilla por el ojo de la cerradura y empujo. El objeto que obstruía el ojo de la cerradura cae como si tal cosa. ¡Vía libre! La luz de la habitación se cuele libremente por el ojo de la cerradura. Christian no quiere mirar. Yo no me hago de rogar por mirar. ¡De maravilla! Me pregunto de dónde ha sacado el relojero todos esos relojes. Estoy convencida de que llegó con las manos vacías. Me cuesta creer lo que ven mis ojos. Si se colocaran uno tras otro todos los relojes de todos los colores que están puestos como soldaditos de plomo en el suelo, techo y paredes de la habitación de Chamomor, se podría circunvalar la tierra. Veo, con mis propios ojos, al relojero negro sacar de un bolsillo de su pantalón un reloj más alto que la puerta, después otro no más alto que mi dedo meñique. Chamomor le pregunta si tiene alguno más. No, ya no tiene más; pero tiene otra cosa. Se parte de risa y saca de un bolsillo interior de su chaqueta un mástil más grande que la torre de Radio-Canadá de cuyo extremo ondea una bandera suiza. Sentada en el suelo, Chamomor sostiene un pequeño reloj transparente de cuatro esferas. Es su preferido.

—Creo que es el más bonito, señor relojero. Sin embargo, me temo que no funciona. Los péndulos oscilan muy bien, pero las agujas no avanzan. Debo de llevar una hora controlándolo y, en sus cuatro esferas, todavía marca la medianoche. Pero, si es usted capaz de reparármelo, será el que le compre.

—Si marca la medianoche desde que usted lo vigila, señora Einberg, es pura y simplemente porque no lo vigila realmente desde hace una hora, pese a lo que usted asegura, si por así decir se me permite. Cuando sea la una, marcará la una. Este reloj funciona muy bien, pese a lo que usted asegura, si por así decir se me permite. Las agujas solo giran a cada hora. Aun así no es tan grave, señora Einberg.

—¡Oh! ¡Ah! ¡Ah! —exclama Chamomor—. ¡Giran! ¡Mire!

Las agujas giran tan deprisa que provocan el revuelo. Han provocado tanto revuelo al girar que Chamomor se encuentra completamente despeinada, totalmente despeluznada. Y con los pelos entre los ojos cuenta las perras que el relojero le ha pedido por su extraño reloj. El relojero negro está volviendo a colocar sus relojes dentro de los bolsillos.

—¡Rápido, Christian! ¡Vayámonos de aquí! ¡Larguémonos! Se disponen a salir.

Sola, a caballo en la noria de la cantera, reconstruyo las locas proezas que realizábamos, Christian y yo, cuando no éramos sucios adultos. He estado cogiendo ramas de arce en el continente y Christian a medida que, con una hachuela y un machete, las transforma en jabalinas multicolores las lanza al río. Con un gran amor, lo noto, endereza las ramas, las desbasta, las pule, las bisela, las empluma. Mientras

silba fabrica jabalinas en su silla de ruedas, tal como un pintor de la construcción, que no está dado de alta, pinta un edificio. He aprendido de nuevo a hablar con Christian. Con él todo es maravillosamente sencillo: se deja manejar. Si quieres, puedes hacer de todo con él. Es pura arcilla: si eres artista, puedes darle la forma que quieras. Podrías hacer cualquier cosa con él, hasta milagros. Es amable, dulcemente pasivo. Sentado ahí, espera a que uno se sirva de él. Es justo el ser humano que me hacía falta. Yo soy las manos y él la materia. Tiene que haber manos y materia, y yo no soy materia. Cuando hay manos y manos se llega a las manos, se pegan; eso no lleva a ninguna parte, no funciona, no paran de pelearse. Además, es mi hermano, y la palabra hermano es la palabra más bella del mundo.

—Eso te sienta bien...

—¿Qué es lo que me sienta bien?

—Fabricar jabalinas con mis ramas. ¿Sabes de qué me dan ganas cuando te veo trabajar?

—¿De qué te entran tantas ganas?

—Me entran ganas de que te quedes... de que durante toda mi vida permanezcas sentado en esa silla de ruedas fabricando jabalinas con mis ramas. Me siento tan serena...

Las aceras están abarrotadas. Veo un hombre-sándwich y pienso en un sándwich de jamón. El semáforo cambia de amarillo a rojo. En vez de preguntarme si yo era feliz, Constance Exsangüe me preguntaba si tenía ganas de reír. El aire que respiro es tan intenso, tan refrescante, que nunca me sentiré saciada. Christian gira hacia la mía su cara rellenita con un par de ojos tan pequeños y tan oscuros como bayas de camariñas.

—¡Vamos!, no te cales, Bérénice. ¿Has olvidado llenar el depósito?

Sin darme cuenta, tal vez por esperar a que el semáforo cambie, me he parado, me he acodado en el respaldo del sillón de ruedas y me he puesto a pensar en las musarañas. Ya no necesito nada. Estoy plenamente satisfecha. No veo interés en ponerme en marcha de nuevo, en ir más allá de esta acera, en continuar empujando esta silla. Los seres humanos llenos de odio y mezquindad que pasan deprisa y corriendo en filas apretadas a cada uno de nuestros flancos están excesivamente enfadados por tener que esquivarnos. Me indican de forma imperativa que circule. ¡Circula, pedazo de Bérénice Einberg australiana neozelandesa!

—¡Circula tú, pedazo de paranoia ambulatoria!

Me siento orgullosa de Christian, segura de nosotros. Soy presa de una sensación abrumadora y vertiginosa de abundancia y libertad. Es cierto; os lo juro. De nuevo, veo un hombre-sándwich. Puede que sea el mismo de hace un momento. Me pongo a pensar en los millones de hombres-sándwich de New York y Newark. Si tuviera tanto coraje como los hombres-sándwich, me convertiría de inmediato en hombre-

sándwich. En mis dos paneles, con lentejuelas plateadas, mandaría escribir: «Es mi hermano el que está en la silla de ruedas.»

Volvemos a casa. Einberg me intercepta al paso, con la mirada torva, y me lleva a su despacho. Cierra la puerta. Saca un rebotante portafolios de una de las gavetas de uno de sus archivadores verde oscuro con cuatro cajones de asa plateada. Delante de mis narices, con cara de odio, lanza el portafolios a la mesa chapada en cromo.

—Ahí dentro van unas cuantas de las cerca de seiscientas cartas que escribiste a tu hermano durante tu estancia en New York. Con total honestidad, y sin duda tú lo comprenderás, no pude permitir que llegaran a su destinatario. Quiero que las releas de inmediato, y reflexiones. ¡Venga! ¡Ya puedes marchar!

—¿Marchar? ¿Irme? ¿A qué viene todo esto de hacer que me vaya? ¡Di lo que pesa sobre tu conciencia! ¡Habla! ¡Exprésate con claridad! ¿Qué es lo que desapruebas de estas cartas? ¡Habla! ¿Las encuentras anticlericales? ¿Las encuentras antipatrióticas? ¿Las encuentras guarras? ¡Pero habla!

Einberg me lleva otra vez a su despacho. Y, de repente, como por arte de magia, la metalepsis de ayer se aclara. ¡El ostracismo! ¡Todavía el ostracismo! ¡Siempre el ostracismo!

—Tu, digamos, amistad por Christian se pasa de la raya. Más allá de la raya, no hay límites. Sales para Israel mañana, al amanecer. Allí encontrarás el plomo con que asentar la cabeza. ¡Que Yaveh te bendiga!

—¡Yo sí que te voy a meter plomo en la cabeza, yo, Mauritius Einberg; y no con un fusil! ¡Eres un miserable! ¡Eres peor que todo cuanto pudo imaginar el pobre Victor Hugo! ¡Eres una mala pécora cochinchinesca! ¡Me tienes hasta la punta del mismísimo tiroides!

Llamo a Christian en mi auxilio. Entretanto, he cogido un diario de Montreal (La Prisa^[61]) y he recorrido algunas columnas de anuncios clasificados especializados en alquiler de habitaciones.

—¡Christian, cariño mío, si nuestra amistad significa algo más que una mera palabra, ayúdame a liberar mi vida de ese loco furioso que es nuestro querido padre!

—¡No! —responde él de modo imperceptible, pero con firmeza.

—¡Si verdaderamente eres mi hermano, ven a compartir conmigo la miseria en la que quiero refugiarme para escapar de la despiadada agonía de ese loco furioso!

—¡No! —responde él de manera imperceptible, pero con firmeza.

—¡Alquilaremos un mugriento piso plagado de cucarachas, en un sótano, en el barrio de Montreal donde están los peores tugurios!

—¡No! —responde él de forma imperceptible, pero con firmeza.

—Yo te mantendré, tal como en las películas francesas la peripatética parisina mantiene a su Jules. Ya verás; pronto encontraré un empleo. Tengo mucha labia; soy desenvuelta y valerosa. Sé bailar. Sé tocar el corno inglés, la corneta y el trombón. Soy capaz de dar lecciones de kárate. Para aumentar mis ingresos, aprenderé mecanografía y taquigrafía. ¡Los pornógrafos se matan por las dactilógrafas que son estenógrafas! Hablo toda clase de lenguas. Tengo un diploma de mecánica; entre las cinco y las siete repararé neumáticos pinchados, lubricaré juntas Cardan, reemplazaré bujías, cambiaré limpiaparabrisas, serviré gasolina. Trabajaré día y noche; llevaré tanta agua al molino que podrás comprarte un coche deportivo europeo. Ahorraremos dinero y, cada año, haremos turismo: nos iremos a Cunaxa. En Cunaxa, correremos entre las ruinas de la derrota de Ciro, con los pies descalzos y las piernas al aire como cuando éramos chicos. Nos veo en Cunaxa como si lo viviera. Nos veo agachándonos para coger la herradura que perdió el caballo de Tisafernes cuando se puso a perseguir a los Diez Mil...

—¡No! —responde él imperceptiblemente, pero con firmeza.

—¡La mismísima pluma de Jenofonte! ¡La pluma de oca que remojava con su propia sangre para ser historiador...!

—¡No! —responde él imperceptiblemente, pero con firmeza.

—Cuando estés curado, podrás, a tu elección, ponerte de nuevo a lanzar la jabalina o acabar tus estudios de biología. Yo costearé todo lo que quieras hacer. Pongamos que estudias meteorología. Regresas rendido de la Universidad. ¿Qué hago yo? Pasar a limpio tus apuntes, esmeradamente, con toda mi alma. Si te gustan las mujeres, haré que se arrodillen a tus pies la más bellas mujeres de Egipto.

—¡No! —responde él de forma imperceptible, pero con firmeza.

—«Por las aguas doradas de los vasos de Egipto...» —cantaba Nelligan.

—¡No! —responde él de manera imperceptible, pero con firmeza.

—De vez en cuando nos emborracharemos. Para que mi sexo no me impida frecuentar contigo las tabernas, llevaré pantalón y me cortaré el pelo a cepillo. Para que mi excesiva feminidad no nos suponga una traba, llevaré sombrero hongo y corbata a lunares, llevaré una barba postiza de morirse.

—¡No, Bérénice! ¡Deja de hacer el idiota! ¡Deja de decir tonterías!

—Dormiremos en la misma cama, como cuando éramos pequeños.

—¡No! —responde él de modo imperceptible, pero con firmeza.

—Moriremos de una manera trágica, como Tisbe y Píramo, por ejemplo, como Castor y Polux, si quieres, como la reina Elizabeth y el príncipe Philip, si lo prefieres.

—¡No! —responde él, imperceptiblemente pero con firmeza.

—Vivamos juntos. Vivamos juntos. Vayámonos a vivir juntos.

—¡No! —responde él imperceptiblemente, pero inflexible, aun sabiendo que no tengo ganas de reír.

¿No? ¿Aún no? ¿Siempre no? ¡Vale! ¡Venga para Israel!...

El avión funciona, aunque parezca que esté parado. Está como preso en este nubarrón tan blanco y tan consistente como la miga del pan. Desde donde estoy sentada, el ala del avión me hace pensar en una tizona hundida en una crema de champiñones. Y la crema de champiñones me revuelve el estómago.

Su desfavorecedor uniforme de comandante de aviación solo acrecienta su delgadez de fante. Ya no tiene mejillas, ni carne en el mentón. Una cicatriz rosa y agrietada hiende en su mano izquierda, casi de lado a lado. Del rabino Schneider ya solo quedan los enormes y herniosos ojos de vaca del rabino Schneider. Bordeamos el lago Tiberíades, dentro de una polvareda roja y oro que parece formar parte del tren del crepúsculo... más que del jeep que precede al nuestro. En el recodo de la carretera, unas jóvenes en camisa y falda caquis, con boina negra a la oreja y fusil en bandolera, marchan en filas de escuela al paso de la oca. El rabino Schneider guía el jeep a la cuneta y espera a que pasen.

—¡Saluuuuden!

Todas al mismo tiempo giran la cabeza en dirección al rabino Schneider, todas al mismo tiempo se pegan un manotazo seco contra la sien. Sin energía, el rabino Schneider les devuelve el saludo. Parecen tener de sobra eso que Chamomor llama fe.

—Van a vigilar una frontera señalada con algunas alambradas de espino. Pasarán la noche en el desierto, diseminadas en puestos de tres o cuatro, cara a cara con un enemigo astuto, falso y rencoroso.

—¿Acaso no es rencoroso cualquier enemigo?

—Yo no soy rencoroso. Algunas de esas jóvenes no son mayores que tú. La noche pasada, cayeron quince en una emboscada y fueron violadas, cruelmente torturadas y asesinadas.

«Cruelmente torturadas y asesinadas...» Presiento que este país me sentará bien. El comandante Schneider dirige una escuadrilla de reconocimiento y una escuela de pilotaje.

—Entreno a pilotos de caza. Solo entreno a israelíes autóctonos; es necesario para asegurar una buena Guardia Nacional. Llegas a un Israel infestado de advenedizos aventureros.

—Quiero aprender a pilotar. ¿Me enseñarás a volar, comandante Schneider?

Se ríe suavemente, de forma entrecortada.

—¡Vaya idea! Nunca dejarás de ser una granujilla, ¿verdad? Todo aquel que desembarca en Israel en los días que corren es considerado un intruso advenedizo y los comandantes de aviación tienen orden de no enseñar a volar a los advenedizos.

Aquí, la guerra ha devuelto al ser humano a sí mismo. Aquí, el alma del ser humano recupera sus derechos. Aquí, el ser humano, liberado, movido por la fe y la violencia, explota y se expande como la lava de un volcán, explota y rompe en cascadas como un millón de garzas espantadas. Aquí, morimos haciendo algo entretenido; morimos combatiendo. Aquí, se ha devuelto la vista al ser humano; gracias al resplandor del acero y el fuego por fin puede ver a sus enemigos, por fin puede ver donde dirigir sus golpes. Aquí, podemos hacer sonar la trompa con toda la fuerza. Aquí, por fin podemos hacer vibrar todos los órganos. Me embalo como un mustang al que le pasa un tren de cerca. ¡Soy judía, judía, judía! Este país es mi país; su oro en polvo corre por mis venas. ¡Deprisa dadme un fusil! ¡Dadme al menos un cuchillo, como a Judith! Creía flotar por encima de la superficie de la tierra, despendolada como el humo. Creía no pertenecer a nada, no tener que responder de nada. Tomo conciencia, aquí, de las raíces que me hunden hasta el centro de la tierra, hasta su núcleo interno. El cuartel general de la Milicia estudiantil, con el que he contactado en varias ocasiones, malinterpreta mi entusiasmo, solo responde con malas caras a mi ímpetu. Ya puedo decirles que he oído la llamada de Moisés, de Josué, de los Jueces y el resto. Ya puedo decirles que he oído el rugido de las entrañas de la tierra y que su grito ha desencadenado en mí una furia tremenda. No quieren creerme, de ninguna de las maneras. ¡Qué maravilla ser judía, después de no haber sido nada! ¿Cómo no pensé antes en echar raíces en el pasado?

Mademoiselle Bovary era una enamorada de las bombas y las granadas. Iban a abrochar un cinturón de granadas alrededor de los riñones de Mlle. Bovary. Le faltaba un segundo para darse una razón: se puso mística. Mlle. Bovary, soy yo.

Hoy por hoy, en este mundo, te tiene que haber atravesado un arma antes para que haya delito, tiene que correr la sangre antes para que tengas derecho a defenderte. Hoy por hoy, las legislaciones han obnubilado de tal forma al ser humano que ni siquiera se atreve a disfrutar del privilegio de defenderse (verbo pasivo) también llamado «derecho a la vida y a la muerte». Cuando otro ser humano te daña tu alma, intenta destruir tu alma, tienes tanto derecho a hacerlo papilla como si intentara derramar tu sangre, destrozarte las piernas. Mañana por la mañana, mañana al alba, la Igualdad, la Fraternidad y la otra habrán vuelto al ser humano tan timorato, tan tímido, que ni siquiera se atreverá (ya no se lucha por ilusiones) a poseer media hectárea de esa tierra que antaño podía tomar por entero. Creía ser judía; se acabó, está claro. He creído en Yaveh durante dos días y estoy hasta el gorro. Conmigo, no duran las ilusiones. Si el fusil que me ha cargado ese israelí me lo hubiera entregado un sirio, aspiraría con la misma voluptuosidad el olor agrio que deja la bala en el cañón al dispararla. Arrasar una mezquita para erigir una sinagoga es un vaivén giratorio rotativo dando vueltas. Todos los dioses son de la misma raza, de una raza que se ha desarrollado dentro del mal que tiene el hombre en el alma, como los bacilos dentro de un chancro. Luchar por una patria es luchar por una cuna y un ataúd, es ridículo y falso, eso huele a excusa podrida. El único combate con lógica es un combate contra todos. Ese es mi combate. Ese es, en resumidas cuentas, el combate de todos aquellos que hacen la guerra. A mí, por ejemplo, me vuelven loca los yeyunos frescos, los yeyunos aún calientes de sangre y trémulos de vida. Esta pasión me alza en contra de todos los demás humanos... ¿Porque qué humano me dejará abrirle el vientre para echarle el guante a su yeyuno? Solo puedes realizarte plenamente como individuo sometiendo a todos los seres humanos. Este hombre se ha dejado engañar por su mujer y quiere cortarle el cuello. Si quiere cortarle el cuello a su mujer y, al mismo tiempo, no dejarse prender por la justicia, tiene que convertirse en el jefe de todos los jefes patibularios del mundo, por tanto, de todos los seres humanos. ¿O. K.? ¿Quién no quiere una ciudad en lugar de una choza, una jungla en vez de un gato, un harén en vez de una mujer? ¿Qué ser humano no se pasa la vida esperando las cosas que los demás no quieren darle? ¿Qué ser humano no prefiere dominar a ser aplastado? ¿Quién no se siente llamado a ser el rey? ¿Cuántos se atreven a sublevarse?

La Milicia estudiantil, ahora que la he probado, me decepciona, incluso me

provoca risa. Me la imaginaba sosteniéndose las tripas en las manos. La he encontrado sebosa y aburrída de sí misma. En una palabra, mis impresiones, después de una semana de guardia en el frente, son deprimentes. Un abismo se abre entre nosotros y el enemigo. Un tratado de paz ha sido firmado. El menor acto de agresión convierte a su responsable en punible por la corte marcial y convierte al Estado en punible por la Corte Penal Internacional. Por lo demás no entiendo muy bien todo este asunto.

—Vuestras armas son simbólicas. Se ha firmado una tregua, y el Estado, muy ligado a sus aliados, no puede permitirse romperla. Si permanecen a este lado de las alambradas están protegidos por la O. N. U, son invulnerables. No existe, teóricamente, ningún peligro: pueden traer libros y leer, pueden traer lana y tricotar.

Los Países Árabes, al parecer menos temerosos, quieren a toda costa que se reanuden las hostilidades. Pero ellos no dispararán los primeros. No quieren tener a la O. N. U. de enemigo. Para que seamos nosotros los primeros en disparar, nos tachan de cobardes.

—Son astutos, están llenos de malas artes. Les lanzarán cascos y piedras. Les insultarán. Les gritarán «¡Cobardes!». No les hagan caso. Les tenderán toda clase de trampas. Intentarán hacerles creer todo tipo de cosas. No abran fuego. No abran fuego. No abran el fuego. Según los términos de la tregua, un solo cadáver puede ser considerado como un acto de agresión. Sin embargo, eso no significa que cualquier cadáver pueda ser considerado como un acto de agresión. ¡Si se produce una baja, no aprieten el gatillo! Contacten con su teniente y esperen.

Hay que tener más paciencia que un santo. Aun así no desespero. La guerra duerme: la guerra está ahí. Un fumador acabará por despertarla para pedirle fuego. Si tardan demasiado en hacerlo, yo misma lo haré. Necesito saber. ¿Qué ve uno cuando se encuentra en la guerra, después de la guerra?

Conozco mis primeros instintos gregarios. Me gusta que me oigan: hablo alto y río fuerte. Me gusta que me sigan. Voy a encontrar al que siguen y voy a desafiarlo. Frecuento sobre todo la colonia canadiense, con una treintena de jóvenes que se agrupa en tomo al comandante Schneider y que se reúne en la bodega de su pabellón los lunes y los miércoles al atardecer. Es un círculo muy unido y muy inquieto. Los contactos allí son frecuentes, fecundos y peligrosos. Graham Rosenkreutz es nuestro galán principal. Lo observo de cerca, lo espío con rigurosidad, busco su punto débil. Me guardo de admirarlo, de dejarme vencer por él tal como mis necesidades me piden hacerlo. A Gloria (de apodo «Lesbiana») le parece que Graham Rosenkreutz trae cola^[62], no como un pavo real, no como un ave del paraíso, sino como un reno, es decir sin necesidad de desplegarla, sin que le impida correr. Graham Rosenkreutz no tiene ni veinte años, pero se nota que se ha descubierto y que se sigue a sí mismo, que se ha impuesto a sí mismo y que podría imponerse a cualquiera sin ningún

esfuerzo. Apenas se sabe nada de él. Recién llegado de cualquier parte, enclenque y sin papeles, a lo más crudo de la guerra, es detenido y encarcelado como intruso por orden del coronel al que acaba de solicitar uniforme y fusil. Se escapa, corre al frente, pillla la identidad y el traje de un soldado que muere a sus pies, combate y destaca. Es arrestado de nuevo. Se niega a decir quién es ni de dónde viene. Una vez más, escapa de sus carceleros. Y esta vez, en una sola noche, en mitad del fuego de un combate de una descomunal violencia, armado con un revólver y una bayoneta, escacharra dos carros de combate y destruye cuatro nidos de ametralladoras. El entonces teniente Schneider se fija en él, lo defiende en la corte marcial y, como garantía, propone responder de él. El misterio de Graham Rosenkreutz, lo que hay de turbio y perturbador en él, lo han tomado por un recibí, ya no intentan sondearle.

Debo permanecer fiel a Constance Exsangüe y a Christian; me debo a ello. Sé que es importante para mí, necesario, capital; pero no entiendo muy bien porqué. Y el que yo consienta en traicionarlos, en burlar este deber, me desequilibra. Debo permanecer con estos dos rostros de mi pasado: me lo repito sin cesar, tal como uno se repite para retenerlo algo que no tiene conexión alguna en su memoria, por ejemplo una cita en lengua extranjera. Debo permanecer fiel a ellos, es mi salvación. Es mi llave y, desde que el tiempo se escurre, como una anguila cada vez más vivaz y más viscosa, me cuesta horrores conservarla en mi mano. La eternidad es una especie de hora que no se acaba. Me niego a morir. Si me aferró a este pedazo de tiempo durante el cual creía en Constance Exsangüe y Christian, nunca seré una hora más vieja y no me moriré. Hay que agarrarse ahí, en el tiempo, donde uno desea que las cosas se detengan; hay que agarrarse ahí, en el pasado, donde uno cree haber sido bello. Hay que agarrarse en algún sitio. Pero no entiendo muy bien todo este asunto. Ser tenaz contra el titán, encarnizado y fiero contra el titán... Acuérdate, Bérénice Einberg; recuérdalo, mocarrón de pavo, no lo olvides, cachazas. Empecinarte. Negar la evidencia. Aferrarte, apretar la tapa al puchero para que no se escape el vapor, mantenerte ahí encerrada hasta la plena cocción. Abrazar la belleza en ti y en tu vida, como Tarcisio abrazaba su cáliz, como un naufrago abraza su madero. Reflexiono en todo esto después de haber leído lo que ha escrito Lesbiana en la página de cubierta de la novela que me ha prestado. «Si se hace el vacío alrededor de un recuerdo, ya no queda nada más que ese recuerdo en el infinito que uno tiene y ese recuerdo se convierte en infinito.» ¿Acaso no estoy salvándolo todo? «¿Nos lo salvamos?» —se preguntaba ese querido Rimbaud.

El comandante Schneider tiene una manía: los autóctonos. Todo debe ser autóctono; tanto los soldados como los violines, tanto los violines como las hortalizas. Un auténtico autóctono, si lo he entendido bien, es un ser humano que nace en su tumba: apenas se mueve, no más que una raíz; se retuerce en un sentido, se

retuerce en sentido contrario y luego ya no se tuerce más. Soy agresivamente apátrida, perdidamente sin origen. Solo siento nostalgia por un sitio. Y a ese sitio, se entra por la grieta de donde salté. Que es lo mismo que decir...

Regreso de la bodega del pabellón del comandante. Todo el mundo estaba inspirado. La O. N. U. fue atrocemente maltratada. He lanzado mi pequeño discurso. No lo bastante ultrasionista, fue abucheado.

—Iré a esa especie de Congreso de Troppau, y, de entrada, seré amable. Me levantaré, pediré la palabra, tomaré la palabra y, como todos esos buenos e indefensos vejestorios, abogaré por el armisticio y la amnistía, por el statu quo y la calma chicha del mar, por el desarme y la desinflación. Después, cuando todo el plomo se haya fundido en cucharas y cuerdas de violín, volveré a levantarme, sacaré mi metralleta, blandiré mi metralleta. Diré: «¡Oh! ¡Oh!» Y añadiré: «¡Arriba las manos!» Dispararé sobre los mancos, para aleccionar a aquellos que no tengan la intención de levantar las manos en alto y para dar a los demás una idea precisa de lo que la obediencia quiere decir conmigo. Pausadamente diré: «¡Oh! ¡Oh!» Y añadiré: «De ahora en adelante yo soy la que manda aquí» Y así por quebrantamiento habré alcanzado la realeza universal. Me haré llamar Caligula, como aquel que desplegó sus soldados frente al mar y les ordenó embestir. Teniendo a la humanidad a tiro con la única arma de fuego que quedará, podré por fin dedicarme a gusto a mi pasión por los yeyunos frescos. Estaré sentada encima de un trono, o incluso bajo un trono. Una cadena interminable de niños, mujeres y hombres se desplegará ante mí. Dos enormes visires con una agilidad en los dedos impecable palparán los vientres. Colocan de lado mirando hacia mí, a compás de uno por mil, al ser humano que tenga el vientre más prometedor. Yo abro, con una hoja con filo de diamante, una ventana en los vientres más prometedores. Para dar tiempo a que la boca se me haga agua, miro, antes de extraer el preciado yeyuno, las vísceras expuestas al sol.

Los adultos son blandos. Los niños son duros. Hay que evitar a los adultos como el que evita las arenas movedizas. Un beso plantado en un adulto se hunde, germina, rompe en tentáculos que prenden y ya no te sueltan. Nada penetra en un niño; un aguja se partiría, una francisca se rompería; un hacha se rompería. Los niños no son ni blandos, ni viscosos, ni fértiles, son duros, secos y estériles como un bloque de granito. Los muslos de los adultos son flácidos. La piel de los adultos cuelga de sus huesos, como masas de clara de huevo. La frente de Constance Exsangüe me devolvía mi boca. Los carrillos de Constance Exsangüe me devolvían mis labios sin haberlos manchado, como los dos carrillos plata y oro de un palo de vela que acaba de ser recién serrado de su tronco. Lo que es viscoso y blando ensucia. Lo que es feo afea. No hay que tocar lo que es feo.

Cojo la tierra en mi mano, como quien coge en su mano un diez de diamantes. ¿Qué hace la tierra? ¿Cómo se comporta? ¿Al sacudirla en mi oreja, acaso oigo sonar campanas, como quien oye sonar cascotes cuando sacude un pilar hueco? ¿Si la lanzo contra un muro, acaso rebota como una bala, como hubiera rebotado mi boca en la boca de Constance Exsangüe, o acaso se rompe como se rompería una bola de cristal, un rosetón de catedral? Si pudiese coger en mi mano una mezquita como quien coge en su mano una sota de trébol...

Odio tanto a los adultos, reniego con tanta rabia de ellos, que he tenido que establecer los principios de una nueva lengua. Yo les gritaba: «¡Corderote feo!» Les soltaba: «¡Corderote!» La flacidez de estos insultos me confundía. Tocada por el genio, en forma de ectoplasma, solté, mascando cada sílaba: «¡Espedormatorrinco esferatizado!» Una nueva lengua había nacido: el bérénicino. He tomado préstamos de lenguas ya acabadas, poco frecuentes. Dos amigos se separan el uno del otro en el bosque, ya no se ven e intentan encontrarse, cada uno responde a la llamada del otro mediante una llamada distinta. «Nájani» es una llamada a una llamada. Cuando Constance Exsangüe me llama, respondo: «¡Nájani!», alargando las sílabas, aislando cada sílaba. El bérénicino cuenta con varios sinónimos. «Blandosntrua bisecoresidual» y «¡Espedormatorrinco esferatizado!» son sinónimos. En bérénicino, el verbo ser no se conjuga sin el verbo haber.

Me baño con Lesbiana en la piscina de la universidad. Las lengüetas de los instrumentos de música que tenemos vibran con los contrastes del aire. Los colosos de Memnón, con su misterioso diseño, cantaban con los contrastes de la luz. Los peces viven en el agua, y de eso mueren. Los seres humanos viven en el aire, y de eso mueren. Existe el agua, el aire y la luz. El agua y el aire son venenosos. La luz perdura, sola. El bérénicino ha llenado una laguna. Llama «diones^[63]» a los seres

humanos que vivirán en la luz, llama «gobernantahúres^[64]» a las lengüetas del mañana. Supriman el aire que hay en la luz. Extraigan el aire que se levanta entre los seres humanos y su habitáculo del mañana: la luz; despejen el aire que mantiene a los seres humanos a este otro lado del estado de dión. ¡Rataplán! ¡Rataplán!

Tengo talento para la guerra. Un arma, cualquier arma, no pesa en mi brazo, no pesa en su punta. Lo prolonga como mi mano. El mero contacto epidérmico con un arma me basta para disfrutar de un perfecto conocimiento de ella. Es como si mi aparato autoperceptivo la hubiera asimilado de antemano. Ella en sí misma se articula como las falanges de mis dedos, como si mi sangre circulase por dentro tal como circula dentro de mi mano. El sargento que instruye nuestra compañía, una vaca gorda que nada conmueve, ha llorado cuando, tras una sola demostración, me ha visto desmontar y volver a montar un mosquetón Lebel en menos que canta un gallo. Había un carro de combate en el centro de la plaza de armas, una anticuada máquina para desecho apodada «Peonza» debido a que su tracción ya solo podía responder a través de un laborioso pivotar. Una noche, entre las dos y media y las tres y media, me levaté y salí a tomar asiento en el abdomen de «Peonza». Sentada al frente de los mandos y de los indicadores con todo aquel acero entre yo y el mundo, me sentía maravillosamente a gusto, me sentía segura, estaba muy cómoda. De día, cuando podía, robaba un cubilete de gasolina y lo vaciaba en el depósito de Peonza. Con la gasolina, me parecía más intenso que sin gasolina, más vulnerable, más cálido. Una noche, la tentación se volvió insoportable: accioné el motor de explosión (eso es decir poco) de Peonza y, declamando un poema de Nelligan, le hice dar doscientas treinta y nueve vueltas. Cuando, para salir, hube levantado la escotilla, vi como me acorralaba, hostil, el ejército cuyo sueño había interrumpido. Tuve el tiempo justo de salvar mi pellejo: Peonza, trufada de melinita, explotó. El ejército me había tomado por uno de esos perros árabes.

Esta tarde, en la plaza de armas, ha reventado un fusil en las manos de una muchacha, y le han tenido que amputar los dos brazos. El retroceso de nuestros viejos fusiles es potente. Para los ejercicios de tiro, los más débiles se rellenan el hueco del hombro con trozos de esponja. En la bodega del pabellón del comandante Schneider, la rabia provocada por la partición en dos de Jerusalén está en el candelero. «¡A por la mezquita de Ornar!» Me pongo en pie sobre la mesa, para gritar más alto y más fuerte que los demás. «¡A por la mezquita de Ornar!» Existen los lupanares. ¿Por qué no existen otros locales de alterne que se llamen, por ejemplo, «cruzadas», en los que un ser humano pueda, por unos cuantos billetes, matar a unos cuantos de sus semejantes? En la bodega, Lesbiana y yo, poco a poco, nos vamos encaprichando la una de la otra. Si uno no quiere ensuciar su reputación, no debe sonreír demasiado a Lesbiana. Me agrada ser vista con ella, ser considerada su amiga. Me gusta oírles hablar en voz baja a nuestras espaldas. Nada me resulta más agradable que verlos imaginándose que yo

soy como ella y que soy su amante, si por así decirlo se me permite.

Una carta dirigida a Christian en la abadía me ha sido devuelta con esta nota:
«Destinatario desconocido.»

He aquí una copa de la que nadie ha bebido nunca. Está llena de un vino violeta tan claro como un espejo. Si el ángel se acerca, beberá el vino y tirará la copa. Si el humilde se acerca, limpiará la copa con su manga tras haber bebido el vino, y beberá con la misma copa hasta que el espesor de la pátina haya convertido su uso en problemático. Un señor no se lava las manos. Un pachá no lava un cáliz de diamante, lo aplasta cuando lo ha vaciado, con el tacón. El ángel no cauteriza la herida que tiene, deja que le devore. Quien ha bebido beberá. Quien ha creído creerá. Quien se ha lavado las manos se las volverá a lavar.

Llovía. El asfalto reflejaba, enlazándolas a nuestro paso, extrañas imágenes cuyos imprevisibles resultados, de una graciosa e inaudita elasticidad, eran una especie de montaje en vals triste de nosotras mismas. En el asfalto, nuestras sombras, en color, se deformaban al compás de nuestros pasos, como si hubieran caído bajo otro dominio distinto al nuestro, como por el efecto de un juego de lentes, como si se hubieran convertido en banderas de nosotras mismas y sometido a un viento soterráneo. Señalando el asfalto con el dedo corazón, Constance Exsangüe dijo: «Estaríamos bien, ahí abajo, sin ruido, patas arriba, flotando para siempre en el viento interior de la tierra como entre telas de algodón.»

El ángel no come dos veces en la misma casa, ni dos veces en la misma mesa. Para él, una casa en la que ha comido, una mesa en la que ha comido, han dejado de existir. El sátrapa solo abre una vez la boca, luego calla. Si te has quedado sordo, él no repite; se enfurece y pega golpes. Llueve y, Gloria y yo, caminamos lado a lado. Mi primer paso codo a codo con ella bajo la lluvia me coloca en situación de traición, de repetición. Iré a peor. Llevaré la traición incluso hasta el sacrilegio, la vileza dentro del declive hasta una fiel exactitud con la parodia. Señalo a Gloria, con el dedo corazón de Constance Exsangüe, los espejismos que a nuestros pies se proyectan como si fueran peripecias sobre una pantalla de cine. Las palabras del pasado se me repiten en la garganta y me atormentan, irreprimibles, como las ganas de vomitar. Ya no aguanto más. Hablo. Violo el féretro.

—Estaríamos bien, ahí abajo, sin ruido, patas arriba, flotando para siempre en el viento interior de la tierra como entre telas de algodón.

—«¡El viento interior de la tierra!» —exclama Gloria, burlándose.

Me resigno a la repetición. Me habitúo a la repetición. Me dejo morir de muerte natural. Flaqueo. Me humillo. Me rebajo. La cima llama al abismo. Cuanto más escalas, más se enrarece el aire, cuanto más abrupta es, cuanto más difícil es, mayor es la atracción del precipicio dentro de ti. He desarrollado, poco a poco, un apetito bulímico hacia todo lo que he negado y menospreciado. Quisiera, por ejemplo, que

un hombre como Graham Rosenkreutz me diga que soy hermosa y que lo haga de una manera descriptiva, con profusión de detalles, fomentando mi vanidad hasta en los más mínimos aspectos de mi cuerpo.

«Tienes los dientes chiquitos, muy blancos, muy igualados y muy cuadrados. Tienes las aletas de la nariz muy cucas, me hacen pensar en las vertientes de una colina redonda. Tienes las piernas de las mujeres de Praxiteles. Tu aliento es cálido y perfumado como la brisa de una tarde de agosto en Canadá. La línea de tus brazos tiene algo que me encanta, pero no encuentro palabras para decir qué. Mueve los dedos del pie. Mueve la nariz, las cejas. Tienes una manera extraordinaria de mover la nariz.»

Necesito que alguien me apacigüe, que alguien me meza, que alguien me mime. No estoy hecha para morir virgen y mártir. Soy una ménade en trance. Tengo una necesidad de cariño sobrehumana y monstruosa. No obstante, la risa que tengo y que se ríe del cariño que deseo es aún más sobrehumana y más monstruosa. Nunca más podré permitirme dar o recibir la más mínima caricia, sin ahogarla de cinismo. Reacciono ante una gota de miel con un mar de hiel.

Hace un momento, con Gloria, me he permitido olvidar mis deberes para con Constance Exsangüe. Me gustó, hace un momento, que Gloria estuviera conmigo, bajo la lluvia. Busqué y encontré, al abrirme a ella, consuelo, calma. He traicionado. Ahora, lo pago. Ahora, estoy sentada en el borde de mi cama como si estuviera al borde de un precipicio, asqueada, despreciándome, luchando conmigo misma como dos gatos emparejados, con los dedos de mis pies encorvados bajo mis pies crispados, con el antojo en la boca de abrir de arriba a abajo el vientre que roen las hormigas rojas y que los hipopótamos blancos pisotean. Estoy cometiendo el mismo penoso error que con Dick Dong y Jerry de Vignac: intentar volver a representar, tal como se representa una obra de teatro, la felicidad que me parece haber tenido con Constance Exsangüe. He aquí un condenado que intenta separarse de su infierno. He aquí un criminal que intenta despojarse de su crimen. He aquí un manco que forcejea en mitad del océano. Lo más insultante que un ser humano puede hacer por su alma, es repetirse, es hacerla oír lo que ya ha oído, hacerla asistir dos veces a un mismo espectáculo. ¡Pobre alma mía!

Constance Exsangüe, la pequeña reina, ha tomado como mausoleo una de esas iglesias donde su poeta, loco de palabras, pasaba sus noches. Yo, convertida en dos, montaba guardia a cada lado del pórtico mayor de la iglesia, tan derecha como podía, en jubón de seda y calzas cortas, apuntando con un revólver con dos de mis manos y manteniendo cautivo contra cada uno de mis vientres con mis otras dos manos a un furioso león. Madura cae la calabaza del árbol. Me he derrumbado de golpe, me he dormido y desde entonces, al igual que un gallinero, el mausoleo de la pequeña reina ha quedado habitado por gallos y gallinas. ¿Por qué, a pesar de la pared ósea, este recuerdo de ella que pende sobre mi pecho no proyecta una sombra más potente sobre mi alma? Renuncio a los bienes de este mundo, como una santa. Tendré una corona de gloria cuando haya muerto. Me convierto en una sierva bien obediente del titán. Ya no me rebelo solo por costumbre. Hace un momento he bruñido y lacado mis cadenas; bien lustrosas y bien lacadas gozan de muy buen aspecto al sol. Al retín que retiñe...

Gloria aspira a un doctorado en cifras. Ella me gustó de entrada porque, para expresar que no merece la pena detenerse en nada, tiene por costumbre decir: «Es decimal.» El rector de la Universidad de Tel Aviv es un decimal. Los catedráticos de la Universidad de Tel Aviv son unos decimales. Los tenientes, sargentos y cabos de la Milicia son unos decimales. El comandante Schneider es un decimal. Graham Rosenkreutz es un decimal. Como sistema filosófico, es fácil de aprender de corrido y de aplicar.

—Comandante, he venido a veros para recordarle, una vez más, que me muero de ganas por aprender a volar y que su papel de padre exige que me enseñéis a hacerlo.

—No eres lo suficientemente mayor. No eres varón. No eres autóctona.

—Graham Rosenkreutz no es autóctono.

—Tú no eres un héroe.

—Solo me falta para héroe un acto heroico.

—De falso padre a falsa hija, te aconsejo que desconfíes de Gloria.

—¿Cómo?

—Granuja idealista. Serás presa fácil para ella. ¿Te has recortado tu hermoso pelo?

—Quiero a Gloria como a una hermana. Le prohíbo ese tipo de alusiones. Me insultáis. ¡Me decepcionáis!

—Si quieres que te conserve como amiga, te aconsejo que no te exhibas más junto a esa basura.

—Consejo por consejo, os aconsejo que os metáis de una vez por todas en la cabeza que no solo me compongo de sexo, que a su vez tengo dos brazos y dos

piernas, como Belerofonte, como Ayante Oileo, llamado Ayante el Menor.

—Sal, Bérénice. Vuelve cuando tengas más plomo en la sesera.

«Salen», como suele decir Shakespeare en sus obras de teatro.

Historia y teoría de la música en la Antigüedad clásica. Este es el título del libro que Gloria desea que lea. Gloria se sentirá ofendida, si no leo la inamovible obra del tal Gervaert. Leer un libro prestado une. Leamos y unámonos. Obedientemente, leo tres veces las páginas capitulares en las que me aparece una cadena de signos de exclamación imperativos. ¡Querida Anne! En mi cabeza, Anne es el femenino de asno^[65]. Ella rodeó, laboriosamente, con una espiral de tinta en ocho círculos: «Las jovencitas danzaban juntas.» ¡Ay, mamita! ¡Cuánto sacrificio! ¡Qué minuciosa es ella! Entre las páginas ciento treinta y nueve y ciento cuarenta, me encuentro el poema de Verlaine en el que se ven dos colegialas jugando a marido y mujer. Entre las páginas doscientos treinta y nueve y doscientos cuarenta, encuentro el poema en el que se ve a dos comadres de la mitología griega representando al marido y la mujer juntos. ¿A cuántas muchachitas antes que yo, oh inconstante Gloria, has hecho leer estos poemas tan conmovedores? Tierras de pasto y de labor son las dos glándulas mamarias de Francia... Gloria se vanagloria de ser la mujer más viciosa que jamás haya parido la tierra. Ella dice que allá donde lo encuentra, solo puede leer el artículo indefinido «un^[66]» en sentido contrario. En su cabeza, una mujer tiene seis vulvas: la de entre los muslos, las que forman las axilas, la que forma la boca y las que componen los ojos. Dice que ella ve en el artículo determinado francés «le» una señorita* en su aseo. Dice que fuma pavas porque, para ella fumarse una pava* es como besar a una nórdica que se llame Paava* .

Tal como la mano del guitarrista salta con el pulgar de una cuerda a otra, a salto de coxis el comandante Schneider desciende de un peldaño a otro por la elevada escalera, escarpada y sin baranda de la bodega. Asombrado, todo el mundo calla y se vuelve. El comandante Schneider se pone en pie, muy digno, con su corbata amarilla del revés por encima del hombro. Luego, después de haber soltado un hipo, hablando a la trampilla, ordena a alguien que venga. Lanzados con fuerza, dos zapatos descascarillados, silbando por encima de las cabezas, van a estrellarse en el respiradero. Dos pies desnudos dejan atrás la apertura de la trampilla, seguidos de dos pantorrillas metiditas en carne. El vestido amarillo de la mujer se ciñe a la piel como la piel se ciñe a una serpiente. El grosor de las rodillas y la amplitud del trasero son recibidos con un abucheo. Después, el escándalo se desata.

—Muchachos —hipa el comandante Schneider, os presento a mi amante, os presento, más en carne que en hueso, a la amante de un rabino.

Ella no tiene pinta de autóctona. Comparte cierto aire de familia con «nuestros» pilotos franceses. Tambaleándose como un diablo, la coge del brazo y se dispone a

presentarla a todos y cada uno.

—¡Vámonos! ¡Larguémonos de aquí! ¡El comandante ha perdido el norte!

Se pasan la consigna. Bajan la cabeza, se levantan y, en bloque, se dirigen a la escalera. De golpe y porrazo, en las mesas ya solo queda Gloria, Graham Rosenkreutz y yo. Ambos amantes, queriendo agradecer nuestro apoyo, nos hacen, imitando a un par de comediantes, una simpática reverencia. En principio, el asunto me deja totalmente indiferente, me parece completamente extraño. De pronto, la cosa cambia y toma visos de una inesperada oportunidad de mudar de barracón en la Milicia. Interpelo caballerosamente al comandante Schneider.

—Ahora que ya no tiene nada que esconder a nadie, tal vez podría hacer mi maleta y venir a alojarme aquí.

El asunto le cae como un jarro de agua fría.

—¿Te he negado jamás un favor, a ti que como Tiestes tienes que oírlo todo dos veces?

—No, comandante Schneider.

—¡Bueno! Pregunta a la querida Céline si está ella de acuerdo.

Pregunto a la querida Céline si está de acuerdo. La querida Céline eructa una especie de afirmación.

—¡Bien! —exclama el comandante Schneider—. Pregunta ahora a Graham si está él de acuerdo.

Su situación como inquilino convierte a Graham Rosenkreutz en súbdito de la democracia.

—¿Sí, Graham Rosenkreutz?

—Sí, pulguita.

La disertación francesa de trescientas palabras se aplaza para mañana, a primera hora. El tema es facultativo. Elijo demostrar la superioridad del punto de interrogación sobre el punto de ebullición. Al revés, «le» se convierte en «el», el artículo español. Abou-Djafar el Manzor, es decir el Invencible. De ahí, supongo, la señorita* en sus abluciones. Si me empeño en olvidar tal y como me enseñó Constance Exsangüe a comportarme, seguramente seré condecorada por la Academia holandesa. Tal vez incluso, la Academia luxemburguesa me entregue la cruz Danebrog. Y cuando esté muerta, los jueces del titán adornarán mi imagen con una mandorla, una corona de gloria, una gloria oval con forma de almendra.

Me quedo sola con Gloria, con Gloria y su gorda cara aceitosa, con Gloria que apesta de pleno en la nariz. Ella se jacta de no lavarse nunca. Cuando le reprochas que apesta no se pone a llorar. Tiene sentido del humor.

—Cuando tengo ganas de orinar, me quito las bragas, orino encima de ellas y me las vuelvo a poner. El resultado mantiene alejados tanto a ti como a los decimales.

Jamás entendí porque, en su historia, ella no acaba simplemente orinando sin

preocuparse sin más de sus bragas.

El otoño se retrasa, a lo largo de la carretera de grava del continente, había cadáveres de pequeñas mariposas amarillo azufre. Les habían pasado la guadaña, al mismo tiempo que a los trigales. Todas tenían las alas cerradas, las alas juntas. Si intentaba reabrir sus alas, se desmigajaban.

Mi sangre, al igual que la leche en una terrina, se evaporaba. Donde estaba, hacía demasiado calor para que mi sangre se conservase. Cargué con un banco de hielo de un hermoso azul, de un azul mosca de carne, y lo propulsé. La maniobra de abordaje se llevó a cabo en un hemisferio al norte del punto de salida. Ahora me encuentro en lo más antártico de Tierra Adelia. Tengo doscientos treinta y nueve años. Con un cigarrillo en cada comisura de los labios, estoy hecho un encanto. Aquí todo tira a blanco, hasta los insectos, los mismos árboles. Pero mi pelo tira a pardo, a morapio. Ahora soy varón. Cada una de mis numerosas mujeres pare, una vez al año, una ballena. Los dientes de estos del sur se caen, podridos. Mis dientes no se caen, podridos. Los míos se alargan, se afilan y se multiplican. Ahora tengo tantos dientes como años.

«¡Veurf!, ¡veurf!, ¡veurf!, ¡veurf!, ¡veurf!, ¡veurf! ¡veurf!» —dice a quien quiera oírlo el terrier blanco escocés. Los griegos llamaban cínicos a quienes vivían como perros (kuón, kunos)^[67]. La felicidad (Félix el Gato)* proviene de la caricia de los gatos.

Me despierto ronroneando en mi nuevo cuarto. Me levanto de mi nueva cama maullando. Los ladridos de ayer, los he olvidado. Me encuentro especialmente deliciosa. Un aroma a pan horneado sube por mi cuerpo. Mira cómo bajo la escalera: de pompis por el pasamanos. He alcanzado la postrera profundidad de mi soledad. Ahí estoy donde el mínimo error, la mínima duda, el mínimo sufrimiento ya no son posibles. Ahí estoy donde, desprovista de toda ligazón, de cualquier fundamento, sin apariencia alguna, mi vida, por su mero y milagroso florecimiento, me embriaga de poder. Ahí estoy donde está el aguilucho cuando, tras haber estado a punto de sucumbir con el cambio a la nada, que es el cielo, aturdido por su inmensidad reconoce en esa nada el dominio real y rastrea con escaso interés el espacio donde hasta entonces había fijado su morada. Uno no se atreve a aventurarse en la nada. Al aventurarse en ella, uno constata que todo temor se vuelve impracticable, que uno es invulnerable. La nada es a lo que mayor miedo tenemos. ¿A qué podrías tener miedo cuando estás allí, cuando has franqueado el decorado que la enmascaraba? Cuando has cortado todas tus raíces, ya no cabe lugar para dolorosas incisiones, ya solo cabe un asombro que no para de renovarse. No cabe la muerte, al quitarme la muerte,

mediante la facultad que se le supone, cualquier medio de verificar que ella existe. Una sonrisa intensifica mis labios, como la vida intensifica mi corazón, irreprimible, victorioso. Entro en la estancia donde, sentados alrededor de una mesa circular y verde, el comandante Schneider, Céline y Graham Rosenkreutz comen. Me asombra la incongruencia de estos personajes. Tan incapaces de contribuir como de perjudicar mi estado de gracia, me resultan absurdos, faltos de juicio. Su presencia me asquea. Salgo enseguida de la estancia. Tarareo un vals de Strauss, burlándome de ese otro yo que siempre menospreció los vales de Strauss. Atravieso una calle de punta a punta. Corro en zigzag entre dos filas de casas destrozadas por las bombas. De repente, detrás de un escaparate sucio, veo mi reflejo. Hoy estoy tan emocionada con la serena belleza de mi rostro como lo estaba ayer con el alboroto de su cacofonía. ¡Qué tranquilo y armonioso es todo! ¡Floto en la nada!... ¡Estoy sin recuerdos y sin nadie! ... Diviso a Gloria al final de la calle. A toda prisa desaparezco de su campo de visión. Pego la espantada. Si nos hablamos habrá que empezar de nuevo con todo. Estoy en la nada. No tengo ni a Constance Exsangüe, ni a Christian, ni a Chamomor. ¡Cuánto vacío que llenar! ¿Por qué dejé de creer en esta perogrullada? ¡Qué tonta fui! ¡Ni nada ni nadie! Es como si en este mismo instante la mitad de la gente que está frente a mis pasos cayera en un abismo invisible, más o menos como de un tajo cae la mitad de una manzana. ¿Cómo tener miedo o dudar de cualquier cosa cuando todavía no existe nada, cuando todo está por hacer? Hacer...

No paro de acosar al comandante Schneider. Con él, soy un auténtico molinillo de súplicas. ¡Tienes que enseñarme a pilotar! ¡Tienes que apuntarme al entrenamiento!

Anteriormente a mí nada existía. Puedo demostrarlo. Por ejemplo, la carta más larga jamás escrita no existía anteriormente a mí. Escribí a Christian, con la ayuda de Gloria, una carta con una página más que la carta que, anteriormente a mí, contaba con el mayor número de páginas. Esta carta solo contiene una frase repetida un número incalculable de veces. «No sé por qué, señor hermano mío, pero confío en usted.» En una colmena solo caben muchas abejas.

Con las mejillas heladas, tías como platos, entro con retraso en clase. La Señora Ruby, ignorándome insolentemente, continúa sin interrumpir su lección de historia.

—Cargado con tan valioso pergamino para Lord Selkirk, el intrépido trampero mestizo salió, se calzó sus raquetas y, sin perder un instante, emprendió su destino. Era noviembre de 1893. La nieve, firme como el hierro, tupida como la arena, era lanzada con tal fuerza por el viento que parecía precipitarse sobre las casas en verdaderas oleadas oceánicas. Lagimoniére bajó las orejeras de su gorro de piel y comenzó como si nada hubiera en esa tempestad que hiciese temblar las piedras, que desplazara las montañas y que hiciera perder la ruta a plena luz del día. Guiado por su simple olfato, seguro de su mero coraje, movido por sus únicas piernas, tuvo que derribar con su ancha envergadura, segundo a segundo, día tras día, una jungla de vórtices metálicos, de muros batientes de granizo en la que ningún otro salvo él habría podido avanzar sólo abriéndose paso a golpe de hacha. Hacía tanto frío que no se atrevió a separar los labios en todo el recorrido, por miedo a que la saliva se le congelara en la lengua, por miedo a que sus dientes se resquebrajaran como botellas dentro del fuego. A principios de enero Lagimoniére llegó a Montreal, en menos de dos meses tras su salida de Winnipeg. Con la boca negra, con los párpados soldados, se mostró dichoso de haber resuelto con éxito su misión.

Juraría oír de nuevo la misma voz de la Señora Ruby, sus mismas palabras. Pero sin duda me lo imagino. Ya que la señora Ruby no bordaba la asignatura, la sableaba. Un recuerdo brota, sus ramas crecen en la cabeza. Solo las piedras mantienen una memoria fiel. La mente elimina todo lo que no puede nutrir, ni desarrollar por su laboriosa industria. Por aquí no hay invierno. Siento una nostalgia cada día más imperiosa del agrio perfume, casi ácido, de esta estación. Siento un dolor cada vez más febril de esas noches en las que, al abrir los párpados en el silencio de la abadía, sentía el frío caminar por mis ojos.

Corren, desde la mañana, rumores agonales. Pero no es porque sea la fiesta de San Honorato. ¿Por qué razón no es la fiesta de San Honorato? Esta pregunta es una pregunta perfectamente inútil. ¿Por qué esta pregunta es una pregunta perfectamente inútil? Esta otra pregunta también es una pregunta perfectamente inútil. La nodriza de San Honorato plantó su pala de tahona en la tierra y, milagro, unas ramas ponderosamente cargadas de hojas y frutos se alzaron, como rayos de un sol que se alumbrara de golpe. Una vez que Christian, obedientemente, se metía en la cama, Chamomor, lealmente, iba a besarle y a contarle un cuento. Con el invierno las efusiones se prolongaban, se alargaban, se adornaban de sabios juegos. Yo los

espiaba, analizando cada una de sus palabras, diseccionando cada uno de sus gestos, aprovechando a fondo el abundante sustento ofrecido para mi insaciable cólera, alimentándome de crímenes que vengar. Violenta por naturaleza, creyendo que el odio debía estar justificado, avivaba fríamente mis celos, atizaba hasta convertir el dolor en insoportable, inicuo por su atrocidad. Era tan pequeña que tenía que colgarme del picaporte de la puerta para mantener mi ojo frente al ojo de la cerradura. Seguida de su gato, con su misal de vitela incrustada de amatistas bajo el brazo, Chamomor entraba en el dormitorio de Christian y suavemente volvía a cerrar la puerta. Sostenía a Christian encajado entre sus brazos y su pecho. Le masajeaba el pecho y las piernas para hacerle entrar en calor. Sacaba del armario empotrado diez mantas de lana de diversos colores y las amontonaba sobre él con dulzura. Sonreía. Rondaba por su cara con su boca. Se peleaban. La calma regresaba. Mientras que él se volvía a acostar, ella acercaba una silla y se sentaba a la cabecera. Abría sobre sus rodillas su enorme misal de canto bermellón y se ponía a leer, con su hermosa voz ronca, la leyenda del santo del día. Christian la interrumpía para hacer preguntas perfectamente estúpidas.

—¿Cómo se llamaba Honorato?

Yo, para hacer el amor, tenía, al igual que San Honorato, una gorda y fea nodriza. Cerremos de inmediato este paréntesis intempestivo. Volvamos de inmediato a esta mañana.

Corren, desde esta mañana rumores agonales. No sé por qué. No es San Honorato. Ya que Israel no es católico. Ya que en Israel, por San Honorato, una bandada de comulgantes de blanco unidos de de la mano de dos en dos no rueda pendiente abajo. De repente, un cabo cubierto de barro baja a la bodega. Lleva en sus hombros dos barriles de cerveza envueltos en banderas, dos barriles que me hace pensar cada uno de ellos en un ataúd. Todos bebemos sin moderación. Pronto, todos estamos borrachos. Yo, por mi parte, he absorbido tanta cerveza que tengo la barriga llena de bolas de billar y la cabeza llena de pompas de jabón. Somos una treintena. Eructamos y gritamos unos más fuerte que otros. Queremos que se nos oiga pero no queremos saber nada. Ni siquiera nos oímos. Yo, por mi parte, colgada de los brazos a una viga vocifero.

—¡Re! ¡Rex! ¡Rey! ¡King! ¡Monosílabos! ¡Solo monosílabos! ¡Fueron los primeros gritos del hombre! ¿Alguien tiene algo que decir? ¿Quién? ¿Quién?

A cuatro patas debajo de un taburete, Gloria charlotea a bocados, forzando la elocuencia hasta lo más recóndito de las vocales y las consonantes.

—¡Ya no hay peligra! ¡Desde que Urlisé, ese feo, ese decimal, mató al Cíclospe, ya no hay peligra! ¡Ya no hay Jujana de Arco porque ya no hay Ingles, ni una sola, ni la más míunima! ¡Podes dormi a perna solta! ¡Desde que Herculé, ese feo, ese decimal, mató al jubalí de Erimanto, ya no hay peligra!

El comandante Schneider predica, después de arrancar una bandera y ceñírsela a modo de taled.

—¡Yo, yo estoy harta! —canta Céline alrededor. ¡Yo, yo estoy harta, harta, harta!

—¡Mamá! —reclama uno al que ni su mismo padre conoce—. ¡Mamá! ¡Mamá!

Dotado de un voz atronadora, agrupa a su alrededor una decena de fanáticos, yo entre ellos, y nos arrastra hasta el pie de la escalera. Si fuésemos capaces de subir esa maldita escalera, lo de la mezquita de Ornar sería pan comido. ¡La tomaríamos y la incendiaríamos! Graham Rosenkreutz permanece quieto, distante, sin decir ni mu. Después de unos días de convivencia, el encanto que ejercía sobre mí se ha roto, por sí solo, sin bombo ni trombón. Me acerco a Graham Rosenkreutz con el firme propósito de acabar con él.

—¡Miren cómo se destrona a un impostor! ¡Miren cómo se derriba una estatua!

Acompaño la palabra con el gesto, agarro por el respaldo la silla que ocupa el nuevo Josué y la vuelco. Nos vemos de culo y patas arriba; y mi asalto, dada su loca audacia y el bochorno de su seria víctima, provoca un cataclismo de silencio. Graham Rosenkreutz intenta refugiarse en su habitual altivez, aunque en vano; ya no le sienta bien.

—Muérete de asco, enana, —pavonea.

—¡No te dejes insultar por ese decimal, Rébénice! ¡Recoge el guante! ¡Desde que murió el Nomitauro ya no hay peligro!

Los espectadores reciben el apoyo de Gloria con un abucheo unánime.

—Te escupo a la cara Graham Rosenkreutz Rosenkreutz ¿Rosenkreutz?

Una vez más, acompaño la palabra al gesto. Pero esta vez, el alma de mi víctima se subleva tal como la de los franceses se sublevó contra Luis XXXIX en 1789. Graham Rosenkreutz se pone en pie, me planta cara de repente y, los huesos le crujen de ira, con una sola mano, de un solo movimiento me aprieta como si fuera a estrangularme. Suelta la presa, casi por piedad, y me lanza violentamente al pie de la escalera. Me vuelve a coger por la garganta, me levanta y, con los dientes apretados, habla.

—¡Vete a dormir, pulguita! ¡Sube! ¡Acuéstate! Frota un poco tu vulva antes de dormirte; eso te aliviará, te calmará los nervios.

Desearía vomitarle encima. Gracias a una especie de milagro, me encuentro totalmente sobria. Así cojo ventaja sobre mi adversario, que está tan borracho que solo se mantiene en pie por el apoyo que toma sobre mí. Pruebo con un violento brinco que aplico sobre Graham Rosenkreutz con todas mis fuerzas, y va a dar de cráneo contra el hormigón. Se sacude, manifiestamente rabioso. Se pone en pie con la soltura de un gato, levanta los puños y con violencia me aplica uppercut tras uppercut^[68]. Ha perdido por completo el control, toda la piedad.

—¿Esto es lo que querías, verdad? Quieres ser tratada de igual a igual, de hombre

a hombre... Me comportaré como un príncipe. ¡Toma, campeón! ¡Pilla, gorila!

Levantándome por los aires con cada puñetazo, con la lengua seccionada, las mandíbulas partidas, el tórax hundido, salto de mesa en mesa, reboto de silla en silla. El martilleo para de golpe y porrazo. De cara contra el suelo, molida de pies a cabeza apenas puedo moverme. Gloria me ayuda a ponerme en pie. Con los párpados abiertos, no veo nada. Tengo los ojos llenos de sangre. Si tuviese un revólver y pudiera ver a Graham Rosenkreutz, lo mataría. Lloro como una descosida. Por mi cara corren la sangre y las lágrimas.

Gloria está en mi habitación con un par de tijeras. Para lograrlo, ha tenido que escalar el muro, a modo de Romeo. Gloria se descalza y se sienta en la cama. Sus pies están cubiertos hasta el tobillo con una granulosa costra de mugre. Sus dedos son largos y ganchudos como los dedos de un mono. Quiere que le corte el pelo lo más cercano a la piel posible. Mientras le corto lo más cercano a la piel posible su pelo podrido de caspa, se lame la yema de un dedo con la lengua y traza circulitos con relamida limpieza por la parte superior de sus pies.

—Al menos podrías quitarte la cera de los oídos, me da náuseas.

Gloria encoje los hombros y suelta unas risitas. ¿Pero quién soy yo para decirle lo que debe hacer? Estás muy bien así, Gloria. Impresionas al personal. Nunca les harás rabiarse lo suficiente. Me pregunta si quiero que me corte el pelo. Le pido que no me lo rape tan corto como yo a ella. No quiero parecer un chico. Me dice que no tenga miedo. Y, mientras poda, le hablo de mi nada.

—Estoy sola. Por lo tanto no hay nadie. Y si no hay nadie, ¿quiénes son esos a los que recuerdo, a los que veo y a los que presiento? Son ilusiones, espejismos, espacios imaginarios. Son puntos de aplicación imaginarios obedientes al conjunto de fuerzas que me acosa. Tomemos tu caso como ejemplo, Gloria. Solo eres una imagen proyectada por mi fuerza anímica. ¿Queda claramente expuesto?

—Si así lo prefieres, —responde Gloria—. Continúa.

—Me han lanzado a la superficie del universo en una falúa agujereada. Cinco mil millones de sombras se mueven en mi campo visual. ¿Qué hago con esas sombras? Les impongo la única forma que conozco: la mía. ¿Cómo podría concebirlas de otra forma distinta a la mía? He coloreado una de esas sombras de amarillo, el color más bonito, y, casi por azar, la he llamado Constance Exsangüe, justo como yo me llamo Bérénice Einberg. He cogido la sombra que tú eras y la he coloreado de azul, el opuesto al amarillo. Tenía un poco de blanco en el fondo de un tarro, y había dejado el tarro abierto. Una sombra ha caído en el tarro; la he llamado Chamomor. Christian es mi sombra verde. Tengo un pozo lleno de rojo; no sé qué hacer con él... Tengo un plan: lo vaciaré en el lago donde, en verano, los cerca de cinco mil millones de sombras vienen a bañarse. A la mínima seña, con solo mover un dedo todas mis sombras me obedecen. Solo son lo que yo les ordeno que sean. Una sombra que he coloreado de azul permanece azul hasta que la vuelva a colorear. Si tuviera ganas de verte de color de rosa, solo tendría que colorearte de rosa. ¿Es lo bastante preciso como forma imperativa de ver a los seres? Estoy sola; estoy dispuesta a jurarlo. ¿Está lo suficientemente claro?

—Está muy claro, bien clarito.

—¡Acuérdate! Nos hemos encontrado una anciana en la calle. A mí, me recordaba

a Melpóneme. A ti, te recordaba a Talía. ¿Qué nos hemos encontrado? ¿Seguro que era una anciana? ¿No era más bien una sombra, una superficie reflectante, un espejo para que nuestras almas se reflejen?

—Deja todo eso, Bérénice. Déjame vivir. Permítete vivir conmigo.

—¡Miasma! ¡Quilo! ¡Quimo! ¡Solo yo puedo probar el sabor que tiene la sed en mi garganta! ¡Solo yo puedo sentir en mi mano la fría humedad de una rana! ¡Solo yo sé cómo resuena mi voz en mis oídos!

—Al igual que tú, tengo hambre, tengo calor, tengo sed. Deja de decir tonterías.

—Que tú seas como yo, es algo que yo me imagino; nada me lo demuestra. Tus dolores son diferentes a los míos, totalmente. Los míos son imperativos, chillones. Los tuyos son virtuales, mudos, sin ningún efecto inhibitorio sobre mi sistema nervioso, sobre mi sistema digestivo, sobre mi sistema solar. Tus dolores me recuerdan a los de la duquesa de Langeais, la heroína de Balzac, de Zola, de Cyrano de Bergerac, del barbero de Sevilla. Estoy sola en el espacio que ocupo, dondequiera que ocupe este espacio. El espacio en el que estoy, dondequiera que esté, nadie puede traspasarlo. ¡Estoy sola! ¿Está lo bastante claro ahora? ¿Te ha quedado lo suficientemente demostrado, ahora? Además, ¿qué justifica esa idea de que solo hay que creer en lo que ha sido probado y comprobado?

—Yo —responde Gloria riéndose—, yo solo creo en lo que está desaprobado. ¿Está a tu gusto el corte de pelo?

Me tienta un poco el pelo. Así puede valer. Vete ahora, Gloria; estoy cansada de tus manos en mi pelo, de tu olor en mi habitación. Me desnudo, me deslizo bajo las mantas y le doy la espalda. Si Gloria se deslizase bajo las mantas conmigo e intentase sobarme, como se puede adivinar en su turbia mirada, ¿qué haría yo? La dejaría. Le diría: «Diviértete, Gloria... Revuélveme las tripas como es debido.» Me he servido tanto de ella, únicamente sería justo que ella se sirviera un poco de mí. Es más, me gustaría verla en acción. Estoy casi segura de que sus bonitas teorías del vicio solo son un farol; hasta tal punto que tengo ganas de intentar seducirla, solo por ver como se raja. Abro los ojos y me vuelvo, para ver si sigue ahí. Ya no está. Constance Exsangüe, ¿lees mis pensamientos? Si los lees, ¿no te avergüenzas por haberme dejado caer de esta manera?

Mis leones marinos duermen. Cuando los leones marinos cosidos entre mis dedos se acaloran y se dan cuenta de la trampa, del engaño, forcejean. Y las heridas de la sutura sangran. Cuando aprieto la mano contra mi oído, oigo latir los corazones de mis leones marinos y tengo miedo. Cuando el águila de enormes proporciones plantada en mi pecho se encoleriza, cuando sacude con aletazos de blanca envergadura sus ligaduras enraizadas en la piedra, un ciclón sin escape me infla, me sacude, me hace sufrir y sudar como a una parturienta. Pertenezco a las ciénagas, a los rabiones y a los árboles, mi sitio no está aquí entre estos mamíferos. Soy una fúnebre abeja de las arenas^[69]; he elegido todas las flores, todos los campos. No tengo nada que hacer en esta madriguera. Las preocupaciones de los seres humanos son sexuales. Mis únicas preocupaciones son afromorales. Sexual es francés. Afromoral es bérénicino y con un significado que es y que permanecerá oscuro.

Gloria, siempre me quedará corta, es de una grosería asombrosa, de una santa irreverencia. Ni se lava ella ni lava su ropa. Despide un rico olor a leche podrida. Estamos sentadas bajo este olivo y filosofamos. Dos cabos recién salidos dan cuatro vueltas alrededor de nuestro árbol y acaban colgándose a cada uno de nuestros lados.

—¿Quién de entre ustedes dos apesta, soldados?

—¡Yo, capitán! —exclama Gloria, manifiestamente halagada.

Toda sonriente, tiende su axila al cabo y le invita a oler. Gloria no apesta de manera pasiva. Apesta a sabiendas, con conocimiento de causa y conscientemente. Expone los términos de su ética al cabo.

—Ser repelente para repeler. Repeler para que se alejen de mí, para que no se me acerquen, para que no lleguen a inducirme a error, para que no me molesten mientras fermento tranquilamente mi miseria.

—¡Los tullidos, al Apótetas! ¡Los cadáveres, al cementerio! ¡Los pobres, los vejstorios, los hombres que tengan cinco niños y que estén sin empleo, a la horca!

Así habla Gloria, después de haber desplegado una octavilla comunista en sus rodillas.

—Un estibador no llegará lejos con su fardo a los hombros. ¿Adonde llegará la humanidad que carga con un leproso en cada hombro? Sin aliento, se vendrá abajo con el primer obstáculo.

¿Hay que prestar seria atención a las frases de esta supuesta lesbiana cuyos padre, madre, hermanos y hormonas^[70] fueron incinerados vivos por la Gestapo?

—¡El resto, a la mezquita de Ornar! ¡Al minarete más alto! ¡Decapitemos a los enanos, a los huelguistas, a los eunucos, a los borrachos! ¡Los enanos agobian inútilmente con su peso el estómago de la tierra! ¡Los huelguistas nos estarán

agradecidos por crucificarlos; nos agradecerán por dar así a los huelguistas del futuro una excusa para realizar otras huelgas! ¡Los eunucos, considerándose los favoritos de Dios, cantarán en el fuego al que les arrojemos; como tantos otros, reirán y bailarán en el suplicio! ¡No priven a los borrachos de su mayor gloria; quémenlos, hagan de ellos unos mártires!

El sentimiento de ser uno mismo, de haber sido y de perpetuarse, ese alma del que se habla, ¿no podría, de manera más sencilla, llamarse memoria? La conciencia, la ciencia del bien y del mal, ¿acaso no es solo una memoria muerta, un instinto guía basado en recuerdos degenerados en una red inextricable de reflejos condicionados? Al nacer, un hombre no tiene alma; no tendrá una hasta pasada la infancia. Un ser humano que nace con quince años sería algo así como yo sin mi pasado, sin focas en las arterias, sin cóndor en la cavidad pulmonar. ¡Cha cha chá!

Leo mi diccionario. Solo leo las palabras. No leo su significado.

«Chenopodiáceas. Chensi. Chenu. Chenyang. Chéops. Chefrén.»

¡Seis pirámides! ¡Seis pirámides de las cuales cuatro son de mi cosecha! ¡Demasiado! ¡Qué fuerte! Lanzo el diccionario al techo. El diccionario golpea en el plafón y, al casarse, el plafón se apaga. Estoy tendida al bies sobre la cama, con la cabeza en el pie de la cama y los pies en el travesaño, con la mirada clavada en ese punto de la esquina de la habitación donde confluyen las dos paredes y el techo. La calzada de los faraones, pienso, se abría paso entre dos filas de esfinges en pie apoyándose las unas en las otras para formar un arco con las patas. Veo esfinges de oro rojo tan grandes como secuoyas. En mitad del suelo, yace el telegrama de Einberg. «¡Escribes en vano al hijo de esta mujer! ¡Todas tus cartas son interceptadas y destruidas!» Cuando apoyo mi frente en un espejo, mis ojos se funden en un gran ojo nublado y me viene a la cabeza un Cíclope. Sigo clavada en ese punto hacia el que las dos paredes y el techo apuntan. He recibido una postal de Chamomor. «Vergiss mein nicht escogriffe. No me olvides grandullona. Mamá.» ¡Aplico toda mi fuerza en ese punto, al fondo de la esquina! Hay cuatro esquinas arriba de la habitación y cuatro esquinas debajo de la habitación. Creo que si cortara la esquina en cuyo fondo tengo la mirada clavada y la pusiese encima del escritorio, obtendría una pirámide. Sería una pirámide vacía pero, colocada sobre el escritorio, nadie se daría cuenta de que está vacía. ¡Horror! De repente, a partir del punto que miro fijamente nace una pirámide, toma volumen, se acrecienta, desciende, se acerca hacia mí. Veo la sección de la pirámide crecer, crecerse, engrandecerse. Siento como la pirámide se precipita sobre mí, me aplasta, me engloba, crece a la velocidad de un tren, se desarrolla más allá del suelo, más allá del terreno, más allá del universo. Mordiéndome los puños, grito. Graham Rosenkreutz, a quien he despertado, martillea insolentemente la pared. Grito más fuerte, salpica un chorro de sangre del colmillo.

Graham Rosenkreutz aparece encima de mí, cargado de buenas intenciones. Con una violencia indómita, le mando al infierno de paseo. Ya no como. Nunca tengo hambre. Comer me disgusta. Para mantenerse, hay que comer. Las arañas que caminaban sobre el agua del pantano se llaman argyronetas. Esos crustáceos de los que solo pescábamos una pareja en primavera y cuyo mitológico aspecto nos desconcertaba se llaman cíclopes. ¡Argyroneta y cíclope! Han tenido que pasar diez años entre el descubrimiento de dos animalitos y el descubrimiento de sus nombres. Sigo sin saber cómo se llaman los pequeños moluscos de color bruno que vivían enganchados a los tallos de los anegados juncos y cuya concha se chafaba entre chasquidos de cáscara de huevo entre el pulgar y el índice.

En la mesa, atrincherado cada cual tras su vaso de zumo de naranja, Céline y Graham Rosenkreutz, pugnan.

—Y yo, floripondio mío, cuando se me mete una idea en la cabeza, no se me mete en los pies.

—¡Me alegro por ti, tesorazo mío! ¡Lástima que solo tengas ideas retorcidas en la cabeza! Se agradecería si tuvieras alguna idea divertida en la cabeza, alguna vez de cuando en cuando. Si tuvieras alguna idea divertida para esta noche, por ejemplo...

Herido en su amor propio, Graham Rosenkreutz, con traviesa mirada, recoge el guante.

—El estriptís, ¿te parece eso divertido?

—Es bastante divertido sí...

—Y bien, floripondio mío, te apuesto a que puedo hacer hacer estriptís a cualquier mujer que se encuentre esta noche en esta casa, salvo Bérénice por supuesto, la pobre...

—¡Acabas de perder tu apuesta, tesorazo mío! ¡El cabezota que tenga ganas de hacerme hacer estriptís necesita ser todavía más cabezón que tú!

—Hagamos un trato, floripondio mío. Me comprometo a hacer que hagan, sobre esta mesa, un estriptís todas las invitadas. Me pongo manos a la obra con una condición: que tú te comprometas a imitarlas si cumplo mi compromiso.

—¿Y de qué te vas a valer para convencerlas, tesorazo mío? ¿De una metralleta...?

—No amenazaré a nadie. Solamente usaré, no te lo tomes a mal, el encanto de mi personalidad.

—¡Trato hecho, tesorazo! ¡Si logras convencer a la mujer del capellán de que se desnude, sobre esta mesa, delante de todo el mundo, sin amenazarla, podrás mandarme a hacer todo lo que tú quieras!

Te pasas el día en la Universidad. Te pasas la noche dándote cabezazos contra las paredes. Te deslizas bajo las mantas preguntándote hasta qué hora te quedarás ahí tendida con los ojos abiertos como platos, oyendo tu alma retorcerse de miedo y aburrimiento. De repente, Graham Rosenkreutz irrumpe con estrépito en mi habitación. Le sigue una estela de risas y canciones. Se tambalea y, excepcionalmente, esta noche parece tener un beber sereno.

—¿Te he despertado, pulguita? —me pregunta con afecto, la voz cascada.

—¡No! ¡Pero no me gusta que me despierten en ningún momento, ni siquiera cuando no duermo!

—No está muy claro lo que dices, sabes... No está nada claro clarito, sabes...

Todo lo que me cuentas es mortalmente enrevesado, sabes... ¡Venga! ¡Vamos! ¡Sorpresa! ¡Sorpresa! ¡Graham te ha reservado una bonita sorpresa! Sabes, yo no te odio. Casi que siento cariño por ti, sabes. En parte eres como mi hermana pequeña y en parte soy como tu hermano mayor. ¡Vamos! ¡Ven conmigo! No puedo por más consentir que te hastíes en tu enorme agujero negro. Ven a reírte un poco, colega. ¡Sorpresa! ¡Sorpresa! ¡En pie! ¡En pie!

En un soberbio ademán, con una sola mano, coge todas mis mantas y se las pasa por encima de la cabeza. Se inclina para tocar el suelo. Lo encuentra frío.

—¡Demasiado frío! ¡Muy frío! No permitiré que te aventures con los pies descalzos por este suelo. ¿Dónde están tus pantuflas, tus calcetines, tus zapatos, tus botas?

—¡Yo ni tengo pantuflas, ni calcetines, ni zapatos ni botas!

—No te hagas la dura. Es inútil. Te conozco. Sé como eres. Te apuesto a que podría hacerte llorar, solo con ser amable contigo, solo con ser un buen chico contigo. Te conozco. Eres como yo: te afecta todo, tienes buen corazón. ¿No tienes pantuflas, ni calcetines, ni zapatos ni botas? No hay problema. Cuando se tiene un amigo, no hay ningún problema.

Se quita sus zapatos, me los pone, me los ata. Desarmada, enternecida, doy mi brazo a torcer. Teniéndome bien calzada, me coge en brazos, me levanta de la cama, me lleva.

—Pero si lo pienso. De repente caigo. ¿Qué pinta voy a tener yo, haciendo un estriptís sin zapatos?... Pero shhhhhh, es una sorpresa. ¡Sorpresa! ¡Sorpresa!

En el salón de estar, están el capellán protestante del cuartel general francés y su mujer, el coronel Schlyt y su mujer, el ordenanza del coronel Schlyt y su mujer, dos desconocidos y sus mujeres. Graham Rosenkreutz me instala en el más confortable sofá del salón de estar y me cuchichea al oído para que abra bien los ojos.

—Estate atenta, pulguita. ¡Te vas a reír! Ves a estas viejas gordas cortadas todas por el mismo patrón... ¡Pues bien, todas van a subir a esta mesa y a desnudarse! Estate atenta, colega. ¡Te vas a reír! ¡Todas van a encaramarse ahí encima y a despelotarse, todas estas viejas gordas confeccionadas en serie!

Céline me pone al corriente de la situación. Al igual que todo el mundo, está borracha.

—¡Ese cabrón ha ganado su apuesta, sabes! Les ha dicho: «¿Si me hago un estriptís, señoras, saldréis a hacer vuestro estriptís?» ¡Y las muy guarronas han dicho que sí!

Y, encaramándose en la mesa uno tras otro, bajo salvas de risas, como en una pesadilla, Graham Rosenkreutz, las cinco viejas gordas y Céline se desnudan.

Por la noche, todos los gatos son pardos. Es bien sabido. Por la noche, cuando el comandante Schneider acaba con Céline, la manda con Graham Rosenkreutz. Cuando

Graham Rosenkreutz acaba con Céline, la manda de paseo a que la parta un rayo. Céline siempre duerme sola. Algunas veces, Céline entra de puntillas en mi habitación y enciende su mechero encima de mis ojos. Si ve que no duermo, me da un cigarrillo y se sienta cerca de mi cabeza. No nos decimos casi nada.

—¡Carajo! ¡Otra vez olvidé traerme un cenicero!

—No te molestes, Céline. Hay un vaso en el escritorio.

Cuando ella se siente desesperada, procura entermecerme. Enciende la luz y me hace contar con ella los surcos que labran sus párpados. Se arremanga el camisón y me enseña las corvas, sus pobres gordas corvas medio gelatinosas cuya piel amarillea y deja transparentar ramificaciones rojas y azul leche de venas reventadas. ¿Por qué la piel amarillea de esta forma? ¿Por qué las venas revientan de este modo?

—Es lo que yo me pregunto, cariño. Me digo que es porque la vida está mal hecha.

—Pobre Céline. Es horrible. ¡Es espantoso!

Cuando estoy de humor para jugar, ella juega conmigo. Al entrar en mi habitación, me encuentra de pie, bailando, vestida con un poncho que me he hecho practicando un agujero en el centro de una de las mantas. Se asombra. Sin decir palabra, regresa a su habitación y vuelve con un cubrecama y un par de tijeras.

—¿Cómo hiciste para conseguir tan buen resultado? —me pregunta.

—Muy sencillo. Mira lo que hago.

Cojo su colcha y practico en el centro, con su par de tijeras, un agujero en forma de rombo. Le pruebo el poncho. No le queda bien. ¿Por qué no le sienta bien? Es difícil de explicar. Quizá el buen Dios le hizo una cabeza demasiado grande, tal vez le hice un agujero demasiado pequeño. Después de ensanchar el agujero, le pruebo de nuevo el poncho. Le va como un guante. Una vez alisados los pliegues, proclamo mi nueva identidad.

—¡Soy Aricia! ¿Quién eres tú?

—¿Quién es Aricia?

—Soy Aricia, la dulce princesa ateniense a la que nadie presta atención. ¿Quién eres tú?

—Yo soy Júpiter, ni más ni menos.

—¿Eres Júpiter? —le digo a Céline, devolviéndole sus tijeras—. ¡Mejor para ti! ¡Aquí tienes tus rayos!, ¡y no me perdones la vida!

Me refugio en mí misma para meterme en mi papel, para convertirme en una dulce princesa.

—Soy Aricia. Soy tímida y tierna, soñadora y cándida. Me dan de lado. No pertenezco a la familia de los tiburones; no tengo mi sitio al sol; espero a que los tiburones me hagan un hueco al sol. Detrás de la puerta, se disputan el marido que

adoro. Por mi falta de odio y de agresividad, lo he perdido. Porque soy frágil de espíritu, me han destituido. Tengo la voz demasiado suave, nadie me oye. Tengo la mirada demasiado dulce, me toman por una inútil. Espero en silencio, entre plegarias. Dentro de poco, cuando los marrajos se hayan ido, apretando su cadáver despedazado contra mi corazón, podré, una última vez, abandonarme a Hipólito.

Algunas lágrimas ruedan por mis mejillas, abultadas, abundantes. Lloro como nunca lloré. Lloro como un colador, con te los los nervios y músculos sin tensión, con las entrañas abiertas de par en par. Me noto tan fofa que me desplomo como un abrigo que cae de un perchero.

—¡Ten piedad de mí, Júpiter! ¡Apiádate de mí!

Júpiter se arrodilla, me coge entre sus brazos,
aprieta mi cabeza en su cuello, me frota la espalda.

—Te compadezco de todo corazón, Aricia. Lloro; la cuesta se hace más suave...

—¡Déjame! ¡No me toques!

—Déjate llevar, Aricia. La compasión ayuda a llorar, y llorar ayuda.

—No insistas, Júpiter.

Siento mis lágrimas agriarse, emponzoñarse. ¿De qué tenemos pinta así, la una en brazos de la otra? ¡Parecemos dos lesbianas! ¡Basta! Me pongo en pie, y mientras seco mis ojos, alcanzo a ver mi bote de tinta. Me encanta la tinta. Céline llena el cuenco de mis manos del mudo líquido, ágil, volátil, etéreo, ligero como un vuelo de mariposas. Me baño la cara en mis manos llenas de dulce oscuridad. Con la cara bien bañada, con el poncho bien manchado, aplico el resto de dulce oscuridad sobre la cara en estado de putrefacción de Céline.

—Ahora somos dos negras de feria. ¡Sonriamos!

Gloria sabe zambullirse. Se lanza como una flecha desde el trampolín, arquea los riñones, planea con los brazos desplegados, se hace una bola, ejecuta tres rápidas piruetas, se endereza de golpe, y entra derecha como un clavo en el agua verde. Tras ella, solamente salpica un hervidero de agua blanca. Yo, entre el cielo y la tierra, pierdo todo tipo de contacto con mi faceta corporal. Y tras de mí, salpica más agua que con una bomba atómica. Al oeste, sin novedad. Los árabes cantan. Dormimos con nuestros fusiles entre los brazos mientras que, hoja por hoja, Gloria quema su manual de cálculo diferencial.

«¡No estaremos viejos sino ya cansados de vivir!»

En el palacio de justicia donde las voces reverberan como en un túnel, preside Constance Exsangüe, amargada, en toga y verdugo de lana. Constance Exsangüe declama, como a golpes de cadena, los versos de Nelligan. «¡No estaremos viejos sino ya cansados de vivir! ¡Mi amiga^[71], cultivemos nuestros rencores!» Cada sílaba resalta su perfil, vibra con irrevocable decisión. ¿Qué haces ahí, Bérénice, tan lejos? ¡Rápido, suicídate! ¿Qué haces, tan lejos de mi cadáver? Cada sílaba me embiste, me aturde. ¡Rápido, Bérénice, clava en nuestro ataúd lo que la disyuntiva aún no ha desgajado del rostro que yo reconocía, que yo respetaba, a cuya sombra caminaba y dormía! ¡Tendríamos que estar desangradas por la misma tizona, como la corteza y la madera!, ¡haber sido enterradas, aún caliente la una de la otra, en la misma caverna, como un solo árbol! ¡Tendrías que haberme transmitido por contacto, en nuestro último abrazo, mientras aún te corroía, la muerte que te corroe! Graham Rosenkreutz come su carne cruda, entre dos lonchas de pan. La miga* se empapa de sangre. Por no aparentar vivir, por aparentar ser fiel a Constance Exsangüe, solo tomo agua, un alimento estéril. Te pudres. Te corrompes. Te degradas. Y das tu brazo a torcer. Por no aparentar traicionar con demasiada obediencia a lo que ha sido bello en sí, disimulas no tener hambre.

Constance Exsangüe me increpa.

—¡Escucha, Bérénice Einberg, tocino con patas! ¡Disgrégate! ¡Dentro de poco ya no tendrás nada que salvar! ¡Dentro de poco ya solo serás bebercio y jodienda! ¡Acuérdate, furcia! ¡Me diste tu palabra! ¡Me prometiste no dejarte poseer!

Como si no hubiera entendido bien, contesto: «¡Nájani! ¡Nájani! ¡Nájani!» Tengo accesos de locura. Tengo épocas de realidad. La locura no es sinrazón sino fulminante lucidez. Durante esos instantes de fulgor, el pensamiento se adueña del asunto, el espíritu agarra la materia y la doblega, la fuerza anímica se aplica de lleno en cada acto. Cuando he interpretado de Aricia con Céline, estaba loca, era Aricia. Cuando tengo mis accesos de locura, mi vista se intensifica, solo veo lo que yo quiero ver, solo veo en mí a quien yo quiero ver. Yo odio. ¿Dónde clavar mi odio? ¿En qué fijar mi odio? Cuando me vuelvo loca, difícilmente sé que nada pueda ser considerado responsable de mi tortura, que esto no merece mi venganza más que aquello. Elegir está descartado, se convierte en imposible. Pero un odio tiene que determinarse. Mi odio se orientará, como un pájaro. Odio sin distinción, al instante, todo lo que se apodera de mis sentidos o de mi imaginación. Todo lo que de forma abrupta se materializa es odiado. He odiado un ángulo agudo con tanta ferocidad como los griegos odian a los turcos. ¡Yo no me opongo a que se odie a los griegos! A lo que me opongo, es a que se considere sinceramente justificado odiar a los griegos. Es un

sofisma. Los tecnólogos aferrados al odio, los auténticos magos de este arte, no buscan excusas. Han aprendido que ninguna pasión es justificable. ¡No basemos el odio en los datos de un inventario o de una página de la historia; es pura engañifa! ¡Amigos míos, odiamos de entrada! Dejo correr el grifo hasta que el suelo se inunda de agua. Fascinada, me arrodillo y contemplo la lisa y delgada película de agua extenderse, ligeramente redondeada en el borde. Observo como el agua avanza lentamente y veo un continente avanzar en un océano. Tengo sed. Lleno un vaso de agua. Intento beber por las orejas, después por la nariz. Tomo un poco de agua en el cuenco de la mano e intento morderla. Vierto un poco del líquido incoloro sobre mi manga roja y veo como mi manga roja se vuelve negra. Voy hacia la plaza del mercado y allí me desgañito en bérénicino. Nada de lo que he dicho hasta ahora ha fecundado. Por tanto todos esos seres humanos no pueden entenderme. Solo provocho, al pregonar mi odio, lo que provoca un vegetal al crecer.

—Istascouroum emmativieren menumor soh, atrophoques emoustafaires! Uh! Uh! ¡Demamiféres! ¡borogénes! ¡Mu! ¡Mu! ¡Mu! ¡Quo la terre templera no ma fara trembler! ¡Ma fara danser!

Un trayecto de cuarenta de kilómetros en jeep nos conduce a Gloria y a mí al puesto 70 de la avanzada. El jeep se despide y damos unos cuantos pasos para desentumecer las piernas. La arena casi se ha tragado la célebre casamata. En forma de rotonda, su amplia tronera se abre como una boca humana. Entramos. El puesto de radio funciona. La casamata está repleta de buenos y hermosos troncos. No necesitaremos ir a recoger leña. Tanto mejor. Lo único que debemos hacer durante toda la noche es mantener un fuego lo suficientemente grande para que los refuerzos apostados en la montaña puedan ver lo que pasa con sus sucios telescopios, con sus sucios microscopios. Y algo pasará. Siempre pasa algo en el puesto 70 de la avanzada. Casi todas las bajas de la Milicia han sucedido aquí. Aquí fue donde se llevo a cabo la masacre de quince milicianas que acababa de tener lugar cuando llegué al país. No todas las noches ocurre algo en el puesto 70. Pero cuando, como en esta noche, no arriesgan más que a dos voluntarios, es porque están seguros de que algo va a suceder. Dos exploradores sirios aparecen al otro lado de las alambradas de espino. Hacen gestos obscenos. Se van de vuelta. Cuando anochezca, volverán cincuenta, tal vez cien.

A través de una delgada nube, se ve un cruasán de luna de una lineal concisión y de un amarillo violáceo. Hay al menos cincuenta sirios concentrados en las alambradas. Se oye a unos perros ladrar. Cada vez que salimos para ir a poner un tronco en nuestro fuego, somos bombardeadas. Somos bombardeadas con huevos podridos, cascos de botella, latas de conserva, piedras, insultos y risotadas. Se lo hemos contado todo a nuestros refuerzos. Nos ordenan mantenernos tranquilas, ellos lo ven todo con sus sucios telescopios, con sus sucios microscopios. Nos ordenan que

nos mantengamos muy tranquilas. Nos llaman cinco veces cada cinco minutos para recordarnos que no abramos fuego bajo ningún pretexto. Tengo los nervios de punta. Si pierdo la paciencia, no serán esos sucios refuerzos los que me impidan disparar. Necesitamos dos voluntarios para el puesto 70 de la avanzada. ¡Si lo hubiera sabido! Huevos podridos, soy perfectamente capaz de lanzárselos yo sólita cuando me apetezca.

—¡Noventa llamado a setenta! ¡Noventa llamando a setenta! ¡Responde Setenta! ¡Alimenten el fuego, por el amor de Dios! ¡Ya no vemos nada con nuestros sucios telescopios, con nuestros sucios microscopios!

¡Alimenten el fuego! ¡Alimenten el fuego! Si te encontraras delante de mí, sucio voyeur, te alimentaría como nadie te ha alimentado nunca. ¡Te haría comer los huevos, sucio huevón! Salimos, Gloria con el tronco, yo con la metralleta. Un silencio de muerte se ha establecido en el desierto. No nos recibe ninguna bandada de huevos podridos. No estallan risotadas ni insultos. No ladran los perros. Nos damos prisa. ¿Qué nos reservan, esta vez? ¿Sonará, de improviso, una fanfarria en alguna parte? El silencio se prolonga. ¿Será lanzada, de golpe, una ráfaga de ametralladora grabada en vinilo? Volvemos a la casamata sin que nada haya sido lanzado, sin que nada haya turbado el silencio. Gloria contacta con Noventa, redacta su informe. Esperen cinco minutos y vayan de nuevo a dar de comer al fuego. ¿Qué se piensa ese sucio voyeur? ¿Se cree que está jugando al ajedrez? ¿Nos toma por peones? ¡Sucio huevón! ¡Jamás en mi vida me he puesto tan furiosa! ¡El sucio huevón!

—¡Presiento que se acabó! —declara Gloria repentinamente—. Sí, se acabó. Los condenados a muerte tienen derecho a un deseo. Yo te concedo el tuyo y tú me concedes el mío... ¿Vale?

—No digas estupideces. Me pones los pelos de punta. ¡Venga! ¡Coge tu tronco y vamos! Coge un par si puedes.

Ante los malpensados ojos de Gloria, retiro el seguro de mi metralleta, apoyo el dedo en el gatillo. De broma, por animarla, coloco el cañón en su espalda.

—¡Vamos, infame lesbiana! ¡Vamos! ¡Vamos!

Afuera, el silencio y la calma parecen acentuarse

en mis oídos que se aguzan. Avanzamos renqueando de cara a la luz y al viento. De repente, Gloria sacude la cabeza. Al igual que yo, ha oído unos crujidos detrás de nosotras, unos frufús a paso ligero. Nos giramos.

—¡No dispaes! ¡Son los perros! ¡Son los perros! ¡Estamos acabadas!

¡Demasiado tarde! Hice fuego. Los casquillos arrojados me rozan, candentes, los brazos. Las vísceras de los perros yacen esparcidas y relucientes entre los destellos de la hoguera. Los sirios no tardan mucho en reaccionar. Ahora, el fragor, las balas silban en mis oídos. Somos blancos infalibles. Solo Gloria puede salvarme. Dejo caer la metralleta, engancho a Gloria por detrás y la aprieto con todas mis fuerzas para

mantenerla entre las balas y yo. Forcejea y grita como una posesa. Consigo sujetarla; el terror y la locura me otorgan plena autoridad. La sostengo pegada contra mí, cara al fuego. Siento, por consiguiente, como la penetra, como le sacude, como la fustiga cada bala. Se reblandece, se descoyunta. Su peso es más difícil de aguantar que su rabia. La casamata no está tan lejos. Dejo escurrir mi escudo y, arrastrándolo y arrastrándome de rodillas hacia atrás, me dirijo a reculones hasta la fosa que rodea la casamata. De súbito, veo a unos soldados correr, por centenares, a cada flanco. Son los sucios refuerzos. Son los sucios microscopios y los sucios telescopios. Y yo me desvanezco.

Gloria es enterrada el martes. Salgo adelante con los brazos en cabestrillo. Les he mentido. Les he contado que Gloria se había erigido a sí misma en mi escudo viviente. Si no me creen, pregunten a todos qué par de amigas éramos. Me han creído. Justamente, necesitaban heroínas.



Con el éxito obtenido con «L'avalée des avalés», Réjean Ducharme, (1941, Saint-Félix-de-Valois, Québec), decidió no conceder entrevistas. Respetando su decisión, reproducimos la silueta de una de las dos únicas fotografías obtenidas del autor que, además de nueve novelas y cuatro obras de teatro, ha escrito dos guiones de cine para Mankiewicz y veintidós canciones para Robert Charlebois.

Bajo el seudónimo de Roch Plante, expone sus esculturas y collages, compuestos con objetos recogidos de la basura, en la Galería Plnk de Montreal. Los llama «Trophous»; demasiados trofeos locos; tal vez en alusión a su propia carrera, trufada de premios literarios. Algunos por partida triple, como el Prix du Gouverneur General, que le fue entregado en Canadá por vez primera a sus veinticinco años, dada la excelencia literaria de esta novela. Otros traspasan fronteras y alcanzan la cima de la francofonía: Prix National des Lettres, Francia, en 1999, otorgado al conjunto de su obra, ya premiada en 1990, con el Gilles-Corbeil y con el Athanase-David, en 1994. Otros premios a sus obras, en separado, han sido: Prix Canadá-Belgique, 1974; Prix Québec-París, 1976; Prix Journal de Montreal, 1983, Prix Alexandre-Vialatte y Prix Moison, en 1991.

En el año 2000 Réjean Ducharme es nombrado Oficial de la Orden de Québec. Un año antes publicaba su hasta ahora última novela: «Gros Mots»; a treinta y tres años de «L'avalée des avalés».

Notas

[1] En el original «hoplomachie» cuyo equivalente en castellano sería hoplomaquia: combate de hoplitas, o con las armas pesadas que utilizaban estos soldados de infantería en la Antigua Grecia. <<

[2] (Y siguientes dos *) En el original «d'obús» y «d'eau bu» (agua bebida; agua pasada) tienen la misma pronunciación. Además se crea una paronomasia con «boite» 3ª persona del presente de indicativo de cojear, cuyo sonido y grafía coincide con «boit»: la misma persona y tiempo del verbo beber, el cual será utilizado al final del siguiente capítulo con distinto sujeto. Adivinen cual. <<

[3] En el original, blizzard; así se denomina en las regiones polares y zonas de alta latitud a un tipo de nevasca o tormenta de nieve intensa, empujada por fuertes vientos y temperaturas bajo -20° , que anula la visibilidad del horizonte y los objetos referenciales. En Argentina se denomina «viento blanco» y, en general, ventisca de nieve. <<

[4] En el original «livie», similar a «livre» que en castellano significa libra, balanza y que, en ambos idiomas, es diminutivo del latín «libella» a su vez diminutivo de libélula, insecto que mantiene el equilibrio como una balanza y por el que Ducharme reivindica su propio diminutivo «livie», con tanto cariño y veneración casi como en Japón, al que en la antigüedad sus emperadores llamaban Islas Libélulas (Akitsu Shima). <<

[5] En francés se forman diversas expresiones con las extremidades de los animales; así «pantalón á pattes d'elephant» es utilizada para referirse a los pantalones de campana. Ducharme en este caso usa «pattes de bourdon», que podría confundirse con patas de abejorro si este mismo término, «bourdon», no sirviese a su vez para designar a la campana mayor, la más grave del carrillón (nótese que en la guitarra española esta función pertenece a la sexta cuerda, el bordón). <<

[6] Tal como en el original, la frase se construye en español, inglés y alemán. <<

[7] En el original «erroneé», adrede errónea no errada ni errante. <<

[8] En el original «aptéryx», nombre genérico de estas aves apterigiformes, y «ondatra», igualmente genérico de la rata almizclera. <<

[9] La gracia de estas expresiones merece quedar tal cual, antes que darles la patada y mandarlas al otro barrio. <<

[10] Ducharme recoge la «U vert» del poema «Voyelles» de Rimbaud, para además de con el color jugar con su sonido: el sonido de «une U vert» [yny ve:r] es casi idéntico al sonido de universo en francés: [ynive:r], y lo coloca al lado de «une nuit verte», cuyo sonido [ynnyi vert] en principio más prolongado queda cortado al final con el fonema [t]; suena tan claro como que un universo alojado en una letra como la U puede ser tan infinito como el firmamento o más. Y para rematar el capítulo, no se priva de jugar además con la grafía de otra vocal, convirtiendo una I en un pilar. <<

[11] El proceso de contracción en francés: «Chat Mort > Chameau Mort > Chamomor» va parejo con su sonido, [sha mor > shamo mor > shamomor]. En castellano no hemos podido verter el mismo salero. <<

[12] En el original, «pique-nique»; picnic. <<

[13] En el original «baronnes roses», posible perversión alusiva a los «ballets-roses», eufemismo francés con el que se señalan ciertas reuniones clandestinas con muchachas para satisfacer la perversidad de los maduros o maduras. Las de chicos son «ballets-bleus». <<

[14] Negación en ruso. <<

[15] El juego de tibia y peroné remite al «obispo in pártibus», aquel que toma el título en los países infieles, donde ni reside ni ejerce el cargo del sillón que ocupa. Suele ser el obispo itinerante y no errante más propio del judío, al que Bérénice ya autocalificó también de erróneo. <<

[16] En el habla popular canadiense, por influencia anglosajona, también se denomina a los cigarrillos «clavos de ataúd». Sugere victoria si además relacionamos las puntas de cigarro con la expresión «poner los últimos clavos al ataúd»: dar la puntilla o golpe de gracia. <<

[17] Taïaut: voz del cazador al avistar ciervos, gamos o corzos. <<

[18] En el original «á l'espagnolette», la expresión procede del gancho que se utiliza en España para asegurar el cierre de puertas y ventanas. <<

[19] En el original, «marotte»; empuñadura montada sobre un bastón, que representa una grotesca cabeza tocada con un capuchón de cascabeles; símbolo de la locura que sirvió como atributo al bufón. <<

[20] Apréciase el recurrente uso del lenguaje publicitario en Ducharme. <<

[21] En el original en inglés: «Encantada de conocerlos. Espero que disfrutéis aquí. Venid. Permitidme que os enseñe vuestra habitación». <<

[22] Tal como en el original «verboten»; es decir, prohibido en alemán. <<

[23] El nougat es un dulce francés a base de miel y almendra, similar a nuestro turrón de Alicante. <<

[24] En el poema original de Nelligan se dice «cortejemos nuestros rencores». Aquí el autor incide sobre la memoria del personaje y coloca «cultivemos nuestros rencores».

<<

[25] Estentor, además de ser el héroe de la Miada, que gritaba como cincuenta y de cuya voz de bronce proviene la locución verbal «voix de stentor»: voz estentórea, es un ser vivo unicelular de aguas dulces con forma de embudo o trompeta. <<

[26] En el original «en virgules», literalmente en virgulillas (como la tilde en la eñe).

<<

[27] En el original «Cordonnier» y «Cochonnerie», equivalentes a Remendón (zapatero) y Guarrería, respectivamente. <<

[28] En castellano, como en el original, «buen-retiro». <<

[29] En el original «avunculaires», relativo a los tíos. Vocablo de idéntica raíz en castellano: avunculario, cuyo uso se ha relegado al derecho; herencia avuncularia, y a la etnología; tribus, principalmente nómadas, donde las reglas de los hermanos del padre son tan relevantes como las del propio padre. Este vocablo, avunculario, se repetirá en la novela, respetándose su forma original. <<

[30] Seguramente exista uno o más hayedos (hêtraies) en Montreal, pero duden de la existencia del Cementerio del Hayedo de Montreal. Curiosamente en la Región Alta de Normandía hay un cementerio de la Hêtraie, con un monumento dedicado a los muertos caídos en la Primera Guerra Mundial, curiosamente llamado «Monumento a la Victoria». <<

[31] Los dos primeros títulos pertenecen a Mike Spillane, creador del detective Mike Hammer, y fueron llevados a la gran pantalla: Yo, el Jurado y Bésame, mortalmente. El tercer título podría pertenecer a Orrie Hitt, cuyo género rosa, a novela por semana, subió a un tono más picante: Silvia, La Amante Caliente. Ambos autores se encuadran en la denominada «pulp fiction» americana, equivalente a lo que llamamos literatura barata, pornográfica según Bérénice. <<

[32] En el original «tenesme»; tenesmo, más bien cierto tipo de pujo. <<

[33] Jugando una vez más con el lenguaje publicitario Ducharme utiliza un famoso slogan de la época «Ce frigidaire est un bon vendeur» (Esta nevera se vende bien) para su frase peyorativamente reivindicadora «ces vendeurs de réfrigérateurs». <<

[34] En original «Mordre-á-Caille», cuya transcripción fonética, Mordecai, hace alusión al Libro de Ester, Mordecai es el nombre del primo de Ester en su exilio. <<

[35] «Señorita», en alemán. <<

[36] La transformación de San Nicolás en Santa Claus tiene su origen en los holandeses emigrados a New Amsterdam, la actual New York. <<

[37] Sociedad para la Prevención de la Crueldad hacia los Animales. <<

[38] «Graisse-à-Cheveux», literalmente grasa para cabello, dentro de una frase de corte publicitario que ayuda a romper «clichés». <<

[39] En el original «docks», vocablo que existe tanto en francés como en inglés, al que debe su origen y del que ha sido traducido por tener más connotaciones con encuentros sexuales. <<

[40] En francés «vouleuse»; ladrona, con «v» como vaca, entre cuyas acepciones peyorativas se incluyen la de mujer holgazana o la de costumbres ligeras. <<

[41] En el original «écarts de sa conduite»; literalmente desvíos/cambios en su conducta, lo que viene a ser unas «noches locas», si además tenemos en cuenta que «dick» y «dong» son dos formas vulgares de llamar al miembro masculino en el argot americano. <<

[42] Se mantiene el germanismo del original, indología, siendo su sentido el estudio de las lenguas y literaturas del Indostan: sánscrito, védica, palí... <<

[43] (Y siguiente *) Drelín: Onomatopeya musical del arpa que armoniza con la forma verbal del anglicismo que el autor utiliza para su cisne: «drinse»; es decir, aclarar. Este término aparece en forma arcaica en el francés del s. XIX, para denominar un tipo de diarrea. Para «aclarar esta dramatizada diarrea» e intensificar el poético canto, se añade «su harpado canto» a la traducción final de la frase «Mais, le cygne drinse bien.»; literalmente: Mas, el cisne aclara bien. <<

[44] Así finalizaba Catón sus discursos «Delenda est Carthago». <<

[45] Al igual que en castellano, tener el brazo largo en francés posee otra acepción: gozar de buenos contactos y tener mucha influencia. <<

[46] (Y siguiente *) Distintos modos de despedida en su idioma original francés, español y alemán, esta última (auf wiedersehen) en transcripción fonética para dar lugar a ¡Off vie dher Zen pour la dher des dher! El sentido de este juego de deconstrucción de palabras, contrario al sistema de construcción de palabras alemán, sería: «¡Adiós de una vez por todas!» en base al significado de wieder/ «vie dher»: otra vez (encore une fois: otra vez, repetido en francés por Dick Dong), por lo que el equivalente al semantema der/«dher» sería: vez. Sin olvidar que los franceses antes del comienzo de la Segunda Guerra Mundial llamaban a la Primera Guerra Mundial la «Der des ders», sinéresis de la «dernière des dernières»; es decir, la última de las últimas. <<

[47] En el original «brouet noir»: ragut de cerdo; potaje con cerdo, sal, vinagre y sangre, consumido po los espartanos en la Antigua Grecia. <<

[48] Fruto del carambolo que alude por contexto al estilo de «robo a la carambola», aquel que pasa de cómplice en cómplice. <<

[49] La misma lengua francesa es adúltera con este vocablo para el que no existe género femenino. En adulterio o como adúltero con la lengua francesa, el autor canadiense inventa el término «adulterie»; y para que quede más femenino así lo adjetiva: «aucune adulterie». <<

[50] (Y siguientes tres*) Se pretende equiparar con estas contracciones «me cachi'en diez» y «me cachi'en dos» los eufemismos «ventrebleu» y «ventregris» usados en francés para atenuar la blasfemia de dos juramentos «Par la ventre de die» y «Par la ventre du Saint Christ» cuya contracción «ventredieu» y «ventre-saint-christ» se eufemiza con «ventrebleu» y «ventre-saint-gris» en este caso aun más contraído por el jardinero con «ventregris» para no decir «Por las entrañas de Dios» o «de Cristo». El jardinero continúa sin querer llamar a las cosas por su nombre con el ejemplo del perro a quien en vez de llamarlo «Fido» (nombre canino muy popular y con marca de conservas del mismo nombre) lo llama «Zéro», que además de cero, en francés también significa cosa. <<

[51] Término relativo a la Haliéutica, arte de la pesca, principalmente la de gran altura, y que se respeta como muestra del saber enciclopédico del autor y de su gusto por el uso de la terminología especializada. <<

[52] Expresión coloquial muy americana, con origen en los guiones de western donde es utilizada como transición de una escena muy violenta a otra más calma, equivalente a «de vuelta a casa», literalmente: «Mientras tanto en el rancho.»
Corramos un tupido velo. <<

[53] En el original «Un verre d'eau á l'espagnole», literalmente «un vaso de agua a la española». En el mundo francófono era costumbre dejar en la mesilla de noche un vaso o dos, y una jarra con agua de azahar. <<

[54] (Y siguientes tres *) Frente al nombre culto y preciso «cicindéle» cicindela, escarabajo luciérnaga, en boca de Constance, «plantain» el llantén que presume conocer Bérénice, (no confundir en este caso con cierto platanero de idéntico nombre en francés e inglés), ofrece mayor ambigüedad con sus variedades llantén mayor, llantén menor y de agua o alisma. Completan el ambiguo mundo semántico y morfológico de las palabras el termino pimentero con el que, en francés, también se denominan las atalayas, y «puante» que, además de fétida o apestosa, significa en sentido figurado fantasmona como dos renglones arriba ha quedado indicado. <<

[55] En esta frase, «ventregris» relaciona la rabia del citado eufemismo blasfemo con la barriga gris de Zéro y la gris derrota, como aproximación a este efecto, se ha sustituido el inicial «mecachi'en-dos», de tono más airado, por «cachi'en-dos», más lastimero, pese a las exclamaciones. <<

[56] Tal como en el original las denominaciones científicas «corynacties»: cnidarios: actinias, pólipos y medusas; «cribella oculata»: henricia sanguinolenta o estrellas de mar escarlatas; y «neptyx hombergii», un anélido comúnmente llamado Blanca. <<

[57] El parto de los montes, equivalente al agua de borrajas, hace alusión a una frase del Ars Poética de Horacio «Los montes parieron y nació un ridículo ratón»; en francés: «La montagne qui accouche d'une souris». <<

[58] Sub utraque specie; tal como los husitas reclamaban la Sagrada Comunión: bajo las dos formas de Cristo, bajo las especies del pan y el vino, cuerpo y sangre del hombre dios. <<

[59] En España, conocido como faetón, carruaje descubierto con los asientos enfrentados. <<

[60] Se mantiene el anglicismo original; «stadium», sin tilde. <<

[61] El diario de Montreal se llama La Presse (Prensa) y no «La Pressée» (La Prisa). Asimismo, aprovechamos para recordarles que Ducharme trabajó en dos diarios de Quebec. <<

[62] En el original «avoir du panache»; tener penacho en francés equivale a tener caché, ser importante. Aunque penacho en castellano también llegó a significar orgullo, vanidad, se ha escogido «Traer cola», como forma equivalente a dar mucho que hablar, en el mejor sentido. <<

[63] En griego clásico se aplicaba este apelativo, «dion», al ser humano «parecido a los dioses». <<

[64] En el original «granchanchelles»; la semantema-mix de Ducharme mezcla raíces y palabras referentes al primer ministro o canciller (grand chancelier), al verbo chanceler, que significa vacilar, tambalearse y se aplica tanto a personas como a gobiernos, y cuya acción (chancellement) aplicada a cosas significa temblor, vibración, como el de las lengüetas y los colosos egipcios. Entre tanta chance, el azar nos trae gran slan (grand chelem) victoria de siete bazas seguidas en juegos de naipes, como el bridge, o en diferentes pruebas o torneos deportivos. <<

[65] Como sabrán, asno es «âne» en francés, y según su gramática se debe doblar la «n» para formar el femenino, inexistente; «un» al revés es «nu», y significa desnudo.

<<

[66] (Y siguientes tres *) En el original, se usa el castellano con «señorita», correctamente, y «niñas» con «ñ» en sustitución del «ninas» francés, equivalente a nuestra pava de tabaco. Así la suiza llamada «Niña» del original, se convierte en nórdica y Paava. <<

[67] (Y siguiente *) En este párrafo, iniciado con unos ladridos de advertencia, Ducharme advierte, jugando con la etimología: kuon, kunos; can, perro, kunikos; cínicos, sobre el origen del cinismo, filosofía griega que proponía el modelo de vida de los animales como medio para alcanzar la autarquía y con ello la felicidad, a la que contrapone con una etimología, suigeneris, un sentido epicúreo, con bastante cinismo.

<<

[68] El uppercut es un gancho directo al mentón con trayectoria vertical ascendente y aplicado por debajo de la guardia del rival en distancia media-corta hasta la cabeza, su empuje es similar al del asta del toro, produciendo un desgarre que «abre herida».

<<

[69] En el original, andrena, abeja solitaria de color negro que nidifica en los suelos arenosos y no se reproduce. <<

[70] En el original «coeurs»; corazones (en sentido figurado, amores), similar a «soeurs»; hermanas. <<

[71] (Y siguiente *) MIGA Y AMIGA, en francés MIE Y AMIE, MICA-AE Y AMICA-AE en latín. Hasta el momento no habíamos señalado que en su verso Nelligan (1879-1941), el Rimbaud de Canadá, utiliza una forma arcaica del XIX para escribir AMIE: «Ma mié, courtisons nos rencoeurs» en la última versión entre exclamaciones de Bérénice «Ma mié, cultivons nos rencoeurs!» que sabiamente en este capítulo se mezcla con la MIGA (MIE) de pan ensangrentada que Graham Rosenkreutz lleva a su boca.

No vamos a desmigajar las voces y alegorías del «Ma mié» de Nelligan mezclados con la tinta de Ducharme, cuando ustedes mismos las pueden oír cuantas veces quieran al acercarse a su oído esta caracola de versos. <<